George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 114871

Shelf No. D.157.22 vol. 2

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26th 1871.

EL BERNARDO,

POEMA HEROYCO

DEL DOCTOR

DON BERNARDO DE BALBUENA.

SEGUNDA EDICION.

TOMO II.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE 1808.

D.157
.22
Vol.2

114871
G.L.

EL BERNARDO.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Descríbese quién fué Arleta, la qual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la Infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una esquadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

Fué Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesto
Su primera beldad hace notoria,
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.

En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato, y deshonesta,
Con que en zelosas rabias y disgusto
Siempre á Toledo traxo en bandos puesta:
Amiga de Yucef, moro robusto,
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension no hubo interese
Que no intentase, y con que no saliese.

Mas el tiempo que todo lo consume
Dió y tomó como en otras en sus cosas,
Dióle males que cuente, años que sume,
En férias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas, y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.

Tirando de la edad quanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeyte
El turbio rostro le dexó sañudo,
De unciones lleno, destilando aceyte:
Y el débil cuerpo de raices nudo
Con las vivas memorias del deleyte,
Mártir de nuevas aguas y lexías,
Que en reumas trueca el curso de los dias.

Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja,
Que estos son los toisones excelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue dexa:
Al fin hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja,
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.

Tenia en el Tajo entre una obscura breña
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fué á donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta harpía,
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.

Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dexaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo sin querer rendido:
Con que en torpe deleyte ocasionada
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.

Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarion va su camino,
Trazando en sí de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino,
Pretensor bravo del gallardo potro,
Que al uno adora, y aborrece al otro.

Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecos,
Hasta que al fin por encubiertas vias
De su cueva huyó á los montes secos;
Sin valer ya con él magas porfias,
Ni de su halago los fingidos ecos,
Y presa de su amor entonces iba
Con la memoria y la aficion mas viva.

Quando al baxar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que bañada la espada en sangre asoma
Qual sol de abril en roxos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles,
Que el caballo le han muerto por dexalle
Sin que seguirlos pueda á pie en el valle.

Alcanzó al uno de un revés ligero,
Que lo fué mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo:
Y acertando el segundo golpe fiero
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo
Tan á gusto y sabor, que el que huía
Con solo alfange y sin arnés venia.

Al otro le valió su ligereza,
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió baxar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Excede á quantos Betis ha criado,
Con el rico jaez que al huello ufano
Sonando el oro le hace mas lozano.

Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su Consistorio
Alevemente al Conde D. Grimaldo:
Aquel Conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre, y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo Magno era en Girona
Gran Duque, y á esta empresa toledana
Con el falso Rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana,
Con quien probó aquel dia su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Mientras que el Rey como hambriento lobo
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la Infanta y sus monteros:
El moro Brabonel por ayudalla,
En fe le pide de ínclitos guerreros
En aquel punto dexen el combate,
Y al dia siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el francés, que era su intento
Que Biarabí saliese con la empresa,
Quando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su Infanta presa,
A un tiempo juntos su furor violento
A dar sobre él baxaron con tal priesa,
Que sin que Brabonel pueda estorballo
Mataron sino á él á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio á dar favor á su alegría:
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, quando el preñado monte
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.

Salió á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los extremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,
Ahora Rangorio en ambos entrampado
¿Cómo se librará de desgraciado?

Preguntóle, á quién lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja,
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el francés á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo dexa,
Con tal que hasta vengarla en qualquier via
Segura le haga y noble compañia.

Refirióle que habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
"No sé, dixo el francés, lo que ha pasado,
Yo haré lo prometido verdadero,
Lo demas tú lo sabes, solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo."

Miróle de mal gusto la ramera,
Y á no haber dado ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel mote no le diera,
Aunque le diera á Ferraguto muerto:
Mas viendo que enojarse entonces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto
Como astuta y sagaz por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas veras.

Y él con ella á las ancas por la selva
A buscar fué la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona:
Mas por presto que á dar alcance vuelva
Al amado esquadron, y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traía
El francés cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en la alegría
En que la gente estaba toledana:
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fué general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al francés valiente,
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:
Arleta hallando á Ferragut presente
Tenerse de temor en pie no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los pies de su altivo pensamiento.

El moro mas que nadie alborotado
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bulto embalsamado
Que qual muerta fantasma le seguia;
De uno rabioso, y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria....
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento,

Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña
A trinchear y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña:
Y en distintas esquadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal que la antigua magestad de España
El ayre, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el Alcayde un tiempo esposo
Fué de Brunilda, hermana del Rey Silo,
En quien de un parto tuvo peligroso
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante,
Como la luz que al dia va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna,
Mas de la niña el cielo hizo un enxerto
En su rostro del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fué su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dexó cautiva,
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apenas la esperanza tenia viva,
Quando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva con una la volvió de muerta.

Del Conde D. Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el real cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia:
Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte, y robusta gallardía,
Que en la Corte de Oviedo con bastante
Favor fué desta dama tierno amante.

Vino el valiente godo á la jornada
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego:
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude a sembrar fuego,
Al fin entre el furor que el alma encierra
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüeró feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Altero,
Que plático en la guerra les dixese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitan y esquadra fuese:
Fué la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fué señalando el campo todo.

El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el ayre enciende con su acero,
Debaxo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.

Bello Centauro en medio los barbechos
Pinos de Osa parece en brio y talle,
Quando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus pies anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él dexando tras sí la alta montaña
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda esquadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de léjos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los ayres alcanzan los venados.

El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente jóven Coribanto
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga esquadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel, y las legiones
Que de la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan, y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés, y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran, y los mios.

Su gente siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado, y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras desta insigne sierra
Escogida la flor de quanto encierra.

Del valle de Bastan los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta, y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella esquadra junta,
Gente insigne, ligera, y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En colera y furor por qualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de léjos la flecha peligrosa
Despide á donde haga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del Principe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En roscas de cristal rompe y declara
Entre un preñado monte, y su eminente
Risco el vistoso origen de su fuente.

Es el que la argentada luna vuela
En campo azul el lusitano Argante,
Famoso cazador, y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fué cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fué su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.

De ochocientos caballos le acompaña
La bella esquadra que en Setúbar hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Ligereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.

Desto se precian, y de haberles hecho
El Rey Tubal primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba, y su jardin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.

Las armas destos son ligeros dardos,
Dorados yelmos, y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos
Qual mejor gustan texen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.

Dos tantos trae el esquadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi, que allí su luz la vista extraña:
Este del Rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo,
Armas son y memoria de su abuelo.

Fué Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,
Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento)
Que este del sacro Tiber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.

Allí viene Fabricio, ¡ó adverso hado!
Sin su querido hijo qual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado
Por festejar sus bodas salió un dia
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Quanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.

Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma, y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte, y su importuno yelo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel quartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que qual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran, que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.

Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo:
Los que del mundo habitan los puntales
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha, y en Ambroto,
Sombrío gozan y agradable soto.

Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerias:
Quando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias,
El que al valle de Aytona, y de Zumaya,
De mimbres ciñe la florida raya.

Briganto es el que allí con plumas varias
Qual roxo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamas las ha de dar al enemigo.

Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado,
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

Tras estos dos, que un solo arnés bastante
Defensa y armas da en qualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo, y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe quando llega
A ver de Uranzua la espaciosa vega.

Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Araxes prueba
Romper los yelos con pesada yunta:
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos, y de pies veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de qualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.

El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante,
Fundador de los muros de Sansueña,
Y sucesor del Mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oracion del santo monge Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.

Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el rio Xalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcazar tuvo el nieto de Vulcano.

Fué este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro forjó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente,
Mas hoy guia sus esquadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que un trance honrado
Vida á su dueño le quitó, y cuidado.

Mas que diré de ti, o Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazon, y el de tu gente
A volver desta guerra victorioso:
Tras ti los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros
Obra romana aun guardan hoy seguros.

Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En esquadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte,
Y á los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.

Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dexó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos un esquadron texen un muro,
Mas fuerte que de mármoles quadrados
A los que dentro dél se hallan guardados.

Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reyno pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al roxo Miño su ribera
Cultivan, y un fantástico trasunto
De Marte hechos sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque;

Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus qüestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pie con pie el desnudo estoque,
Porque del yerro ageno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada afierra del contrario
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar qualquier soldado.

Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas,
Sertorio el otro, que las gentes lleva
De Fontible, y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el roxo resplandece armado.

Los que en la sierra Orbion las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas las cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.

Es fama que estas gentes ya cansadas
De la prolixa hambre, y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas
Fuego sembraron en su intacto muro:
Y de sus firmes venas desangradas,
Roxas manchas de Duero al cristal puro,
Que despeñado va de tierra en tierra
Huyendo al mar de su espantosa sierra.

De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran Conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitan de Simancas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.

Estos, los quales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarbes mas seguros:
Y quando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde, ni les hace daño,
Que como tengan guerra no hay mal año;

Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente.
Y quando no hallan mas quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente:
Y no es carne para ellos desabrida,
Que la ira con la hambre es suficiente,
Para que si en sus troxes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.

Este es el grave Firmio, cuyo pecho
Del antiguo Diomedes descendiente,
Un fenix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balax resplandeciente:
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente
En rubias masas de metal sonoro
A sus altas medulas sangró el oro.

Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que en su encubierto pago
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe que es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror, solo concibe
Deleyte el alma quando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.

No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales,
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales:
Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales,
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su obscuro lago."

Así el Leonés decia, y la hermosa
Florinda, "dime, dixo, ó sábio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una ayrosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan."

Rió Altero, "y no sois, señora, dixo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dixo, y se desdixo,
La misma conjetura por vos hecha:
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.

Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del Rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fué en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre, donde entró doncella.

Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente:
Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.

Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

Ya conozco de su águila la aguda
Vista, y las plumas de oro con que vuela,
O jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heroyca juventud recama
Honra á tu patria, y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos pies le vi tendido:
Apenas me dió en ti nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, quando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Baxó á traicion; ó cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

Cayó muerto á mis pies, ¡o hado inhumano!
Que aun lugar no me dio el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento:
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida, y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, ó hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el roxo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...."
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguia.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dexo de acompañarle; él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
"¡De quantos, dixo, ¡ay Dios! sin culpa algu-
Mi vista ver su gallardía no supo, [na
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¡De quantos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Quantos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.

Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, o generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho hecho un fantástico dios Marte:
Mas de ti, ó nuevo alferez, de quien fio,
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas.

¿Qué diré de ti digo, ó Virbio fuerte,
De Portugal caudillo, y de Galicia,
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu experiencia y brio en la milicia?
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia,
Con que en batallas veinte y seis campales
A los pechos sacastes las señales.

Ninguna á las espaldas recibiste,
Que como á ellas siempre echaste el miedo,
Por no mostrarlo en ti jamas las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo:
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.

Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora el padre recien muerto,
De insigne lanza, y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto:
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago, y astrólogo encubierto,
Que supo quantas en figuras bellas
Por su via lactea cierne el cielo estrellas.

Supo de los secretos de los dias
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vias
Del mundo por venir el curso ciego:
Y aunque esto, ó noble astrólogo sabias,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.

Lleva este de las torres de Coruña,
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados:
Este es Ricarte del valor de Orduña,
Aquellos dos de azul y blanco armados
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero
Caudillo de la casa de Bibero.

Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza,
Y el de aquel fino y relumbrante jaco
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo Zamorano.

Trae de Astorga á su cargo las banderas
Astorga, á quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Quarenta son de á cinco las hileras,
Que de Sanabria el lago entre espadañas
Al son armó de su clarin, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio.

Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,
Quando de esta nacion por acaballa
Hizo el Rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.

Usan estos por armas largas hondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que al despedir su tiro con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas hondas,
Despiden desde léjos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.

El que el guion de aquellos lobos pardos
Qual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario esquadron envian la muerte
Volando, como esquadras de aves juntas,
Que el ayre rompen por diversas puntas.

Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:
El de Vermeo cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debaxo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Quanto luce en amor, y en la honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en quatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra "es mi cuidado,"
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde."

Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describia
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venia:
Y ella colgada de la voz postrera
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dar orden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento,
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el exército pagano,
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo, y su persona,
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regía.

Fantástico y soberbio, porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina,
Que ahora sea de gusto, ahora de oro,
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar de un gran tesoro
La joya en su valor mas peregrina,
Con que avariento y vano ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar con pecho ardiente
Para un asalto el puesto mas vacío,
De pertrechadas fuerzas, y de gente;
Quando al fresco de un álamo sombrío
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dexó, y turbado.

Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venia:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alborozo y alegría,
Que á quien con atencion lo considera
Quanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y yela,
Y una vez se amortigua, otra revive:
Y la eclipsada luna puesta en vela
Del nocturno silencio así concibe
Al trasponerle el sol sus resplandores
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos,
De miedo, de osadía, y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró desta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle,
Que qualquiera liviano pensamiento
Baxa la estimacion, y humilla el talle:
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
El ayre de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,
Qual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho, y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dexó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona
Serpilo, y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Plátiços en su tierra, y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque presentes
Con la suya no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana:
Mas viendo al dia en su escalon postrero,
"A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice, mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero antes del dia?

Que mucho que el mancebo Salamino,
Que vivo el sol dexó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fué de su cuidado,
Si al fin le vió su dama; mas yo indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dexas.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,
Que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atrás en los extraños,
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños,
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto."

Dixo, y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche obscura,
El instrumento puesto, y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fixa en el nublado
Que del norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension alta la ceja,
Que el moro en la ventana, y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya quando
Del horizonte pardo el ayre puro
Fué entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto obscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando
Volver al balcon vió en pecho seguro
La beldad misma, que antes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante:
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante,
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo, y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto:
Mas no saliendo todas siempre á gusto,
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes,
Nuevas lágrimas fué en los dos amantes;

Hasta que puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho,
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho:
Y á concertar la traza, y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fixa
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que quando mas se acerca, mas prolixa
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar, que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos,

Tomó una arpa, á cuya melodia
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo:
Que ni le era inferior en su armonia
La bella dama, ni en sus males veo
Otro infierno mayor, si en curso iguales
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro cubierto
De blancos huesos voz mas regalada
Parténope entonó, quando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada,
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda, quando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Gorgon la cabeza
En insensible mármol convertia,
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oía:
Mas de la dama el canto y la belleza
Así ambos los sentidos suspendia,
Que oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Quando á su canto y su regalo atento
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera
Por gozar de la música escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera,
Que siempre va los gustos dilatando:
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de quando en quando,
Que el deleyte aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oía.

Hasta que al fin llegando donde pudo
Con menos voz hablar, y mas recato,
"¡O gloria, dixo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!
¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda;
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!"
Dixo, y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sexto entre el ruido
De sus olas formó mas dulces ecos;
Ni fué en mayor deleyte recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;
Que el noble godo, y venturoso amante,
Fué de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado:
Al fin despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegría de verle, y la impaciencia
De las sospechas, y del mal de ausencia,

El bien, y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibaxos de su vida,
Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida;
Dexando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo.

Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañés segura:
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche obscura,
Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,
Como á nueva cautiva en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda;
Donde de honor y riesgo asegurada,
Es fácil que su padre condescienda
Con las pedidas bodas, y razones,
Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto ya que se acercaba el dia,
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanzas su alegría,
En igual soledad se hallaron que antes;
Y el moro oculto que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De zelos impaciente ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dexarle muerto en los traidores lazos,
Antes que el golpe ni su alfange viera,
Sino le parecieran embarazos
A otras mejores trazas en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dexarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho:
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,
Por donde vino se volvia á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado,
Al sol tenia su yugo trastornado.

Quando el enamorado sarracino,
A vista del exército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano:
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitan: "mira, ó valiente
Cardiloro, le dice, qué olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente
En sueño están, y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda,
Darte mil enemigos menos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
A ti, y mi amado Celedon, tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

Que á mí no sé qual dios el pecho ardiente
A tan heroyca empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo ya en el campo frio,
Serás en darle sepultura pío."

Dixo, y saltando la primer barrera,
Desnudo al campo de temor se arroja;
Pasmóse Celedon la vez primera,
El sobresalto le atajó, y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
A no dexar del general el lado.

Mas viendo su peligro manifiesto,
"Espera", dixo, y vuelto á Carlidoro,
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
"O gloria, prosiguió, del pueblo moro:
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes que es amar á un caro amigo,
Oye, ó invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma advierte
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos, la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.

Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado)
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reyno, por tu estado,
Por quanto está debaxo de la luna,
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,
Permitas, que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo,
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está, y sin riesgo de enemigo."
No dixo mas, que el tiempo se lo veda,
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota, y la braveza advierte
Del tierno corazon, y el pecho fuerte.

Y "acude, ó alma gentil, dixo el severo
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,
Y déos la alta victoria, que yo espero,
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella."

Así dixo, y siguiendo su camino
Celedon á su amigo llega, y dice:
"¿Por dicha, ó invicto Cid, ya por indino
De tu lado me tienes? ¿ya desdice
En mi pecho la fe de quien contino
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

¿Yo por ventura yendo en el abrigo
De tu gallarda espada no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera menos con la mia?
Y si esto no, alomenos por testigo
Presentarme podrá tu valentía,
Aunque sea tal que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demas tratas de excusarte,
Ruede como quisiere la fortuna,
Que como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna."
"O de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respondió, con quien ninguna
Desgracia temo, ya que con tal lado
Poco es acometer un campo armado.

No creas, ó noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,
Tu espada me quitaba, y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio:
Mas dexar solo un gran resguardo hecho
En tu heroyco valor al riesgo mio,
Y si moria, morir con esperanza
De pío entierro, y de cruel venganza.

A este fin te dexaba, ó caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:
Mas ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia,
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espía:
El sueño es viva imágen de la muerte,
O ser muerte caliente, ó muerte fria,
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,
O noche temporal, ó noche eterna.

Mira quan cerca están nuestros contrarios
De pasar un extremo en otro extremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro, y temo:
¿De qué estamos perplexos? ¿de qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo;
A ellos, gran capitan, que es excusado
Quererle suspender su curso al hado."

Dixo, y sacando la luciente espada
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco, y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entonces centinela,
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino, y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos, á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta,
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
A aquel quitó el afan, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta
Quatro dormidas centinelas juntas,
Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fué á dar, donde trasuntas,
O sutil Targa, en bronces, lo que Apeles
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.

Abriendo en sutil lámina de acero
De Píramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero,
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre dió colores
Al relieve infeliz, que en triste suerte
Ocasion fué y agüero de su muerte.

Puesto cabe él en éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raymundo
Sobre su antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo, y del segundo
Eligir la substancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas
De su hacienda la flor, y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias:
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió de ardientes frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
A este barrena el pecho, aquel á tiento
Deguella, y pasa al fin la adversa suerte
Del modo que halla al grande, y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnés tendido;
Qual con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atrás, y el morir traga.

Coello, un portugués de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
Quatro heroycos y célebres furores;
Con el retrato de su dama ausente,
A quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la cítara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnés por cama,
Segó el alfange el desmayado cuello,
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio, y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enxutos barriles por las flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormian en torno de la mesa y fuego,
Adonde el vino los dexó, y el juego.

Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca bebió entero
El sangriento cuchillo, que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dexaba
Posada tan alegre, quando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roxa sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco, y á Sarrento,
Escuderos de Marcio, mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento
Para ir no tuvo á su quartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria,
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,
Entre los frascos se escondió de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia
A la luz de una vela, en que su pluma
De un grave poema heroyco que escribia
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de atauxía
A su lado, y un libro adonde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reyno antiguo, y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fué el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Quando á vengar de un Conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los rios volvieron y los campos roxos:
Él lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Quando en sangrienta lid los Albaneses
A Abdalla despojaron sobre Duero,
El docto Argeo entre otros dos arneses
El rico arco ganó al gigante fiero:
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, quando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sábio poeta, que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre roxos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes, y el estrago hecho,
Y ni por eso se alza, ni se tira,
Ni atrás da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
A nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Qual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roxa sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Carleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y mientras del destrozo se retira,
Quanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia,
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte,
Y herir de punta su primor tenia,
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado
Gustoso, que su estrella le asegura
Tras prolixa vejez sepulcro honrado,
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á ti, ó siempre infeliz viejo Salerno,
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en Corte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y sino entero
El premio, dióte el pago de su mano,
De haber dexado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano:
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
"Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.

Ya basta el venturoso estrago hecho,
Y victorias que el cielo nos ha dado,
La honra toda es tuya, sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado,
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.
Solo este para ti codicié en quanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto
Estrellado, que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde, toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyámos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos."
Dixo, y Serpilo, "ó gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro don codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nacar y atauxía,
Que luego que le vi, el robusto oficio
De tu caza le di por exercicio.
Y con el gusto de quitar la vida
A otros que estaban en la misma tienda,
El alma en tantas muertes repartida
De traerte se olvidó la rica prenda:
Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda,
Que junto aquel hogar que allí blanquea
La prenda está que darte amor desea."

Dixo, y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
O fuese nuevo ardor del duro Marte,
O Apolo que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una esquadra de lucida gente:
Diole al amor la noche, y quiso dalle
A Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse,
Donde esperando á su imprudente amigo
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse
Gallardos golpes con su alfange hace,
Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fué el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
A sus pies le arrojó un golpe valiente:
Mas ¿qué te vale, ó mísero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al texido esquadron que se abalanza,
Ni el firme escudo ni el alfange alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto
Con las varias heridas tenia el suelo,
Quando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso entachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le baxaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano.

Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon, y el sin provecho
Brio de sola su bondad testigo
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso esquadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble obscuro:
Acertó á Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el ayre puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada le hace dar ciegos vayvenes.

Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha traxo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Quando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba, "¿quien tiró?" la punta aguda
Su voz clavó, y dexó su lengua muda.

Argildos que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido
Guarecerle la vida deseaba:
Mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
"Matalde, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho."

Y un frio venablo que en la mano tiene
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Qual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta ya en su sangre roxa,
Su amigo que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.

"Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,
Teneos, que nada os debe ese inocente,
Yo el autor fuí del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente,
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra ausente,
Él nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo."

Dixo, y lanzando el arco por el suelo
Furioso su sangriento alfange saca,
Y con desesperado brio el zelo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmino, y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo
A pesar de mil puntas llega y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heroyco brazo la ira:
Y viendo así morir su caro amigo
De rabia brama, y de dolor suspira,
Y el desangrado moro en habla breve
A que se salve así le alienta y mueve:
"Huye, amigo, de aquí, huye ligero,
Mientras muriendo yo salvo tu vida,
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida:
Y quando haya ocasion, ó por dinero,
O por sangre en mejor sazon vertida,
A mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva."
Dixo, mas ni el dolor, ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro,
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece al recebir los tiros varios
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo
En escombrada plaza suelto pardo.
A este hiere, aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino,
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino:
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque á su real pudiera abrir camino,
Y salvarse, no quiso, mas el lado
Muerto guardar, que vivo habia guardado.

Hasta que á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte;
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los pies del muerto amigo.

¡O heroyco exemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta,
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamas el tiempo que inmortal camina
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira, y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Quanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte,
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala, y de escondido
Recato, y armas, y ánimo bastante;
Con un cristiano page el mas querido,
De fe mas sana, y pecho mas constante,
Dos breves horas antes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro,
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el ayre obscuro:
Comenzóse la grita, él puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.

La bella amante súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pagecillo, y de su hablar medroso,
La alta escala baxó, y fué disfrazada,
Haciendo el trage moro mas ayroso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademán el bulto bello,

Con solo un cofrecillo en que traía
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huía
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzo á desviarse por el llano
Del muro hácia el exército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el page astuto con sagaz concierto
A qualquier lance impuesto y prevenido:
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura.

Quando el moro infeliz que iba delante,
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una esquadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada:
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,
Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo, y la loriga,
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.

Fué á tiempo el darle muerte á Cardiloro
Que el montañés llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado:
Y oyendo de las armas el sonoro
Ruido ir en aumento recatado,
Con una oculta esquadra de Guzmanes
Venia á requerir sus capitanes.

Venia tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta,
Quando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada, y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va dexa perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contien- [da,
Y ella, y el page que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda:
Y tras el bien que dexa, y el que adora,
Con su esquadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus pies sin conocella,
Quando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse como pudo á vella:
Mas ¿quién lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sábia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuido en amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desman de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna antes que amague,
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fué á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente:
Y un soberbio jayan de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas
Del arnés limpio de bruñido acero,
Y el ayre obscuro con vislumbres roxas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego, y las congojas
En el dorado alcazar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da, y armas presenta;
Qual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe,
Tres lenguas silba, y la ponzoña escupe;
Quedo el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta sin pensar tenia,
Viendo la escala, y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia,
Suspensa el alma, alborotado en vella,
Y en vario discurrir la fantasía,
Dándole vuelta á su pesar la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.
Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido,
Si al extender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atrás rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo, y del ageno daño:

Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado:
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la apacible caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argildos viendo el paso
A que sus cosas traxo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale amparado de la noche obscura:
Y antes que el feroz moro sienta el caso,
Un revés le alcanzó por la cintura
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos, si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante qual dragon herido
Del duro cesped que arrojó el villano,
Y al tierno amante en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano
La respuesta volvió con tal ruido,
Que acertando en el yelmo sonó el llano,
Como si por socorro en ver que se arda
La torre disparára una lombarda.

El español que dos deidades juntas
Honra y amor le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho:
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roxa sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.

Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo:
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibaxo,
Que un brazo al Rey de Ponto le echó abaxo.

Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española esquadra que venia
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,
Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.

De el son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro,
Asombró el pueblo, que tenia su gente
Segura por allí de el campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega,
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances, que el morir es cosa
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

ALEGORÍA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, quan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

Fin del libro octavo.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragon, síguela por las obscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la obscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que á Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida;
En compañia del prudente Eraso,
Que una esquadra á sus pies tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas corage y saña:

Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre, y de la agena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria, y á hallar su pena:
Que entre el negro carbon del humo obscuro
A vueltas de otros tristes llantos suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, sino es muerta.

Creese que consumida de la llama
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dexado la sangrienta riza;
Porque el oculto quarto de la dama
Puerta fué del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella executó el furor primero.

Llegó la fama ya verificada
Con bastantes indicios al amante,
Que de dolor el alma traspasada
Quedó á una muerta estatua semejante,
Como el preso sin culpa, que ya dada
En su causa sentencia ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Quando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dexó ni brio el mortal yelo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor que tal desgracia se atribuya,
O á poco amor, ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada,
O dexarse matar de un enemigo,
Sino fuera en su honor, ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo:
Mas esto, y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia:
Quando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvia
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto,
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto,
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto,
El pecho ardiendo en amorosa llama
Su amor llora perdido, y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa,
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincon obscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cuya era, y quan seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo, que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Así de sus dos manos hecho un nudo
Quejas al cielo da en lenguage mudo.

"¡O cielo que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí, y perdido adoro,
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamas espera ver su luz segunda.

¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,
Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo, y mas estrecho,
¿Donde se fueron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?

¡Ay tierno esposo! ¡nombre regalado,
A quien yo por mi mano di la muerte!
¡Cruel piedad! ¡concierto desdichado,
Debaxo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡adverso hado!
¡Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo,
Para solo quitarme un dulce amigo!

¡Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus pies santos las divinas plantas,
Mientras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve!

Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero,
Que vivir fuera yo de tu servicio,
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras sí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por ti muero,
Acoge ahora esta piadosa ofrenda,
Que el dolor sana, y el honor remienda.

Y el cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura."
Dixo, y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte obscura,
Resuelta ya en tomarla en qualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia;

Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse, y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin con pecho real y ánimo godo
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor, mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion, con que un ingrato
Indio, por orden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato
Los quemó vivos, y el mortal tesoro
Ella por mas guardado, y mas recluso,
Entre sus joyas sin pensar le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso, ó su ventura,
Y así vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte, y tan segura,
Ni perplexa ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla menos la llave, que al ruido
Allá se le olvidó, ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja,
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero sin ver cómo se afloxa,
Y abierto á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja,
Las joyas saca á tiento, y las desvuelve,
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas como obscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: "¡ó gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla,
De mí se esconde sola, y se defiende,
Que es posible que ordene el cielo justo,
Que aun no alcance el morir porque es mi gus-[to!

¡O como tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Quantas veces me dixo el miedo en vano
Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía,
Que á ambos un triste fin nos prometia!"

Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí, quando en las manos
Cierto licor sintió, ¡ó suceso horrendo!
Que sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apenas el licor pasó la boca,
Quando quedó la dama sin sentido,
Tal que mirarla á lástima provoca,
Y dexa al mas cruel enternecido:
O muerta, ó sino muerta con tan poca
Esperanza de vida, que perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto del color de la azucena,
De aljofar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena
De oriente entraba en el balcon dorado;
Quando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado
Con rostro triste, y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fué robada,
Que el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto brama,
De amor se queja, y su becerra llama;
Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno quanto en torno mira
Al dolor vivo, á la esperanza muerto,
Y á su real tienda llega, quando el dia
A ver lo que el asalto obró salia.
Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El page con quien hizo Cardiloro
El enredo que á todos costó tanto:
Mirole Argildos, y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fué admirado á arrodillarse ante ella.
Creyó que como estaba concertado
En hábito morisco habia salido,
En el de page el de muger trocado
Por mas ligero, y menos conocido:
Mas quando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de veras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto,
En ver aquel gallardo prisionero,
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero,
Diciéndole: "señor, á noche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Traxo una mora, y á este moro preso.

La mora en tristes lágrimas metida
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida,
Y la nueva afliccion del triste estado:"
Dixo, y Argildos la alma divertida,
La vista, el sentimiento, y el cuidado
En su primer dolor, apenas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.

Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto, ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda quando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara;
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara,
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber como, ni por donde sea.

Como tal vez el labrador cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su exido,
Entra baxando el monte descuidado
A una cueva sin luz, y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro,
De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.

Danae quizá, quando entre lluvias de oro
Baxó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
"¡O soberano cielo en quien adoro!
(Dixo el godo, aun no libre de tristeza)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo, y mis deseos?

¿No es este el bello sol que mi alma alum-
¿Este no es su retrato verdadero? [bra?
¿Es sueño, ó sombra, ó luz que me deslumbra?
¿O la fingida imágen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor, que sigo y quiero
Para volverme con deseos loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?

¿Hase quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo,
Se muestra en dos mitades su figura?"
Así dixo, y con ánimo perplexo
En el secreto de la enigma obscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada
Sospecha todavia que está muerta;
Hasta que vuelta en sí, y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña,
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad extraña,
Con que la pena ó la alegria crece,
Que las pasiones mueve, y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.

Ya tuvo sábios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvaríos, y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeron que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia en su gobierno,
De libre brazo, ni saber eterno.

Mas que el divino Artífice, que solo
El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fixo el polo,
A Bootes frio, y al Leon caliente,
Como el dia le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien sin diferencia alguna
Los hombres á las vueltas de fortuna.

De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser Reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas, ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.

Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del relox divino orden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada qual sea parte de este todo.

Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas,
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas,
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó mal regidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César, y á Neron tirano.

Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso,
Que el mundo hace que su vuelta ruede
Por donde él quiere, y no el prudente quiso:
Y Ulises por mas curso que le quede
De experiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano que el hado le predixo,
Que al fin morirá á manos de su hijo.

Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fué en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Quando ella mas trataba de perdella.

¡Extraño caso! en la bugeta de oro
Que el veneno mortífero traía,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fué siempre en esto el uso moro
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte,
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frio aspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dexaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió por beber muerte en la bebida
Un dulce sueño que le dió la vida.

Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso extraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente, y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.

Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa,
Que antes viniera á ser grave y pesada;
Al triste Alcayde, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene, ó por robada,
Aviso envia, y da nueva cumplida
Ya de su libertad, y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.

Estos milagros hace la ventura
Quando se muestra un poco aficionada,
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada:
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.

Fué el valeroso Alcayde recebido
En real aplauso y magestad decente
De la gallarda dama, y su querido
Amante, y la demas guerrera gente:
Donde luego que vió al recien venido
Preso, en nada á Florinda diferente,
"¡Santo Dios! dixo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?

¿Quién traxo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo, y tan apuesto?
¿Es de claro linage, ó sangre obscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
O es el que yo en una espesura,
Quando en amargo llanto y luto puesto
La traicion me dexó de un moro ingrato
Robándome este rostro, ó su retrato.

Decidnos, bello moro, ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley, y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza."
Así el Alcayde dixo, y el lozano
Doncel con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:

"Señor, de mis parientes y linage
Mas noticia no tengo ni experiencia,
Que haberme desde niño visto page
De Abdalla, Rey tirano de Valencia:
De adonde hasta aquí hice un viage
Por un rodeo lleno de violencia,
Que así, señor, pasó...." y así queria
Decir lo poco que de sí sabia;

Quando en confusa trápala y ruido
Por la real tienda entraba un moro bravo
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el roxo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del Alcayde, y aquel que ahora dixo
Que en una caza le robó á su hijo.

Fué de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que hallando lo mejor del campo muerto
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dexó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le traxo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado....
Mas mientras se sosiega, y dan audiencia,
Al nuevo preso, de Bernardo quiero
La luz seguir de su invencible acero.

Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y ligereza que un dispuesto pardo,
Quando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho habia,
Quando abrirse de léjos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caía,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venia,
Admiróle el suceso, y fué con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva.

Quando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enroscada sierpe, que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En ayre obscuro vió qual clara estrella,
La noche que á Orimandro en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo, y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó, y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la obscura cueva.

Entró tras él el animoso Infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse por delante
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible
El importuno estorbo en son horrendo
Fué por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya baxado hasta el profundo,
Siguen las vueltas y traspies que ha dado,
Quando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro por el oro ensortijado
Del hermoso cabello á toda priesa
La angélica beldad se lleva presa.

Deten, negra fantasma, el jóven grita,
Y tras él sale á remediar el caso,
Quando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso:
Tal, que si el primer golpe no le evita
Un salto atrás en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros
De su muerte quedáran tristes rastros.

Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que al jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero
A pesar de su altura en la cabeza,
Por donde en vez de sangre salen toscas
Bandas de avispas, y de negras moscas.

¡Horrible caso! por el negro viento
El importuno y mal nacido enxambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento,
Que el encantado bulto y tez de alambre,
Que la cruel maza encima dél revuelve.
Y en alados gusanos se resuelve.

Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Hibla causa pena
El belicoso enxambre al oso fiero,
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrósia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida.

Así el menudo exército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja, y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser ligero ni ser tardo,
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á Reyes, y á gigantes.

Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta extraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvia en roxo rubí, ó blanca amatista:
Y donde quiera que fixaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras, que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.

Así en su trono real Midas sentado,
Y convirtiendo quanto toca en oro,
Si acaso vino un esquadron al lado,
Que en torno vuela con parlar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro,
Y si la tierra pisa, dexa en ella
Resplandécientes rastros de su huella.

De pedrería cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispas lleno
Con solos ademanes combatia:
Quando quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimía
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.

La mitad se quedo en el verde prado
De bronce hecha imágen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vio por la estrellada esfera,
De lenguas llena, y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.

Cobro el invicto montañés sosiego
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Viola entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo
Tras él se entro, que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una obscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma, ó sombra descarnada,
Quedó pasmado, y el cabello yerto,
Suspenso el paso, y la color mudada;
Hasta que reportado: "ó, tú, encubierto
Cadáver, dixo, dime en voz prestada,
Sino la tienes propia, por qual cueva
Un jayan bruto preso un ángel lleva."

Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino:
Ni que puedan fingidas ilusiones
Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene, y cada hado,
El punto fixo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante,
Que secas las arterias y pulmones
Ayre le falta en que formar razones.

Fueron baxando un caracol difuso
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en ayre negro, y cóncavo confuso,
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los pies las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que con ronco furor de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua á su navío.

Cercado de figuras temerosas,
Que á la luz se descubren, que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta:
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reyna, y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte, y su barquero,
Temple á las almas muda, y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero:
Y Alcides quando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del cerbero,
Así en el débil leño á todo vuelo
Los límites feroz pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento,
O en agua mansa, ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y viendo que se le ha desvanecido
Causóle horror, que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañia de vivo.

Hiere á una parte y otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente, ni al remanso extremos:
Solo de horribles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos
Con el presto relámpago que embiste
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar que sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale,
Las negras sombras, y húmidas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en que buscalla
En el herviente lago y golfo inmundo,
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni como vadear el rio profundo,
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

"Sin duda, dice, el cielo me ha traido
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido
Con el miedo ande siempre en compañia:
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guia
El mal dispuesto influxo de mi estrella
A morir sin por qué tan mozo en ella;

Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar como quien soy de un golpe honrado,
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre si es mortal muera ahogado:
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,
De qualquier suerte quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo."

Dixo, y con ambos remos presuroso
Boga á buscar el fin de la laguna,
Y sin tomar aliento ni reposo
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas, ni da mas paso,
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar si se moviera,
Quando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera,
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.

Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purísima Maria,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guia:
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfia,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida, ó en su muerte.

Y mientras sepultado en el profundo
Entre horribles figuras se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo obscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche obscura.

Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro sin pensar se abria:
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso, y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado
Con sus congojas se halló embarcado.

Vio que eran los dragones y serpientes,
Que antes le perturbaban con vislumbres
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la quadra enlazaban las techumbres:
Las espumas aljofares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho.

Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y hallo que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente,

En que de los tesoros de la sala
Caían unos vivísimos reflexos,
Que en vista y proporcion no les iguala
La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala
Los que dragones parecian de léjos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas ya saliendo por la eburnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce engaño
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que al ayre abierta
El ancho mar por artificio extraño
La bellísima bóveda levante
A la de un claro cielo semejante.

Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nacar den, y á sus corales:
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los ligeros peces,
Con sesgo movimiento y curso blando,
Por varias partes, y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando:
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina, y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
O mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando en confuso y suelto enxambre al suelo
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Qual es de un grave cuerpo el irse abaxo.

Admiróse de ver la hermosura,
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Texiendo en ella varios tornasoles:
Y del lustroso nacar la blancura,
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljofares cuajado,
De balages, jacintos, y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado:
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles roxos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios,
Los montes llenos, muros, y palacios.

Ricas florestas, huertos y jardines,
Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pavos, bellos francolines,
De azules plumas, nieve, y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan, y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado
Al encrespar los ayres con plumages,
De oro, nacar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follages:
De que el bravo español mas admirado,
Que de los antes lobregos visages
Del contrahecho barco, y de su dueño,
Piensa que es todo engaño, ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleytoso
De tiernas flores lleno el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follages tocan las estrellas.

Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos, y lúcidos balcones,
De hermosas ninfas con libreas galanas,
Dan á la vista raras perfecciones:
De lirios, alelis, rosas tempranas,
Triunfales arcos, frisos y festones,
Y en las ricas cabezas de oro llenas,
Coronas de claveles y azucenas.

Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud, y su frescura,
La alegre sangre, y el vivir templado,
Vida á su parecer gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado,
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora de gusto el suyo no les dexa.

Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbrias toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De obscuros senos, y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres, y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mugeres, de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolixas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias:
De arrugas llenas, callos, y de rijas,
Enfermedades, y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno, y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Aguila real, neblí que se abalance,
A quien no dé su ligereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada
Ligera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas de que anda acompañada
Ciega baraja, y confusion de males:
Melancolía, flaqueza, y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Texiendo á vueltas dellas mil engaños
Las edades ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche, ni excusarse dia,
Por las ventanas da, y por los postigos,
Al vidrioso alcázar batería:
Dexando á sus victorias por testigos
La mustia tez, y muerta gallardía,
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.

Dexó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores del castillo,
Y hacer dellas defensas y muralla:
Y el contrario esquadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros, y con maña astuta,
Irreparables golpes le executa.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas, salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Quando en ciego tropel y alto alarido
Del sin ley esquadron fué acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visages,
De aqui y de alli le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personages,
Por donde alli llego, ni todo junto,
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fué con mayor ímpetu asaltado
En venganza de el muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mugeres el malvado
Y fiero Rey de Tracia hambriento de oro:
Ni Orfeo al pie del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino.

Que el tierno jóven del enxambre esquivo,
Que al fragil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es baxeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente;

Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el esquadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano:
Y aquí un monstruo espantado, y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano,
Sola la vieja que al balcon subia
En alcanzar á Angélica porfia.

Qual pardo huron, ó astuta comadreja,
A cazar sube un páxaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba, y escondido:
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer ruido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura.

Quando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos monstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz harpía,
Que trepando iba el muro peligroso,
Y arrojándolo al suelo, ya queria
Ponerle el pie como á raton medroso,
Quando ella humilde á su furor rendida
Así merced le pide de la vida:

"¡O invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin sazon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás de esta montaña
Si yo el camino no te diere llano,
Oye que no hay tan mustio y seco heno
Que para algun efeto no sea bueno.
Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene,
El que abre y cierra el paso, y da camino
A quanto de sus aguas se mantiene,
Alcayde de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya quanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo que desea,
Antes que salga á luz, y antes que sea.
Este en lo hondo de una gruta obscura,
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz si lo vences te dará segura,
Y de quanto deseas saber nueva;
Mas es de tal ingenio, y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.
Con cadenas de perlas has de atalle,
Que será lo demas cansarte en vano."
Dixo, y quando mas puesto en escuchallo
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los pies salió cruzando el valle,
Qual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
O sea Alcina, ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fué la misma hada,
La que en su natural figura quiso,
Sin fiarla de otros medios recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fué de boca,
Y por pies luego á su arruinada roca.

El jóven que al principio no hizo caso
Del sábio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas, ó con llaves, ó con reja;
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella por trofeo,
"Morada del mudable dios Proteo."

Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable:
Y entrando sin mas láminas de acero,
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado.

Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus pies, quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia;
O con la que él se dexa atar sin pena
Quando alguno le vence su porfia,
Al fin él por las señas y el trofeo
Del jayan conoció que era Proteo.

Y deseando saber de su camino,
De su patria y linage lo mas cierto,
De quien su ayo por modo peregrino
En sombras siempre le habló encubierto:
Sobre él ligero entró, y el adivino
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero
Asombrar quiso al español guerrero.

Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fué mudando entre las peñas toscas,
Que antes servian de cama á su sosiego:
Mas el valor que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino monstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

Y por las alas, cresta, y las escamas,
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silbos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos:
Quando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,
Y ahora mas firme, dixo, estás conmigo,
Quando en horrible fuego sonoroso
A arderse comenzó el vano quexigo:
Quiso ya allí soltarlo receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle el ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lobrega y pequeña,
Hasta que vuelto en ayre se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roxa
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sábio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queriale ya dexar desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Quando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
A solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Lo amasaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró, y con la cadena
Que al pie de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida,
Mas el firme español, ni abrió los brazos,
Ni le afloxó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas,
¿A quien no se le trueca entre las manos?
A unos se huyen, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos:
Oráculo y relox de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sábio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin en tantas cosas se convierte, [muerte.
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida, y

Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia
Fixar su rueda, ó que por mas que ruede
No le lleve á vida su importancia,
Es no perder ninguno, con que excede
El sábio al que vestido de ignorancia
Con qualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dexarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Quanto el olvido y su silencio encubre:
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sábio español constante avino
Con el mudable espíritu marino,

Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfia,
Que vuelto á su primer naturaleza
De bascas reventaba, y de agonía:
Quando lleno el semblante de fiereza,
Hecho del siglo por venir espía,
"¿Qué buscas, dixo, ó invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?

Ocho siglos ha ya que condenado
A perpetuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el hijo amado
De Dios, que vio Betlem recien nacido:
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
¿Quién á tan baxos mundos te ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?"

"Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
O autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias, el gallardo
Deseo que me traxo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viage importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De ti en lenguage y cuento verdadero."

Dixo, y el sábio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió asi á las cosas por venir camino:

"Quebrante el cielo, ó España, tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mí contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido:
Y tú imágen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, sino es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.

Sobrino eres del Rey que ahora gobierna
El reyno de Leon, y el Asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano:
Hijo de hermana suya, y por paterna
Linea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y cárcel triste.

Tu ilustre madre en religion sagrada
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbravar de un rio:
Librarlehas de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafio,
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.

Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el francés y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo, y Toro;
Y que en Orcejo rindas á Don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines, y gigantes.

Y que tan noble sangre con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella
Gobierne á España, y lo mejor del mundo,
Naciendo Reyes y Monarcas della:
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de ti por mas extremos
Mil Príncipes á Castro, Sarria, y Lemos.

Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste
De tu invicto valor bastante prueba,
Que del frágil alcázar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave.

Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reyno y tierra,
El cielo trace, y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra:
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la Gascona sierra,
Y que de lo demas que dé esta gloria
Tu fama trace una inmortal historia.

Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte como lo tiene decretado,
Y hacerte mientras vivas en el suelo
Invencible, querido, y respetado:
Mas no hará por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre."

Dixo, y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia;
A un tiempo en sordo estruendo despeñada
La voz clara ahogó que antes se oía
Con el futuro hado entre las gentes,
Que en las torres vivian transparentes.

A quien dexó la súbita caida
Del cielo de cristal, y sus estrellas,
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas:
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se tragó de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantoso estruendo,
Que dexó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo
La clara luz volvió que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Las nubes vence, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese antes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado:
Y ya del todo vuelto en su juicio
De nuevo se espantó viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece.

Cuajadas de preciosa pedrería,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el ayre ufano;
Y en el grabado acero descubria
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras por concetos
De historias por venir varios secretos.

En el lumbroso escudo relevada
La fama vuelta muda de parlera,
Las alas cortas, y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera:
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
"Tiempo vendrá que estos nublados rompa
Nueva ala, nueva lengua, y nueva trompa."

Admirado de tantas novedades,
Dudoso en entender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Quando venir á él vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento,
Grato le dan y dulce acogimiento.

Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
"El cielo, dixo, haga de su mano
Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo, si el seso humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
¿Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo?

¿Qué Magestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios,
A cuyo cargo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios?"
Dixo, y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente godo:

"Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos monstruos la corona
Del inmortal valor que en ti se encierra:
La fama, quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra,
Y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse, y dese escudo.

La diestra lima del autor del fuego,
Qual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
Y dél las heredó un astuto griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon, y el que hizo ciego
A Polifemo entre otras cosas viles,
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.

Llegaron al sepulcro sobre aguadas,
Que por ellas se abrió, y el Jónio altivo
Quizá las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto, que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar veniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleyte está del gusto humano.

Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
Rogándote que baxes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina.

Gundémaro, y su esposa, que perdida
Tantos dias lloró, viven contentos,
Donde lo estarán mas con tu venida,
Por colmo á sus alegres pensamientos:"
Dixo, y del gran leonés obedecida,
A ver fué los floridos aposentos....
Al tiempo que en los campos de Toledo
Batalla hacian la rabia, la ira, y miedo.

Medrosa Arleta, bravo Ferraguto,
Feroz Rangorio, triste Galiana,
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
Y abre una vega de álamos lozana:
Llenos dexé los ánimos de luto,
Rangorio en verlos muertos, la lozana
Infanta en verle á él, Arleta al moro,
Y él el caballo y su mochila de oro.

Y en esta suspension, la que primero
Del silencio la voz sacó parlera,
De alevoso acusando al caballero,
Fué la atrevida y lóbrega hechicera,
Que briosa y temblando ante el severo
Semblante y hermosura verdadera
De la gallarda Infanta de Toledo,
Así le dixo entre esperanza y miedo:

"Soberbia Magestad, cuya belleza
Aun la envidia á negarla no se atreve,
Pues casi iguala con la igual grandeza,
Que ya un tiempo gocé ligero y breve:
Si á las que en hermosura y gentileza
Hermanas tuyas somos se nos debe
Favor, válgame ahora en tal presencia,
Ya que no mi justicia, tu clemencia.

Bien sabes, Reyna hermosa, que fué mio
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
Y que mas tu favor que mi desvío
Sin culpa de los dos me le ha quitado:
No quiero entrar contigo en desafio,
En si ó no me le tienes usurpado,
Mas porque seas de veras su señora,
Tuyo es, yo te le doy, gózalo ahora.

Con tal que deste falso caballero
La afrenta quede de mi honor vengada,
Y á una promesa cumplimiento entero
A cuenta dé de mi beldad gozada,
De darme un preso, ó ser mi prisionero,
El alma prometió en mi fe abrasada,
Mas un nuevo placer siempre se estraga,
Y en inconstantes gustos empalaga.

Cúmpleme, pues conviene, el juramento,
¡O falso! ó darte he al mundo por perjuro,
Que no es bastante excusa que á tu intento
El gusto te saliese aguado, ó puro:
¿A quién sucede todo á su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
Que en invariable estado permanezca,
Y qual luna mortal no mengue, ó crezca?

El mundo es un teatro en que fortuna
Sus varios entremeses representa
De inconstantes figuras, y ninguna
Sale que con la suya esté contenta:
Desde las tiernas faxas de la cuna,
Al estrecho ataud, todo es tormenta,
Ya sopla un ayre, ya vuelve otro viento
Los pasados placeres en tormento.

Bien fuera que á los varios personages
Que á su tragicomedia el tiempo envia,
Tu solo antojo diera el rostro y trages
Con que el teatro alegran cada dia:
¿Tu gusto por ventura en sus ropages
Hallar sin mezcla quiere la alegría?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿no hay otra que lo sea?

Muchas Arletas hay, corre la venda,
Y veraslas á obscuras, si se apaga
El nacar y la purpura que emienda
La nueva tez que la vejez se traga:
Muere su luz, renace la contienda
Del vario tiempo que les pecha, y paga
Plata por oro, lirios por corales,
Y ébano por las perlas y cristales.

¡Quantas al vuelo del sutil copete
Te mostrarian las blancas sienes calvas!
¡Quantas sin el barniz que se entremete,
Ni tan rubias serian, ni tan albas!
¡Quantas la luz fingida de un saynete
De infinitos defectos hace salvas!
Y ¡quantas baxarian de su cielo,
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!

Alguna dió tu antojo por perfeta,
Que ha menester tambien vela encantada,
No es en esta desgracia sola Arleta,
Dime una tú á quien no le falte nada:
La beldad ni está aquí ni allí sujeta,
Mas solo al gusto de quien es gozada,
Y él no es mas que un engaño que le vende
Por gloria á cada qual lo que pretende.

Este gusta de hacer un avariento
Tan á su estrecho estómago medido,
Que si ya atesorar pudiese el viento,
Tendria el respirar por prohibido:
Otro en pródigos gastos tan sin tiento
Hasta el amigo dexa destruido,
Uno se finge hipócrita ajustado,
Y otro saca por gala el desenfado.

Quien en sus graves causas se congoja,
Y las vanas agenas solicita,
Quien se mete en cintura, quien se afloxa,
Quien se pone las cejas, quien las quita:
Quien con loco furor, si se le antoja,
Vivos entierra, y muertos resucita,
Quien los humos murmura de otra casa,
No viendo el fuego que la suya abrasa.

Uno compra los dientes en la tienda,
Al otro se los quitan por perjuro,
Uno se vuelve lince, otro se venda
Por no ver á lo claro ni á lo obscuro:
Cada uno tras su antojo, y por su senda,
Sueña que va el camino mas seguro,
Y sin ver qual debria sus dislates,
Murmura los agenos disparates.

Yo hermosa nací, y en ser hermosa,
Y tenerme por tal, á nadie ofendo,
Qual soy me viste, no soy otra cosa:
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo,
Al gusto que en ti ardia fuí sabrosa,
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene,
Que otro por lo que tú pecaste pene.

Y tú tambien, ó singular Princesa,
Justicia es que me ampares deste ingrato,
Y que me cumpla mandes la promesa,
Y torne de su amor al primer trato:
O mientras no saliere con la empresa
De darme á Brabonel, guarde el contrato
De estar conmigo, como en fe segura
Al gozar prometió mi hermosura.

Que yo haré quanto en mi mano fuere
Por no dar á su amor competidores,
Que es al amante que de veras quiere
El bien de mayor gusto en los amores:
Ni zelos sentirá, sino los diere,
Ni de altivo desden los disfavores,
Que las nuevas beldades traen consigo,
Sin reserva de amigo ni enemigo."

Así á la toledana hermosura
Justicia la arrogante maga pide,
Y del moro feroz la fe perjura
En culpa agrava, y con razones mide;
Cuya demanda, y lóbrega figura,
La justa risa con espanto impide,
Y Ferragut corrido, y de ira ciego,
Bramando lanza por los ojos fuego.

Y vuelto al arrogante caballero,
Que en forma de sangriento desafio
De Arleta hace la parte altivo y fiero,
Así le dixo: "ese caballo mio,
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero
De ti, y quitado ya el caballo y brio,
No por tu persuasion, mas por mi gusto,
Daré á la maga el don que pide injusto.

Digo que le daré derecho en todo
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
Aunque el francés orgullo, y valor godo,
Con la espada le ayuden mas temida:
Arrestóse el jayan en este modo,
Porque parezca la ocasion nacida
De cólera, y no zelos, y ambos juntos
A una cerraron sin mirar mas puntos.

Arrojaron de golpe los caballos
A executar las bárbaras heridas,
Cuyos limpios aceros al tentallos
Sonoras dieron y altas estampidas:
Y los furiosos brios en proballos
Quitar pudieran otras tantas vidas,
A no hallar en el fino temple excusa
Del acero y los hados de Lanfusa.

Llevó el cristiano al moro medio escudo
De un revés, y él salió en un brazo herido
De una punta que halló su filo agudo
Puerta en un brazalete desmentido:
Quando el caballo á Ferragut no pudo
El teson sustentar que habia tenido,
Siéndole fuerza dél saltar á tierra,
Y á pie acabar la comenzada guerra.

Siguiólo en el intento el paladino,
Que no quiso gozar de esa ventaja,
La Infanta viendo el caso repentino,
Y á los dos dentro en su mortal baraja,
Por lo oculto del bosque convecino
A la imperial ciudad medrosa ataja
Con su bello esquadron, que en cada hoja
Algun nuevo enemigo se le antoja.

Así blanca paloma, que ya presa
En las de un gavilan sin culpa ha sido,
Si acaso de las aves la Princesa
Contra él se arroja del caliente nido,
Medrosa suelta la encogida presa
Al forzoso combate constreñido,
Y ella á esconderse temerosa huye,
Mientras el uno al otro se destruye.

Solo Arleta quedó de ojos impuros
A ser de la cruel guerra infiel testigo,
Que hecha á ver muertos, y á rezar conjuros,
De ver despedazar gusta á su amigo,
Y los dos brazos con redobles duros
Para hacerle en sí mismos el castigo,
De mil modos se hieren, y en mil modos,
Para una muerte los intentan todos.

Diestro Rangorio al reparar la herida
De un presto revolver de Ferraguto,
Tras una limpia punta no abatida
Con tal fuerza se entró el francés astuto,
Que seis pasos fué el moro de vencida,
Midiendo el campo no de sangre enxuto,
Y otra le hizo en los sangrientos llanos,
Donde tenia los pies, poner las manos.

Mas no tan presto súbita pelota
En blancas losas salta rebatida,
Quando el gallardo jugador la bota,
Y por las nubes nos la da escondida;
Como él saltó con la paciencia rota,
De ver su espada y furia resistida
De un solo brazo, y que le tenga puesto
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.

Y así ya con mas tiento en su batalla,
Alerto al firme herir de su adversario,
Y al deseo de vengarse, y acaballa,
Feroces golpes da impaciente y vario:
Acertóle uno en la dorada talla
Del firme peto, que un vayven contrario
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
Dos partes el arnés, y quatro el pecho.

Mas paró el riesgo en que una estrecha puer-
Por el fornido acero abrió al costado, [ta
Que el lazo de la malla descubierta
De un fino rosicler dió arrebolado:
Y no fué sangre sola, y color muerta,
La que salió del pecho desarmado,
Que un furor corrió á vueltas, que un entero
Muro rompiera de templado acero.

Mas la atencion del presto sarracino,
Que la furia venir vió desmandada
Del herido aleman, y el desatino
De los ardientes rayos de su espada,
Con él cerró, y saliéndole al camino,
Su destreza y su cólera igualada,
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos,
En duros nudos de sus firmes brazos.

No executó el cristiano la herida
Por falta de lugar, mas pecho á pecho
La lid sangrienta á lucha reducida,
Al moro puso en peligroso estrecho:
Y una furia con otra rebatida,
Vayvenes fueron dando largo trecho,
En un duro teson y ardiente saña,
Ya las fuerzas probando, ya la maña.

Y viendo que es cansarse en la porfia
Su ciega lucha, y anhelar profundo,
Bravos dexan, y en nueva gallardía
El asalto primero hacen segundo:
Ya las dos partes, de las tres del dia,
Que con golpes el moro asombró el mundo,
Pasado habian, y desta lid postrera
Corria sobre dos horas la tercera.

Quando el arnés y el gusto destrocado
Al herido y soberbio paladino
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
De redoblado acero y temple fino:
Y qual si fuera tierno vidrio helado,
Por tres partes quebrado al suelo vino,
Y el francés sin sentido y sin memoria,
Dexando á España el cuerpo y la victoria.

Creyó el moro feroz que estaba muerto,
Y quísole quitar solo el escudo,
Quando del rayo del honor despierto
Volverse á su primera opinion pudo:
Y en desigual combate ya cubierto
De sangre el rostro, y en el alma un nudo
En verse en tal extremo, y al pagano
Sin herida ó rasguño de su mano;

Un golpe tal le dió por la cabeza,
Que con sol le mostró estrellado el cielo,
Y segundándole otro su braveza,
En riesgo estuvo de venir al suelo:
Quando en desordenada fortaleza,
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
El uno con el otro marañado,
Ambos vinieron al sangriento prado.

Así tal vez en la Marsilia arena
Dos libias sierpes vomitando llamas,
Entre el horrible aliento que resuena
Del negro pecho y ásperas escamas,
En espantosos nudos dexan llena
De veneno la tierra, y si las ramas
Su efecto no hacen de la oculta ruda,
Una con otra en roscas mil se anuda.

En igual brega y nudo semejante
La verde yerba trillan los guerreros,
Probando el paladin en el gigante
De una afilada daga los aceros:
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,
De su muerte vió claros los agüeros,
Y el moro en el herir del brazo frio,
Irle faltando á su contrario el brio.

Quitóle de la mano el limpio acero,
Que ya con fuerzas débiles regia,
Y por entre el brazal de un golpe fiero
A dar al débil corazon le envia:
Donde dos veces ya lo escondió entero,
Y á los ojos con él la luz del dia,
Vengando sus aleves desatinos,
Y al padre de Teobaldo, y Montesinos.

Extendióse el mortal cuerpo difunto,
El moro limpia su sangrienta espada,
Y para proseguir se pone á punto
De su dama la empresa comenzada:
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
De sí la sin lealtad maga turbada,
Que el caballo infeliz de la contienda
Manso le ofrece, y se le trae de rienda;

En él subió de un salto, y ella en otro
De los que andaban sueltos por el prado,
Topando acaso un mal domado potro
De sobrepaso y freno desbocado:
Y por la posta el uno tras del otro
Del bosque entraron por lo mas cerrado,
Siguiendo entre una planta y otra planta,
El fusco rastro de la bella Infanta.

Las cinco partes de las seis del cielo
Ya el sol pasado el horizonte habia,
Y el primer orbe con su raudo vuelo
Al otro mundo trastornaba el dia:
Quando al doblar de un monte el fértil suelo,
Que el rico Tajo de alelís vestia,
En cuidadoso paso diligente
Venir un esquadron vieron de gente.

En son de guerra y militar concierto,
Y en orden puesto el real pendon, seguia
Por capitan un árabe, que alerto
Al ver de Ferragut la gallardía,
Y el blason del escudo descubierto,
El mismo que antes el francés traía,
Cómplice en la traicion ya le pregona
Del vencido tirano de Pamplona.

Con él se afronta, y de una gruesa entena,
Que por lanza traía, el hierro agudo,
En el templado y firme acero suena
Del sospechoso y redoblado escudo:
Y el alma del jayan de rabias llena
La ardiente espada saca, y donde pudo
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
Hecho dos le enviara al blando heno.

Habia con sus cien lenguas por Toledo
Ya publicado la parlera fama
Del traidor Rey el cauteloso enredo,
Y el robo injusto de la bella dama:
Y el ofendido padre con denuedo
A la venganza que su honor le llama
Salido habia tambien, acompañado
De la mayor potencia de su estado.

Y en diversas esquadras repartidos,
Unos siguen el rastro, otros los pasos
De la floresta atajan prevenidos
De armas y esfuerzo á semejantes casos:
Destos eran doscientos escogidos
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
Campos del Tajo por aquel camino
Encontró á su pesar el sarracino.

Que engañado en la insignia del escudo
El brioso capitan quiso lozano
De su fornida lanza el hierro agudo
Probar en los aceros del pagano:
Que en verse así tratar de un hombre mudo,
La roxa espada en su arrogante mano
Tal relámpago dió, y golpe tan fiero,
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.

Mas volvió el toledano así furioso
Con la suya en la mano, que al guerrero
Antes que de otro golpe peligroso
El temple afrente de su limpio acero,
Sobre el grabado arnés un tajo ayroso
Con tanto brio le alcanzó, que entero
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
Al brazo, si de acero el brazo fuera.

Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
Del reportado sufrimiento el punto,
Así el lumbroso alfange revolviendo,
Que al ayre es de un sutil rayo el trasunto,
Sobre el moro baxó con tal estruendo,
Que escudo, brazo, y yelmo todo junto
Hizo pedazos, y partió derecho
Cabeza, barba, cuello, hombros, y pecho.

Resonó al golpe con acento horrible
El bosque opaco, y la ribera de oro,
Pareciendo á los ojos imposible
De humano brazo así partido un moro:
Y en la asombrada esquadra, que el terrible
Triste suceso vió en gritar sonoro
Contra la espada cruel para venganza
De su muerto Anfrangol no quedó lanza.

No dió gusto la furia sarracina
Esta vez al jayan, aunque desea,
Mas que el dulce vivir, guerra contina,
En que su espada hacer grandezas vea;
Porque ha dos dias que sin comer camina,
Y dellos uno entero que pelea,
Y aunque encantado, y de ánimo brioso,
Es hombre al fin, y ha menester reposo.

Mas viendo el cruel intento de venganza
Que trae sobre él la furia de Toledo,
Como entre flores de un jardin se lanza
A resistir su trápala y denuedo;
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
Ni ha menester segundo, ni yo puedo
Contarlos todos, ni decir los ciertos,
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.

Quitó á Zelin el brazo del escudo,
Y á Focion, que en constancia nunca oida,
Ni reir ni llorar supo, envió sañudo
A mudar condicion en la otra vida:
Al astrólogo Arbildos, que no pudo
Levantarle figura á esta salida
Por la priesa del caso repentino,
De un golpe dexó hecho un tercer sino.

Mató á Gelon, á Rufo, y á Tidoro,
Este noble, y los otros dos tratantes,
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
Nacidos en los duros Garamantes:
El gallardo mancebo Casiodoro,
Que de su nueva esposa aquel dia antes
Gozó el gusto primero, al otro mundo
Desde allí le envió sin el segundo.

Y qual si algun peñasco firme fuera
Inexpugnable está á sus adversarios,
Roto el arnés, y la braveza entera
Al dar y recibir golpes contrarios:
Un nuevo rayo de la quinta esfera
Es de su espada en los efectos varios,
Pues ni del campo pierde ni del brio,
Hecho el contrario ya de sangre un rio.

Martorio era un plebeyo ciudadano,
Que de humildes principios pretendia
Por sus logros hacerse mas temprano
Contrahecho señor, que convenia:
Habia comprado al pueblo toledano
El oficio de alferez, y aquel dia,
Tomando posesion de su contento,
El imperial pendon volaba al viento.

Iba en el medio de la esquadra amiga,
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,
Ocasionando su ambicion que diga
Cada uno de ambas cosas quanto pueda:
Y mirando la cólera enemiga
Del brazo altivo que pasar les veda,
Asombrado de guerra tan de veras,
Buscaba de huir nuevas maneras.

Al corpulento vientre en que estribaba
La real bandera, y por se hacer visible
En lo abultado y grueso reventaba,
Con furor asestó la espada horrible:
Volvió espantado de su vista brava,
Y por huir del golpe si es posible,
En un pantano trabucó, cayendo
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.

Ferragut que á hacer golpe espantoso
Iba en todo aquel monstruo corpulento,
Sin poder mas el animal brioso
Sobre él cayó, y allí sobre ellos ciento:
Al morisco ahogó el charco lodoso,
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
Cargando en el del campo todo el peso,
Quedó por culpa del caballo preso.

Al tiempo que el Infante de Toledo,
En favor de su padre y de su hermana,
Con noble esquadra, y con gentil denuedo
Por la selva llegaba comarcana
Al revuelto esquadron lleno de miedo,
En la ocasion al parecer liviana
De un solo caballero, que ha podido
Dexarlo roto ya, que no vencido.

Era el Príncipe ilustre toledano,
De noble inclinacion, y ánimo justo,
Cortés, prudente, sábio, afable, humano,
De real presencia, y apacible gusto:
A quien su padre infiel por fiel cristiano
La vida le quitó en decreto injusto,
Trocando mártir ya el Infante tierno
El reyno temporal por el eterno.

Enamoróse de la ley cristiana,
Por la dulce armonía y dependencia
Que della tiene la razon humana
En discreta y política prudencia:
Trocando por diadema soberana
Reyno mortal, y dándole en herencia
Honra á Toledo, exemplos á Zamora,
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.

Este llegando á ver el imprudente
Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitan valiente
De veinte estaba sin concierto asido:
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su esquadron deshecho,
El valor conoció al heroyco pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasía,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor tenia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecia,
Libre le pide en fe de caballero
En sus manos se dé por prisionero.

Que él vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así en ley de quien es lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza:
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heroyco Príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño
Con que el moro español fué acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño,
Que todos por su culpa han recibido:
Y aunque la herida del mandoble extraño,
Que al agresor partió le ha enternecido,
La razon misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traicion pasada habian sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero,
Que por contrario le tenian primero.

Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al Rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangório aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el comun provecho
Del golpe heroyco por su espada hecho.

Y como en libertad la Infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve, y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el dia;

Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble Infante,
Con guarda y compañia suficiente,
Y el moro aragonés, fueron adelante,
Al castillo del paso de una puente,
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve,
Que otro dia á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones
Con que el navarro Rey trató el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones,
Que suyo hicieron el ageno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Quando el bosque sonó en rumor extraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercibidos,
Por saber cuya fuese la batalla,
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:
Suenan las armas, crecen los ruidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas obscura
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del ruido belicoso
La grita aquí y allí de quando en quando:
Ferraguto con pecho mas brioso,
O con mayor desgracia, exprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió, y la compañia.

Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORÍA.

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes, y como ninguna desgracia llega á quien él de

su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y como el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dexando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayan vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el ayre, y los resplandecientes rastros que la virtud dexa de sí, á quien las envidias y emulaciones antes hermosean que dañan: como se ve en el encantamento del jayan de alambre, y sus avispas. En el del miedo fingido se ve, que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo, y son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la hermosura, y de la juventud, y quan frágiles defensas son las suyas hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece, y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque quando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierto, y á vista de los ojos que mas lo pensó encubrir.

Fin del libro nono.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO.

Ferragut perdido por unas selvas halla un castillo donde le sucedió un sabroso encantamento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le dexa, y llega á pie á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice, y al Rey su padre, y á Galirtos, los quales hacen compañia á la Infanta hasta Granada. Y Galirtos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleyte.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion, si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado:
Y celebrando su ánimo robusto
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldan, de un Astolfo, de un Gayfe-
Graves sucesos, casos peregrinos, [ros
Y del feroz Reynaldos, y Oliveros,
Famosos hechos de silencio indinos:
Encantamentos varios, golpes fieros
De bravos héroes, y altos sarracinos,
Que por su fama fueron de aquel mundo
Dignos de mas lugar, que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente extraña,
Sino es en quanto heroyco fundamento
A esta victoria y célebre hazaña:
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quien hay que teniendo hombres famo-
En su nacion, celebre los agenos? [sos
Y ¿tratando de hechos valerosos
Los mas olvide por contar los menos?
O ¿qual clima dió al mundo mas briosos
Pechos de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso, y voz tan grave,
Que hacer pueda á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quien hay que á su valor llegar presuma?
¿Sus invencibles héroes quien los sabe?
O ¿quien no sabe la excelencia suya,
Sin que yo la encarezca, ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O ya á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus exércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta magestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa, y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfeto
Y singular valor que la acompaña,
¿Quien pues teniendo aquí tan gran sugeto
A mendigarle irá de gente extraña?
Yo en esto, ó patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua obscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas, que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche obscura
De riscos finge y de malezas llena:
Y al claro fuego en senda mal segura
Al pie fué á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.

Aquí de hambre y sueño fatigado
Bastante cena halló, y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado
Fué el cielo cobertor, pluma la grama,
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del Zenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que el sueño le rompió, y le ató la vida.

El toledano Príncipe, y su gente,
Sin otro riesgo mas, ni mayor daño,
Cada qual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Despues diré la causa, que al presente,
Despierto el moro, busca el potro extraño,
Que en regates paciendo por la selva
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llevóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara, ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera quanto halla, y quanto huella.

Anduvo el dia por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino,
Ni sabe si prosiga, ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda, y mientras mas se enselva,
Menos guia le queda y menos tino,
Y menos gusto en ver quan mal segura
Hácia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta,
Con que el seco rastrojo desvolvia,
Perdida le dexó la corva punta,
Que entre los surcos mas que el sol lucía:
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el dia,
Tal el descaminado Ferraguto
Trastornando quebradas va sin fruto.

El sol entre las nubes del poniente,
Aunque con tibios rayos dilataba
La misma sombra, que calladamente
De su errado camino le avisaba:
Quando yendo á emendarlo vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda, y para allá camina,
Deseoso de saber dónde se halla,
Y en tanto que anda mas menos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo, y corre á su mohina,
Que la piensa huir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre si la mira,
Que él se está quedó, ó que ella se retira.

Perdió tras este afan lo que del dia
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guia
Los pasos le pusieron de Clarionte
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.

Quando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Rodas semejante:
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso,
Que del gigante y su primer denuedo
Qualquier término honrado es sospechoso:
Quando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen, y á librallo
De las pesadas armas y el caballo.

Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche obscura
A cuenta de mil claras luminarias:
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos
A ver el techo de oro artesonado,
Si antes le habian del sueño los antojos
En lóbrega mazmorra aprisionado,
Alegre mira en ayre los enojos
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,
Y en la quadra y sus galas deleytosas
El diferente estado de las cosas.

Súbenle en varias lumbres á una sala
De oro labrada toda y pedrería,
Y á una quadra de allí, que por mas gala
De brocado entoldada parecia:
A lo alto de sus bóvedas no iguala
Del cielo la preciosa argentería,
Quando en las frias noches del invierno
Mas lleno está de luces, y mas tierno.

En medio de la quadra ardiendo habia
En leones de oro un lecho de brocado,
De nacar un bufete de atauxia,
De olores finos, y de luz cargado:
La vista el moro aquí y allí volvia
De la gustosa variedad llevado,
Y por un breve rato deste modo
No miró nada por mirarlo todo.

No fué de Cleopatra la Gitana
El Capitan Romano mas servido,
Ni en mas ostentacion y pompa ufana
De Faro en su alta torre recibido;
Ni en la quadra del cielo soberana,
Donde Juno acaricia á su marido,
Entran á le servir diosas mas bellas,
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, y puesto
Sobre su arnés un manto de escarlata,
Bordada en él la historia de un apuesto
Pastor, que con cien ojos se recata:
Del fingido Mercurio, que dispuesto
Ya de cerrarlos de una vez remata
Su vida con su voz, que un doble trato
Suele engañar á un argos en recato.

Llegó una hermosa dama, que traía
En fina porcelana real conserva,
Que aunque de azucar hecha parecia
Con cuernos de oro alborotada cierva,
Que en almibar nadando pretendia
De la flecha huir la mortal yerba,
Que en el cuerpo llevaba soterrada,
Yendo así la verdad mas disfrazada.

"Señor, dixo la dama, aquel gigante
Que hospedaros mandó, y es noble dueño
Desta casa, y que á todos con semblante
Alegre albergue da dulce y risueño;
Mientras viene á serviros con bastante
Gusto de hacerlo así, como en empeño
Del suyo, os ruega refresqueis la boca
Con este dulce que á beber provoca."

El moro al noble trato agradecido
En corteses palabras le responde,
Comiendo del regalo, que en olvido
Sus males puso sin saber por donde:
Sirviéndole tras ello un encendido
Y suavísimo vino, en quien se esconde
Tanta virtud, que en todas ocasiones
Del alma olvida, y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto
Del nectar que en el cielo se vendimia,
Que del mundo inferior todo su agosto
No llega aquí, ni alcanza su vendimia:
No hay bien cumplido en él, todo es angosto,
Finge contentos de oro, y son de alquimia:
Si este le dura al moro, no hay recelo
De que el dulce brebage sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena
Que el yerro le ha causado del camino,
Y en un dulce reposo el alma llena
De los vapores del alegre vino:
Quando un sordo rumor de gente suena,
Y en aparato y resplandor divino
Cien ninfas van entrando por las salas
De hermosos rostros, y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante
Haciendo vienen magestad y estado,
A quien del rico manto rozagante
Diez dellas traen la falda de brocado:
El cortesano moro con semblante
Alegre á recibille fué admirado
De su extraña fealdad, y la belleza
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.

Tomó en frente del moro rica silla,
Y hablando en varias cosas le parece
El pomposo jayan sombra sencilla,
Que cada rato en su estatura crece:
La barba y cara cana y amarilla,
Mirar su obscura altura desvanece,
Que de la rica quadra, desde el suelo
Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
A vista de la górgona fiereza,
En hinchazon hidrópica creciendo
En la luna fué á dar con la cabeza:
Donde por el gran peso retorciendo
De la agoviada espalda la grandeza,
No hay signo en el zodiaco ni estrella,
Que no se pare á descansar sobre ella.

Es nuevo el caso, y como tal le admira,
Y mas que todo la espantosa junta
De las dispuestas damas, en quien mira
Medrosos rostros de color difunta:
Ora sea que en las luces se retira
El bello lustre del matiz que apunta
Al rosicler de la atezada cara,
Quando alumbra del sol la antorcha clara.

O que la obscura noche con sus olas
Los vivos resplandores les empaña,
O que del blando afeyte en ellas solas
El ordinario deslumbrar engaña:
Al fin entre sus garbos y sus golas,
La vista un no sé qué de horror extraña
Entre aquella beldad, que aunque escogida,
Rastros descubre de beldad fingida.

Suspenso estaba en este asombro el moro,
Quando la horrible máquina, que sube
A herir con su alta frente el techo de oro,
Deshecha huyó como aparente nube:
Saliendo della un celestial tesoro
A Diana semejante, quando sube,
Caido el velo ya que la encubria,
A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante
De su sombra nació una imágen bella,
Tanto á su pensamiento semejante,
Que viva pareció Galiana en ella:
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
Vida le era el oilla, y gloria el vella,
Quando al gusto del vella, y del oilla,
Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas
Al alma por la vista abrian antojos,
Qual cometas en luz de oro distintas
Se huyen y van de los atentos ojos,
Formando al ayre unas doradas cintas
De sutiles vislumbres y arcos roxos,
Como á las nubes vuela en sus centellas
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente
Licor, que ya fué alegre, mostró ardiendo,
En tibio fuego, y luz resplandeciente:
La sutil llama va el humor bebiendo,
Acaba de enxugarle, y de repente,
Sin negro humo ni sonoro estruendo,
En ayre ya resuelta se derrama
Del blando incendio la dorada llama.

Así aquella aparente hermosura,
Que en humanas figuras se partia,
Medallas de oro hecha la mas pura,
Rayos de fuego sin quemar fingia:
Cuya dorada luz, ya en sombra obscura
Desvanecida, al ayre se volvia,
Qual relámpago ardiente, cuyo fuego
Dexa al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa
Con la aparente imágen de su gusto,
Ciega la vista, la atencion confusa,
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,
Buscando á tanta novedad excusa,
Y al nuevo engaño el fundamento justo,
Y cómo de aquel bien en que se sueña
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Parécele que viene, ó se le antoja,
La bella toledana en su contento,
Que aunque enojarse finge, no se enoja.
Ni tiene á libertad su atrevimiento:
Quando en nueva se vió y mortal congoja
Sobresaltado el ciego pensamiento
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta,
La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fué el miedo tal, que desperto asombrado,
Y en un valle se halló al pasar de un rio,
Entre matas de adelfa recostado,
Al cielo abierto, y al sereno frio:
Tuvo por vano sueño lo pasado,
Y si algo no lo fué, fué el desvarío,
Que aun despierto y con luz medroso sueña
De la maga sagaz de Fontidueña.

Sube á caballo, y desdeñoso pasa
Por medio el rio profundo, quando el dia
Alegre á coger sale de su casa
Las mismas perlas que en las flores cria:
Baxa del monte á la campaña rasa,
Y del bosque salió por otra via
Una ligera cierva, que llevaba
Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,
La que de azucar vió de oro en un plato,
Quando á la luz de la delgada gente
Cenar soñó, y tener de gusto un rato:
Creyó aquello por sueño, y lo presente
Por la verdad de lo que vió en retrato,
Y así "sin duda esta corcilla brava
Es, dixo, la que yo alcanzar soñaba."

Síguela con sus perros una diosa,
Que de la luz del sol pareció hija,
Sobre una blanca hacánea vistosa,
Que el viento la espolea y regocija:
Conoció el moro á la Princesa hermosa,
Que amor le ha puesto en la memoria fixa,
La misma que al sabor del blando sueño
Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrímale las piernas al caballo,
Que de brioso no conoce espuela,
Por correr tras su gusto y por gozallo
En el gallardo brío con que vuela:
Doce leguas corrió sin reportallo,
Siempre llevando á vista la cautela
De la corcilla y dama, que engañosas
Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que al despeñarse á una quebrada
Ligero se arrojó de los arzones,
Pasando la feroz desenfrenada
Bestia en ciegos traspies y tropezones:
Volvióse el moro á pie, y de la cañada
Al subir los estériles terrones
La cierva volvió á ver, y á quien la sigue,
Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un leon brioso
Despedazada vió su blanca cierva,
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,
Quando del prado en la florida yerba
Ella garza se hizo, el leon furioso
Presto neblí, que en diestra ala conserva
La primera intencion, y á todo vuelo
Dándole fué regates hasta el cielo.

La Infanta que siguió por todo el dia
La cierva que ya es garza en medio el prado,
Un revuelto peñasco parecia
En que ella y su caballo se han trocado:
Dexó asombrado al moro lo que via,
Y en duda si durmiendo, ó si encantado,
Así ligero se le trueca y miente,
Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusion desta maraña
En un mágico cerco fingió Arleta,
Desde que metió al moro en la montaña
Del sordo ruido de armas inquieta,
Hasta las sombras en que aquí le engaña,
Por apartar de su alma á la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo,
Que tiene zelos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el extraño
Y mágico aparato, ya hay quien diga,
Que en el fingido alcázar ciego un año
En su poder le tuvo, y fué su amiga:
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
Tanto podia durar, ni la enemiga
Maga mas le tuviera que aquel dia,
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido
Por cobrar se entretuvo á Clarionte,
Y no pudiendo haberlo, desabrido
Por la aspereza se emboscó de un monte:
Y de una aldea en otra entretenido,
Un dia quando el sol de su horizonte
Tenia la cumbre y el zenit del cielo
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura
Entre altísimos pinos caminaba,
No léjos de una ciega gruta obscura,
Que el claro Betis con cristales lava:
A una tajada peña, cuya altura
Silla á las nubes en sus hombros daba,
La ventura que ya otra vez le guia
Cansado y sin pensar le sacó un dia.

Está un castillo en esta oculta peña
De un muro inexpugnable rodeado,
Entre el respaldo de una espesa breña
Por mayor fortaleza incorporado:
El rio que en duros riscos se despeña
Por el uno le cerca y otro lado,
Con una angosta senda y puerta estrecha
De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo rio,
Y el romper por los árboles el viento,
Y de las aves con el blando frio
El dulce son y sonoroso acero,
Templarle hizo á Ferraguto el brio,
Y cansado de andar sin gusto á tiento
Su quietud desear, que es caso feo
No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna,
¿Quien hay que con la suya esté contento?
Envidia el labrador la real fortuna,
Y el Rey al labrador su humilde asiento,
El viejo al que gorgean en la cuna,
El mozo lo que al viejo le es tormento,
El soldado la paz que al monge encierra,
Y el monge piensa hallar paz en la guerra.

Al que labró el castillo esto bastaba,
Mas al moro del mundo es poco el resto,
Que no cabe en el puño la mar brava,
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:
Esto el valiente capitan pensaba
En una suspension sabrosa puesto,
Quando al silencio del atento oido
De armas deshizo un bárbaro alarido.

Del raudo Betis el cristal huyendo,
Que en duros riscos abre ancho portillo,
Del ronco acero el temeroso estruendo
Al que escucha no da lugar de oillo:
Mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo
Brioso sube al áspero castillo....
Despues diré sus golpes, que ahora al fiero
Dueño del firme muro decir quiero.

Desta alta fuerza hablaba peñascosa
El antiguo Yucef, quando decia,
Que de Bramante el alma desdeñosa
Loca de zelos conquistado habia:
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,
De aquí salia á robar, y aquí volvia,
De insufribles desdenes retirado,
Sin otra ley que la de un gusto airado.

Aquí de los enfados rebatido
De la adorada Infanta de Toledo,
A vengar disfavores reducido
En loco antojo y bárbaro denuedo,
La tierra tiene y reyno destruido
De su escabrosa condicion el miedo,
Corriendo un mismo riesgo en el camino
El Rey, y el remendado peregrino.

Quarenta damas de las mas hermosas
Que su crueldad halló tenia robadas,
O en asaltos y guerras peligrosas,
O con traidoras fraudes conquistadas:
Estas le habian de asistir forzosas,
De ricas telas de oro aderezadas,
A un cruel servicio y débito ordinario,
O con forzado gusto, ó voluntario.

Y por su antigüedad se iban llegando
A su lado, á su mesa, y á su cama,
Y no bien se acababa el dia, quando
Puesta quedaba en libertad la dama,
Y otra de nuevo en su lugar entrando,
Para así alimentar la brutal llama,
Y en este estilo por la injuria de una
No perdonar la fama de ninguna.

Con las doncellas esta ley guardaba
Bárbara condicion, soberbio intento,
Con que á su torpe parecer vengaba
Su injuriado arrogante pensamiento:
De los que en cruel altar sacrificaba
A un ídolo de humana sangre hambriento,
Poblaba de reliquias las almenas,
De sangre y tristes luminarias llenas.

Cada mañana hizo un sacrificio,
Y cada tarde deslustró una dama,
Sin dar segunda vista al torpe vicio,
Ni proseguir dos noches una cama:
La caza era de dia su exercicio,
Y no de fieras, mas segun es fama,
Por las selvas, caminos, y poblados,
Caminantes cazaba descuidados.

Tenian la tierra despoblada y sola
Sus asaltos y presas ordinarias.
La mauritana gente y la española
Puesta al rigor de sus traiciones varias,
Que por vengarse de una dama sola,
Todas quiso que fuesen sus contrarias,
Y en este intento el sin lealtad tirano
Al moro hacia igual con el cristiano.

Injusta presuncion, necio cuidado,
Perder el propio por el gusto ageno,
Y pretender sin fe un amor forzado,
Vacío de glorias, y de enfados lleno:
Mas ya el aragonés moro, llevado
Del ruido de armas por el monte ameno,
Llegando fué á la temerosa roca,
Que con las puntas en las nubes toca.

Por donde vió la senda mas trillada
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,
Entre dos firmes peñas asentada,
De fuertes planchas de metal cubierta:
Halló que por de dentro está cerrada,
El aguardar que le abran cosa incierta,
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,
Quanto mas se acercaba, mas crecia.

Por pardos riscos y quebradas peñas
Como pudo se fué acercando al muro,
Buscando entre las rocas y las breñas
Para poder subir lugar seguro:
Quando al profundo rio dos pequeñas
Ventanas hechas vió en un mármol duro,
Y en triste suspension á la una dellas
En forma de mugeres dos estrellas.

De las dos conoció que era la una
La bella Doralice granadina,
Que como en cerco de oro blanca luna
Su beldad resplandece peregrina,
Dando en llorosos ojos de una en una
Mil perlas sobre el agua cristalina,
Con que el Betis soberbio al primer grano
A enriquecer los mares corre ufano.

"Nunca creí que tierra tan fragosa
Guardara, dixo el moro, tal riqueza,
¿Acaso en esta roca venturosa
Vive escondida al mundo la belleza?"
Entonces de las dos la mas hermosa
Con nuevo llanto alzando la cabeza,
"No vive, dixo, en cárcel tan obscura
Sino la misma muerte y desventura.

Huye, triste de ti, huye ligero
La infame tierra, y el lugar odioso,
Sino te amarga el mundo venidero,
Y como á mí el vivir te es enfadoso:
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,
Y con él los que el cielo riguroso
Por el castigo de sus culpas echa
A morir en cadena tan estrecha."

"Señora, dixo el moro, á los decretos
Del justo cielo no hay defensa alguna,
El toque y prueba de ánimos perfetos
Son las contrarias vueltas de fortuna:
Mas si deste castillo los secretos
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;
Que ver vuestro dolor me ha persuadido
Poder serviros, y el favor que os pido.'

"El muro, dixo Doralice, es hecho,
Qual veis, de argamasada piedra viva,
No os pongais, caballero, en tanto estrecho,
Buscad otra ocasion menos esquiva:
El entrar por ahora es sin provecho,
Y mucho el riesgo que la entrada os priva,
Si ya con vos vinieran otros ciento,
Aun fuera temerario arrojamiento."

"En poca deuda os soy, respondió el moro,
Pues mi honra os debe menos que mi vida:
Dexadme entrar, que el cielo en quien adoro
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.
Si esos suspiros, si ese triste lloro,
No son qual pienso en vos cosa fingida,
A trueco de enxugar ojos tan bellos,
Pequeño riesgo es el morir por ellos."

"Ya eso, le respondió la dama bella,
A mas me obliga que á os negar la entrada.
Si, lo que el cielo no permita, en ella
Vuestra temprana muerte está guardada:
Mas si con tanto gusto os vais tras ella
Deshaced esta reja con la espada,
Y tendremos al fin quien en tal pena
A arrastrar nos ayude esta cadena."

Así la mora dixo valerosa,
No creyendo que el fuerte sarracino
Con la espada rompiera la espantosa
Reja, y del duro acero el temple fino:
Mas qual de cera azul pasta amorosa
Toda del primer golpe al agua vino,
Y Doralice viendo el hecho altivo
Temió que fuese Rodamonte vivo.

Entró á un jardin vestido de frescura,
Donde con otras vió la dama bella,
Que en triste llanto envueltas y hermosura
A su pesar se entretenian con ella:
Contáronle el rigor de su clausura,
El desgraciado curso de su estrella,
Las leyes del castillo en que se halla,
Y por sospechas la cruel batalla.

De allí pasó, entre andenes retocados
De rosicleres, donde en golpes fieros,
De treinta alarbes brazos rodeados,
Se combatian dos bravos caballeros:
Los almetes y escudos destrozados,
Los brios y los ánimos enteros,
De ardiente sangre y de furor cubiertos,
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
Que no quiere humillar su brazo fuerte,
Y por no herirlos de dolor suspira,
Y ellos por no poderle dar la muerte:
Ferragut, que el notorio agravio mira,
Por la canalla vil se entró de suerte,
Que de su ira los rayos mas pequeños
Verdades fueron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,
Y del segundo al que tras dél venia,
Del tercero tambien cayó el tercero,
Que al quarto y quinto les sirvió de guia;
El sexto hizo igual con el primero,
Y el séptimo á buscar al sexto envia,
Y al fin de las primeras diez heridas
A sus pies derribó otras tantas vidas.

Y no el jayan con esto satisfecho,
Llama lanzando por los ojos viva,
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,
Otro hiere, otro mata, otro derriba,
Otro menudas piezas dexa hecho,
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,
A este barrena, á esotro descabeza,
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.

Qual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario yelo,
De roncos truenos y furor cercado
Rompiendo sale con su furia el cielo;
Si de la roxa mies fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano
Pudieran proceder golpes tan fuertes,
Ni que una limitada y mortal mano
Diese en tan breve espacio tantas muertes:
Y tú tambien, ó bárbaro inhumano,
Que tu presente destruicion adviertes,
De tu arrogante pecho el primer brio
Tibio siente el calor, y el fuego frio.

El bravo aragonés aun no cansado
Del cruel destrozo que á sus pies tenia,
Tras las flacas reliquias que han sobrado
Qual lobo entre corderos discurria,
Hasta donde el gigante retirado,
Contemplando el estrago que hacia,
Tal despecho y dolor en su alma siente,
Que se deleyta en ver morir su gente.

Qual de la ardiente Libia leon herido
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,
En fuego de venganzas encendido
La cola hiere, y con su herir se aira,
Y al puesto y al lugar mas defendido
Con atrevidos pasos se retira,
Y sustentando allí la inutil plaza,
Las lanzas quiebra y flechas despedaza.

Así el jayan de su furor llevado
Al encuentro salió al moro valiente,
Y ha de vengar en él determinado
El sangriento destrozo de su gente:
Y un corvo alfange en alto levantado,
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atrás desacordado,
Dando traspies del golpe recebido,
Que á no ser cuerpo y armas encantado,
Le diera en dos mitades dividido:
Mas no tan bravo el escorpion pisado,
Ni con tanta presteza dexa el nido,
Como el moro acudió á vengar su injuria,
Mas del honor herido que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo
Al descortés jayan dió tal respuesta,
Que á pesar de su fino temple pudo
Del yelmo hallar la relevada cresta:
Y á no torcer la espada el filo agudo
La vida en riesgo le dexara puesta,
Que así entró rebanando, qual si fuera
Por un delgado estaño, ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso
Nada de su opinion el golpe fiero,
Que antes volvió al combate peligroso
Con mayor arrogancia que primero:
Y un mandoble acertó tan poderoso
Del limpio escudo en el grabado acero,
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte
Mortales golpes de uno y otro lado,
De los dos el mas flaco y menos fuerte
A su enemigo tiene acobardado:
Cada qual quiere rescatar su muerte,
O con ella alcanzar crédito honrado,
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,
Comprar la vida con la muerte agena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,
Y los pesados golpes dobla y carga,
Ya desta parte, ya de la otra vuelve,
Y aquí la tempestad y allí descarga:
Mas su contrario en uno se resuelve
De averiguar por sí brega tan larga,
Y con reportacion templando el brio
En mil no acierta á dar uno en vacío.

El suelo de armas y de horror cubierto,
Y ellos por todas partes desarmados,
Dando y sufriendo golpes sin concierto,
De sangre están y de sudor bañados:
Un tajo Ferragut en descubierto
En uno le alcanzó de dos costados,
Cuyo rigor y desigual destreza
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho
El rico arnés, con sola esta herida
El agraviado reyno satisfecho
Quedara, y el gigante sin la vida:
Pero faltóle entrar con pie derecho,
Y así salió la espada rebatida,
Aunque á pesar del sobrepeto grueso
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa
Como á este tiempo el desleal Bramante,
Ni ánimo de arrogancia tan briosa
Que no dude ponérsele delante:
Y él, qual la mar bramando tenebrosa,
Alterada de un áspero levante,
Con ambas manos el alfange afierra,
Para dar de una vez fin á la guerra.

Hizo ademan el moro de esperalle
A la menguante sombra de su escudo,
Y él con tanto furor baxó á buscalle,
Que mal executar su golpe pudo:
Mas el diestro español al desvialle,
La espada así encarnó su filo agudo,
Que entre el reparo, y el salir de tajo,
Una pieza le echó del hombro abaxo.

Segundóle al pasar otra herida,
Y otra y otra dobló mas peligrosa,
Y entre una y otra malla desmentida
Una punta halló puerta sabrosa:
Pudiera por allí salir la vida
A encarnar mas la espada venturosa,
Y contentóse con dexar caliente
De roxa sangre una copiosa fuente.

No pareció á Braban caso seguro
Brioso esperar á tanta gallardía,
Ni de sus planchas, ni en su temple duro,
Ni de su fuerza ni su maña fia:
Parécele ya estrecho el ancho muro,
Que antes un mundo entero no temia,
Y nada sano el combatir ligero,
Si es qual parece su contrario acero.

Mas ya en rabiosa cólera encendido
Los golpes redoblando sin concierto,
A no ser encantado el combatido,
De qualquiera quedara dellos muerto:
Está fuera el gigante de sentido,
Que un monte hubiera con su espada abierto,
Y halla á su contrario mas constante
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.

No sabe por qué via aprovecharse
De enemigo tan fuerte y poderoso,
Ni cómo con su cólera vengarse,
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:
Al fin como no puede reportarse,
Ni su espada hacer un lance honroso,
Resuélvese en cogerle entre los brazos,
Y allí hacerle á su placer pedazos.

Con nudos mil le ciñe, y le recoge,
Y de su maña y fuerza se aprovecha,
Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
Ya en la lucha se empina, ya se estrecha:
Ya de los hombros con furor le coge,
Y aquí y allí le vuelve, y le desecha,
Bien que así Ferragut su fuerza alienta,
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando
Con pertinaz porfia y fuerza extraña,
Perdiendo tierra á veces y ganando,
Ya las fuerzas probando, ya la maña:
Las vueltas de fortuna experimentando,
Que al vanamente confiado engaña,
Y al loco con favores desvanece,
Y al atrevido ensalza y favorece.

De la prolixa lucha ya enfadado
Hizo pie el de Aragon en un recuesto,
Y de un vayven sin maña y tiempo dado
Su enemigo de sí echo descompuesto:
Y el de su misma furia arrebatado
Sin pensar se hallo en el suelo puesto,
Y Bramante en sus pasos tropezando
Largo trecho tras dél fué trabucando.

Mas sin mostrar ni sombra de recelo
Que pudiese agraviar su fortaleza,
Bramando al ayre, y escupiendo al cielo,
De nuevo la cruel batalla empieza:
Y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
A dos manos de encima la cabeza,
Con tal furor desciende, y tal ruido,
Que dexó á su contrario sin sentido.

Y otro y otro segunda, y otros ciento
Así apriesa, que un yunque de diamante
No resistiera el fuerte movimiento
Del desabrido hermano de Morgante:
Y el de Ulid con enfado y corrimiento
De verse así tratar, bravo, arrogante,
Contra el firme enemigo que le enoja
El roto escudo y la paciencia arroja.

Tembló el corcega infiel al grito fiero
Que el de Aragon bramó determinado
De dar á sus porfias el postrero
Y último golpe á lo que habia empezado:
No se vió rostro ni semblante entero,
Ni corazon de veras reportado,
Que del general miedo el pasmo frio
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.

Y él con la gallardía acostumbrada,
Y firme pulso que su brazo encierra,
La peligrosa relumbrante espada
Con ambas manos afrentado afierra:
Y á dexar en su filo averiguada
Su clara fama, y la dudosa guerra,
Sobre el ya temeroso Rey Bramante
Baxó el ayre cortando resonante.

No en ademan mas vivo y mas gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo
A todo el mundo, y no al gigante espanta;
Quando el Etna encendido á su resguardo
Desde la cumbre tiembla hasta la planta,
Que ya de Doralice el nuevo amante
La espada alzó contra el sensual gigante.

Y en tan lleno furor baxó derecho
El filo agudo por el ayre blando,
Que escudo, brazo, yelmo, rostro, y pecho,
Las entrañas y el vientre palpitando,
Dos partes el gran corzo quedó hecho,
Y en medroso silencio resonando
Por las doradas bóvedas corriendo
Un rato el eco fué del golpe horrendo.

Así rayo veloz al viejo encino,
Que antes servia de sombra á todo un llano,
Al suelo arroja en trueno repentino,
Y el eco asorda al valle comarcano;
Vuelve medroso huyendo del camino
El que á su abrigo va á ampararse en vano,
Tiembla el pastor, el segador se admira,
Y el dueño del rastrojo calla y mira.

Tales los circunstantes admirados
Dexó el no visto golpe poderoso,
De asombro los contrarios retirados,
Y de miedo encogido el mas brioso:
Los dos que Ferragut halló cercados
En trance sin su ayuda peligroso,
Ya libres en pomposa vanagloria
El parabien le dan de tal victoria.

El grave Estordian, Rey granadino,
Era dellos el uno, otro el anciano
Galirtos, Rey de Alora, su vecino,
De edad madura, y corazon lozano,
Que en seguimiento al robo peregrino
Que Braman hizo á un bosque comarcano
En Doralice por librar su daño
Al riesgo entraron del castillo extraño.

Mas ya dexando libre la guarida,
Antes de tantos prisioneros llena,
La tierra en su quietud restituida
Libre se vió de sobresalto y pena:
Y la Argentaria sierra antes temida,
Rota ya del tirano la cadena,
Se llamó con el nombre que hoy le dura
Desta seguridad Sierra Segura.

Cada uno desde allí tomó el camino
Que mas á su propósito hacia,
Este á su patria, el otro á su destino,
Conforme el fin ó el gusto que le guia:
El amante de Arleta al granadino
Hasta su reyno hizo compañia,
Y Galirtos tambien lleno de antojos
Tras Doralice, y sus alegres ojos.

Fué Rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
Los ojos vivos, la faccion severa:
Ya los dientes la edad le habia robado,
Y no la libre lengua palabrera,
Porque en sus amorosas ocasiones,
Lo que en gusto faltare dé en razones.

Habia gozado ya de la influencia
Suave de los seis planetas de oro,
Y en la helada decrépita cadencia
La marchita vejez del cauto moro:
En el periodo andaba, y la presencia
Del frio Saturno, en quien está el tesoro
De gravedad, de peso, y de juicio,
Que en otros es virtud, y en él fué vicio.

Era de universal gusto notado,
De antojadizo amor sin fundamento,
Libre por Rey, por hablador cansado,
Y por amante la region del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado?
¿O qué largo hablador dará contento?
¿O á quien no cansa, si al extremo toca,
O el hablar mucho, ó nunca abrir la boca?

Pues deste Rey, ya amante temerario,
A Doralice sigue el gusto entero,
Y por el mismo trae de ordinario
Un enano sutil por escudero:
En gesto seco, en el vestido vario,
En la habla un millon, en bulto un cero,
En orgullo jayan, y el cuerpo todo
Como de la encogida mano al codo.

Tratando en risa su persona apuesta
El Cid aragonés, y el granadino,
Al sombrío cruzar de una floresta
El enfado engañaban del camino:
Que menos ocasion y causa que esta
Lo suele hacer, y el bulto peregrino
Del pequeñuelo enano en lo restante
Para ocupar el tiempo fué gigante.

Que su dueño que hablara sin cansarse,
Mas que una ciega Babilonia entera,
Y ahora el nuevo placer le hace extremarse,
Que la alegria de suyo es gran parlera:
Por mostrar su eloqüencia, y señalarse,
Volviendo por su enano una quimera
Ingeniosa intentó, y con regocijo
Corriendo el freno á su caballo, dixo:

"No es este humilde enano el mas cenceño,
Ni el menor que en su género ha nacido,
Que ya conozco yo otro mas pequeño,
De menor cuerpo, y mas entremetido:
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño
Tras sí por los cabellos lleva asido,
Con ser tan chico, breve, é imperfeto,
Que este fuera gigante en su respeto.

Y pues es engañar los pensamientos
Alivio del espiritu cansado,
Y divertirse en agradables cuentos
El camino hacer menos pesado:
Yo, si ahora á escucharme estais atentos,
En un discurso quiero moderado
Contar la heroyca historia deste enano,
Que los gigantes vence por su mano.

Vereis en su discurso la inconstancia
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,
Donde en un punto suele la arrogancia
Mayor verse agotada, ó divertida:
¿Quien tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quien una ocasion recien nacida
No supo despertar nuevos antojos,
Y hacer pechera el alma de los ojos?

De la inconstancia humana harto nos cuenta
El desmembrado cuerpo de Bramante,
Que ayer á su insaciable alma sedienta
Un mundo sensual no era bastante:
Mas quando el cielo viene á tomar cuenta
A una obstinada vida semejante,
Suele abreviando plazos en un punto
Dar el castigo y la amenaza junto.

Quien presume de sí, quien se gloría
De ánimo invicto y pecho generoso,
Si su pasion no vence, ¿en qué se fia,
Aunque de un mundo salga victorioso?
Aunque de la hiperbórea gente fria
Hasta el ardiente mauro polvoroso
Se oya su voz, y tomen della leyes
Los caspios cetros, y los indios Reyes.

Tener espada, brazo, y fortaleza
Para enfrenar los duros Garamantes,
Dexándose vencer de su torpeza,
Ni es valor, ni sus fuerzas importantes:
Mas, ¡ó monstruo sin ley! cuya braveza
Los Reyes doma, y vence á los gigantes,
¿Quien sale de ti libre, amor tirano?
Goloso azar del apetito humano.

¿Quien puso tu república en la tierra
Con ley tan inviolable, y Rey tan bruto,
Que ni en la paz se halle, ni en la guerra,
Hidalgo que lo sea á su tributo?
¿Qué fuerza es esta, amor, que en sí se encierra?
¿Quien te hizo en poder tan absoluto?
¿Qual es tu origen? ¿qual tu fuerza? ¿y quales
Los lazos con que enredas los mortales?

¿Eres deidad, amor, ó eres quimera
Recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida, ó verdadera?
Nestor del tiempo, niño de mil años:
Un grave cuento de su edad primera
En la mia aprendí con los extraños
Sucesos que hay en él, en quien consiste
El todo de quien eres, y quien fuiste.

En medio un claro mar, que al alba bella
Del dia le abre la primer ventana,
Debaxo de la mas feliz estrella
Que vida al mundo y resplandores mana;
Una isla tiene asiento, y dentro della
Quanto bien cabe en la codicia humana,
Tan florida y tan llena de tesoro,
Que es, puesto á su riqueza, pobre el oro.

Libre de pecho, de tributo exênta,
De hidalgos linages habitada,
Donde en vida pacífica y contenta
Segura un alma vive y descansada:
De gusto aquí el mas pobre se sustenta,
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada,
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,
Tierra de libertad de libre gente.

Desta parte del mundo no ha salido
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro,
Todo como al principio está florido,
Sin turbios ayres, ni importuno lloro:
Aquí solo el contento se ha escondido,
Y el erario del bien y su tesoro,
Quanto se libra aquí todo es bonanza,
Sin recelos ni sombras de esperanza.

Por frescos prados de un abril eterno,
Todo vestido de inmortal verano,
Mil libres almas con acento tierno
Canciones siembran por el ayre vano:
Y agenas de enojoso y turbio invierno
Frescas guirnaldas texen de su mano,
Con que del todo libres y gozosas
Salen sino es del tiempo victoriosas.

Solia esta alegre tierra deleytosa
Ser rica poblacion, reyno potente,
Que como de regalos abundosa
Ya fué buscada de infinita gente:
Mas despues que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente.
A surgir acertó en su primer puerto,
La dexó hecha un páramo desierto.

En él corren su costa de ordinario
Crueles piratas, varios salteadores,
Que en triste sujecion y yugo vario
Encadenan sus libres moradores:
La ambicion es aquí feroz corsario,
Los intereses grandes robadores,
La hambrienta codicia en mil derrotas
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.

Estas son y otras vanas pretensiones
Las que este noble reyno han desflorado,
Quien á mí me sacó de sus rincones
De amor fué un rico pensamiento honrado:
Con dos ojos me puso mil prisiones,
Ellos me han desta tierra desterrado,
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo,
Que yo libre naci, aunque soy cautivo."

Esto á su alegre cuento fabuloso
Vuelto, añadio, á la bella Doralice,
Con un grave recato cauteloso,
Porque á nadie su amor escandalice:
Mas todos ven del viejo Rey zeloso
A quien el mote y la lisonja dice,
Y riendo su loco pensamiento,
Él rie tambien á bulto, y sigue el cuento.

"Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,
De una libre señora era regida,
Que aunque sin experiencia á todo el suelo
Su gusto y parecer daba medida:
Es ley, es arancel, corte y modelo
De los pasos y efectos de la vida,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
Nada se hace fuera de su gusto.

O sea hecho de gana, ó sea forzado,
O sea por interés, ó por contento,
Si ella no lo decreta, es excusado
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:
Es tan señora en todo lo criado,
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,
Con ser el ave, que entre las del suelo,
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.

Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
Y de su natural bien inclinada,
Aunque el ser moza tierna y poderosa,
Dexarla suele á veces engañada:
Estimando su vista codiciosa
Por oro lo que es píldora dorada,
Y por regalo, vida, y por deleyte,
La fea muerte entre un fingido afeyte.

El Amor con la flecha de la fama
Desta gallarda niña fué herido,
Y como es fuego, con su misma llama
Fácil de un nuevo amor quedó encendido:
Ya suspira, ya llora, ya se inflama,
Lo que hace sentir, ha ya sentido;
Alguno, quizá dixo vuelto al cielo,
Mueras, traidor, qual muero sin consuelo.

Padece, llora, experimenta, y gusta
De tu llanto y dolor, muerte y tormento,
Que es justo premio de venganza justa
Un tal castigo para un tal intento:
Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
Sea el verdugo amor de tu contento,
Porque entre ese dolor, rabia y discordia,
Aprendas á tener misericordia.

Así el niño padece, y con su fuego
Sin poderlo apagar queda apagado,
Desea su quietud, y teme luego
El hallarse con ella, y sin cuidado:
Si se anuda la venda queda ciego,
Si descubre los ojos deslumbrado,
Busca remedio, y luego no le quiere,
Y por lo mismo que aborrece muere.

Ya recostado entre tempranas flores,
Y allí redes y lazos disfrazando,
Ya entre doradas nubes sus amores
Por mayor inquietud suya mirando:
Nuevas maneras de alcanzar favores
Para su nuevo menester trazando,
Y en todas sin provecho desvelado,
Que aun ignora la dama su cuidado.

No halla senda á su mal, no halla camino
Para salir de dudas y opiniones,
Que siempre es el amor, si es amor fino,
Largo en el padecer, corto en razones:
Al fin tentar ventura le convino,
O morir anegado en sus pasiones,
Un page tiene amor, grande instrumento
De aclarar cosas, dicho Atrevimiento.

Es hablador, agudo, y desenvuelto,
Propio para llevar y traer mensages,
De encogidos temores libre y suelto,
Aun con los mas compuestos personages:
Sin empacho, colérico, resuelto,
Claro, sin encubiertas ni celages,
Y tal qual menester lo habia Cupido,
Para aclarar sus dudas escogido.

A este le descubrió su pensamiento,
Y él á los libres ojos de su dama,
Que como libre hizo el sentimiento,
Y escudo de la excusa de su fama:
Quedó corrido el page sin su intento,
Y su dueño mas dentro de su llama,
Crece su mal, y agrava su querella,
Mas que el dolor, no ver la causa della.

Que á un rico alcázar de inmortal diamante,
De la prudencia y la razon labrado,
Por medrosas sospechas de su amante
La libre Voluntad se ha retirado:
Conociendo el amor no ser bastante
A tanta fuerza un niño desarmado,
Destruir quiere la enemiga tierra
Comprando alegre paz con triste guerra.

Quiere juntar exército famoso
Descubriendo con esto su potencia,
Y vencedor en pecho generoso
Usar con los rendidos de clemencia:
De ociosos pensamientos un ocioso
Esquadron traza flaco en resistencia,
Y en dar asaltos y armas tan cursado,
Que trae al enemigo desvelado.

Este quiere formar que á la victoria
Con él hallar no piensa impedimento,
Dexa la libre tierra de su gloria,
Y va sin ella sobre el blando viento:
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil potages al sentido,
Amargo el mas sabroso, y desabrido.

Tiene el amor una famosa amiga,
Dicha Solicitud, ó Diligencia,
Grande negociadora en su fatiga,
Y un águila en qualquiera competencia:
De torpe ociosidad cauta enemiga,
De gran ventura y mucha suficiencia,
Esta quiere el amor por diligente
Le junte ocioso exército de gente.

Sale á buscarla con tendido vuelo,
Vuelve y revuelve en esto mil regiones,
Puesta en solicitar cosas del cielo,
Creyó hallarla en varias religiones:
Que sin curar de pretension del suelo
Escogeria honradas pretensiones,
Pero desengañole la experiencia,
Que el olvido hallo por diligencia.

"No voy bien por aquí, dixo Cupido,
¿Quien ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
En el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
Rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontraré? ¿con qué artificio
A la virtud se la ha usurpado el vicio?"

Dixo, y dando la vuelta, sus pisadas
Sobre la arena estéril halló impresas,
Conociólas, y en ellas ir guiadas
A livianas y frágiles empresas:
Y siguiendo su rastro, marañadas
Las halló en pretensiones tan aviesas,
Que sospechoso dixo, y admirado,
"O yo por aquí voy, ó el mundo errado."

Llegó en esto á su reyno, y en su casa
Nueva le dieron della sus amantes,
Y de allí con el rastro fresco pasa
A ver los cortesanos negociantes;
Donde su imágen vió sembrando brasa
De ambicion en materias disonantes,
De avariento interés, de honra, y de amores,
Y nuevos oficiales de señores.

Con vanas cortesanas reverencias
En nuevos pretensores convertida,
Tan largos de esperanzas y conciencias,
Que no los ceñirá una eterna vida:
Aquí el amor halló dos diferencias
De edades, una larga, otra ceñida,
Saliendo entre los cargos y descargos
La vida corta, y los negocios largos.

Aquí la Diligencia embarazada
En cosas de livianos pensamientos,
Su pretension y pena declarada,
"Cumplirás, dixo Amor, nuestros intentos:
Recoge entre esa gente mas granada
Sus livianos y ociosos pensamientos,
Que estos son, dando yo la batería,
Mi mayor municion y artillería."

Dixo, y en vano vuelo á ver las damas
De la Solicitud pasó á palacio,
Donde encendiendo impertinentes llamas
Ocioso y libre se quedó de espacio:
Durmióse amor aquí entre verdes ramas
De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
Y al despertar al ayre de una toca,
Quedóse entre los ojos y la boca.

No fué la Diligencia perezosa
En juntar grueso exército á Cupido,
Que tambien hay en Corte gente ociosa,
Que alcanza y goza de lo mas florido:
El señor, el galan, la dama hermosa,
El page, el caballero entretenido,
Todo es ociosidad, solo desea
El Rey quietud, y tiempo el que pleytea.

No tiene tasa, número, ni cuenta
La ociosa gente, y pensamientos vanos,
Que en la Corte juntó para su intento
La diligencia de los pies livianos:
Ni cercan tantos átomos el viento,
Ni á todo el mar de arena tantos granos,
Como la torpe ociosidad pesada
Vanos soldados traxo á esta jornada.

Ocupada en jugar con un ventalle,
Y ver quien pasa, vuelve, cruza, ó mora,
Bostezando á la puerta de la calle
La Diligencia halló á su contendora:
Digo á la Ociosidad, floxa de talle,
De agenas vidas gran trasechadora,
Y allí con ella, que á su lado asiste,
La Hambre ayuna, y la Pobreza triste.

Y no fué poco que á la Diligencia
Ociosidad obedeciese en algo,
Porque suele huir de su presencia
Qual presta liebre del hambriento galgo:
Mas el amor, á cuya omnipotencia
No hay reyno libre ni solar hidalgo,
Juntó estos dos extremos, que ya vemos
Que siempre anda el amor por los extremos.

Y en una nueva flota de ocasiones
Embarcada la gente llegó un dia
A vista del castillo y los balcones
Donde la honesta Voluntad vivia;
Y abreviando de tiempo y dilaciones
A jugar comenzó la artillería,
Con tal carga de vanos pensamientos,
Que el alcázar tembló por los cimientos.

La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
Puso en la primer torre su bandera
De la Imaginacion, dama ingeniosa,
Y de sus armas frágiles frontera:
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,
Por de dentro pintada, y por defuera,
De fábulas, que el verlas enamora,
Que es la imaginacion grande pintora.

Rendida esta primera fortaleza,
Mas recia comenzó la batería,
Hasta entrar el alcázar de Firmeza
En que la libre Voluntad vivia:
Allí la Ociosidad con su torpeza
Inficionó quanto en la torre habia,
Y de la reyna un consejero honesto
En tinieblas dexó y prisiones puesto.

Y alcanzada con esto la victoria,
La libre Voluntad quedó rendida,
Y el Amor al despojo de su gloria
En triunfo vino y magestad debida:
En carro de alegria transitoria
Una S en cada rueda retorcida,
Que todas dan un amador perfeto,
Solo, sábio, solícito, secreto.

Era el triunfante carro de unos léjos
Por tan nuevo artificio dibuxados,
Que mientras que se miran mas de léjos,
Mas perfectos se gozan y acabados:
De cerca son rasguños mal parejos,
Como al descuido y sin concierto dados,
Y ya vueltos de espaldas son de suerte,
Que no es mas fea de mirar la muerte.

Y no tiraban la carroza hermosa
Tigres, águilas, fieras, ni dragones,
Mas con una igualdad maravillosa
Quatro ninfas de raras perfecciones;
Que era qualquiera dellas poderosa
Tras el carro llevar mil corazones,
La Gracia, Discrecion y Gentileza,
Y la Hermosura frágil de cabeza.

La Gracia de mil visos parecia
Hecha de un no sé qué tan agradable,
Que sin saber decir á qué sabia,
A todos gustos era deleytable:
Hacía tan á compás quanto hacia,
Con tanta sal, y rostro tan afable,
Que encendia el corazon en vivo fuego
De unas centellas que se acaban luego.

La Discrecion en todas ocasiones,
Dama noble, compuesta y corregida,
En gusto, en trato, en obras, en razones,
Es un compás de amor, regla y medida,
Sin melindre, doblez, ni afectaciones,
Clara, afable, y con nadie desabrida,
Solo le hallo yo un inconveniente,
Que es huir demasiado de la gente.

Las otras, Hermosura y Gentileza,
En los talles iguales, y en la vida,
Si la edad no estragara su belleza,
No viera el mundo cosa mas florida:
Dellas toma el amor su fortaleza
Con que á la de Sanson dexa vencida,
Y á ellas el solo tiempo las empece,
Que en ayre las consume y desvanece.

Destas quatro hermosísimas doncellas
El carro del Amor fué arrebatado
Hasta el alcázar, donde todas ellas
Presa la libre voluntad le han dado:
Y como el sol en medio sus estrellas,
El trono de placeres rodeado,
Triunfante saca amor su invicta lanza,
Coronada de flores de esperanza.

Pero llevóle la guirnalda el viento,
Que en su casa no hay bien que sea fundado,
Y supo que con nuevo encantamento
El interés habia tiranizado
De un golpe el frágil reyno del contento,
Y allí en un auto público sacado
Por afrenta mayor su estatua al vivo,
Para venderlo al mundo por cautivo.

Fuele forzoso al rey de los amores
Ir en persona á castigar la afrenta,
Y el daño que en sus fieles servidores
Del interés causó la gula hambrienta:
Y á su dama cercada de dolores
Dexó sin alma, sola, y descontenta,
Con la memoria y la esperanza ardiendo,
Una labrando, y otra entreteniendo.

Tiene una dama amor por enemiga,
Ciega invisible, y que jamas parece,
Que enluta el corazon, causa y fatiga,
Y todo con su sombra lo obscurece:
Unos Ausencia quieren que se diga,
Otros infierno donde amor padece,
Mas yo la llamo en pena de sufrilla,
De los sueños de amor la pesadilla.

Esta luego que amor dexó su casa,
La Reyna puso en ásperas cadenas,
Donde le daban el placer por tasa,
Y el tormento y dolor á manos llenas:
Comidas frias, y de mano escasa,
Gustos pasados, y presentes penas,
Desabridos pasages de memoria,
Que siempre alarga la pasada gloria.

De esto, y de la frialdad de la posada,
El gusto le estragó cierta tibieza
De un frio y calentura acompañada,
Y dolores de estómago y cabeza:
Causaba el frio la comida helada,
Aceda, sin sabor, ni fortaleza,
Y una tibia esperanza que acudia,
La calentura á ratos le encendia.

El Tiempo que es un médico famoso,
Bálsamo universal de pesadumbres,
Viendo el mal de la Reyna peligroso,
De la ausencia causado y sus costumbres,
Y que ningun emplasto provechoso
Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
Que el gusto encienda, y resucite el brio,
Porque son frias, y su mal es frio.

Determinó buscar por otra via
Remedios que le dar si alguno alcanza,
Y casi de hallarlos desconfia,
Viendo estar ya sin pulsos la esperanza:
Hasta que supo al fin donde vivia
Una inquieta muger dicha Mudanza,
Encantadora, bruja y herbolaria,
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.

No fué Circe tan mágica hechicera
Quando en fieras los hombres convertia,
Ni en la mar tan mudable y tan ligera
La blanca espuma que en las peñas cria:
Ni así tan presto el camaleon se altera,
Ni las sombras se mudan en un dia
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.

Este espíritu vario, si es decente
Dar á quien no sosiega donde viva,
Su casa tendrá hecha en la corriente
De algun raudal sobre la espuma altiva;
O allá en las Amazonas, que es la gente
De su trato y su ser menos esquiva,
Que al fin ella es muger, y ellas mugeres,
Y amigas todas de mudar placeres.

Allí el tiempo la halló, que otro ninguno
Segun es de mudable la alcanzara,
Y habiendo consultado el importuno
Mal de la ausente Reyna ilustre y clara,
El remedio que vió mas oportuno
Fué darle una pocion, ¡bebida rara!
Que para otro tal caso habia traido
La noche antes del rio del olvido.

Con esto se acabó el encantamento,
Y la Reyna cobró salud cumplida,
Nuevos ojos el ciego entendimiento,
Y la razon nueva alma y nueva vida:
Y todos de comun consentimiento
Vuelta para la patria dan querida
De alegre libertad, por un florido
Prado en que siempre duerme el floxo olvido.

Iba delante la Razon guiando,
Y rogándole el diestro consejero
Que no volviese el rostro atrás mirando,
Porque es volver el rostro mal agüero:
Así al músico Orfeo avino, quando
Segunda vez perdió su amor primero,
De mirar se han seguido mil enojos,
Y á ningun ciego han hecho mal los ojos.

Mas si es la voluntad siempre enemiga
De obedecer agenos pareceres,
La privacion de suyo da fatiga,
Y mayor en antojos de mugeres:
Y así la Reyna, porque no se diga
Que mira y sigue mas que sus placeres,
Volvió los ojos sin tener paciencia,
Ni sujetarse á leyes de obediencia.

Volviólos, y cubierto vió de flores
A sus espaldas un vistoso prado,
Y en ventanage de oro y miradores
Un alcázar real sobre él labrado:
Un cierto no sé qué de sus amores
El ayre pareció que le habia dado,
Y que entre aquellas yerbas florecia
De sus pasados gustos la alegría.

Agradóle del campo la frescura,
Y antojósele en él pasar la siesta,
Porque es la Voluntad de su hechura
De antojos toda, sin razon compuesta:
Dió nueva rienda á su primer locura,
Guió al castillo, y con alegre fiesta
Fué recibida de una dueña honrada,
Gran sabidora de la edad pasada.

Su nombre era Memoria, y sus oficios
Representar comedias é invenciones,
Pintar agravios, y borrar servicios
En las mas aprobadas condiciones:
Hacer de hiel el gusto son sus vicios
Con refrescar pasadas ocasiones,
Sabroso el mal, y amargos los contentos,
Que en la memoria truécanse los vientos.

Cinco famosas puertas señaladas
Tiene el castillo en torno á sus almenas,
De historias y de fábulas pintadas,
De varios cuentos y entremeses llenas:
Las faltas propias, limpias y doradas,
Feas y abominables las agenas,
De estas en bronce y mármol infinitas,
Y aquellas en liviano polvo escritas.

La Reyna halló la historia dibuxada
De sus placeres en la primer puerta,
Y la Razon allí quedó encantada,
Y ella del sueño en que dormia despierta;
Donde la antigua herida solapada
Corriendo se vió sangre descubierta,
Vuelta ya de diamante blanda cera,
Que es la memoria grande hechicera.

Y con la dulce fruta de ocasiones,
Que la huéspeda ofrece á manos llenas,
Volverse determina á sus prisiones,
Que son de amor sabrosas las cadenas:
Camina tras sus nuevas pretensiones
Por unos montes fértiles de penas,
Que son de soledad tierra baldía,
Con sola la Memoria en compañia.

De una confusa niebla rodeada,
Que se vuelve diluvios en los ojos,
La esteril tierra seca y agostada,
De espinas llena y de ásperos abrojos:
Vil cizaña entre el dulce amor sembrada,
De recelos, sospechas, y de antojos,
Y otras incultas yerbas venenosas,
Que son ortigas, y parecen rosas.

Cayendo en cada yerba y tropezando
Iba la voluntad descaminada,
De quien poder tomar lengua buscando
Por la fragosa tierra despoblada:
Quando se fué de léjos divisando
En el ayre una casa fabricada
Entre celages y neblinas frias,
De ventanage llena y celosías.

Esta una roca de peñascos era,
Donde un bravo y feroz gigante asiste,
Que en usar malos términos se esmera,
Y en ser sin ocasion verdugo insiste:
De acedo trato y condicion severa,
De flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre, y Zelos su apellido,
Que por qualquiera es harto conocido.

De lince y basilisco son sus ojos
Con que él mismo se aflige y desbarata,
Quanto mira y no mira es con antojos,
Y con miedo y sospechas quanto trata:
El verle es muerte, el no mirar enojos,
La duda aflige, la verdad le mata,
Venganza es su comida, y sin venganza
Cosa que bien le sepa no la alcanza.

Luego que vió el gigante á las doncellas,
Sin escuchar preguntas ni razones,
Como era su costumbre dió con ellas
En unas estrechísimas prisiones:
Sin que suspiros, llantos, ni querellas
Afloxados les den los eslabones
Del ciego error que el ánimo inquieta,
Y el corazon la vida y alma aprieta.

En un negro y obscuro calabozo
Prision puso á las damas el gigante,
A cuya puerta está enterrado el gozo,
Y la esperanza dél mas adelante:
Allí en la Reyna hizo tal destrozo,
Que á faltarle el socorro de su amante,
En cárcel triste y en prision muriera,
O en duro pedernal se convirtiera.

Mas supo Amor las nuevas de su dama,
No me acuerdo ya bien cómo, ó por dónde,
Quizá el page de amores fué la Fama,
Que á veces mas que preguntais responde:
O por ventura su amorosa llama,
Que á quien bien ama nada se le esconde,
No tengo al fin el cómo en la memoria,
Que ha mucho que no cuento ya esta historia.

Y con lima sutil de desengaño
A mil golpes forjada de ocasiones,
Ya de la cárcel restaurado el daño
De su dama deshizo las prisiones:
Y el mismo que fué causa del engaño,
Tambien triaca fué de sus pasiones,
Y en un carro acerado de firmeza
Salió de la zelosa fortaleza.

Y aunque por entre espinas, y entre abrojos,
Que son las flores del zeloso prado,
La Reyna ya con mas alegres ojos,
Animo y corazon mas sosegado,
Triunfando de sospechas y de antojos,
En compañia de su niño alado
A los paraisos vino del contento,
Donde el perfecto amor tiene su asiento.

Aquí destos finísimos amantes,
Tras discurso tan largo de pasiones,
Como un vidrio nació de dos diamantes
Un tierno niño hermoso de facciones:
Y aunque sus padres eran ya gigantes
En cuerpo, en amistad, y en condiciones,
Él salió enano en todo, y tan cenceño,
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

Es el hijo el Deleyte, que en ser chico,
Y costar caro, sigue los extremos,
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,
Y que huye y se esconde á vela y remos:
Desta ocasion nació, y os certifico
Que á nadie cuesta menos, solo vemos
Que á mí suele vendérseme barato,
Quando con gusto me oyen si hablo un rato.

ALEGORÍA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferraguto en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso, y el hallarse restituido á su ser venturoso, por faltarle el caballo Clarion, significa, que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, qual fué matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra, y los que en ella estaban opresos: pero si vuelve á dexarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y quedar perdido para siempre quanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonía y trabazon de las potencias interiores, y los afectos de la parte sensitiva, y lo mucho que el deleyte cuesta, y lo poco que dura.

Fin del libro décimo.

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compania de Bernardo se embarca en su seguimiento: y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linage, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fabula lo mucho que la ventura puede, disculpandose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto ya despues que alegre Alcina,
Por frescas huertas y dorados techos,
Con su aparato y ciencia peregrina
De sus héroes ganó los nobles pechos;
A embarcarse con gusto á la marina
Venian de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo, y Floridano,
Las damas de los dos, y el Rey Persiano.

Queríanse hacer al mar, quando á gran priesa
Correr á un barco vieron diez corsarios,
Que habian de tres damas hecho presa
En la isla con sus robos ordinarios:
Entre ellas del Catay la real Princesa
Conoció el Persa Rey, y los contrarios
Huyendo de sus manos los primeros,
Golfos del ancho mar cortan ligeros.

Desamparan huyendo la ancha playa
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,
Y el libre esquife de cristal la raya
De riscos llena huye, y conchas bellas:
De nuevo el brio al Persa Rey desmaya,
Y de nuevo se anima á socorrellas,
Viendo que su fortuna burladora
Con varios riesgos sigue el bien que adora.

A cada qual el fin de su ventura
Alcina en su jardin dió por su mano,
Sola en todas la Angélica hermosura
Oculta siempre estuvo al Rey Persiano:
Jamas la alcanzó á ver, siempre en clausura
La Hada ocultó el rostro soberano,
Hasta aquella ocasion del dia postrero,
Por mas dolor, ó por mejor agüero.

Si á Venus parió el mar, como se suena,
La mar es propio reyno de amadores,
Que todo amante siembra en el arena,
Y sin número son los sembradores:
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,
Y el amor de fatigas y dolores,
Hondos piélagos son, donde se anega
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la zelosa Alcina
A Angélica persigue con cuidado,
Y que culpas agenas pena indina
Llueven sobre su nuevo enamorado:
Mas bien sea esto, ó sea su malina
Estrella, que le lleva violentado,
Él la vió á tiempo que su vista bella
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda priesa
Al gran Bernardo pide que se quede,
Que no ir á socorrer á la Princesa,
Ni con su obligacion ni gusto puede:
"El tuyo se haga, dixo, mas en esa
Causa no veo ninguna que me vede
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte,
O en feliz vida, ó en honrada muerte.

Donde fueres iré á buscar tu gusto,
De los demas se quede el que quisiere,
Que un valor semejante es caso injusto
No seguirlo hasta el fin, sea el fin qual fuere:"
Dixo, y todos dixeron que era justo
Lo que dixo, y que quiere lo que quiere,
Con que embarcados de comun intento
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela
El bergantin á vista de la proa,
Y quando al sol la tibia tarde yela
La luz sobre las playas de Lisboa;
Con la misma codicia con que vuela
El presto acometer de una canoa,
De través les salió, y en su presencia
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuedo
Y brio de pelear, y al Rey Persiano,
Que viendo este suceso perdio el miedo
Que antes tenia de seguirla en vano,
Mostró el cielo teniendo el viento quedo
Quan corta marca es la del brazo humano,
Y que el poder del Rey, sea qual se fuere,
No alcanza aunque lo estiren donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en cal-
Y los barquillos dos en mortal guerra, [ma,
El Rey de Persia á rescatar su alma
A pesar quiere de la mar y tierra
Pasar á nado, que si el viento calma,
No calma el fuego que su pecho encierra,
No fué poco enfrenar su desatino,
Segun el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto
El un barco y el otro se ha escondido,
Y al campo á quien las aguas dan tributo,
En lágrimas dió el suyo el Rey perdido;
Que aunque salió del sol el substituto,
Su rayo de oro en plata convertido,
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia
Al Persa dieron luz de su alegría.

Bernardo á su valor aficionado
Divertir sus congojas procuraba,
¿De qual le traxo amor á qual estado?
¿Donde á Angélica vió? le preguntaba:
¿Si se embarcó forzado, ó de su grado?
¿De qué ocasion su desamor manaba?
A quien el Rey con voz enflaquecida,
"Oye, dixo, el proceso de mi vida:

Entre la Susiana al oriente,
Y la áspera Carmania montuosa,
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente
La helada Media, una provincia hermosa,
Persia llamada, en belicosa gente,
De la Asia es la mas rica y mas famosa,
Cabeza de mil reynos y mil Reyes,
Que todos de las suyas toman leyes.

De aquí solo á mi brazo la obediencia
Los dioses concedieron inmortales,
Y á mi cetro, mi voz, y mi potencia,
Cien coronas y cetros orientales:
Mis mayores aquí por excelencia
Con riendas de oro dan leyes iguales,
De aquí Ciro fué Rey, de aquí Artabano,
Xerxes, Sapor, Cabádes el humano.

Este hizo á las pérsicas mugeres
Que fuesen del comun (notable edito)
A quien sucedió en reynos y en haberes
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito:
Tal que hechos de sangre sus placeres,
Barniz dió della al pérsico distrito,
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,
Gran Rey de la Cardusia, gente agreste.

De los Axianos pueblos á Tartaria
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,
El invicto Agrican, cuya contraria
Luz de planeta y enemigo sino
Quitó á traicion la vida, y la voltaria
Fortuna, con el mismo desatino,
A los pies puso de un francés bastardo
La sangre de mi hermano Mandricardo.

Mas yo daré á las suyas con la mia
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,
O las veré vengadas, si el que cria
En mí este brio no hace que me falte:
Este es el fin que en mis cuidados guia,
Y causa que mi honor se sobresalte,
Las veces que oye del sin luz poniente
Contar las armas, y nombrar la gente.

Son varios los agravios con que el pecho
La francesa nacion me enciende y arde,
Y los que un jóven Paladin ha hecho
De nuevo á un mi vasallo el Rey Aliarde:
Que del honor de su dorado techo,
Haciendo de su espada y fuerza alarde,
A su bella Gautina, prenda amada,
De su helada vejez sacó robada.

Y al rico camarin de su tesoro,
Por desprecio á la cola del caballo,
Rastrando le llevó un mahoma de oro,
Que no queda valor con que apreciallo,
Sin que del pueblo arábigo ni el moro
Parte fuesen las armas á estorballo:
Dexo otros insolentes desafueros
De Orlando, el Conde Dirlos, y Oliveros.

Que todos en mi alma ardiendo veo
En gustos de venganza, á todos juntos
En esto la haré, y este trofeo
A los vivos daré, y á los difuntos:
Todos en mi memoria á mi deseo
Con sangre escriben del honor los puntos,
Sangre de hermano y padre, cuya fama
A ir tras la suya me provoca y llama.

Absoluto señor, Rey conocido,
Por su muerte quedé al persiano estado,
De mis vasallos con amor servido,
Hasta de la fortuna respetado:
Viéndome mozo, y de poder cumplido,
Y no de ánimo corto y apretado,
Llamado del furor y sangre ardiente
Salí á buscar los mundos del poniente.

Y dexando en mis reynos el concierto
Que á mi sosiego y suyo convenia,
Para embarcarme al deseado puerto
De mis gentes cercado salí un dia;
Y al dar las velas al viage incierto
Todo viento por próspero tenia,
Que como á fin dudoso caminaba,
Qualquier derrota ó viento me bastaba.

Si el deseo de venganza me movia
A desvolver el mundo y sus regiones,
La fama que por él iba y venia
De hazañas llena de ínclitos varones
Mas me alentaba á procurar la mia
Por provincias de incógnitas naciones,
Porque es corto y mas corto quanto encierra
Deseo que no sale de una tierra.

Los agüeros por Társico notados,
A quien nunca engañó vuelo ninguno,
Y dos valientes toros degollados,
Negro á la tempestad, blanco á Neptuno,
El vientre y los pulmones consultados
Desplego el lienzo al zéfiro oportuno,
Zarpan las anclas, y la nao ligera
Mi patria dexa, el puerto, y la ribera.

Y entre estas no ajustadas pretensiones
El gusto en varias cosas divertido,
Desterrado á buscar nuevas regiones
Volando me entro por el mar tendido,
Variando por diversas ocasiones
Hasta el punto que el tiempo me ha traido
A este lugar incierto, á donde el hado
El bien que me quitó tenga guardado.

Con un templado norte viento en popa
Salgo del seno pérsico volando,
Y deseoso de ver la rica Europa
Voy la olorosa Arabia costeando:
Por entre las Zenobias y Saropa
La quadrada Dioscórida buscando,
Dexo en el golfo Indico á Colidos,
En las nubes sus bosques escondidos.

A Melinde dexé á la diestra mano,
Y las dos Agatocles al oriente,
Descubro á Tilos de inmortal verano
En palmares y olivas excelente:
La infeliz Meca, y su profeta vano,
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,
Y otras mil islas ya por popa dexo,
Y á la punta me voy del mar Bermejo.

Desde allí hasta el gran Cairo fuí por tierra,
Y baxé por el Nilo á Alexandría,
Que las grandezas que el Egipto encierra
No me pudieron atajar la mia:
Y haciéndome el deseo mayor guerra,
Que un mundo extraño y nuevo me pedia,
En el Mediterráneo mar me arrojo,
Por firme norte el rumbo de mi antojo;

Que siempre en las regiones apartadas
Grandezas se prometen espantosas,
Aunque despues de bien exâminadas
Iguales sean con las otras cosas:
Dexé las maravillas celebradas
Del Cairo y sus pirámides famosas,
Y deseoso entré en el mar profundo
De atravesar los límites del mundo.

Llenas las velas de apacible viento
Apenas por el mar sali volando,
El marinero con la vista atento
De la alta gavia el puerto contemplando,
Y el vidrioso y húmedo elemento
Con la liviana espuma blanqueando,
Quando el sábio piloto con voz gruesa,
"Amayna, amayna, grita, amayna apriesa."

Un viento agudo entre una niebla envuelto,
Que exhalacion del agua parecia,
A soplar comenzó poco mas suelto
Que su primera vista prometia:
Y el mar con esta alteracion revuelto
Mayor disgusto que temor ponia,
Cubren las nubes de un obscuro velo
El claro dia, y el sereno cielo.

Crece la tempestad, crece el tormento,
Y el rechinar de cuerdas y alaridos,
Carga la ciega noche, carga el viento,
Cargan truenos y rayos encendidos:
Ya la alta gavia toca el vano asiento
De las nubes, ya en agua sumergidos,
En ciega confusion, y horrible prueba,
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.

Aquella noche, un dia, y otro dia,
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,
Sin ninguna, ó con poca mejoría,
A la fortuna la cerviz rindiendo:
Mas quando el ya olvidado sol vestia
De oro la mar, y de quietud su estruendo,
A su alegre bonanza en nuestros pechos
Gozosos sacrificios dimos hechos.

En medio este ancho piélago sentada
Creta es por el gran Júpiter famosa,
Con cien nobles ciudades ilustrada,
De fértil suelo, y gente belicosa:
Aquí á arrojarme vino la pasada
Tormenta en otra en todo mas furiosa,
Pues aquella fué cierta profecía
Desta, en que ya se anega el alma mia.

Hace la isla un escondido seno
De seis tajadas peñas abrigado,
Con sus pendientes gajos, y un ameno
Bosque en floridos cercos coronado;
Donde en llana quietud el mar sereno
Libre del libre viento está guardado,
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente
En su arena aferrar vió el corvo diente.

Dan fondo, amaynan velas, y un ligero
Batel luego á la mar parió el navío,
Con que el pequeño pueblo forastero
Alegre se arrojó al bosque sombrío:
Sube al cielo el acento placentero,
La playa suena, el encogido brio
Cobra vigor, la deseada arena
Sale de varias invenciones llena.

Társico en el sacar primero ha sido
Del duro pedernal centellas de oro,
En cuyo agüero por ventura asido
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:
Este y aquel de pedernal nacido,
Que igual al pedernal es la que adoro,
Si aquel fué temporal, y el mio eterno,
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.

En la yesca arrebata una dudosa
Centella, y vuelta allí dorada brasa,
Entre la seca leña una amorosa
Llama cundiendo va al principio escasa:
Lléganle un árbol y otro, y poderosa
Un roble, un pino, y una encina abrasa,
Lo que antes la ahogara y consumiera,
Brio le pone y fuerza mas entera.

Sacan el duro pan, á quien mohoso
Dexó el húmedo mar, y tiempo airado,
Y el roxo y lento trigo en el fogoso
Cerco vuelven enxuto y retostado:
Hácenlo al gusto menos trabajoso
Entre la dura piedra quebrantado,
Desabrida vianda, mesa odiosa,
Para sola la hambre apetitosa.

Tienden un toro en la ribera amena,
Y en nuevo son y alegre atrevimiento
Las entrañas desnudan, y resuena
El arrancar los huesos de su asiento:
Da la sangre color roxo á la arena,
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento,
Siembran las brasas de pedazos crudos,
Cercadas de asadores no desnudos.

Cobran las fuerzas y el vigor perdido
Sobre la blanda yerba recostados,
Olvidan el rumor, caese el ruido,
Entre el reposo y vino sepultados:
Yo á esta sazon de un limpio arnés vestido,
Con solo mi descuido y mis cuidados,
Por la selva me entré, que no debiera,
Pues se quedaba mi ventura fuera.

De una espesura en otra discurriendo
No mucho anduve, que sentí ruido,
Y hácia la parte que venia volviendo,
De mil fieras sembrado vi el egido:
Juntas y todas de un temor huyendo,
Entre liebres tambien el leon temido,
Que entonces hizo allí el comun castigo
Con el tierno cordero el lobo amigo.

Has visto antiguos bosques encendidos
En roxa llama, á quien esfuerza el viento,
Que del fuego el estruendo y estallidos
Las fieras saca de su verde asiento,
Y á las que halla en sus amados nidos
Les da en ellos eterno alojamiento,
Y huyen del peligro amontonados,
Lobos, corderos, osos y venados;

Pues no de otra manera su manada
Por el espeso bosque discurria,
Y la selva no menos alterada
Que con cercano fuego parecia:
Yo la vista y no el alma sosegada,
Mirando á donde el daño procedia,
Un fiero monstruo ví, una sierpe horrenda,
Que al monte abria, quebrando pinos, senda.

El medio brutal cuerpo tenia enxerto
Con alas de serpiente venenosa,
De la cintura arriba el talle abierto,
En feroz proporcion sombra espantosa:
De espesas cerdas ásperas cubierto,
Con rostro indigno de doncella hermosa,
Uñas y brazos de dragon tenia,
Quimera dirás que es, ó invencion mia.

No fué antojo, señor, ni falsa idea,
Bien que á no haberlo visto lo dudara,
Y ser hija la horrible sombra fea
De algun confuso sueño imaginara:
Sobre el mas alto pino señorea
Su fiero cuerpo y su hermosura rara,
Juntando en dos extremos su figura,
Igual con la fealdad la hermosura.

Qual entre secas agostadas cañas
De roxa mies en pérsico sembrado.
Rompiendo va sus frágiles marañas
Un receloso ciervo el cuello alzado:
Al tierno bramo con que amor le engaña,
Que no hay estorbo á pecho enamorado,
Y por lo mas cerrado, y mas espeso,
Mejor camino y rastro dexa impreso.

Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los xarales,
Y qual turbio raudal rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales:
Y en la senda que al bosque dexa impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales,
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.

Si causó alteracion con su venida,
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,
Alto el cabello, la color perdida,
El miedo me llevó el sentir robado:
La voz á la garganta quedó asida,
La sangre muerta entre un sudor helado,
Si otra vista la vida no me diera,
Allí de aquel primer temor muriera.

Traía, ¡ó cielo santo! he de decillo,
Entre sus corvas uñas aferrada
Una divina imágen, un cuchillo,
Que de su muerte la dexó vengada:
¡El alma en su viril tiembla en oillo!
Traía á la beldad misma robada,
Un bulto de marfil, una figura,
Que es del pintor retrato su pintura.

¡Mi vida muerta en sus crueles manos,
Mi muerte en ellas desmayada y viva!
¡Puesta sobre sus hombros inhumanos
La firme basa en quien mi bien restriba!
¡Presa la que con lazos soberanos
Para no rescatar almas cautiva!
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guia,
La fiera entre sus brazos la traía!

Si has visto sobre un risco montuoso
La bella cazadora de Diana,
O sobre roca en mar tempestuoso
Arrojada una virgen soberana,
O en seco roble, duro y espinoso,
Enredada la verde vid lozana,
Que aunque allí su florido abril imita,
Sobre el desnudo tronco se marchita;

Pues la imágen así de mi alegría
En los brazos del monstruo se enredaba,
Hermoso y blanco cisne parecia,
Que de algun seco tronco preso estaba:
O qual de Grecia á Persia pasó un dia
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba
De algun Zeûxis, un ángel bello alado,
A sus pies un dragon de oro enroscado.

Aquí el amor me dió el primer asalto,
Aquí me cautivé de una cautiva,
Aquí mi gloria vuelta en sobresalto
Una muerta beldad la dexó viva:
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,
Si lo es amar una beldad esquiva,
De entre las manos de aquel monstruo fiero
A mi pecho salió el arpon primero.

Al principio entendí que era Diana,
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,
Que así robada una fantasma vana
Por caso la llevaba milagroso:
En gualdas vuelta la color de grana
Marchitó al rostro su clavel hermoso,
Qual tierna y fresca rosa dividida
Del verde tronco que le daba vida.

O con gritos hiriendo las estrellas,
O con desmayos muerta se quedaba,
Con sus medrosos llantos y querellas
Hasta la misma fiera se ablandaba:
Yo que nací para morir por ellas,
Y á solo esto mi estrella me guiaba.
En un punto cobré el color perdido,
Del nuevo fuego del amor nacido.

Pico el caballo, á quien el duro freno
Apartarlo del miedo no podia,
Que aquí y allí por entre el bosque ameno
Huyendo me llevaba y me traía:
La fiera que me vió, en el verde seno
De un crespo pino puso á mi alegría,
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte
Sombra me pareció del de la muerte.

Con la facilidad que es arrancada
De tierna mata una encarnada rosa,
Que la dama con mano descuidada
En su cabeza vuelve mas hermosa,
Y della nuevamente coronada
Su descuido prosigue victoriosa,
Sin mas estorbo que baxar la mano,
Y cortar el capullo mas galano;

Así el contrecho monstruo me arrebata,
Y por fuerza me arranca de la silla,
Y entre sus manos ásperas me trata
Qual de tierno alelí rosa amarilla:
Y ni me arroja, hiere, ni maltrata,
Antes se me avasalla, y se me humilla,
Dame asiento en el hombro, y su cabeza
Por engañosa y frágil fortaleza.

Creyó que bastaria aquel engaño,
Para que en su belleza divertido
Del suyo me olvidase con mi daño,
Y me dexase aquel vencer vencido:
No sé quién me libró del lazo extraño,
Ya en su falsa beldad entretenido,
Que vuelto sobre mí la daga afierro,
Para con sangre desteñir mi yerro.

Por una y otra parte intento en vano
De dar roxo barniz al limpio acero,
Y es todo el fruto atormentar la mano,
Que el diamante es mas blando que su cuero:
Hasta el áspero vello queda sano,
Y no se altera ni huye el monstruo fiero,
Antes quanto mas trato de su muerte
En regalos los golpes me convierte.

En la cabeza entre guedejas de oro,
Que coronadas de arrayan traía,
¡Milagro extraño! su mayor tesoro
En el engaño de una flor tenia:
Si un poco con la mano la desdoro,
Cebado en la beldad que en ella via,
Aun no bien la he tocado, y asombrada
Por tierra cae la fiera desmayada.

Vuélvese á levantar torpe y marchita,
Y en el hombro me arroja qual primero,
Vuelvo á tocarla, muere y resucita,
Mejor me trata quanto mas la hiero:
¡Extraño combatir! ¡guerra exquisita
De un bulto así fantástico hechicero!
Por hija de la tierra la tenia,
Que al caer nuevas fuerzas le investia.

Mas despues que me dixo la experiencia
Que era la flor la fuente de su brio,
Y que en una atrevida diligencia
El mas fértil rosal queda vacío:
Hallando de fingida resistencia,
El muro principal de su desvío,
Cierro la mano, y al furor violento,
Flor, guirnalda, y rigor deshizo el viento.

Cayó la fiera por el verde suelo
Vuelta de ágil y diestra perezosa,
Y ya descoyuntada en mortal yelo
Fria se halló en la tierra polvorosa:
Yo volviendo los ojos junto al cielo,
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa:
"Si tal fruta, señora, dan los pinos,
Con razon son los dioses sus vecinos."
Así le dixe, y por el tronco arriba
Donde mi gloria estaba fuí subiendo,
Baxo cargado de la fruta altiva,
Mis hombros carga celestial sintiendo:
No los de Atlante (si es verdad que estriba
El cielo en ellos) ni Hércules viviendo
Sustentar pudo carga mas preciosa,
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.
Toca con sus hermosos pies el prado,
Y valos engastando en nuevas flores,
Su pecho no del todo asegurado
Entre varios recelos y temores:
Teme á la fiera, á mí, y al despoblado,
Señal que no sentia mis dolores,
Pues no hay Corte mas bien acompañada
Que los desiertos con la prenda amada.
Mi caballo busqué, que temeroso
Por la selva se entró tascando el freno,
Y poniendo á las ancas mi reposo,
Sin él me fuí de sobresaltos lleno
Por donde el monstruo vino, receloso
De no perderme por el bosque ameno:
Vano temor, á quien su gloria nueva,
Vencido el riesgo, con victoria lleva.

Mil regalos le dixe, y mil ternuras,
Que el amor me enseñaba, y mi cuidado,
Unas disimulaba por obscuras,
Y otras pasaba en risa y desenfado:
Contóme sus pasadas desventuras,
Los presentes desdenes de su hado,
Quién fuese, donde, y cómo la cogiera
El contrahecho monstruo y sierpe fiera.

Díxome que era Reyna del Oriente,
Princesa del Catay, por quien el mundo
Mas sangre derramó, y perdió mas gente,
Que agua y arenas tiene el mar profundo:
Que se casó en los reynos del poniente,
Niña, con Ganimedes el segundo,
Y que por vello tiene algun recelo,
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

Contóme que las justas pretensiones
De hallarle la traían distraida,
Y que de unas en otras ocasiones
Cautiva y sola á Creta fué traida:
Y allí con imprudentes abusiones
Por diosa de las flores recibida,
Donde en honras y fiestas semejantes
La fiera la robó dos horas antes.

Con estos cuentos, con la luz del dia
A un tiempo nos faltó bosque y camino,
Y fuenos fuerza, por faltarnos guia,
La obscuridad pasar que allí nos vino:
Yo sin dormir, velando á mi alegría,
Y el bulto contemplando peregrino,
Y ella tambien sobre el florido suelo,
De amor el uno, el otro de recelo.

Restituyendo al mundo las colores
Que la ausencia del sol llevó robadas,
La aurora entre argentados resplandores
Sale, siguiendo Apolo sus pisadas:
Las lozanas libreas de las flores,
De varia pedrería y luz sembradas,
Brotando todo al declararse el dia,
Gusto, regalo, gozo, y alegria.

Yo sin dormir, que amor me desvelaba,
Y el sueño me quitaba y el reposo,
Donde mi vida desmayada estaba
En un liviano sueño cuidadoso,
Con silencio llegué: mas no tan brava
El aspid dexa el lecho perezoso,
Como las flores ella de su asiento,
Temerosa de algun atrevimiento.

Mas ya de su recelo asegurada
A proseguir volvimos el camino,
Por el rastro y la senda mal trillada
Que de la horrenda sierpe el bulto vino:
Y no mucho despues de gente armada
Un formado esquadron vimos vecino,
Que á buscar á su diosa, y mi alegría,
Por el camino que íbamos venia.

Llegan á ver la que en el vientre horrendo
Hallar creyeron de la obscura fiera,
Y no les asegura estarla viendo,
Que aun la experiencia dudan verdadera:
Piensan que sea su sombra, que volviendo
Del cielo, aun en sus campos persevera,
Y el Rey que entre sus ojos se abrasaba,
Viva la via, y muerta la lloraba.

Era Tifeo en el cretense suelo,
Aunque extrangero, Rey obedecido,
A quien castigos del piadoso cielo
Traen en varias desgracias afligido:
Y entonces por templar de su hado el vuelo
Daba en seguir la escuela de Cupido,
Que es fuego el niño amor, y suele puesto
Sobre la seca leña arder mas presto.

Llevaron para ser sacrificada
A Creta en un cruel altar sangriento
La Angélica beldad, en quien trocada
Mi vida, mi alma, y mi memoria siento:
Viola Tifeo en su vejez helada,
Y encendiole su vista el pensamiento,
Que el alma siempre es moza, y con antojos
Las niñas se remozan de los ojos.

Impidió el Rey cretense el sacrificio
Haciéndolo él del alma ya rendida,
Mas como ni uno ni otro fué propicio
La voluntad sobró de comedida:
Si amor no da quilates al servicio
Ninguna intencion buena es admitida,
Y sean desta verdad estampa viva
Dos Reyes á los pies de una cautiva.

Libró el cretense de la muerte odiosa
Mi dulce vida, y en sus reynos hizo
Tuviese propio altar, y fuese diosa,
Que esto y mas puede un amoroso hechizo:
Hasta que aquella horrible fiera hermosa
Su ciego error é idolatría deshizo,
Trayéndola en sus uñas como cebo,
Para hacerme á mí idólatra nuevo.

Habia dos años que aquel reyno triste
Sobresaltado estaba é inquieto,
Que al hado que á su gusto ordena y viste
La mortal vida todo esta sujeto:
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
Fiero verdugo del fatal decreto,
Que tu trato y rigor experimentado,
A ti por mas cruel eligió el hado.

¿Querrás saber adonde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el extraño caso, advierte y siente,
Suceso es raro, mas verdad ha sido,
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

De Alencastro, gran Duque de Colonia,
Unico hijo, y único deseo,
De la española sangre, y la apolonia,
Es, segun dice el mundo, el Rey Tifeo:
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,
Quando amor al viage peregrino
Los pasos atajó, y cortó el camino.

Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena,
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria agena:
De la Infanta Calipso que regía
Su reyno entonces vió la luz serena,
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.

Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto
De Duque de Colonia en Rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble Rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reyno al de la China
La fama nos la vende por divina.

Una hija tuvieron que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dúlcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes excedia:
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres gracias competia,
Quando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.

Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
Adonde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.

En medio del jardin al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la Reyna con horrible espanto
El altar vió temblar, y el laurel santo.

O fuese de los signos causa oculta,
O del hado justísimo decreto,
O en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto;
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto,
Los muertos animales consultados
Sucesos dieron sin pensar turbados.

De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente
Del tiempo sin artífice labrada,
Qué al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso con mil flores en la falda,
Aquí llegó á texer una guirnalda.

Y una ama honesta que á la Infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche substanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia;
Junto al estanque una encarnada rosa
Gravinia, que así el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio
De sus desgracias fué el primer indicio.

Cuento notorio, fué sabido en Creta
La primer rosa apenas fué cortada,
Y en roxas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Quando al vecino bosque fué corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.

Temerosa Gravinia atrás volviera
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera
Arraygándose en él sus pies hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra obscura.

Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fué el semblante ayroso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos da furiosa á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro ser vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.

La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho que colgada estaba,
Y falto de substancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba,
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la Reyna te ayudara,
Si con las fuerzas que perdió se hallara.

Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana,
Y huyendo el nuevo asombro, á la Princesa
Pecho le dió, y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana,
Glauro ya sin muger presente estaba,
Y los calientes ramos abrazaba.

Toda dentro del árbol se escondia
La arraygada beldad, cuya belleza
En ásperas crecientes deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huía,
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldes bellas.

En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo ser no entró por la garganta,
Así dicen que dixo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el orden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
"Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dúlcia, tu suerte, oye tus hados.

Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡ó hado adverso! aquí me plan-
Y si es falso mi ánimo, ó perjuro, [tas:
La aguda hacha arroje al fuego quantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos cayan por la tierra dura.

Y á ti tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada,
Así en el cielo queda establecido,
Mientras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.

Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura,
Del agudo cuchillo haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura:
Y á la raiz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamas rigor de brazo airado
Mi cuerpo dexe y tronco deshojado.

Ya la voz, ya la vista se me acaba,
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba
Entre el macizo tronco consumiendo:"
Dixo, y el bello rostro que quedaba
Se fué, viéndolo todos, deshaciendo,
Helóse la garganta delicada,
La palabra quedó en la lengua helada.

Dexó el ser y la habla todo junto
Gravinia en árbol nuevo convertida,
Y al mas brioso de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La Reyna al roxo altar sin perder punto
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna Infanta pasa,
Donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, ó Dúlcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero extraño enxerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enxuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.

Creció la Infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba,
A su cruel madre fué en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A ti se habia de dar, Dúlcia, tu hado,
Pues á ti sola el bien ó el mal tocaba,
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana, ó Venus amorosa,
Dúlcia ausente, Crisalba parecia,
Si la beldad segunda no naciera,
Dúlcia fuera en su mundo la primera.

Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta:
Mas no porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas á la real Princesa,
Que amor me puso en la memoria impresa.

Fué Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia, y cordura,
Del reyno y de sus padres escogida,
Que mas que esto se da con la ventura:
Dúlcia graciosa, y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fueron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.

Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida,
Siguió Dúlcia la alegre caza ufana,
Cuyo exercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.

De la rodilla abaxo descubierto,
Qual clavel sobre nieve deshojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado,
Un arco corvo, y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la turbia envidia enamoraba.
Que de léjos contempla su tesoro:
Así la Corte en general la alaba,
Y así el palacio real por tu decoro
Un divino pincel le dió en un rato,
Desta muerta beldad vivo un retrato.

Allí en el ademan se ve pintada
Que al presto corzo ó jabalí seguia,
En tan viva destreza, que engañada
La vista dexa llena de alegría:
Cabe ella una alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los niervos,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.

De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta Infanta su exercicio,
Dichosa ocupacion, si su hado fuera
Tanto como el amor le fué propicio:
Mas quando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
Que subir sin ventura en esta vida,
No es mas que andar trazando la caida.

Cuentan que el dios Mercurio por el viento
A negocios del cielo abria camino,
Quando la bella Infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino:
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal de hombre divino,
Tuerce la via derecha, dexa el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza,
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza:
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza,
Que para la beldad es el cuidado,
Lo que la fuente para el verde prado.

El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas, y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la virgen su belleza espanto;
Y el dios cumplió con ella su deseo,
Si antes le era la caza deleytosa,
Ya le es muerte dexar la selva umbrosa.

No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro en su color marchito
El de su incauta madre trae confuso,
Siente arrogante con dolor la afrenta,
Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida;
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y "muera, dixo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra."

Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya del guarnecido
Entre frágil le pone y seca leña:
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
Que otra venganza tiene por pequeña,
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

Ya lo saca una vez, y otra lo arroja,
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
Con lágrimas el seco tizon moja,
Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita,
Si lo que el uno quiere, el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera,
Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera:
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
Ya se mostraba madre verdadera,
Qual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.

Muere el amor porque la honra viva,
Sale la injusta muerte victoriosa;
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquiva,
Si tanto estimas una fama honrosa,
Mira arrogante furia vengativa,
Que no es honra matar así una diosa,
Ni la hace menor, sino mas ancha,
Quemar el paño por sacar la mancha.

En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
"Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reyno dexará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia,
Antes que el daño llegue á ser doblado,
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos.

Es mas que el vidrio la honra delicada
Al limpio adorno de una real doncella,
De huirse fácil, de guardar pesada,
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:
Con mentira y verdad queda manchada,
La obra imprime y la palabra en ella,
Y aunque la mancha en la verdad se lava,
La señal queda, que jamas se acaba.

¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento
La tuya, incauta Dúlcia, andar perdida
De lengua en lengua por el mudo viento,
A quien tú has dado lengua tan cumplida?
Si es menos que tu culpa este tormento,
Todas deudas se pagan con la vida,
Si joya en ti de mas valor hallara,
En esa el yerro de tu honor vengara,
Que el vulgo pregonero de maldades
En veneno convierte quanto toca,
Ni mira ni perdona calidades,
Ni que la culpa sea mucha, ó poca:
Mas juntando mentiras con verdades
La infamia crece, y el honor apoca,
Y para dar al blanco adonde tira,
La verdad hace igual con la mentira.
Fenezca pues tu vida y mi contento,
Aunque eres digna de mayor castigo:
¿Dónde me lleva este furor violento?
Mas que el amor es el honor mi amigo:
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento
De alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor, y el pecho tierno,
Que un dia tu cielo fué, y es hoy tu infierno?
¿Tan presto un solo enojo me ha robado
Mil penas y dolores que me cuestas?
¿De dulce madre el nombre regalado
De tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive, que si el amor es el culpado,
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas:
Mi hija fué á decir, mi Dúlcia dixo,
Y aun deste mi amoroso se desdixo.

¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?
¿Creta será á una adúltera ofrecida?
¡O si fuera tu vida desdichada
En la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
Sin señal en mi pecho la herida,
Atajada tu culpa, y mi pecado,
Y el presente dolor fuera pasado.
Recibe el justo precio á sus hazañas,
Y el castigo menor, que lo mereces,
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,
Pues que naciste allí, y aquí feneces:
Dos vidas que me debes tan extrañas
Quiero cobrar de ti, no de dos veces,
Con una muerte quedaré contenta,
Pagada de dos vidas, y una afrenta.
La primera te di, quando en mi pecho
El ser que ahora tienes recibiste,
Y la segunda que este daño ha hecho,
Quando librada en este ramo fuiste:
Todo queda en tu muerte satisfecho,
Muere, que al fin para morir naciste,
Y no irás sola, que este mismo fuego
Tras ti me llevará á buscarte luego."
Dixo, y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dúlcia ignorante, y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.

Las entrañas el fuego le consume
Sin causa, y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido:
Ya la enemiga parca se resume
En dexar el estambre dividido,
Cae en el triste lecho desmayada,
Qual tierna fruta sin sazon cortada.

Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia,
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria,
Dúlcia perdida la color de rosa,
Así le habla y tiembla temerosa:

"Llamarme con delgadas voces siento
Del seno obscuro de la tierra helada,
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento,
Cielos, ¿á qual deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

Siento, hermana, el dexarte, y no la muerte,
¿Qué mayor muerte quieres que dexarte?
Si me era paraiso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dexando de gozarte?
Si el morir siento menos que perderte,
No es porque quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonía!

Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
Sola á ti he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida,
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡ó mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido;

Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aquí, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte,
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad qual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dexarme sin la vida mia:
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegría,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espíritu y aliento.

Y si es de veras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor menos pesado:
Siento la muerte, porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Quando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.

Siento que esta semilla soberana,
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana
Antes de urdirla dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le quadre
Ser hija y heredera de tal madre.

Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse."
Así la bella Dúlcia se acababa,
Qual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana.

"Vive, mi Dúlcia, de temor segura,
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura,
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.

Si el cielo me da un nudo como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via:
Ni la mia vaya, ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañia,
Antes iguales en ventura y suerte
Pasen por una vida, y una muerte.

Gozarnos hemos tiempo sin medida,
No estés de lo contrario recelosa,
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá menos aceda y desabrida,
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozaremos, y un reposo."
Así Crisalba á Dúlcia consolaba,
Y así Dúlcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el ayre sutil se fué huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.
Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.
¡O humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
En su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
A quien no siga invierno y noche obscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños!

¡Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente quanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia!
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goze, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde oriente
Libre de lengua en lengua, y gente en gente!
¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida,
Que son el pobre, el rico, el flaco, y fuerte,
Iguales á las puertas de la muerte!
¡No del Tigris las ondas espumosas,
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Venus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el ayre blando,
En curso igualan las humanas cosas,
Que los tiempos tras sí llevan volando,
La pena sola, y el dolor mas breve,
Parece á donde está que no se mueve!"....
Así iba el Rey de Persia lamentando
Su larga historia, corta de ventura,
Al tiempo que tambien el Conde Orlando
Del valle de Pomier por la espesura,
A Garilo y los suyos declarando
La artificiosa enigma antes obscura,
Con el discurso deste dulce cuento
La verdad confirmó de su argumento.

"Todas las cosas que en el mundo vemos,
Quantas se alegran con la luz del dia,
Aunque de sus lenguages carecemos,
Su habla tienen, trato, y compañia:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten qual la mia,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los oidos.

¿Quién publica á las próbidas ovejas
Sus sábios aranceles y ordenanzas?
Y ¿á quién el ruiseñor envia sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién á las grullas dice, y las cornejas,
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece mas temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?

Quién sino estos lenguages, que escondidos
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los ruidos
Los raros hombres á quien dan cuidados:
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.

Creese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleytosas
Las suspensiones dan de quando en quando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de mas grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.

Desto á veces se engendra la locura,
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes, y las cuevas mas calladas,
A quien llega á sentir por este modo,
Todo le habla, y él responde á todo.

Y el no entender ni oir este lenguage
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallage
Eternos cantos de loór publica:
La ocasion cuentan que es cierto brebage,
Que el engaño en naciendo nos aplica,
De groseras raices de la tierra,
Que el seso embota, y el sentido cierra.

Mas aquel que por suerte venturosa,
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfeccion llega á entendella;
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella
A solo su feliz deleyte vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.

No es invencion ni fábula compuesta,
Que ya por mí este caso ha sucedido,
Llegando sin pensar á una floresta,
Junto á una cueva en un lugar florido:
Al pie de un roble por pasar la siesta
Al son del agua me quedé dormido,
Y una serpiente en tanto que dormia
Los oidos y el rostro me lamia.

Desligóme el sentido de manera,
Que quando desperté quedé admirado,
Porque en formado tono, y voz entera,
Hablar oí las flores del collado;
Y un árbol por historia verdadera
Me contó, que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo á Angélica la bella
Seis dias antes dueña de doncella.

Sobresaltéme, y escuchando atento
El bosque sospeché que era encantado,
Y por albricias del amargo cuento
Furioso todo lo dexé asolado:
Partíme con un nuevo descontento,
Oyendo hablar las selvas, el ganado,
Los árboles, los rios, y las fuentes,
Las piedras, los collados, y las gentes.

Esta fué la ocasion que ya algun dia
De mí el mundo creyó que loco estaba,
Porque aunque preguntaba, y respondia,
Ni el por qué vian, ni con quién hablaba;
Hasta que Astolfo por la extraña via
De un licor peregrino que él usaba,
Me cerró como de antes los oidos,
Y volvió á su concierto los sentidos.

Pues en el tiempo que escuchando anduve
Encubiertas historias no entendidas,
Increibles son las fábulas que tuve,
Sin querer aprenderlas, aprendidas:
Y entre otros cierto dia me detuve
En oir de unas tragedias nunca oidas,
Lo que ahora quiero que por prueba quede
De lo que vale la ventura y puede.

Y no se entienda que es cuento inventado
De mi persona y gravedad indino,
Que aunque de humilde cuerpo, va fundado
En caudal y discurso peregrino:
No está todo el valor en lo abultado,
Menudo es el aljófar, y si es fino
No pierde por menudo en buen consejo
Lo que por limpio gana, y por parejo.

Junto á los arruinados paredones
De la antigua Cartago llegué un dia,
Y cansado de oir lamentaciones
Que cada piedra contra el tiempo hacia;
Juzgando por las mias sus pasiones
A la sombra de un álamo, que abria
Pomposa rueda con sus ramos huecos,
De un ruiseñor me puse á oir los ecos.

Venia su nueva libertad cantando,
Que de una jaula de oro al libre cielo
Burlada la prision, el ayre blando
En ligero cortó, y delgado vuelo:
Y las vecinas selvas convidando
De su arpado canto al gran señuelo,
Así cercado de aves, y de espanto,
Oyendo todas prosiguió su canto.

"¡O dulce libertad! dichosa prenda,
A ningun bien humano comparada,
Sin quien del mundo la dorada rienda
Es por mas bien que dé carga pesada:
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
Jardines, ni comida regalada,
Música, cantos, aparatos, galas,
Ricas bagillas, y entoldadas salas:

Ni los demas deleytes que al sentido
El real cetro y su lisonja ofrece,
Todo sin libertad es bien fingido,
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:
Ya en rica jaula, y en jardin florido,
A quien lo mejor de Africa obedece,
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada
Lengua de graves Reyes escuchada.

Defendido de archeros, que por horas
La guarda hacen de mi altiva casa,
De sabroso manjar, y aves cantoras,
La mesa puesta, y los saraos sin tasa:
Estanques de cristal, fuentes sonoras,
Y lo que á todo junto excede y pasa,
Perdido el riesgo, el miedo, y la sospecha
De sutil red, y de invisible flecha.

Mas todo junto, ¡ó libertad preciosa!
Contigo ni se iguala, ni te llega,
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,
Y el real jardin por esta estéril vega:
Sola entre sus deleytes una cosa
A mi gusto tu nuevo estado niega,
Que es privarme de ver la llena luna
De aquel soberbio monstruo de fortuna.

Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,
Que hoy en su afortunada estrella fixo
De la ancha Libia vuela el cetro entero:
Solo deste en mi libre regocijo
Me falta el bien de ser su prisionero,
Que de un hombre dichoso, aun las cadenas
De bienes suelen ser y gustos llenas.

Quando en el trato humano considero
La altiva magestad, la real grandeza
Con que un hombre avasalla un mundo entero,
Y se hace dél á su pesar cabeza:
La ciencia de un filósofo, el severo
Rostro de un senador, la fortaleza
De un soldado, el nivel de un arquitecto,
Y el compás de un artífice perfecto:
La luz del sol, del mundo la alegría,
Las perlas de la mar, los granos de oro
Que en sus entrañas para el hombre cria,
Fuentes de gusto, venas de tesoro,
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
Que por curiosidad, pompa y decoro
Da á sus teatros y ciudades bellas,
Y el suntuoso primor dellos y dellas:
La religion, el trato, las maneras
De fiestas y comidas regaladas,
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,
Músicas, y pinturas delicadas,
La luz, el ayre, el cielo, sus esferas,
Para el servicio humano fabricadas,
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,
Sus bosques, selvas, y árboles sombrios:
Y otros varios deleytes de que goza
El hombre en esta vida á su contento,
Quando la juvenil sangre retoza,
O se madura ya el entendimiento:
La salud, el linage, la edad moza,
Que es del placer el verdadero asiento,
Y el gusto del saber, que de la cepa
Humana no hay sabor que tanto sepa.

Quando todo esto considero, y miro
Criado el hombre, y hecho á su regalo,
Lo juzgo por feliz, y no me admiro
Que perder tanto bien tenga por malo:
Que tire del vivir, que es dulce tiro,
Y sin precio un brevísimo intervalo
De vida, en que gozar de lo presente,
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

Mas quando vuelvo á ver la humana suerte
Sujeta al tiempo, y á miseria tanta,
Y qual frágil cañuela es el mas fuerte
Cedro que el monte Líbano levanta:
Quando vecino al polvo y á la muerte
Está el dosel que mas se le adelanta,
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,
Vejez, enfermedades, y dolores.

Y sobre todo el curso irreparable
Con que en los breves dias se consume
El bien mayor, el gusto mas durable
Del que en su estado y fuerzas mas presume,
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,
Que toda su grandeza se resume
En ciega vanidad, locos vayvenes
De propios males, y de inciertos bienes.

Todo es sombra, y no mas: mas donde en to-
Es digna de llamar la humana suerte, [do
Es á ver quan á tiento, y de qué modo
Anda el hombre en la vida, y en la muerte:
Aquí le dan la mano, allí del codo,
Aquí le hacen errar, allí que acierte,
¡O laberinto humano! ¡quan á ciegas
Los gustos das, ó los contentos niegas!

De la jurisdiccion de la fortuna
Estos turbios celages forjó el hado,
Sin que haya vista tan de lince alguna
Que el fondo alcance á ver de su nublado:
Sola ella en dispensar su antojo es una,
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,
En cuyo bien jamas supo estar queda,
Hasta darle la cumbre de su rueda.

Por todas las edades que en el mundo
Mi estrecha alma gozo vital aliento,
De fortuna favor tan sin segundo
Mi vista vió, ni en su memoria siento:
Y la larga experiencia en que me fundo
No es de un año ni dos, de diez, ni ciento,
Millares de años son, y años perfetos
Los que el mundo he cursado, y sus secretos.

Dexo ahora el contar como criadas
Las almas ya, por áspero castigo
De sus primeras culpas, son ligadas
En frágil nudo al cuerpo su enemigo:
Y como de uno en otro barajadas
Siempre mudando van casa y abrigo,
Y en nueva forma y vida diferente
Eternas vueltas dan eternamente.

Hoy suelen habitar un cuerpo humano,
Y mañana hallarse en el de un bruto,
Yo fuí primero un capitan troyano,
Despues Armodio un noble disoluto:
Una vez fuí gigante, otra fuí enano,
Otra Lisander un mordaz astuto,
Y dentro de Pitágoras el mudo
Al mundo hice un filosofo sañudo.

Despues fuí Rey, despues un elefante,
Tras esto la ramera Aspasia, y luego
Atenedoro, un fiel representante,
Y Epídices, cobarde orador griego:
Fuí Terpandro, gran músico y danzante,
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego
Olvidé los primores que sabia,
Camello fuí otra vez, gallo otro dia.

Médico de opinion, y mal poeta,
En Periandro nací, y el seso lleno
De quimeras seguí tras la imperfeta
Senda, sin encontrar un verso bueno:
Fuí Epicuro gloton, fuí la indiscreta
Filomena, fuí el asno de Sileno,
Fuí Focion hablador de dichos vanos,
Y fuí Ademédes, jugador de manos.

Fuí Eráclito el risueño, fuí el mendigo
Parresias, fuí Diomédes el tirano,
Y entre estos varios mundos al abrigo
De un árbol de oro fuí pavon lozano:
Puesto de la fortuna por testigo
A los ciegos discursos de su mano,
Donde de un barajado mundo á tiento
Los disgustos reparte, y el contento.

En medio lo poblado de la tierra
Un altísimo monte se levanta,
Que un yerto cerro y escabrosa sierra
Hasta las cumbres es desde su planta:
Su altura aquí en pomposos ramos cierra
De un árbol celestial la insigne planta,
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,
Lustroso de una parte, y de otra bronco.

Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
Una y otra fortuna indiferente,
Y ella en sus ramos puesta con violentas
Manos la coge y da confusamente:
Al pie del árbol van olas hambrientas
Sin tiento de confusa y ciega gente,
Que por los riscos sin cesar trepando,
Unos cayendo van, y otros volando.

En piñas de oro cae la fruta altiva,
Y coge cada qual la mas galana,
Y bien si todas de oro caen de arriba,
Una podrida sale, y otra vana:
Unas llenas de muerte, otras de esquiva
Afrenta, y otras de honra soberana,
Este lisonjas halla, el otro honores,
Y á otro un aspid le pica entre las flores.

De gusto aquel, y de tesoros llena
Su piña coge, y al cerrar la mano
En lugar del contento halla pena,
Y las riquezas vueltas ayre vano:
Por uno al fin que acierta con la buena,
La suerte yerran mil, ¡ó engaño humano!
Que la fortuna puesta sobre todos
De un error rie los diversos modos.

Yo aquí imitando su pomposa rueda,
En la que de mis plumas componia,
Lozano pavon vuelto á la vereda,
Del curso humano fuí gran tiempo espía:
Y aunque vi allí grandezas de que pueda
Hacer alarde aquí la lengua mia,
Ni en esta edad hallé, ni en otra alguna,
Como la de Abdelmon igual fortuna.

Muchos hay que de humildes fundamentos
Se alzaron á supremas dignidades,
Príncipes hubo, cuyos nacimientos
Apenas los conocen las edades:
Pero fueron al fin sus crecimientos
Hijos de sus altivas voluntades,
Saliéndole á ayudar en el camino
Por esta ó la otra parte á su destino.

Mas Rustaquio Abdelmon que hoy rige al [mundo
Todo es parto feliz de la fortuna,
Ella el paso primero, ella el segundo
Dió, y los demas en su creciente luna:
Ni él la solicitó, ni su fecundo
Reyno le debe diligencia alguna,
Que quanta magestad goza en su altura,
Todo es hinchado golpe de ventura."

Esto cantaba el ruiseñor al vuelo
De las aves que oyéndole se espantan,
Que con arpadas lenguas siempre al cielo
Misterios á este semejantes cantan:
Y no sin causa, que en el mauro suelo
Así en las cosas de Abdelmon discantan,
Que de quantos adoran en la luna
Por monstruo le confiesan de fortuna.

Rustico hijo de un humilde ollero,
En Africa le halló su estrella un dia,
Que formar el dibuxo verdadero
De un hombre venturoso pretendia:
Fué de su dicha el escalon primero
Un real carbunco, en quien el sol hacia
Nuevo retrato suyo, y entre peñas
Él á los ojos con vislumbres señas.

Huyendo una enroscada sierpe, que arde
En sus escamas de oro el campo raso,
Que el triplicado silbo al pié cobarde
A tiempo le hizo huir medroso el paso,
Donde la rica piedra haciendo alarde,
Esta de su beldad tropezó á caso,
Y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dió en la mano.

Y él sin hacer de su valor estima
Tibia la lleva y desganadamente,
Quando á Vanicio vió que era la prima
En presuncion de su aldeana gente:
Vióle la piedra, y vió como no estima
Su resplandor el bárbaro insipiente,
Que en ignorantes manos la mas fina
Perla se vuelve humilde cornerina.

Y él conociendo el sin igual tesoro
Que en su estrecha materia se incluía,
En cuya estimacion es pobre el oro,
Y humilde la mas noble pedrería;
Guardándole á su dicha aquel decoro
Que á tan nuevo favor se le debia,
De todo su caudal se necesita
Por comprar la preciosa margarita.

Compróla, y dió por ella su pobreza,
Y con ella quedó próspero y rico,
No sabe en qué emplear tanta riqueza,
Que el mundo todo á su grandeza es chico:
Ya del sayal le enfada la baxeza,
En brocado trocar quiere el pellico,
Sobre su estéril paja está acostado,
Y allí se sueña en tálamo dorado.

Despierta, y confiado en su tesoro
De pages se rodea, y de criados,
Ricas bagillas, reposteros de oro
Del pincel de su antojo fabricados:
"El dia, dice, y la ventura adoro,
Que tales siglos me tenian guardados
Para ser en la tierra sin segundo,
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.
Bien en este carbunco hay dos millones,
Un grave estado compraré del uno,
Ricas preseas del otro, altivos dones,
De aparato qual otro fué ninguno:
Y aun tales podrán ser las ocasiones,
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,
Que llegue á ser Emperador potente,
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.
Al humilde Rustaquio, que es el hombre
Que para mí halló esta gran riqueza,
Quando de ver mi magestad se asombre
Daré altivo la mano á su pobreza:
O ilustre zelo con honrado nombre
De criado, si alcanzare á tanta alteza,
Y no es paga excesiva al beneficio,
Admitirlo desde hoy en mi servicio.
Mia esta rica piedra de derecho
Era, como tambien ahora es mia,
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho
Se la halló, porque tras mí venia:
Yo no tengo como él ánimo estrecho,
Que desde que nací ser Rey queria,
Y la feliz estrella en quanto ofrece
A los brios que inclina favorece.

Que nube al viso humano tan obscura
Es la fortuna, el hado, y su destino,
¡Por qué rodeos camina la ventura
Quando quiere saliros al camino!
Pobre Rustaquio vió entre la verdura
Este tesoro que á mis manos vino,
¿Quien entonces le viera juzgaria
Por suya la ventura, y era mia?

Así Vanicio en bárbaros discursos
Quimeras fabricaba por los vientos,
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos
Dando y quitando ley y movimientos:
Tan vario, que á ser de oro los concursos
Y avenidas de vanos pensamientos
Que á su ambicion venian, ni la hartaran,
Ni sus torpes locuras concertaran.

¡Que de Vanicios en humildes lechos
La luz contempla de la aurora fria,
Que un mar de locas pretensiones hechos
Todas las cumplen esperando el dia:
Y en quimeras y monstruos contrahechos
Desvelan la inconstante fantasía,
No viendo que las cuentas sin dineros
En saliendo la luz son todas ceros!

Abdelmon de otra parte en el cuidado
De cien rubios cequíes con que Vanicio
Compró el precioso globo, desvelado
De su aldea se finge un gran patricio:
Mas la fortuna á cuenta de su hado,
Codiciosa de dar al mundo indicio
De sus milagros dió muestra segura,
Que no consiste en trazas la ventura.

Tenia Abdelmon por lisonjero amigo
A Almohadí, cierto árabe embustero,
De sus secretos singular testigo,
Y de su alma desnuda dueño entero:
Este en trage de paz fiero enemigo,
Deseoso de hacer presa en el dinero,
A las rüinas de un antiguo muro
Se le hizo enterrar por mas seguro.

Y aquella noche el cauteloso moro,
De hambrienta codicia el pecho lleno,
A robar del sincero amigo el oro
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:
Quando á tiento buscando el fiel tesoro,
De un frio aspid halló el mortal veneno,
Que trocándole el curso de la suerte,
Por rubio oro le dió pálida muerte.

Entre tanto á Abdelmon en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso,
Despierta, y va á buscar de su pequeño
Tesoro el breve globo, y bulto escaso:
Y viendo el pago que el mortal beleño
Al falso moro dió, suspendió el paso
De la muerte medroso, y la serpiente
Que aun en torno del muerto cuerpo siente.

Mas libre con la nueva luz del dia
Su pequeño tesoro toma y parte,
Del ardiente calor de Berbería
Hácia la mas oculta y ciega parte:
Porque en la muerte que presente via
Teme que alguno sin razon le encarte,
Y no le aprovechó, que el oro hallado,
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.

Por la codicia de los rubios tejos
Seis quadrillas salieron á buscalle,
Y una dellas baxar le vió de léjos
De una alta sierra á un encubierto valle,
Y que entre unos manglares mal parejos
Tropa alarbe le espera por roballe,
Donde vida y dineros le quitara,
Si la que á prenderle iba no llegara.

Ya las rendidas manos en un lazo
Presas le halló la esquadra diligente,
Que á toda priesa el áspero ribazo
Saltó, y dió en los alarbes de repente:
Y ellos en firme y en gallardo brazo
Preso y vidas defienden juntamente,
Y al brio de sus rústicos contrarios
Varias heridas dan, y golpes varios.

Ya en porfiada batalla y cruda guerra
Los unos en los otros marañados,
Pedazos hechos la sangrienta sierra
Caer los vió en sus faldas destrozados:
Y de ocho dos valientes de la tierra
De Abdelmon, en mil partes lastimados,
Vivos solos quedaron, y el cautivo
A costa de sus muertas vidas vivo.

Parecióles estorbo y demasía
Volver preso de allí el cautivo mozo,
O porque su temor se lo impedia,
O la codicia ó bárbaro destrozo:
Despojáronle al fin lo que traía,
Y de la selva en un profundo pozo,
Que su delito dexe mas cubierto,
Lo despeñaron, y quedó por muerto.

Dióse por tal Rustaquio desde luego,
Y trazó la fortuna su caida
Por mejor levantarle, y así el ciego
Pozo no le quitó, mas le dió vida;
Que como quien despierta del sosiego
De un dulce sueño el alma divertida,
A mirar comenzó por el profundo
Si via los reynos ya del otro mundo.

Y no del hondo infierno llama horrible
En ciego humo, y rechinar sonoro,
A un tibio rayo vió de luz visible
Mas rubias masas de centellas de oro:
Volvió del todo en sí (¡caso increible!)
Y en medio se halló de un gran tesoro,
Que allí la ciega antigüedad, ó el hado,
A su ventura le tenia guardado.

Salia por cien torcidos escalones
La bóveda sin luz de oro preñada
A unos desbaratados paredones,
Fábrica en otros siglos celebrada:
Sacó el moro feliz de los montones
De joyas una entre otras señalada
Un rico alfange, cuya pedrería
Una ciudad su estimacion valia.

Quiso en Tunez venderle á menos precio,
Que la hambre no come perlas ni oro,
Y el espanto de joya de tal precio
A voces dió por salteador al moro:
Llévanle preso al Rey, que con desprecio
De su ánimo real, quiere el tesoro,
Y por él en la torre de palacio
Cárcel le dieron y prision de espacio.

Budebuz, Rey famoso de Marruecos,
Por lo infeliz de una batalla brava,
De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reyno y preso estaba,
A cuyo oido los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por experiencia
Ver del moro el aseo, y la presencia.

Fué cosa fácil darle gusto en eso
Por serles cárcel una misma torre,
Hizo graves preguntas el Rey preso
Al mancebo en la fama que dél corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre,
Y casi le arrebata en raudo vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.

De otra parte Abdelmon estando cierto
Ser de Marruecos Rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba;
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz Rey, y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.

Era prudente el Rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos
Mas que furor le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus excesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y mientras su fortuna no serena
Valerse en sus azares de la agena.

Descubrióle su pecho, y él gozoso
En firme confianza se prefiere
De dar la mano al Rey, y un venturoso
Con quanto intenta sale, y quanto quiere:
Contentóse el de Tunez codicioso
Con su alfange feliz sea cuyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella
Cumplidos los furores de su estrella.

Al Rey despues en su prision esquiva
Con sutil artificio por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del Rey tirano:
Y en su escondida cueva entre la viva
Luz del tesoro le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al Rey desnudo.

Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reyno recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido, mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta Reyes.

El suyo agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera,
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Axa su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado le halló, y desta manera
De humildes padres le hizo el alto cielo
Gran Miramamolin del libio suelo.

A Vanicio en sus trazas y su cuenta
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron por robar la joya muerte:
Y sus bagillas, pages, y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte,
Tan incierta es como esto y tan obscura
En los humanos casos la ventura.

ALEGORÍA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle faltando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la vian fuese faltando el deleyte que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempte perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dúlcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generacion: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y quan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

Fin del libro undécimo.

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO.

Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el Alcayde de Sansueña á Roselio por su hijo, el qual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el Rey Don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fué, y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro, quando
El dia en su luz, y el sol en su camino:
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intricado bosque en la espesura
Se los dexó, y halló la noche obscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,
La obscura noche, y el faltarles guia,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía:
Y un caido alcázar, que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño,
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el dia con risueño
Semblante, y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos, y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Quando á la lonja que á la puerta corre
Guardarla un hombre armado parecia:
El Conde altivo que su arnés recorre,
Y el brioso Brilladoro en quien venia,
Mas del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Qual espumoso rio, que deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que antes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del francés caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,
No una almena le tira, ni un ladrillo,
Mas furioso con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer baxó su estruendo el llano,
Donde si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados
Del ademan con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas:
Y el torreon con sus mármoles labrados,
Aun las molduras todavia parejas,
Así se via entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo cree apenas
Al pie temblando del francés trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo;
La sangre y brio se le heló en las venas,
Y arrepentido de su mal deseo
Hierro al caballo mete en los costados,
Que el miedo hace ginetes extremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que como rayo á quien le falta el trueno
Tras él venia volando, y le alcanzaba:
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demas franceses despojados
La burla mas ó menos celebrada,
Dellos furiosos, dellos reportados,
De unos reida, y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el Conde abrió, y una encubierta escala
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de atauxía,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedrería,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el témpano encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar tambien muriendo:
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo francés que no alargase el paso,
Por si hallara detrás de sus pinturas
Los tesoros de Midas, y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vayvenes dan sin duelo
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando
Por la sala temblar se vió el castillo,
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó qual de repente
Los techos borda el sol del roxo oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado, ó serlo parecia,
Y entre mosaycos lazos por decoro
Un oriente de varia pedrería:
De acuñados escudos gran tesoro
Montones hecho por el suelo habia,
Si en la hidrópica sed del oro hubiera
Fin y tasa, esta sala se le diera.

Alguno en su pagiza cama echado,
A quien necesidad quitó la cena,
Rico durmiendo, y pobre desvelado,
Su choza vió de igual tesoro llena:
Y de quien la noche antes fué olvidado
Solo que sueña poco le da pena,
Llenando grandes sacos de oro ardiente,
Que en sombra volverá la luz siguiente.

Bien así á la francesa gente avino
El bello camarin de la riqueza,
Donde apenas dió lumbre el metal fino,
Quando á todos rindió su fortaleza:
Y llevados en ciego desatino
De la hambrienta codicia sin pereza,
Todos en dando un paso en el tesoro
Vueltos quedaron en estatuas de oro.

Llegó á la sala el Conde en el instante
Que ya perdian el ser los delanteros,
Y él sin osar mover el pie adelante
La codicia perdió de los dineros:
Y á ellos en lo insensible semejante
Sin sentido quedó, y sin compañeros,
Tan absorto en la máquina que via,
Que otra estatua como ellos parecia.

No sabe si ellos ó él está encantado,
Porque si ellos lo están, él lo parece,
Maldice y culpa su contrario hado,
Que tanto sus intentos aborrece:
Mas el suceso bien considerado,
"El pago, dice, tiene que merece
Su locura, que gentes avarientas
Hechas estatuas de oro están contentas.

¡O como el interés del oro estraga
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambicion se traga,
Y en los respetos los mejor nacidos:
Así su vino turba, así embriaga,
Que qual Circe los dexa convertidos
En fieros brutos de ánimos atroces,
O sorda estatua al cielo, y á sus voces.

Entre la negra lama y turbia horrura
Del Aqueronte lago está en tormento
Un espíritu triste en noche obscura,
Seco de hambre, y de calor sediento:
Con el agua á la boca, que procura
Entrarse dentro dél, y él sin aliento
Temiendo descrecer el rio un trago,
En pena eterna está en su eterno amago.

No en vano por blason desta su ciega
Dorada sepultura el mármol tierno
Da retratado al que á su puerta llega
Este antiguo vecino del infierno:
¡O avaro inutil, que en confusa brega
De ayuna hambre, y de temor eterno,
Pasas la vida, y gozas de sus bienes,
Como los que te faltan los que tienes.

La noche toda sin dormir velando
Los sin fruto acuñados sacos de oro,
A quien tocar de miedo estás temblando,
Porque no hable su metal sonoro:
¿Qué importa estar, ó idólatra, mirando
Que tus cofres de acero en su tesoro
De Libia guarden las riquezas juntas,
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?

¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
El oro con que al mundo desafia
En tu casa trastorne, y el Hidaspes
Quantas drogas por él la Misia envia?
¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
O el metal roxo que en su arena cria
El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,
Y mas que todos quatro el Tajo solo?

¿Qué importa que del roxo mar la espuma
En perlas vuelta te la den sus playas,
Y del rico Quinsay una gran suma
Por ambos mares á tus puertas trayas?
¿Qué importa que en los ceros de tu pluma
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas
Quantas masas derriten y dan llenas
De espanto los respaldos de sus venas?

¿Si al fin temblando en medio tu tesoro
Al rostro enfermo de la hambre ayuna
Triste te rindes, y en cuitado lloro
De imprudente condenas la fortuna,
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
Mas sin fruto qual blanco de la luna,
Pues estar en tus cofres es lo mismo
Que el no haberlas sacado del abismo?"
Dixo, y mil trazas prueba, por si alguna
Divertirlos podrá de aquel tormento,
Mas no le acude á su intencion ninguna,
Que el oro es poderoso encantamento:
Y viendo tan trocada su fortuna,
"¡O cielos, dice, que en mi daño siento
No haber cosa en los hombres menos cierta,
Que el dia mas vecino á nuestra puerta!
Dístesme la victoria de Girona,
Y esta noble y burlada compañia,
Con quien dexando el campo en Carcasona,
Ayer solo á buscar placer venia:
Hallo menospreciada mi persona,
Robado, triste, á pie, solo, sin guia,
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
Y al parecer mis compañeros muertos.
Mas si es orden del brazo soberano,
Que el mar enfrena, y las estrellas rige:
El es el dueño, corra de su mano,
A su cuenta está todo, ¿quien me aflige?"
Así decia el Senador romano,
Y así de su imprudencia se corrige,
Buscando modos para ver si puede
Hacer que allí su compañia no quede.

Mas si asir con un lazo procuraba
La estatua que mas cerca parecia,
Apenas el cordel dentro llegaba,
Quando una sierpe de oro se volvia:
Y del pedazo que defuera estaba
Su encanto la troncaba y dividia,
Y en metiendo una vara por la puerta,
La mitad de oro parecia enxerta.

Así de Etna en los hornos encendidos,
Donde su bronce el cíclope derrite,
Los robles caen en brasas convertidos,
Que con el oro su color compite:
Y de los ramos de otro ser vestidos
Hace que el tronco se desgaje y quite,
Y que lo que antes era haya, ó pino,
El lustre herede del metal mas fino.

Cansado el Conde de trazar al viento
Cosas que todas le salian en vano,
El castillo dexó, y su encantamento,
Y á pie se entró por un florido llano:
Por compañia solo su tormento,
Quando de lo alto de un collado enano
Un humo descubrió y paredes viejas,
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.

Habia llevado de su error la pena
Tres dias sin comer desalentado,
Perdido el tino por la selva amena,
Y mas que en ella dentro en su cuidado:
Sin gusto el alma de congojas llena,
Quando arribó confuso y destrozado,
Ayuno, sin espíritu, ni aliento,
Del rústico pastor al fresco asiento.

Al rebaño llegó, que unos ribazos
Subia en las verdes faldas de un barbecho,
Y un merino carnero entre los brazos
A la estrecha cabaña fué derecho,
Y á medio asar se le comió á pedazos,
No del todo en su hambre satisfecho,
Antes temió el pastor por lo que via,
Que tras él los demas se comeria.

Dióle al deseo de reposar el prado
Florido lecho, un cesped almohada,
Y á un floxo cuerpo del calor cansado,
Las flores son alfombra regalada:
Y el sueño y el descanso deseado,
Vianda sin mas salsas sazonada,
Que aquel cansancio que en los miembros anda,
Del suelo duro hace cama blanda.

Al fresco silbo del templado viento,
Que entre álamos y alisos bulle ufano,
El sueño le borró del pensamiento
La antigua pena con sabrosa mano....
Quando en Sansueña el noble Alcayde atento
A conocer el preso moro anciano:
"Este es, con nuevo sobresalto dixo,
El robador de mi perdido hijo."

Y como en triste llanto se disuelve
Sin dar respuesta, en confusion metido,
Con la medrosa vista le revuelve,
Y del doncel le preguntó perdido:
¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?
Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?
A quien con miedo, sobresalto y lloro
Así le respondió temblando el moro:

"Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,
Yo le robé en un ciego bosque umbroso
Acaso sin pensar, pero bien dixo
Quien la ocasion llamó ladron forzoso:
No previne caverna ni escondrijo,
Ni flacas postas en que huir medroso,
La suerte me llevó por los cabellos,
Sin procurar sus lances, ni entendellos.

Saliendo tú en Miduerna á caza un dia
Con el Rey Casto, y él con su sobrino,
Con él tu hijo, y yo en su compañia,
Una nublosa tempestad que vino
La caza nos deshizo y la alegría,
Y á los dos nos llevó fuera de tino,
Por entre incultos montes y vallados,
Dos dias sin ver por dónde derrotados.

Hallé al tercero un hato de pastores,
Y allí tomando lengua vi que estaba
Diez leguas de Miduerna y de sus flores,
Que pensando acercarme me alejaba:
¿Quien halló esclavo fiel á sus señores?
¿A quien la servidumbre no le agrava?
¿Quien no quiere ser libre? ¿quien procura
Quitar de sí para otro la ventura?

Pidióle á la ocasion luego el deseo
Mi libertad á costa de la agena,
Y al fin por no hacer largo rodeo,
Pues ya mi historia para nada es buena,
Huyendo desde aquí empecé á ser reo,
Y desde aquí mi culpa me condena,
Si el apetito natural es culpa,
O en mi delito puede haber disculpa.

A Valencia de aquí me fuí derecho,
Y á tu hijo llevé en mi compañia,
Que le hizo mas daño que provecho
La desleal aficion que en él tenia:
Y viendo el no pensado yerro hecho,
Con quien igual satisfaccion no habia,
Al Rey Abdalla se le di por page,
Con la cuenta y razon de su linage.
Él le crió en su Corte y su palacio,
Yo desde allí á vivir vine á Toledo,
No sé de aqueste tiempo en el espacio
Qué sea del, solo esto decir puedo."
Y con triste semblante y rostro lacio
Esperando la muerte estuvo quedo,
Sin mirar á Roselio de turbado,
Ni conocerle por estar mudado.
Pero su padre, á quien la sangre ardiente
Ya la verdad del caso le decia,
Llorando de placer en su alma siente
Lo que decirle nadie no sabia:
Y con gusto abrazando tiernamente
Al que por muerto en su opinion tenia,
Cuenta le pide ya con regocijo
De sus desgracias, y el mancebo dixo:
"Los trabajos, señor, en la memoria
Tienen otro sabor que en los sentidos,
Que la pena acabada es toda gloria,
Y los pesares buenos para oidos:
Y así los casos de mi nueva historia
Volverán el deleyte referidos
Que otro tiempo quitaron, oye atento
El extraño suceso de mi cuento.

Desde que á las ventanas de la vida
De la razon llegó la luz primera,
Comenzando á aclarar con su venida
De la niñez dormida la ceguera:
Al primer escalon de mi subida
Me conocí cautivo de manera,
Que quiso la ventura que perdiese
Antes la libertad que la tuviese.

Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
No de mi patria, padres, ni parientes,
Sino de un no sé qué, que me avisaba
Haber venido allí de extrañas gentes:
Mas luego con el gusto se olvidaba,
Solo atento á gozar de los presentes
De la Corte de Abdalla, en quien tenia
Padre, patria, regalo, y compañia.

Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
Con dominio tiránico usurpado,
Aunque por propia sangre y descendencia
Le quieren otros dar el principado,
Y que sea el cordobés reyno su herencia,
Y el intruso tirano rebelado
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,
Guerreando en razon desto ambos los Reyes.

Son grandes las cautelas y los tratos
Que Aliatán y los suyos han movido
Contra Abdalla, y no menos los recatos
Con que desto en Valencia se ha vivido:
En cierto quartel suyo por contratos
De gabela y servicio mal pedido,
Y otros tributos graves y tiranos,
Vivian como en prision ciertos cristianos.

Allí del segoviano San Vicente,
A quien Daciano dió por mortal vida
Corona eterna, en un lugar decente
Tenian cuerpo y parroquia conocida;
Donde acudia de la cristiana gente
La mas noble, devota y corregida
A un convento, debaxo del auxîlio,
Reglas y vocacion del gran Basilio.

Era Mauril prior deste convento,
En sangre ilustre, y en costumbres santo,
Cordobés en honrado nacimiento,
Y en nobles pundonores otro tanto:
De Aliatán primo, en cuyo fundamento
El Rey quiso intentar, con todo quanto
Calor le fué posible, un trato doble
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.

Está el convento al valenciano muro
En un fuerte lugar incorporado,
Para qualquier traicion paso seguro,
Si los de dentro venden el cuidado:
Este intentó Aliatán comprar seguro
Que Mauril por pariente ó por privado
Gustaria de venderle, y desa suerte
Daria á Valencia saco, y al Rey muerte.

Mas si eran mármol las demas almenas,
Aquellas halló el Rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monge cordobés en ser constante:
Esto en gran riesgo se trataba apenas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Per si se hallase á la traicion entrada.

Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario
Encima el puerto Caridemo un dia:
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traía
Hambroz y la secreta inteligencia,
Con que pensaba echar gente en Valencia:
O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Quando no fué posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese,
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca presupone culpa.
Quedó el Rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse,
De no haber descubierto á tiempo el trato,
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fué creciendo tras esto cada rato
La fama, que Aliatán viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.
Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el opreso pueblo baptizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley, ó en el reyno, y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.

Fué grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito,
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de su Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcorán y secta mal nacida
La hacienda le quitaban y la vida.

Como hambrientos sabuesos, que al que lle-
Humilde á demandar limosna al rico, [ga
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico:
Y si huyendo su enfadosa brega,
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados.

Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que qual hambrientos lobos, que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va, y en el que queda.

El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovia,
Viendo que á sola su persona apunta,
Y á su humilde y devota compañia;
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.

Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envia por recuerdo
Del sueño de su culpa, y desengaño
Mundano, sale de comun acuerdo,
Que huir del propio para el reyno extraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.

Y que quando otro bien ni causa tenga
Esto mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.

Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al dia siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo.

Quando los santos monges ocupados
En huir del reyno y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana;
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.

Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño
Sin culpa mia sobre mí romperse:
Quando á este punto vi en rostro risueño
Un santo bulto cabe mí ponerse,
Así hermoso, y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.

Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho:
Si antes le iba á tragar una serpiente,
Queda viéndose libre satisfecho,
Así yo me hallé, y así me avino
Llegando á mí aquel bulto peregrino.

Conocí luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces antes no con vano
Cuidado en su sepulcro vi presente:
Y asiéndome la mia con su mano,
"Huye, hijo, me dixo diligente,
La odiosa tierra, y servidumbre triste,
Si ya te deseas ver donde naciste."

Sobresaltóme el sueño, y temeroso
De angustia lleno, y de sudor despierto,
Y en mi sentido vuelto un doloroso
Suspiro me dexó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.
Que entre un gemido y otro en aquel punto
Alma rendia y aliento todo junto.

Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡extraño caso!)
Del Rey Abdalla al Príncipe querido:
El gallardo Algaycel al cielo raso,
De una estocada el corazon partido,
El alma me pasmó, el cabello yerto,
Por un rato á sus pies me quedé muerto.

Mas vuelto sobre mí con mas recato
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis pies del Príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,
¿Quien me salvará el riesgo de la vida
Si doy el muerto, y no al que fué homicida?

Comencé á discurrir por qual camino
Entrar pudo ó salir el delinqüente,
Quando á tiento y sin ver dónde camino
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino
De un postigo la puerta vi patente,
Por donde vi que del suceso extraño
El sin piedad autor metió el engaño.

Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Quando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dixe, el traidor, y con desnuda
Espada, y no advertido arrojamiento,
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
"¿Quien sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?"

Hallé un coro de monges, que llevaba
Un ataud al vecino mar cargado,
Y Mauril que rezando los guiaba
En tono grave, y paso moderado:
Yo viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me vi de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese,
Que á un amigo de Dios todo le es llano:
Y humilde, "ó mi Roselio, dixo, cese
El brio sin causa de tan noble mano,
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reyno ha dado este castigo."

Fué causa el monge de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas,
Hasta que entre el sonoro humilde canto,
"No es salvar todo, dixo, humanas vidas,
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna estrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro."

Así dixo, y á mi alma la memoria,
Lo que antes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venia,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mí le di, y con él me hallé embarcado.

Cien cristianos sin niños ni mugeres
Dentro hallamos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huían del reyno infiel los desvaríos:
Y antes que con dorados rosicleres
El alba tiña sus plumages frios,
De un fresco viento en vuelo arrebatados
El espumoso mar nos vió engolfados.

Mas apenas la luz del nuevo dia
El oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huía
La vista nos quitó del pueblo moro:
Quando una obscura nube densa y fria,
De ayre impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.

Tres dias fuimos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Dia sin sol, y noche sin estrella:
Y al quarto, quando el alba en el oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De léjos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.

Del crespo mar el áspero camino
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario:
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas, y mudable arena.

Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que íbamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada, y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaycel, los no entendidos
Fines de mi viage, y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.

Fué por entonces el suceso incierto
Del malogrado Príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora:
Y habiéndose la tierra descubierto,
Y un sol alegre tras la quarta aurora,
Al encubierto abrigo de una sierra
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.

Donde con gusto de recelos lleno,
Y alegria mezclada en temor vano,
Aquel dia nos dexó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.

Era el intento, aunque en prolixa vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia:
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dexos de la bárbara milicia,
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.

Ayudados del viento y las corrientes
El dia nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El término del mundo, y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la freqüentacion del trato humano,
En que obscuro se extiende el Oceano.

Entramos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica:
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa huye y pica
Nuestra medrosa flota, y mientras pasa
Las ruinas de Carteya mide y tasa.

Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,
Donde hizo el Imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma:
Dexando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodisia, vimos al remate
Del dia á Trafalgar sobre Barbate.

Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozos y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra
Guarda del Gerion miembros doblados:
Y al vecino Conil, que haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.

Ya de la antigua Cadiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas
Noticia de las playas comarcanas;
Quando el viento empezó á calmar, que apenas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.

Al dia siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruinas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Betis á sus luces cristalinas:
De aqui con infeliz y mal agüero
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jabega, que en trato humilde y baxo,
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.

Y un viento alli se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde de flores lleno el cuerno altivo
Guadiana pasa carcomiendo un monte:
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da muros y horizonte,
Y el cristal de sus hondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.

Aquí ya un viento sur dexó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado,
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto
En el vellon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos,

Fué creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la xarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

Mas bien se vió que el mártir santo al zelo
De sus fieles devotos mostrar quiso,
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;
Pues quando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El santo nos libró, y solo el santo
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.

Hechos pedazos árboles, entenas,
Velas, timones, xarcias y navíos,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arrecifes cercadas y baxíos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dexándonos se fué la noche obscura

En medio la famosa corva punta,
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin, y punto el suelo:
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales, y se mezcla el yelo
De Tile con los libios arenales,
Y al poniente las conchas orientales.

Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocimos,
Que el santo este lugar nos habia dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos:
Y si antes se llamó Cabo sagrado,
En esperanzas de lo que á él traximos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.

Saltamos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena,
Quien buscando agua, quien sacando fuego,
Quien trazando el almuerzo, quien la cena:
Quien sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena,
Quien la leña acarrea, y quien estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.

El prudente Mauril del ya deshecho
Baxel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto:
Y puesto en tierra el venerable pecho,
"O padre, dixo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A quanto hay de tu cielo á nuestro mundo:

Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del ayre, y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenimiento
A quantos peces este golfo encierra:
Tú, Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pie nos traxo desta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí á mas no poder te obedecemos;

Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo,
De nuevo á tu poder le restituyo,
Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:
Y vos, gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,
De ayre benigno, y tierra saludable."

Dixo, y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el Patron recien venido,
A su oficio volvió cada uno luego:
Quando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco, que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una peña,
Que de las señas es la mejor seña.

Y acompañando algunos sus pisadas
Hácia el farol nos fuimos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama, y frágiles escobos.

Doblando al yerto monte la aspereza
Su alta cumbre escalamos con trabajo,
Por donde alzando al cielo la cabeza
La invicta España humilde ve debaxo:
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que de torres cercado, y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.

La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abaxo tan pequeña,
Que apenas forma una visible seña.

Enfrente della, y de un estrecho llano,
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano,
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve todo el pecho,
Alto, fornido en proporcion, derecho:

De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo
Bien daba á conocer lo que habia sido:
Un vivo resplandor del valor godo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.

Así el anciano Enoc, ó el Santo Elías,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los dias
Alcanzan por allá á hacer su efeto)
Y en robusta vejez por las sombrías
Frescas ramadas del jardin secreto,
A donde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.

Y él con semblante real, y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sábio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre, "ó padre amado,
¡Por quan torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado,
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!

Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen dia,
Regando con mis lágrimas la tierra
Agena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha, y desigual porfia
Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.

El santo mártir, que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvarío;
A quien pensé labrar altares de oro,
Y templos de alabastro y mármol pío,
Dias ha que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.

Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronces entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo;
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo,
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su exercicio á un santo.

Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea al huesped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha
Será altar este monte, España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo."

Dixo, y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oimos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos:
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho por grandeza á mano.

De veinte pies en proporcion quadrado
Dentro de un risco un patio se hacia,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de oriente y mediodia:
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hácia el frio norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

Parece que el Autor del mundo quiso,
Quando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraiso
En lo escondido de su breve llano:
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.

La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria en sábia diligencia
De enxutas palmas la tenia vestida:
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha quadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano, y cómodo aposento.

La limpia gruta que de altar servia
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sábio anciano con primor texia
Para vestirse á sí, y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fué prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.

Del sangriento calvario el gran trofeo
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo
Y pía reverencia al lugar era;
Y á los presentes general deseo
De conocer la magestad severa
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,
Que á decirle se atreva su cuidado.

Mas viendo del altísimo antepecho
El mundo que á los ojos descubria,
Muda estatua el mas sábio quedó hecho
Absorto contemplando en lo que via:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecia,
Y entre sus crespas olas de ayre llenas
Los delfines cruzando, y las ballenas.

El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja:
Y de una peña en otra á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floxa,
Haciendo antes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.

Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscage el suelo:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.

Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y xilgueros,
Retozan por la grama, y dan corcovos,
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumían los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.

Todo esto al son del bosque, y del ruido
Del rio que por los riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido,
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido,
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven sin otras nuevas maravillas
Resacas de la mar y sus orillas.

El contemplar la rústica hermosura
Los sentidos tenia embelesados,
Y entre aquellos asombros la figura
Del dueño de sus yermos olvidados:
Quando él, en tono lleno de dulzura,
Así al nuevo concurso de cuidados,
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,
En su boca formó graves acentos.

"¡De quan enano cuerpo, y quan menudas
Son las humanas fábricas, medidas
A las grandezas que entre peñas rudas
Suelen en un desierto estar perdidas:
Que humildes las mas altas, que desnudas
De magestad y luz las mas vestidas,
Que primor mendigado, y que pobreza,
Las de mas precio, y de mayor grandeza!

Los artesones de oro sustentados
En dóricas colunas, y á par dellos
Ricos jaspes, y pórfidos vetados
De azules venas, y de lazos bellos;
A dos dias de vistos y tratados,
Si al principio admiraron, cansa el vellos,
Enfadan los tapices, y el aseo
Del mas pintado alcázar queda feo.

Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo mas celebra y solemniza,
Puestos con las alfombras y doseles
Con que mayo unos riscos entapiza:
El fino rosicler de sus claveles,
Lo azul del lirio, la color pajiza
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

Aquel confuso amontonar de cosas,
Arrojadas acaso, y diferentes,
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,
Y unos léjos que vuelven mas vistosas
Las mismas cosas que se ven presentes,
Un pedazo de playa, una montaña,
Que al cielo sube, y á la vista engaña.

Y donde sobre todo de su dueño
El gran tesoro y el caudal se infiere,
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,
Todo se da de balde á quien lo quiere:
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,
Sea la hora, el lugar, y el dia que fuere,
Que siempre para el gusto y el provecho
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

Ora cruzando vayan los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
En medio de los mares encubiertos
Al frio Scita, y al Burney tostado;
O en el del sur sobre peñascos yertos
El romper goce del cristal helado,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nacar da y mariscos llena.

O bien se baxe donde en vuelo ardiente
La línea equinoccial midiendo el dia,
Con alas de oro encima de su frente
La suya enarca llena de alegría;
Que allí entre aquellos páramos sin gente
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)
Sus solitarios y ásperos espacios
De los Reyes humillan los palacios.

Que aun contemplando aquí el humor fecun-
Que sus anchos desiertos fertiliza, [do
Con ignorante miedo de que el mundo
Allí el roxo calor le haga ceniza:
O que su ignoto piélago profundo
Las crespas olas con que el tumbo eriza
Entre las rocas quiebre, y se consuma
Trocada su altivez en blanca espuma:
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus peñascos, no tocados
De humanas plantas, entre varias listas
De preciosos metales engastados
En pastas de diamantes y amatistas,
Siempre llenos he visto mis cuidados
Del deleyte que causan peregrino
Estos rasguños del pincel divino.
Un siglo entero, que de nuevo un mundo
Hacerle suele, y trastornar la vida
Del mas robusto pecho, y mas fecundo
Calor que en miembros de jayan se anida,
Para gozar este balcon profundo
Pequeña ha sido y corta su corrida:
¿Que mucho ahora os suspenda el alma entera,
Siendo esta en que le veis la vez primera?
Mas demos ya el asiento en lo importante,
Que el tiempo huye del mundo por la posta,
Y si es digna de gloria semejante
Esta humilde capilla y cueva angosta,
Con himno santo en procesion triunfante
Subamos el Patron desta ancha costa
A este alcázar del cielo, que hasta ahora
La cárcel fué de un alma pecadora.

Y si teneis quizá, como yo siento,
Deseos de saber quién soy, y he sido,
Por qué culpas el cielo este aposento
Me dió, y en él los años que he vivido,
En dando al mártir en su ermita asiento
Lo sabreis; vos ahora, esclarecido
Y sábio abad Mauril, sedme propicio
En que yo haga al santo este servicio."
Dixo, y todos con ánimo dispuesto
De dar cumplido de su gusto el modo,
A la ancha playa del peñol enhiesto
Siguiendo fuimos al humilde godo,
Que á los pies del invicto mártir puesto,
En lágrimas de amor deshecho todo,
Tierno los besa, y con su fe cumplida
Hacer lo mismo á todos nos convida.
Supliió la devocion y el placer mudo
De aparato al triunfo soberano,
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,
El gran Mártir subimos segoviano:
Y bien que el pueblo en procesion menudo,
En pecho grande fué, y amor cristiano,
Donde en solemnidad, música y canto
La misa aquel dia dixo el Abad santo.
Y el humilde ermitaño prevenido
Al disfrazado Dios en pan de vida
Con santa confesion, y en encendido
Fuego de amor, y pena no fingida
De sus pasadas culpas, con rendido
Animo, y lengua en llanto derretida,
Antes del sacro pan, en el pajizo
Templo esta general confesion hizo.

"Pues ya el Rector del cielo soberano,
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
Al término presente de su mano
Para mas gloria suya me ha traido:
Sea el mundo testigo, sea escribano
La fama ya otra vez como lo ha sido
De mis excesos, y al pasado cargo
Junte, si alguno tiene, este descargo.

Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo
En riesgo, y al infierno dexe abierta,
Para que á cuenta mia su profundo
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;
Pues fuí el primero sin tener segundo,
Ni haberle de tener, que vió desierta
A España de valor, y sus regiones
Asombradas de bárbaras naciones;

Oyan los cielos, ángeles y santos,
Testigos y jüeces de mi vida,
La tierra, el ayre y mar, con todos quantos
En ellos tienen parte conocida:
Oya el infierno en medio de sus llantos,
Y la caterva y plebe denegrida
De almas y negros bultos, que en eterno
Dolor rodea y ciñe el lago averno;

Y todo finalmente el circuito
De la universal máquina criada,
Y sobre todo el español distrito,
Como parte mas lesa y agraviada:
Oyan todos, pues todos mi delito
Saben, desde el Zenit y Zona helada,
Que ciñe á mi primer nacion la frente,
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

Como yo el desdichado Rey Rodrigo,
Por propias culpas mias declarado
Para verdugo al celestial castigo
Que á la infeliz España ordeno el hado:
De Rey que debia ser vuelto enemigo,
De Vitiza siguiendo el desenfado
Y vicios que sembró, que yo debiera
Escardar, si el que al reyno debia fuera;
Sepan que yo fuí solo el instrumento,
Y mi culpa la puerta á tantos males,
Que aunque en el soberano entendimiento
De quien sus leyes toman los mortales,
Para otro oculto y no sabido intento
En tablas estuviesen inmortales
Con roxa sangre escritos, y sus nombres
Inmudables al brazo de los hombres;
Yo solo aceleré con mis delitos
La divina justicia, yo imprudente
Graves excesos cometí infinitos,
Y ayrado hice al Rey omnipotente:
Todos contra mí solo están escritos,
Yo solo fuí de España el fuego ardiente,
Que al descuido de un Rey un reyno viene
Al triste estado que ahora España tiene.
Y aunque todos son carga en mi memoria,
Y yo asombro por todos del infierno
(Si el que con su pasion compró mi gloria
No me da libre de su fuego eterno)
El que al discurso de tan triste historia
Siempre mi corazon halló mas tierno,
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,

Fué de Ataulfo el afeado gesto
Que por leal sacó, y por obediente
De la enemiga Atanagilda en esto,
Como en pasarse en Africa insolente:
Grave delito fué haber descompuesto
Al Rey Vitiza, y siendo mi pariente,
Con el favor romano, y mis antojos,
Privádole del reyno, y de los ojos.

Grave delito fué el voraz deseo
De entrar en mi usurpada monarquía,
Y de la torpe vida el vicio feo
Que en mi ofendido reyno permitia,
Y el desnudar del belicoso arreo
La invicta España en quien su paz tenia,
Como que yo de intento al triste caso
Del feroz mauro diera llano el paso.

Y entre todas mis culpas la famosa,
Y que mas se descubre, y mas campea
A los ojos del vulgo, la afrentosa
Fuerza y estupro de una falsa idea,
Que á un ciego antojo pareció hermosa,
Y á la triste memoria amarga y fea,
Hija de un traidor Conde, que en ser malo
Aun yo el mayor de todos no le igualo.

Y si fué culpa dar á la pureza
De mi gótica sangre la africana,
Y dexar Zara ley, reyno y riqueza,
Mas por ser mia, que por ser cristiana;
Y la curiosa y bárbara fiereza
De abrir la antigua cueva toledana,
Donde el hado de España estaba oculto
En las espaldas de un mudable bulto;

Y otras ocultas culpas y defetos,
Que al libro de mi vida harán cargo
En públicos sumarios, ó en secretos,
Tras un discurso y un vivir tan largo:
Aunque todos cien años imperfetos
Me cuestan de dolor y llanto amargo,
Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,
Con nueva pena y confusion suspiro.

Tanto á un leal criado se le debe,
Y qual este en lealtad nadie le tuvo,
Ni si él viviera del vasallo aleve
La traicion el efecto hubiera que hubo:
Murió como español, mas murió en breve,
Que el cielo que en la vida le mantuvo,
Mientras quiso que el reyno mio fuese,
Por quitármele hizo que muriese.

Murió, y no hallando en la agostada España
Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,
El salir yo con él á la campaña
En riesgo general me fué forzoso:
¡Encuentro duro de fortuna extraña,
Que sobre el rio Letéo dió espantoso
Vayven conmigo, y á sus pies con todo
El nombre y pundonor del valor godo!

Ocho veces la lámpara febea
Salió alumbrando el mundo, y ocho veces
La negra sombra de la noche fea
De la luna alteró las blancas teces;
Y tantos dias la mortal pelea,
El sol y las estrellas por jueces,
En España duró, sin durar ella
Mas en su libertad, que en fenecella.

De allí ya viendo que el rigor del cielo
Era, y no otro el azote del castigo,
Sin esperanza de favor del suelo
El campo dexé y reyno al enemigo:
Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,
Si conmigo venia, di conmigo,
De un rústico vestido disfrazado,
Que compré por la púrpura y brocado.

Cien cursos ha revuelto el gran planeta,
Que por doce escalones de oro mide
El cerco de la vida, y de imperfeta
Vuelta los demas círculos divide:
Despues que entré á la soledad secreta,
Que en este inculto páramo reside,
Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
A mis culpas perdon, y al cielo ayuda.

Y es tan piadoso el Padre soberano,
Que sin mirar del pródigo perdido
La grave ofensa y término villano
Con que á mas no poder se ha reducido,
Con favores de padre, y padre humano,
Regalado y en palmas me ha traido
Hecho otro Benjamin hasta este punto,
Que el premio espero de su sangre junto.

Dióme este rio nectar, y el sustento
Estos almeces, palmas y algarrobos,
Esta secreta cueva el aposento,
El suelo cama, y colchas sus escobos:
Despertando al cuidado soñoliento
De noche los aullidos de los lobos,
Para enviar con dulce desconsuelo
Por mis maytines lágrimas al cielo.

Desta suerte he corrido el curso entero
De un siglo en vida dulce y sosegada,
Llena de paz y de ánimo sincero,
Bien que de algunos miedos asaltada:
Mas fuera de aquel gusto verdadero
De verla en Dios, y por su amor gastada,
Aun en lo natural así regala,
Que la de mas deleyte no la iguala.

En santa ociosidad vagando á veces
Por los secretos ángulos del cielo,
O á sus cóncavos, nudos y combeces
Atento contemplando el curso y vuelo;
O á las palmas pidiendo y á las nueces
Sustento y sombras, al florido suelo
Verdes tapices, cantos á las aves,
Aliento al ayre, al mar bramidos graves.

En esta ocupacion y este exercicio
La vida he preparado y la conciencia,
Para dar cuenta della en el juicio
De aquel en quien espero hallar clemencia;
Y ahora mas, pues me vino á ser propicio
En tal trance el gran Santo de Valencia:
Vosotros deste bien nobles autores,
No me negueis con él vuestros favores.

Ayudadme á la fin de la jornada
Los que el cielo hacer testigos quiso
De mi vida presente y la pasada,
Y seale al mundo general aviso:
Que el Rey Rodrigo, si dexó manchada
Por incauto su fama y por remiso,
Ya con cien años de continuo llanto,
Si sus manchas lavó no saldrán tanto.

Toda esta magna conjuncion que junta
Favorece á los árabes furores,
Y en sagitario y su primera punta
Haran los dos planetas superiores;
El fin y el punto de mi muerte apunta,
Hasta ella sola llegan los mayores
Términos del periodo de mi vida,
Si antes no abrevia el cielo la partida."

Así dixo, y postrándose en el suelo,
En lágrimas el pecho consumido
De humilde contricion, al Rey del cielo
En la hostia santa recibió escondido:
Con tanto gusto y general consuelo,
Que en un profundo rapto suspendido,
Y levantado de la tierra un codo,
Dió el alma á su Criador el postrer godo.

Quedó ya con dos santos la capilla
Hecha del cielo un singular retrato,
Y todos de tan nueva maravilla
Llenos de admiracion y de rebato:
Viendo al Rey Godo que perdió á Castilla
Morir tan sin grandeza ni aparato,
Quando en el mundo se tenia por cierto,
Que en él habia cien años antes muerto.

Hízose humilde entierro al Rey potente
Conforme el tiempo y ocasion pedia,
En un sepulcro que por mas decente
Dentro labramos de la peña fria;
Donde Mauril, que en todo era eminente,
Un epitafio puso, que decia:
"Aquí yace Rodrigo en este suelo,
Despues que perdió á España ganó el cielo."

Y en lo mejor del apacible llano,
Y mas acomodado con la ermita,
Fundamos un humilde pueblo ufano
De tener prenda en sí tan exquisita:
Contentos del asiento y temple sano,
Libre de la inquietud, tropel y grita
Del morisco furor, y la insolencia
Del bárbaro gobierno de Valencia.

Y ya contentos con la humilde suerte
Que allí nos arrojó al rincon del mundo,
En vida quieta una agradable muerte
Prometia á todos su calor fecundo:
Quando la ciega diosa que lo advierte,
Contraria nuestra en el desden segundo,
Cruel quiso acabar de dar sin duelo
Con todo el edificio por el suelo.

Tuvo el Rey de Ayamonte Cardiloro,
Padre del que me traxo á mí á la guerra,
Por hija á Glaura del cabello de oro,
Y la beldad mayor que vió la tierra:
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro
Alguna vez que en su pintura encierra
En esta mora fué, y sin faltar punto
Allí con su pincel lo puso junto.

Nacieron Cardiloro, y esta hermosa
Medalla de beldad y de desdicha
Juntos, debaxo alguna peligrosa
Combusta radiacion sin luz ni dicha:
Solo Saturno en casa venturosa,
Venus del todo muerta y entredicha,
Y los demas planetas por los signos
Menos proporcionados y benignos.

Era Záfira de los dos infantes
Tia, y supersticiosa hechicera,
Que por agüeros, rayas y semblantes
La ventura alcanzaba venidera:
Esta entre varias cosas disonantes
Una vino á sacar por verdadera,
Que serian ambos muertos por engaños
De amor en lo mas tierno de sus años.

A Cardiloro ayer costó la vida
El cauteloso robo de mi hermana,
Pues de la suya oid la nunca oida
Desgracia, y sin sazon muerte temprana;
Vereis que no hay lazada desasida
De nudo y de pendencia soberana,
Ni á poder trastornar la orden del cielo
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

Quando Hércules abrió por el estrecho
De Gibraltar la puerta á los dos mares,
No quedó luego todo el golfo hecho,
Ni hundidos de una vez tantos lugares;
Que algunos altibaxos trecho á trecho
Hechos quedaron islas y lunares
De aquella su canal angosta y brava,
Donde no asentó el golpe de la clava.

Desras las islas Verdes fueron unas,
Que Afrodisias llamó la edad pasada,
Y en floridos vergeles á ningunas
Iguales cercos dió la mar salada:
Aquí entre estanques, flores y lagunas,
Sobre una peña de cristal cuajada,
De la maga Zafira en largo espacio
La fábrica ocupó del real palacio.

Aquí se retiró la astuta mora
Con la hermosa Glaura su sobrina,
Glaura infeliz, y desdichada autora
De una triste tragedia repentina:
Crióse oculta allí como la aurora
Entre aljofares, rosas y neblina,
Que quando sale á despertar el dia
Quantos la miran viste de alegría.

Así sucedió á Glaura, que escondida
En la isla Verde nadie supo della,
Hasta que ya, la maga consumida,
El Rey la traxo, y á su Corte en ella
Todo el deleyte y gustos de la vida,
Pues nadie la miró, que en solo vella,
De sus alegres ojos al bullicio,
El alma no ofreciese en sacrificio.

Quando su luz por todo el horizonte
Hacia de la propia y gente extraña
Rica la humilde Corte de Ayamonte,
Y famosa en las de Africa y España,
Un fiero nieto del antiguo Almonte,
A quien Roldan mató en una montaña
Por incapaz de amor y hombre furioso,
Llamado Boacel el desdeñoso;

Este allá en Tremecen por Agolante
El principado de Aregol tenia,
Quando de Glaura oyó el nombre triunfante,
Que la fama en su Corte lo extendia:
Y en tal punto le oyó, que fué bastante
A quitarle el sosiego en que vivia,
Y antojado sacarle de su tierra
A buscar la que ausente le hace guerra.

En loco aplauso, en aparato y galas
Tras su amorosa empresa salió el moro,
Y dando al viento de un navío las alas
A la Corte arribó de Cardiloro;
Donde por nuevas no del todo malas
Supo que Glaura del cabello de oro,
De la Corte y su tráfago enfadada,
En el Algarbe estaba retirada,

En una casa de placer, tratando
Con sus damas de caza y montería,
Sin saberse de cierto el tiempo quando
A la ciudad del campo volveria:
Boacel que en su aficion se está abrasando
En sus deseos mas dentro cada dia,
A un ciego antojo que razon no escucha,
Qualquier pequeña dilacion es mucha.

Y así con nombre de ir tambien á caza,
Y conocer del reyno las fronteras,
Con gran tropel de gentes de su raza,
Berberiscas, indómitas y fieras,
De Ayamonte salió buscando traza
De descubrir á Glaura sus quimeras:
Llegó á la casa de placer, y hallóla
Por daño nuestro el impaciente sola.

Que un dia antes la Infanta habia salido
Por el áspero Algarbe á montería,
Y el insufrible moro desabrido
De tanto azar como en su antojo via,
Haciendo del gallardo y atrevido
Cercar el monte quiso, y ver si habia
Modo para que su ánimo robusto,
Pues que todo es cazar, cazase gusto.

Salió, y el desvariar de la fortuna,
Que el mundo guisa del sabor del hado,
Huyendo el pantanal de una laguna
Con él dió en nuestro pueblo descuidado:
De humildes chozas sin defensa alguna,
En triste sitio y puesto desgraciado,
Y á los que da en seguir la desventura,
Aun donde ya no hay mundo los apura.

Sobresaltóse el moro de repente
Viendo la humilde poblacion, y viendo
Ser allí nueva, y de cristianos gente,
Furioso en ella dió un asalto horrendo,
Destrozando la mísera inocente,
Que del peligro valenciano huyendo
Por tantos mares, y rodeo tan largo,
Allí á buscar llegó su fin amargo.

No dexó el mauritano furor ciego
Rastro de nuestro pueblo ni memoria,
Que de casas y gente á sangre y fuego
Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y á Glaura los despojos de su caza.

A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla,
Me hiciese parecerlo, y por decoro
Dél me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo en quien adoro
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo al fin con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.

El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros,
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros:
Sin que el humilde ruego, ni á las canas
De Mauril, ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas diesen, ni piedad, ni oidos.

El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó, y su hermosa compañia:
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adonde el triste lamentar salia,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo de temor daba la vuelta.

Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante
Alegre por el bosque entró tras ellas:
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.

Quedó el moro de nuevo sin sentido,
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le traxo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.

Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dixo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho,
Solo queria por page, y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.

Puso la mora en mí los ojos bellos,
No sé si todo fué sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia:
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazon leía,
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.

Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.

Pasóse en esto el resto de la tarde,
Y venida la noche el moro hizo
Con sus bagillas de oro rico alarde,
Y banquete á su gusto antojadizo:
Y como el fuego que en las venas arde
Del amor con la gula se rehizo,
Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.

Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho:
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo,
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adonde en tal disfraz desconocida
Iba de noche, y sin por qué encubierta:
Si ya no fué que sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tiento.

Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad sin conocella,
Y viendo que al hablalla y al ruido
Atrás volvió la temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

"¡Ay de mí, dixo, desdichada, y muerta
En lo mejor del gusto, y de mis años!
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvaríos tan extraños:
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.

Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta
Corren á ver la miserable junta,
Que en torno se hace de su triste Infanta:
Y ella clavada en la acerada punta
Tan bella está, que aunque mortal espanta,
Rodeada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror, y al bosque espanto.

Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla:
"¡Ay causa, dixo, de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á buscalla,
No pierda...." y no acabó, que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.

Quedamos todos muertos viendo muerta
La bella Infanta, mas Boacel furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso,
La aguda punta de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso,
Que á tal trance le traxo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.

Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera, si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,
Que ási á los de su Corte venga el cielo.

Quisieron dar los moros sepultura
Del sacro monte en un florido cerro
A los dos cuerpos juntos, fué locura,
Y el segundo añadir al primer yerro:
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro,
Al contrario del bueno, que convida
Como Eliseo al muerto con la vida.

Y como á defender á los superbos
Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrío esquadron de negros cuervos
A dar baxó sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó mas léjos.

Y ellos como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizones del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad Rey Agolano;

Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fueron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas,
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

Así en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se extiende
A roer el pecho al escultor curioso
El buytre horrible que sobre él desciende:
Y el esquadron de arpías asqueroso
Así en Arcadia al ciego Rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan, y trastornar las mesas.

No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Quando del asqueroso horror cubierto
El tibio humor le enxugan á picadas;
Ni quando el campo de Ilion desierto
Dexaron las argólicas espadas,
De muertos lleno y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buytres mayor suma.

Dieron las corvas uñas á los ojos,
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran á no huir nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos;
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su Rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.

Y no solo á ellos, mas la Corte entera
Del Rey, que allá en Zalema fué prolixa,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija;
El negro enxambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que de ver su horror medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

Dexáronlos allí al tormento horrible,
Y á libre voluntad de los soldados,
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados:
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dexó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.

Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpetua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo:
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.

Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato,
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me traxo, donde en el rebato
De anoche quedó muerto, y el sonoro
Discurso de mi vida, y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo."

ALEGORÍA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos: y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces dexa el cielo de castigarlo, y en el Rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

Fin del libro duodécimo.

LIBRO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante Rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, Princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde él se escapa nadando sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenia,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría:
Del santo Rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berbería,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas
El francés hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarin bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Quando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furores:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos
De ilustres brazos, y de heroycos pechos.

De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artús la mesa, de Amadís la gloria;
Del Rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selvas de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras,
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la quadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interés con su codicia
La fe tenia qual hoy tiranizada,
Ni habia entonces parido la avaricia
Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante momo la malicia
La casa daba del honor manchada,
Todo era gentileza y gallardía
Quanto en el mundo y en su gente habia.

El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Quando del mayor Rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no, que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,
Que es obscura sin él la sangre ilustre.

El Rey Carlos tambien gozó gran fama,
Insigne Corte, y bravos caballeros,
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.

Orlando el principal capitan dellos
Era, segun la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo, y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado;
Turbios los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reynaldos fue tambien un hombre esquivo,
De ánimo y corazon determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido, y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar, ni ser amado,
Flordelís fué testigo, y lo es con ella
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demas belicosos paladines
De altivez fueron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines,
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines,
Que para amores nunca fueron buenos,
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos, y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fué tierno amante,
No era en nacion francés, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta sin otras dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano,
Que alegre acariciando al pueblo moro
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así tambien el ordinario oficio,
Que en la Corte de Francia se sabia,
Era de armas el áspero exercicio,
Que su nacion colérica pedia:
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apenas rayo del amor salia,
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron, que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reynos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los exidos
La milicia del mundo está sembrada,
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el pais de pláticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisones de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos:
Almas fogosas, pechos arriscados,
Por qualquier ayre á se arriesgar dispuestos,
Que la francesa cólera, el mas grave,
Aunque la quiere reportar no sabe.

Quien de una bella Infanta al diestro lado
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido,
Quien en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido,
Quien á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder fuerza bastante
De obscuro mago, ó descortés gigante.

Unos en negro luto andas doradas
Llevan entre el bordado terciopelo
Un muerto Rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo:
Que siempre acude á fiestas tan nombradas
Buscando fama lo mejor del suelo,
Donde se desagravian ofendidos,
Y se suelen cobrar reynos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados,
Nacen, viven y mueren en qüestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones:
De dia por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones,
Que la guerra y amor piden de fuero
Para sufrir su vida hombres de acero.

Qual con la bella imágen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Qual un pardo dragon en roxa llama
Despedazando un corazon desnudo,
Qual parlero clarin de altiva fama
Vuelto por falta de una pluma mudo,
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos
De desafios llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia París puesta,
Ciudad insigne, Corte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa:
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincon en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarin, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimías y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes,
De relámpagos de oro el ayre blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruñido acero tremolando
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos, y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas,
Ni oir consiente, ni entenderse nada:
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos esquadrones,
Sin mirar leyes, ni aceptar naciones.

Aquí tablados hacen y estacadas,
Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas,
De varias trazas fuertes y maneras:
Quien limpia el corvo escudo, quien grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quien en jaeces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quien da de tembladora argentería
A su plumero varios resplandores,
Quien graba un limpio arnés, quien desafia
Y vence la iris bella en sus colores,
Quien la antigua bisarma, que servia
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles extraños,
Donde la guardo el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía
Varia, varios los pechos valerosos,
Que en noble empresa es honra la porfia,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada dia,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafios de gigantes,
Pruebas de amor, y casos semejantes.

Al venidero mes que abre las flores
La fiesta principal está aplazada,
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algun azar no entibia estos furores,
Gala el mundo no vió mas señalada,
La fama lo dirá.... que un jayan fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada
Córcega, dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo, y mala gente:
Del gran jayan Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inexpugnable alcázar se levanta
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta linea y sucesion no obscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El cíclope gozó dentro en el agua
De su madre Anfitrite, y della tuvo
Al fuerte Auson, y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un peque-
Niño, que de Dorisca dexó al mundo, [ño
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
Tambien dexó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y deste Almonte,
De Onubo abuelo, y del segundo Bronte.

De Bronte fué Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reyno, y la soberbia gente
De Córcega, y fué hermano de Bramante,
Que huyendo dél por de ánimo inclemente
A Toledo pasó, y fué vano amante
De Galiana, y este en este modo
Es del Rey corzo el real linage todo.

Hácia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre, y de mortal naturaleza:
Quien de su primer ser sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues, que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatura,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,
Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte, si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos un quintal tenia,
Con que del primer golpe destrozaba
Entero un hombre, y dos y tres partia:
Y á este respecto lo demas llevaba
Del reforzado arnés que se vestia,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un dia en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podria su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo ayroso
El general espanto de la plaza:
A sus pies puesto un mensagero odioso
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dexóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el quando cuidadoso,
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado
Impaciente se muestra y desdeñoso:
Y de un cruel furor arrebatado
Quanto delante está rompe furioso,
Todo lo hace igual, nada perdona,
Gente, vestidos, armas, ni persona.

Qual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hácia el terron que le arrojo el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha sembrando muertes por el llano:
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
La sed prolixa que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva.

Así del torpe desabrido pecho
Del bruto Rey de Córcega revienta
En rabioso furor veneno hecho,
En que el confuso corazon alienta:
Y al que la nueva traxo sin provecho
En debidas albricias de su afrenta
Las que le dió den siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.

Del débil pie le coge, ¡extraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va qual de rústica honda piedra suelta:
Baxó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda en crespa espuma vuelta
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el ayre enxuto endurecido.

Que qual de estrecho frio detenida
Nube en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baxa endurecida,
Y en menudos vellones apretada:
O quando á duros globos reducida
En aljófares gruesos cae llorada,
Sin sangre el cuerpo así del miedo helado
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida
Quedó en medio la mar vuelto roquedo,
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Asi este cuento, ó fábula fingida,
El vulgo canta en Córcega sin miedo
Que lo tengan por tal, siendo lo cierto
Que el correo fué sobre aquel risco muerto.
Que descendiendo por el ayre blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante:
Y él todavia en su furor bramando
Con ánimo impaciente y arrogante,
Sin que respeto ni temor le ocupe,
Torpes blasfemias contra el cielo escupe.
Mas por alegre ornato, ó por decoro,
Que por la religion, ni su cuidado,
De los Penates el casero coro
De su quadra un altar tenia dorado:
Y aunque en precio y valor era un tesoro,
De la avenida del furor llevado
La rabia estrenó en ellos de manera,
Que ninguna deidad le quedó entera.
De Júpiter un nuevo Icaro hizo,
Que al turbulento mar baxó volando;
A Venus y á su hijo antojadizo
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
A Marte entre las manos le deshizo,
Y mejor lo hiciera peleando,
A Vulcano arrojó con tal enojo,
Que de ambos pies al caer le dexó coxo.

No hicieron tanto estrago los gigantes
Del monte Pelion en su antigua guerra,
Licaon, y otros monstruos semejantes,
Que contra el cielo levantó la tierra:
Como en sus simulacros elegantes
La ira que el pecho de Morgante encierra,
Que en una hora rompió mas dioses viles,
Que en mil años criaron los gentiles.

Y de impaciencias lleno, y de despecho,
Una horrible venganza determina,
Contra la afrenta y el agravio hecho
Del gran Bronte á la real sangre divina:
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho
A pie y sin armas para el mar camina
A destruir el mundo por España,
Y es poco el mundo en que vengar su saña.

Solo, sin lanza, espada, ni escudero,
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,
Al turbio mar en un batel ligero
Furioso se arrojó, y furioso envia
El barco sin timon ni marinero
Por el confuso piélago sin guia,
En señal que con ánimo iracundo
Esta vez acomete á todo el mundo.

Mas ya el soberbio mar tambien hinchado
Se fué en verse pisar embraveciendo,
Y el jayan de sus olas afrentado,
Que haya otra mayor furia está temiendo:
Y así en su enojo cruel precipitado
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
Y á pesar de los vientos y su guerra
Salir del ciego mar á hundir la tierra.

Mas viendo el sordo piélago que hervia
En perjuicio de su loco intento,
Rabioso contra el cielo se volvia,
Contra la fe, contra la mar y el viento:
A sus cobardes dioses desafia,
Al mar escupe, el destemplado aliento
Del ayre á grandes voces embravece,
Con que su rabia y la tormenta crece.

Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
Y á las turbias estrellas se levanta
Corrido en ver que de su hondoso seno
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta:
Y el frio soplo de tormentas lleno
Las velas hiere con braveza tanta,
Que es su hinchada soberbia semejante
Al ciego error del bárbaro Morgante.

Seis dias anduvo sin ningun sentido
Tras varias experiencias de fortuna,
Ya entre las crespas olas sumergido,
Ya por la humilde arena, ya en la luna;
Hasta que el turbio mar mas corregido
Del viento no mostró señal alguna,
Poniéndole á él entre baxeles varios
De una enemiga flota de corsarios.

Corria á barlovento de un navío,
Que á esperar su intencion paró sin miedo,
Y el corzo viendo el aparente brio
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
Quando vió que en confuso desvarío
Al barloarse con igual denuedo,
Como enxambre de abejas importuno
Innumerables leños cercan uno.

Morgante que entendió la demasía
Del duro asalto al combatir primero,
Ardiendo en los deseos que traía
De abrasar con su llama el mundo entero;
Contra toda la flota que venia
En su barquillo arremetió ligero,
Que sin armas, á coces, y á bocados,
Todos penso dexarlos anegados.

La gruesa entena del primer navío
Furioso toma qual delgada caña,
Y con mandobles della, y de su brío,
Destrozo hace y mortandad extraña:
Cunde la rabia, crece el desvarío,
El furor ciego, la indomable saña,
Y de qualquiera de sus golpes fieros
Deshace y hunde los navios enteros.

Unos sin vida, otros sin figuras,
Muertos dexa unos, y otros atronados.
Otros los huesos, carne y coyunturas,
Molidos, hechos masa y aplastados:
Arboles, gavias, xarcia, obencaduras,
Grumetes, marineros y soldados,
Como granizo sin dolor ni pena
Derriba, y caen á palos con la entena.

Así en la antigua Arcadia encina dura,
Que á veces varear suele el villano,
De gajos y bellota no madura
A recios golpes cuaja el fértil llano;
Y fruta, ramas, hojas y verdura,
Todo lo iguala su pesada mano,
Y si la hambre crece y la mohina,
Desmocha y quiebra á palos media encina.

Echó un navio á fondo en dos pedazos,
Y á otros quatro rompió xarcias y entenas,
A qual sin piernas dexa, á qual sin brazos,
Y á qual las manos de los sesos llenas:
Atropellando estorbos y embarazos
La Capitana asió por las cadenas,
Y hubiera al saltar dentro por un lado,
Si él no la enderezára, zozobrado.

De humilde vulgo y torpes marineros
Sin defensa mayor la hallo cargada,
Y de su entena á dos redobles fieros
Toda en el primer círculo escombrada:
Unos al agua, y otros mas ligeros
Volando van por cima de la armada
A buscar su caudillo, que se halla
Del abordado barco en la batalla.

Con un gran capitan que en él traía
El supremo lugar por su braveza,
Y en su ancho escudo un roxo leon que hacia
Blason á su invencible fortaleza;
Y él con la diestra espada que esgrimía
Por muestras de su brio y su destreza,
A sus sangrientos pies tenia rendidas
De los mas bravos las mejores vidas.

Al tiempo que el jayan subió al navío,
En su contrario el franco caballero
Echó de un golpe dos con mortal frio,
Y ahogó el orgullo en el que entró primero:
Y á este, y aquel, y al otro quita el brio,
Manchando en roxa sangre el limpio acero
En varios modos, que es su brazo fuerte
Diestro en dar mil figuras á una muerte.

Cayó un mortal desmayo en el ruido
Que en torno hacia la confusa armada,
Viendo su incauto general caido,
Y su esperanza sin sazon cortada:
Lo mejor de sus fuerzas destruido
Del filo agudo de una sola espada,
Y del cruel jayan la fuerza altiva,
Que ahora de nuevo en su favor arriba.

Y él heredando del contrario muerto
El corvo alfange y el valiente escudo,
Por entre la canalla sin concierto
Sembrando muertes va su filo agudo:
Qual hasta las entrañas cae abierto,
Qual sin pies acabar de huir no pudo,
Qual sin brazos se halla, qual se queja
Con solo un brazo, un hombro, y una oreja.

Aquel antes ocioso, ya ocupado
En volver las entrañas á sus senos,
Mira otro que cabe él se halla admirado
De verse la mitad del cuerpo menos:
Uno su diestro brazo destroncado
Busca, y viendo sobre él tantos agenos,
Mientras le encuentra la segunda herida
El otro le arrebata con la vida.

El rudo Telamon, quando en venganza
De su agravio asolaba el campo griego,
Y en furiosa locura su pujanza,
Ni admitia excusa, ni escuchaba ruego;
Ni hizo mas riza, ni mayor matanza,
Ni se vió con su cólera mas ciego,
Creyendo al golpe de su ira necia
Ser los Testuces Príncipes de Grecia.

Que en igual ó mayor carnicería
De Córcega se via el Rey brioso,
Tal que á todos los ojos parecia
Entre manso ganado leon furioso:
Y quanto mas la mortandad crecia,
Mas el combate crece peligroso,
Que por mil partes los navíos corsarios
Gente llovian infiel en los contrarios.

Seis medios signos el herir primero
Durado á costa del corsario habia,
Quando de léjos un navío velero
A dar sobre ellos vieron que venia:
Ninguno lo juzgó por buen agüero,
Lo mas del caso se verá otro dia....
Que de Bernardo aquí la heroyca fama
Mi humilde musa á nuevas voces llama.

Con él dexé á Orimandro en su exercicio
Pintando en su afliccion dulces dolores,
Que este es de un triste el ordinario oficio,
Y el amor grande escuela de pintores:
Dexéle de escuchar, porque es indicio
De no acabar jamas tratar de amores,
Mas ya aquí me conviene oirle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.

Volvian á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaido,
De un bordo y otro el crespo mar surcando
Con el xaloque el tramontana asido,
Y el Rey de Persia su dolor contando
Así á Bernardo lleva entrétenido:
"La fatal brasa en ayre consumida
Sin resplandor quedó, Dúlcia sin vida.

Desta muerte infeliz el golpe extraño
Los males dió que á Creta han perseguido,
Desta crueldad nacieron, deste daño
El reyno está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año,
Dexó su fuego el ayre corrompido,
Y el fértil campo ya agostado y seco
De sus tributos hizo estéril trueco.

Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y ayres venenosos,
Que la Reyna mataron sin clemencia,
Y fueron menos que ella rigurosos:
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió en agüeros espantosos
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abrase en ella.

Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa;
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa,
Y al fin la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.

De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales,
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este obscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien colunas de oro.

De una arqueada bóveda era hecho
Tan alta, que en la vista se perdia,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componia;
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.

En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombría tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada:
Y otra enlutada bóveda vistosa
De mosaycos follages antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.

En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre:
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo baxando al mar que se dixese,
Que el dia en Creta á no morir naciese.

Del real sepulcro en las doradas barras,
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia:
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedrería,
Que igualar su tesoro á los de Craso,
Es comparar la mar á un chico vaso.

Por hojas, esmeraldas, y por flores,
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras Amandinas
Con esta letra un real carbunco frio,
"Por la venganza tuya, y honor mio."

En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba, que decia:
"En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza."

Turbado del prodigio de la muerte
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruicion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel, y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino,
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.

Del Consejo del Rey salió acordado
Que se execute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, qual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena;
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena,
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.

De los reynos de amor las mas hermosas
A grande expensa y gastos son buscadas,
Y para las exêquias dolorosas
En pronosticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas,
Si ser en algo venturosa quiere
Váyase á Creta la que fea fuere.

Sus gentes en las islas comarcanas
Ni oro han dexado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el Rey viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.

Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios
Por diosa instituyó fuese adorada:
Mas ya el cielo cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que le vengara si por mí no fuera.

De allí, qual dixe, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida
Nuevo decreto el Real Consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de Rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.

De doce de la urna aborrecible
La última fué á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la menos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura, ¡extraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Quando algun sacrificio se hacia.

Un año en Creta me dexó encantado
El vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado,
Que es la esperanza dulce hechicera:
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte
Con el fin de su vida el de mi muerte.

Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche obscu-
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba [ra,
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.

Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida,
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fué conocida,
De un mal en otro procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.

Trazando de un dolor varios intentos
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino:
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y del robar el sacrificio indino,
Pensé acertar, y tiene amor mandado,
Que no acierte á servir quien no es amado.

Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretexida,
Y á pesar del cretense señorío
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo, que mi gusto.

Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traxe, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada:
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fué la mia desgraciada,
No pida otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.

Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco sería
Contra las sombras deste ingrato olvido:
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol, ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba."

Dixo, y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y afloxóla al llanto,
Y sintiendo no en gusto desdeñoso
El leonés su dolor hizo otro tanto,
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso,
Tener el corazon de duro canto:
El Rey su llaga aprieta en lo secreto,
Que aunque estaba afligido era discreto.

Con pecho heroyco el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía,
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia;
Y porque el corazon no desanime
Finge esperanza donde no la habia:
"Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.

Qual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleyte el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita:
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer, y el gusto nuevo,
Que en morir por tan noble causa llevo."

Así el Rey Persa al gran Bernardo hablaba
Y entre esperanzas y temor moria,
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia,
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fué llevada.

Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A executar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin triste, ó dichoso,
Darse debe á los dioses la obediencia,
No es su poder como el del hombre estrecho,
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo afable aquel dolor consuela,
"Todo, le dice, está en su sábia mano,
Ni el pie se mueve, ni la pluma vuela,
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano,
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide, y templa las pasiones.

Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre, ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera:
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera,
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho."

Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Qual suele la agradable compañia:
Quando del feo Triton el reyno cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia,
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo, y su cuenta.

Ahora es tiempo, ó luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y floxedad del mundo,
Que ambos templados envieis al suelo
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno amor, y un fiero Marte airado.

Un exercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furores
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al amor no se le deba?
Oya el mundo mi voz, que hace mi pluma
Hoy de Marte y de amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Quando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fué la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un exército pelea,
Volviendo de azul roxo el hondo charco
Un bauprés espantable que voltea:
Y con mas vidas á sus pies que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, quando
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusiéronse á mirar, mas ya informados
De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Baxeles pasan por la vil canalla:
Quando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta buscando á quien favor pedia,
Y allí esgrimiendo su atrevida espada
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro tajada
La cabeza por medio al agua envia,
A qual hiere de punta, á qual de tajo,
Y á qual arroja al mar del bordo abaxo.

Con tanta gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egéo la mar brava,
Soplando yelo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.

Baxó donde la triste voz salia
Sin temor del primer impedimento,
Que quien vivo quedó, mas pretendia
Que su propia venganza, su contento:
Baxó, y vió que en prision estrecha habia
De cerradas cadenas de tormento
Una bizarra esquadra de doncellas
De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Menos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
Él así desarmada la cabeza
Con la beldad rendia y la braveza.

El cabello, que al oro obscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia,
Quando sale de aljófares bañado:
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavia su semblante delicado
Mostraba entre caricias y desvíos
De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las mexillas dos soles deslumbrados
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira:
El cuello altivo, y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira;
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.

Traía descubierto el rostro bello,
Y todo lo demas del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió, que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor texida.

Quedó Bernardo viendo su hermosura,
Sino del todo preso, ya emplazado,
Que á su grave y honesta compostura
Cierto heroyco valor sintió mezclado:
Y en el brio, el donayre y la figura
De Angélica un vivísimo traslado,
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
Que en el oriente de la Reyna bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
Padre feliz de la belleza extraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.

Corre por las regiones del oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las ruinas
La rica China al pie de Palavedra
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres arulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija,
"Marte, la Reyna, y su invencible hija."

Es tradicion antigua, y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una Reyna hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De Príncipes y Reyes del poniente,
Que por hija de un dios fué tan valiente;

Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no ha hecho como suelen presa:
De Angélica la bella, y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta Infanta nació, bien que del todo
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.

¿Quien la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?
O ¿quien con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fué del ayre y su region vecina
Algun incubo espíritu potente,
En contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:
Si fué embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso
Para hurtarles el desden esquivo
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reynaldos diese fuerza y brio:
Del todo la verdad está encubierta,
Solo se sabe que esta alegre hija,
De la célebre Angélica cubierta,
De hierros iba allí en prision prolixa
Mas bella que la aurora descubierta,
Quando al mundo su aljófar regocija,
Y á quien ahora la mira, mas hermosa
Que entre el rocío de abril temprana rosa.
Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fué dada,
Que Venus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada:
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traía lumbroso arnés y armas grabadas
Con rosas blancas, y plumages de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófar oriental tesoro:
Con roxa sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donayre el movimiento:
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda Princesa que ha salido
Con las demas en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.

Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin pies tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los pies partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fué á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo
Del Catay la Princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo
La invicta mira y valerosa espada:
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia:
Quando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el Rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda,
Mas en un punto un áspero solano
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracán de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad que va cargando
La de Morgante y su rigor no cesa,
Que mas que el turbio vendaval bramando,
Qual hinchado raudal rota la presa,
Rompiendo, deshaciendo, y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,
Lanzando al agua por los ayres vanos
Piernas, brazos, cabezas, pies y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un revés que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se avalanza
Le dexa de un ardiente golpe frio:
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser ligero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqueste.

Raudal, tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa
Del espumoso tumbo el remolino,
La ancha rueda mover en igual priesa:
Y el tierno pez, que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se para,
Ni en lo que hace su furor repara.

No piensa dexar vivo hombre en el mundo,
Que amigos y enemigos hace iguales:
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Baxar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.

El sábio Malgesí que allí venia,
Viendo al corzo jayan alborotado.
Que en su favor primero combatia,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traía
De rayas y carácteres tiznado,
Y del navío en el pañol obscuro
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamento,
Quién le encaminó allí, y á qué venia,
Cómo tanto al navío creció el viento,
Que ya en los ayres navegó algun dia,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regía,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha
No es bien dexar al gran Bernardo solo,
Que libres ya de la cadena estrecha
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; ¡pero qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo envuelto en una niebla fria
La esperanza perdió de ver el dia!

Ciérrase el ayre de una nube obscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son, y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento,
Qual va á la escota, qual al chafaldete,
Qual busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el ayre, y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos
Los quatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jónio sus embates cristalinos
Por los riscos adriáticos encalla,
Llevando el viento en otro igual espacio
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
Del norte con borrasca impetuosa
Mil sierras de agua vienen levantadas,
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dexando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á qual furor rendirse.

Los rayos por los ayres escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos,
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal vez encima dellas,
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de levante al que se traga el dia,
Y cada qual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho,
Que si un golpe al través de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho:
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Quando en una ola zozobrando viene,
Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fué metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas, como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin orden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Quantas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de Lo, rota la rienda,
Cada qual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos exes parecia
Venirse abaxo la estrellada esfera,
Y que quanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal seria
Quando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta
Metido el corazon siente anegarse,
Y con los ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quién, robarse:
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso quanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado,
Que si hay tormenta deleytosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia:
Y el montañés á todos animando
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí sin descansar un punto,
Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira;
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:

"Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin ti fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento,
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista,
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer, no por oidas,
A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo,
Es tener de nosotros cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna."

Dixo, y las blandas últimas razones
Con voz fueron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademán y acciones,
No caballero, sino dama hermosa:
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
"Contra la fuerza, dixo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero."

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
Por obscuros celages iba huyendo,
Su rostro así sembró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su ayre, de la española gallardía
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer; que siempre agrada
Qualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de ayre obscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas obscuro
La ociosa vista dexa deslumbrada:
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Qual con celages de oro el claro cielo:
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de yelo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla, y mira,
Aquí, y allí los vuelve, y las combeces
Del barco mide, y sin querer suspira:
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Qual simple paxarillo, que en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impedido y atajado:
Y mientras menos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se dexa de vencido
En el lazo quedar que le ha prendido:

Tal la Princesa del Catay hermosa
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida:
Y el leonés con su vista deleytosa
No tiene el alma con menor herida,
Que á cada encuentro de ojos, por su palma
El corazon le ofrece, y rinde el alma.

"¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos mostraros tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos,
Que ojos alegres de qualquiera suerte
Son señales de vida, y no de muerte."

Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma:
Y la nueva beldad que ve presente,
Mientras le tiene su recelo en calma,
Sin saber cómo, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto:
Quando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asió en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo,
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dexó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente,
Que no hay tan esforzado caballero
Que asirse á fuerzas con la mar intente:
Pero con todo el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.

Quando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vayven dos curvas de camino,
De una amura el bauprés quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El quadernal, roldanas, y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia, y voces afligidas,
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá sino es delfin á nado,
Las damas en sirenas convertidas
Lloran la miserable humana suerte,
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento:
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dexarla por el suelo rasa.

Un barco en esto al grueso bordo atado
Del suyo el gran leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado
Que mas fuerzas mostraba que sentia:
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.

Mas no tan presto en la montaña de Ida,
De Júpiter el águila ligera,
Tras de la amada presa conocida
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asida
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la esquadra alborotada
Del baxel ocupó el humilde asiento:
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dexaron el navío
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero,
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, quando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo le apartó ligero;
Que Venus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta,
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna obscura
Del sacro monte Ténaro sin vida,
De Eurídice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas, y de soles,
Por el espanto de la noche obscura,
Sin ver donde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reyno de una dama que sin duda
De solo ser mudable no se muda.

Lo que allí sucedió al baxel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento,
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jónio un mar violento,
De tempestades lleno, y de baxíos,
De yertos arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres, y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de ayres frios,
Donde Itaca fué un tiempo celebrada,
Por del prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ambrico famoso,
Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.

Parecia que fortuna ya cansada
De luchar con los ayres se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
Y el firme pié al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente
De Alciono los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promontorio Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creída)
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonía,
Donde el reyno Teleboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la ondosa canal á la siniestra,
Que abrió á pesar de Italia estrecha via,
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la Princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,
Si el nuevo amante no la reportara,
Y en discreto decir, la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara:
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara,
Que á ambos dexo en confuso desconsuelo
¿Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo?

Olfa, que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creía,
"Marte invencible, dixo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...." y proseguir queria;
Quando con nueva voz, y espanto nuevo,
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya encallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero baxío,
Y hacerse á un golpe dos (¡extraña cosa!)
Fué todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa,
Que los demas con solo el temor ciego
Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
Que de su arnés lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dexallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas:
Entre la crespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, quando al turbio viento
Fortuna al parecer da nuevo aliento.

ALEGORÍA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y quan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza: y los monstruos de Creta lo son de la desorden de un reyno, donde el Rey dexa la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

Fin del libro décimotercio.

LIBRO DECIMOQUARTO.

ARGUMENTO.

Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañia de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Temis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia, y el engaño.

Qual bello cisne sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma;
Y en remolinos de cristal cuajado
Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave son de su cantar se pierde.

Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria,
Diestro piloto hecho y marinero
A la pesada entena en que venia:
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de quando en quando
En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
O la mudable imágen de Proteo,
El crespo mar sospecha; que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y así por dios del mar de uno en uno
Quantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallage,
Y anunciaron el próspero viage.

Hasta que la fortuna ya afrentada
De verse de un mortal brazo vencida,
En el tumbo espumoso disfrazada
De la ola de un lebeche embravecida,
A Olfa, su amparador, y la aferrada
Entena echó á la costa encanecida,
Por donde de Beocia en corva raya
El rio Cefiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,
Naciendo en las alturas del Parnaso,
Cefiso, en cuya orilla está una torre
Rota y gastada ya del tiempo escaso:
Templo antiguo de Temis, que socorre
Con su saber el mundo á cada paso,
O ya dando hombres nuevos, ó medido
A la razon el gusto del sentido.

Aquí ya libre del rigor pasado
Bernardo afirmó el pie en la seca arena,
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,
Y Olfa con él de espanto y temor llena:
Y el riesgo en verse libres olvidado,
Sola la nueva ausencia les da pena
De aquella celestial belleza rara,
En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,
Desnudo y libre del rigor pasado,
En nueva sombra y tempestad el suelo
De agua tenia y vientos anegado,
Quando en un tibio y mudo desconsuelo
Al antiguo edificio derribado,
Que á la ancha boca está del turbio rio,
A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,
De otra mayor tormenta y desconcierto
Echados, quando el suelo á los mortales
De agua se vió y de confusion cubierto,
Deucalion y Pirra en los umbrales
Fueron del sacro templo á tomar puerto,
Pidiendo á Temis, pues lo sabe todo,
De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso
Mas que otras veces lo es breve y pequeño,
Por entre el ayre lóbrego y nubloso
Vanas fantasmas destilando el sueño,
Cuyo silencio hizo del reposo
Del mundo á la quietud sabroso dueño,
Y al amante español, y á su doncella
Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla obscura
Espantos á una parte y á otra lleva,
Y el frio cierzo cernido en nieve pura
En altos pinos sus bravezas prueba:
Suenan los ayres, brama la espesura,
Crece el rigor, y el viento se renueva,
Llenos el norte, helados ambos senos,
De ardientes rayos, y de roncos truenos.

Quando, sin otra prevencion de cena,
Buscando amparo á la region nublosa,
Y abrigo al viento que en los bosques suena,
Una caverna vieron tenebrosa:
La obscura boca de malezas llena,
Que en su enlutada tumba sospechosa,
Desde un rincon del carcomido muro
Lugar da, mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrúpulo baxando
Al escalon primero de la gruta,
Solo donde poder dormir buscando
Un pequeño compas de tierra enxuta:
Y como en parte extraña recelando
Agudo silbo de serpiente bruta,
Enroscado dragon, ó cama fiera
De roxo tigre, ó súbita pantera.

Hizo el leonés del sótano á la entrada
Escrutinio en las ramas y malezas,
Probando con la punta de la espada
Del ciego seno su áspera estrecheza:
Y hallando parte enxuta y abrigada,
De yerba y secas cañas adereza
A la medrosa dama un breve lecho,
Alivio á los cuidados de su pecho.

Y á par della sentado le suplica
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta
De la ausente beldad que el alma rica
De esperanzas en gloria le sustenta;
¿Por qué, ó cómo al marcial furor se aplica?
¿Quién la traxo á tal riesgo y tal tormenta?
¿Quál sea su patria, quál su nombre y fama?
Dixo, y así le respondió la dama:

"Regalo celestial, fruto fecundo
De dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron, que única en el mundo
Adoró el sol, y respetó la luna:
Bella Princesa, resplandor segundo
Del reyno que á la luz sirve de cuna,
De Medoro y de Angélica la bella
Parto feliz en venturosa estrella.

Marte lloviendo belicosa lumbre
Subia á la sazon con mayor brio
Por sus dorados gonces á la cumbre
Del austral Capricornio húmedo y frio;
Y del carro acerado la vislumbre
En sù mayor pujanza y señorío,
Sobre el grado penúltimo subido
Hasta los veinte y ocho habia corrido.

Venus con la blandura acostumbrada
Le iba templando en parte la aspereza,
De los demas planetas rodeada,
Cada qual en su punto y fortaleza:
Solo Saturno, cuya frente airada
Tristes anuncios daba á su belleza,
En veinte grados puso su tesoro
Del enemigo vellocino de oro.

Esta admirable conjuncion de sinos
A la gran China dió esta real Princesa
Arcangélica dicha, que en divinos
Rayos de luz en tu alma vive impresa:
Junto al Quinsay en muros peregrinos
Por un bosque bellísimo atraviesa
El castillo de Mangi, de quien viene
Al reyno el nombre, y el honor que tiene.

De doce millas su torreado muro
De fino jaspe en proporcion quadrado,
Con mil torres altísimas seguro,
Donde está un grueso exército alojado:
En cada esquina de alabastro duro
Un altísimo alcázar levantado,
Cuyas torres y almenas por decoro
Sustentan ricos chapiteles de oro.

La altiva frente que al oriente mira
Rica puerta abre de bruñida plata,
Que al sol sirve de espejo en que se mira,
Y con sus rayos otro sol retrata:
Esta al Rey solo se abre, y se retira:
Dándole paso, él solo pisa y trata
Sus umbrales, y en otros mas escasos
El vulgo estampa sus humildes pasos.

En medio el ancho muro, que cubierto
Todo está de arboledas y jardines,
De fuentes y de estanques, por concierto
Puestos entre arrayanes y jazmines,
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto
Briosos cruzar los bellos francolines,
Y dar los cisnes música á las flores,
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

Saltan los corzos, y la liebre corre
Por entre murta, sándalo y verbena,
Libre de que le siga ni le borre
Otro paso los suyos en la arena:
Una á otra se sigue, y se socorre
Con fiesta y grita de retozos llena,
Gozando de sus juegos y primores
La luz de los altivos miradores.

En medio el real jardin, sobre un collado
De cinamomos y canelas lleno,
A quien las rosas y azahar nevado
Con menos costa vuelven mas ameno,
Está de verdes mármoles labrado
El imperial alcázar, cuyo seno
En ricas salas de oro y pedrería
Eterno guarda, y sin morirse el dia.

Yo no sé bien si la caverna ó gruta
Del peñascoso Ténaro deshizo
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa
Con lo que este vistoso alcázar hizo;
O de los Bactrianos en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedizo
Tiene alguna cantera de esmeraldas
Mayor que el monte Acámaso en sus faldas.

O las minas de Copto, que en Egito
A Tebas dan sus mármoles preciosos,
Dieron á la India el bello circuito,
Que dió á este real jardin léjos vistosos:
Todo él cercado en torno de infinito
Aparato, de estatuas y colosos,
Bultos, monstruos, figuras y medallas,
Y otras varias grandezas y antiguallas.

Por cien torres en torno se dilata
Con chapiteles de oro por cabellos,
Y mil balcones de luciente plata,
Que heridos del sol deslumbra el vellos:
Lo de dentro suspende y arrebata
Con dibuxos bellísimos, y en ellos
Llenas las salas, patios, corredores,
De guerras, cazas, fábulas, y amores.

Aquí el gran Chino por su gusto tiene,
Quando la corte dexa, su morada;
Aquí á aliviar la grave carga viene
Del cetro de oro y magestad pesada:
Aquí en alegres cazas se entretiene,
Y goza quieta vida regalada,
Y aquí tambien entre frescura tanta
Del Quinsay se crió la bella Infanta.

Ya quince vueltas el autor del dia
En las balanzas de oro habia ajustado
La clara luz con la tiniebla fria,
Y otras tantas el mundo renovado,
Vistiéndolo de flores y alegría,
Despues que el quinto círculo dorado
Del cielo hizo en Angélica la bella
El divino retrato dél, y della.

Y estando la una y otra retirada
Deste real bosque en la agradable vida,
Una en correr las liebres ocupada,
Y otra en rendir las fieras divertida,
En el Canfú surgió una gruesa armada,
Y el ruido y temor de su venida
Subió al jardin por la corriente arriba
De un rio que al baxo mar Quinsay derriba.

Zambrí, soberbio Rey de la Moscana,
Nieto del desdeñoso Radamanto,
A quien Roldan mató, y con su temprana
Muerte heredo su nieto imperio y llanto,
El en que comenzó su edad lozana
Venia en ella á vengar, trayendo quanto
Poder su reyno alcanza, y quanto encierra
En aparato y máquinas de guerra.

Queria arrogante á cuenta de su empresa,
Y la vertida sangre de su abuelo,
Por su muger ganar á la Princesa,
Y de la China el ancho y fértil suelo:
Llegando sobre el parque con tal priesa,
Que antes que se tuviese de él recelo
Habia allanado ya su fortaleza,
Y preso de las dos la una belleza.

A Angélica prendió, y sus damas todas,
Creyendo que iba la Princesa en ellas,
Con que ya dentro en sus felices bodas
Mas que Atlante consigo lleva estrellas:
Y sin temer las tristes tornabodas
Con que la instable diosa hace mellas
En los mas firmes gustos, con su gente
Al mar se hizo la vuelta del poniente.

La gallarda Arcangélica acosada
Del riesgo atroz, y asalto repentino,
De su mismo valor estimulada
Un arnés se vistió de acero fino;
Y no con flaca y femenil espada
La alta defensa de su honor previno,
Mas qual bella Amazona se arrebata,
Y con belleza y armas rinde y mata.

Sola su lanza, sin la humilde gente
Que de encuentro llevó, quitó la vida
Al jayan Madagascar, que en oriente
El brazo fué y la espada mas temida:
Al Rey de Gozurat, que la eminente
Luz de los polos tiene por medida
De horizonte, al de Albasia, y al de Tibar,
Y al negro y grueso monstruo de Zancibar.

Siguió el alcance y bella retirada
Del incauto Zambrí, libre y dispuesta
De no volver á ver sino es vengada
De Mangi los vergeles y floresta:
Y en un navío que rindió embarcada
Entre la flota, que con grita y fiesta
Del victorioso triunfo alza la vela,
Ciega se embarca, y tras su agravio vuela.

Como del Caspio mar en la ancha playa
Hircana tigre de corage llena,
Antes que el cazador por pies se vaya
Los suyos ella estampa en el arena,
Y por el rastro que dexó se ensaya
A vengar el agravio de su pena,
Y á bocados quanto hay mata y destruye,
Y á seguir vuelve el cazador que huye:

Así del blando Chino la Princesa
Al seguimiento y presto alcance vino
Del que á su dulce madre lleva presa,
Furiosa destrozando en el camino,
Por quanto al de sus golpes se atraviesa,
Y de morir en ellos se hace dino,
Hasta abordar la rica Capitana
Del bárbaro Zambrí, Rey de Moscana.

Y allí, á pesar de la enemiga gente
Que en el naval exército venia,
La suya dentro echó, y qual rayo ardiente
Por las contrarias armas discurria:
Mató al Rey vano, y la arrogante frente,
Donde forjo imprudente fantasía
De ser su esposo, en un gallardo tajo
Del confuso celebro la echo abaxo.

Y en tanto en gente y armas abundante
La voz llegó del general socorro
Con fuerza tal, que al campo Radamante
Fusta no quedó entera, ni hombre horro,
Ni chino barco, que con brio triunfante
Urca vencida no llevase á jorro,
Debiéndose al valor de la Princesa
La honra mayor de la importante empresa.

Mas quando ella en rendir la Capitana,
Y en dar muerte á su Rey se detenia,
El Príncipe de Ormuz que al de Moscana
De general por tierra y mar servia,
Ardiendo en torpe amor su alma liviana
Por la Angélica Reyna que traía
Presa á su cargo con el nuevo espanto
Del muerto sucesor de Radamanto,

En presta zabra con medrosa priesa,
A vueltas del sangriento herir confuso,
La Reyna del Catay de nuevo presa
Con lo mas rico del despojo puso:
Y qual presto alcotán que ha hecho presa
Volando huye por el mar difuso,
Ciego, trocando honor, navíos y gente,
Por un robado amor huye al poniente.

La Princesa que al triunfo y alegría
Del vencimiento halló lo mas precioso,
Que allí en tan nuevo oficio la traía
Robado del ladron de Ormuz medroso,
Hundir el mundo con furor queria,
Y de ira ciega en bando riguroso,
Sin dexar ni una fusta reservada,
Abrasar manda la enemiga armada.

Ciento y diez velas que al rigor de Marte
Parecieron sobrar, sin sacar dellas
De enemigos despojos mayor parte
Que las cautivas damas y doncellas,
Barloadas todas de Vulcano el arte
En resonantes globos y centellas,
De sus grasientos senos subió en vuelo
Los roncos gritos y la llama al cielo.

Yo aquella pienso fué la vez primera
Que el ancho mar temieron se abrasara,
Que sus golfos el fuego consumiera,
Y en ceniza su arena se trocara:
Y ardiendo la enemiga armada entera
La ciega noche obscura volvió clara,
Para que así mejor viese la fama
Sobre un golfo de mar otro de llama.

Hecha por la Princesa á su victoria
Esta espantosa y triste luminaria,
En que no quedó rastro ni memoria
De la potencia y presuncion contraria:
Tras el corsario de su honor y gloria,
Que su alma lleva en huida temeraria,
En un navío se arrojó velero,
Mas de valor armada que de acero.

Trájome sola á mí en su compañía
Para el servicio suyo, y dando al viento
Las velas tras el bárbaro que huía
Vencimos en correr al pensamiento:
Pasamos por el Pilbo y la Zangía,
De isla en isla tomando guia y tiento,
Cruzando en vuelo al cristalino campo,
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

Dexamos ambos Liquios á la izquierda,
Y á la diestra la costa de Chincheo,
Dando al camino y la congoja cuerda
Hasta la alta Camboja y el Burneo:
A Gilolo de léjos se me acuerda
Que vimos, y en bellísimo rodeo
Las Malucas vistiendo con sus flores
Los ayres de aromáticos olores.

La bella y rica Chersoneso de oro,
Con su ciudad y reyno de Malaca,
En seguimiento del cobarde moro
De árboles nos mostró su costa opaca:
Y entre la Taprobana, y el tesoro
Que por sus costas baña la resaca,
La vuelta dimos sin alguna altura
A la punta y combés de Cincapura.

De allí el rumbo siguiendo del piloto,
Que á la inquieta Princesa, mal contenta
Del mar presente y círculo remoto
Que haciendo va en su viage, daba cuenta:
A un descompuesto viento el árbol roto
Corrimos la ancha costa alharaquienta
De Samatra, ciñendo nuestra frente
De la alta equinoccial el cerco ardiente.

Y á la luz del Canopo, que allí claro
Como un limpio carbunco se les muestra,
El peñasco de Cídara al reparo
De un abrigo quedó, y á la siniestra
El cabo de Naguacar, puerto raro,
Donde aquel dia surgió la barca nuestra,
Y halló entre los que habitan por sus peñas
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

Seis dias antes salió del mismo puerto,
Y nosotros aquel, que en él entramos,
De Mengala cruzando el golfo abierto
Hasta que á la isla de Zeylan llegamos;
Y el promontorio Cori, descubierto
Por Trabancor, hasta Cochin pasamos,
Y allí hácia Calicut un baxel vimos,
Que en lo alto ser de Persia conocimos.

Fuímosle aquella tarde dando caza
Con la siguiente noche, y quando el dia
El triste luto al mundo desenlaza,
Que por la muerta luz puesto se habia,
Ya en sus señales claro y en su traza
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia
La Angélica beldad sin culpa presa,
Y en su demanda la oriental Princesa.

Con nuevo regocijo y alboroto
Embestimos con él, y al abordallo,
Solo seis caballeros y el piloto
Con las armas vinieron á estorballo:
Quedó rendido, y por la xarcia roto
Del encuentro primero, y al entrallo,
Encima vieron del combés cubierto
De tela de oro negro un hombre muerto.

Supimos que de Ormuz el Rey Blancarte,
Tras quien se hacia la infeliz jornada,
Era el muerto, y que Angélica su parte
Hizo en dexarse en su prision vengada:
Sobre el cabo de Cori, el baluarte
De una florida selva da abrigada
De los vientos de oriente una bahía,
Donde el Rey fugitivo llegó un dia.

Quiso cansado de la mar baxarse
Al márgen de una fuente cristalina,
Entre blancos jazmines, que á emboscarse
Por su espesura el mismo olor inclina,
O por entretenerse, ó por holgarse
Con la robada diosa de la China,
De quien habia en sus deseos venido
De una esperanza en otra entretenido.

Suspenso el dia, que pasó volando
En esperar sus Reyes á la orilla,
De Ormuz se vió el navío, hasta quando
Al mar de Goa el claro sol se humilla,
Que por la temerosa selva entrando
La fria imágen vieron amarilla
De su imprudente Rey, que en el desierto
Huyéndose su amor le dexó muerto.

Creese que en el favor de su regazo
Con dulce paz le degolló dormido,
¡Torpe locura! ¡peligroso lazo!
Fiarse de muger quien la ha ofendido:
Entraron por la selva un gran pedazo,
Mas cegoles el rastro y el sentido
La obscura noche y tierra no sabida,
Y la pena de ver su Rey sin vida.

Así el sordo navío en llanto amargo
Degollado mostraba su Rey muerto,
Con quien al rico Ormuz por su descargo
De luto iba de lágrimas cubierto:
Y al pasar de Trabancor el mar largo,
Haciendo escala en su vecino puerto,
De la vengada Reyna tuvo nueva,
Que de sus playas la salvó una cueva.

Y en un navío para el llano Egipto,
Dando las velas á un terral liviano,
Ya libre se embarcó de su delito,
Si alguno fué matar un Rey tirano:
Así con triste y lastimoso grito
Razon de sí nos dió el navio persiano,
A quien la real Princesa libremente
Con su Rey muerto le dexó, y su gente.

No le entregó á la tragadora llama,
Como á la flota hizo su enemiga,
Mas reservarlo quiso para fama,
Que la venganza de su agravio diga:
Y tras quien le dió el ser, qual tierna gama,
Al real piloto manda que prosiga
Su derrota, y en bello circuito
Las Arabias costee, y vuelva á Egipto.

En la punta de Aden una tormenta,
De no menor rigor que la pasada,
La nao despedazó en furia violenta
Sobre una roca en agua sepultada:
Y sin que el intratable mar consienta
Por su crespo cristal hacer jornada,
En seis siguientes lunas que así estuvo,
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

Hasta que de la punta del mar Roxo
A dar fuimos por tierra á Alexandria,
Por entre rotos mármoles, despojo
Del tiempo en que el gran Cayro florecia:
Con nuevo rastro siempre, y nuevo antojo
De la que reyna donde nace el dia,
Que de allí en busca de su amado ausente
El rumbo habia tomado del poniente.

Ha muchos años que el gentil Medoro,
Ausente de los ojos de su dama,
La dulce risa vuelta triste lloro,
Y desierta dexo su alegre cama:
La causa ni la alcanzo, ni la ignoro,
O sea cierto rumor, ó incierta fama,
Yo la diré despues, que ahora digo,
Que á buscar fué de allí á su caro amigo.

Diéronle nuevas dél en Tolomita,
Donde se entiende que llegó primero,
Con que el muerto deseo resucita,
(Si es mortal el amor que es verdadero)
A la madre tambien la hija imita,
Y en busca de ambos un navío ligero
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente
Los graves reynos busca del poniente.

Arrojónos en calmas y en tormentas,
De isla en isla rodando y puerto en puerto,
Al mar Carpacio, que es de olas violentas
Un importuno y ciego desconcierto;
Y en el Egeo tras él playas sedientas
De Creta vimos, y en el golfo abierto
De Corfú su arenal, por donde un dia
El viento nos echó en Cefalonia.

Allí por lances y peligros varios
La mar nos despeñó, y allí perdimos
Nuestro baxel, y en otro de corsarios
Que en el puerto hallamos nos metimos:
Andaban en sus robos ordinarios
De la herviente costa á los arrimos
Cien piratas á cuenta de un gigante,
Gran capitan de Creta, y Rey de Xante.

Era uno destos el navío que digo,
Contra quien dos de la cercana tierra,
Por peligroso y bárbaro enemigo
En trance entraron de sangrienta guerra,
Donde de la Princesa el brazo amigo
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,
Siendo los ayres de su ardiente espada
Nueva tormenta á la enemiga armada.

Retirólos á golpes insufribles
La bella sucesora de Medoro,
Proezas haciendo y golpes increibles
En favor del navío de Arcandoro:
Mas hacer bien á bárbaros movibles,
Es sembrar por la mar arenas de oro,
Y este en las sirtes de Africa nacido,
Habia á mudarse en ellas aprendido.

Vió á la Princesa, hallóse enamorado,
Y en torpe modo, y con grosero estilo,
No del todo el combate sosegado,
Corriendo aun sangre de su espada el filo,
Llevando de ignorancia en su cuidado
Mas que en sus siete bocas agua el Nilo,
A requestarla se atrevió en el brio
De hallarse humilde dueño de un navío.

Pasó en donayre el loco atrevimiento
De su beldad la gravedad severa,
Y fué mucho en tan nuevo sentimiento
Guardarse en su sereno rostro entera:
Mas dando al gusto bárbaro otro viento
El alma y la intencion mudó primera,
Y el mismo dia que se mostro su amante,
Y ella á darle la vida fué bastante,

Hallándola dormida, de repente
En la prision estrecha en que venia
Con las fuerzas la puso de su gente,
Y qual me hallaste á mí en su compañia:
Y esto en compendios hasta el dia presente
La historia es suya, y la desdicha mia,
Y de Angélica hija y de Medoro,
La que ausente suspiras, y yo adoro.

Pondráte admiracion, que de dos pechos
Tan blandos y amorosos por su parte,
Solo á tiernas batallas de amor hechos,
Sin nombre ni opinion en las de Marte,
Naciese el brazo invicto, que á despechos
Del mundo así campea su estandarte
En los valientes dél, que con su sombra
Lo mas florido de su rueda asombra.

Sabrás, ó invicto aliento de la fama,
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
Padre que fué del mio, y yo la rama
Mas asida á su tronco y descendencia,
Quando mas niña esta invencible dama,
O á mí á solas, ó á ella en mi presencia,
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
Que ahora las veo, y antes las dudaba.

Decia tambien que su animoso pecho,
Donde aun á la materia vence el arte,
No era todo de humana masa hecho,
Que tenia de divino una gran parte;
Que de los dioses uno, en nudo estrecho
De amor paterno, á su ánimo reparte
Su natural furor, y el caso todo
Pasó, segun Artildo, en este modo:

Dicen que Marte en condicion severo
Ya en otro tiempo fué de amor vencido,
Sin que las armas de templado acero
Defenderle pudiesen de Cupido:
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,
Que el cielo lo confiesa, y él rendido
En las sutiles redes de su lecho
Da por probado el adulterio hecho.

Vulcano en ciegos nudos de oro atados
A su esposa y á él los halló un dia,
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados
Del lazo en que su hijo los tenia:
Baxó los graves dioses convidados
A la gran presa que cazado habia,
Dios hubo que tuviera á dicha buena
Trocar su libertad por tal cadena.

El sol lo descubrió, cosa notoria
Fué por el mundo su amoroso cuento:
Mas envidiosos hubo de su gloria,
Que dudosos habrá de lo que cuento:
Olvidóse la afrenta en su memoria,
Aunque no la ocasion de su contento,
Trocando el freno del primer recato
En desenvuelto y descubierto trato.

Sobre la playa y secos arenales
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,
Y á pesar de las ondas inmortales
Siria levanta al cielo su cabeza:
Hecha de rica pasta de metales
La antigua Chipre está, cuya belleza
Aumenta el monte Acámaso, y sus faldas
Llenas de ricas minas de esmeraldas.

Aquí sobre su concha cristalina
Venus del mar salio la vez primera,
De la espumosa lluvia y sangre fina
Que sudo al mundo la estrellada esfera:
Aquí tiene su altar y su cortina,
Y en él su habitacion mas verdadera:
Y al fin aqui, como á su propio imperio,
Se retiró despues del adulterio.

Un dia que el dios sangriento á recrearse
Al claustro vino de su alegre dama,
(Si á la fama algun crédito ha de darse,
Que estos son propios cuentos de la fama)
Cupido comenzó á vanagloriarse
De los varios efectos de su llama,
¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado
Deste arco duro, y de su arpon dorado?

Júpiter quiero que me sea testigo,
Pues Marte con mi madre está ocupado,
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,
Hable el laurel si me dexó vengado:
Mercurio, y Baco, mi mayor amigo,
El frio Neptuno, y Radamanto airado,
Dirán si desde el cielo al baxo infierno
Hay pecho libre deste brazo tierno.

No sé que medio ninfa, ó medio estrella,
Ocupada en seguir el monte y caza,
Se alaba de que está de mi centella
Su alma libre, y sin rendir su plaza:
Muger lozana, cazadora y bella,
Y sin sentir el lazo con que enlaza,
Es burla; que en la red mas olvidada,
La que piensa cazar queda cazada.

De los dioses ninguno se ha librado,
Los hombres mal pudieran defenderse:
¿Al rústico pastor tras el ganado,
Quien no gusta de verlo entretenerse,
Proponer en ausencia su cuidado,
Y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante, otra se humilla
Al brio de su lozana pastorcilla.

Son varios los efectos y pasiones
Que en corazones causo descuidados,
Conforme á las diversas ocasiones
En que los hallo y tengo encadenados:
Quien quisiere salir de mis prisiones,
Y romper sus fortísimos candados,
Rompa ocasiones, atará deseos,
Que los demas atajos son rodeos.

Gusto de ver llorar uno en ausencia
La fuerza que le hace su cuidado,
Otro en zelos perdida la paciencia
Por lo que él en su cama ha fabricado:
A otro en medio los gustos de presencia
Un antojo le doy que es ya olvidado,
Con que viendo lo mismo que via antes
A los enanos juzga por gigantes.

En estos entremeses divertido
Mi ociosa paso y descuidada vida,
De esperanzas y engaños mantenido,
Y sobornado de alegría fingida:
Traeme en sus ojos ahora entretenido
Una Reyna adorada y perseguida,
Que en el mundo es escándalo y centella,
Y en el Catay Angelica la bella.

Es tanta su beldad, tanta su fama,
Que quisiera por verla no ser ciego,
Aunque fuera la yesca de mi llama,
Con tal que se encendiera de su fuego:
No vi su rostro, mas urdí la trama
Que á mil sirvió de muerte, á mí de juego,
Y su real brio, á quien faltó segundo,
De tropezon universal al mundo.

¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,
Que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,
Qué empresa, qué batalla, qué aventura?
¿Qué pecho libre, qué alma tan exênta,
Que presa no pusiese en cárcel dura?
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
Que si los suyos vió no esté cautivo?

De Reyes y de Príncipes servida,
¿Qué cetro le negó su vasallage?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
Otro el reyno, otro el nombre, otro el linage,
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida
Trocó un mundo de Reyes por un page:
Si la agravié, será disculpa mia,
Que ciego no miré lo que escogia.

Así braveando está el niño arrogante
Mientras que á tiento un arco nuevo encuerda,
Gustando Venus y su altivo amante
Del blasonar y del poner la cuerda:
Marte oyendo la fama resonante
De la oriental belleza, con la izquierda
Dicen que sin ver como fué herido
A excuso de su madre de Cupido.

Diole en el alma ociosa con destreza,
Que es el amor sutil en demasía;
Ya el tesoro de Venus es pobreza,
El sol tinieblas, y la noche el dia:
Trueca inmortal por la mortal belleza,
Y una diosa á una dama preferia;
Pero no hay que admirarse destos juegos,
Que en casa del amor todos son ciegos.

Las duras armas de bruñido acero
En el templo de amor dexa colgadas,
Y tierno amante de soldado fiero
A su entenado pide alas prestadas;
Que aunque es un pensamiento en ser ligero,
Antojos nuevos son glorias pesadas,
Que aunque en sus hombros ícaros los lleven,
Parece en el volar que no se mueven.

Del frio Geta en el helado clima
Ocioso dexa el carro en sangre tinto,
Y en la guerrera Tracia airado arrima
Del corvo alfange el tachonado cinto;
De su cruel rayo la espantosa grima,
Que al mundo baxa en resplandor distinto,
La frente limpia con que el ayre empece,
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

Dexa el grabado arnés, cuya acerada
Máquina su abrasado cielo oprime,
Y la nublosa clava reforzada,
Que el polo con su grave peso gime;
Del corvo escudo, y la tajante espada,
Las turbias luces que espantosa esgrime,
Con que la Libia enciende, abrasa á España,
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

Dexa al fin el potente dios terrible
Del acero el estruendo resonante,
Dexa el ceño espantoso, y vista horrible,
A una sombra fantasma semejante:
Volviendo blando amor, si esto es posible,
Aquel su fiero y áspero semblante;
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

Sale volando, y de un alegre viento
Una nube formó resplandeciente,
Parecida á su nuevo pensamiento
En lo hermoso, vano y transparente;
Y en buscar la ocasion de su contento,
Presto, ansioso, colérico, impaciente,
A un cabo y otro busca por la tierra
La que ha de poner paces en su guerra.

Los ojos tiende por el baxo suelo,
De diversas naciones ocupado;
A Europa mira, y su benigno cielo,
Su rico asiento, su vivir templado:
La fértil Libia, que con seco vuelo
Sus blancas costas lleva al diestro lado
Con las sirtes sin tez, á quien da cama
El mar, que en medio dellas se derrama.

Dexa á la izquierda el norte y sus alturas
De un inmortal invierno acompañadas,
Y á sus verdes espaldas las llanuras
Del Ponto y sus arenas escarchadas:
Del frio Tanais las costas mal seguras,
De bárbaras naciones cultivadas,
Y del vecino Colcos el tesoro,
Si aun dura entero el vellocino de oro.

Mira el boreal Zarambe peñascoso,
Cercado de arrecifes inhumanos,
La antigua Troya, y su Ilion famoso,
Sepulcro ya de griegos y troyanos:
El Sigeo, peñasco peligroso,
El Proponto, los bósforos cercanos,
Con los que guardan las reteas almenas,
De mil tragedias dolorosas llenas.

A Zaistro y sus aguas espejadas,
Que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas,
Que de seguir un curso se desdeña:
Y del rio Pactolo las doradas
Ondas con que en ruido alegre enseña,
Que no hay bien ni favor mas sin provecho
Que la riqueza en avariento pecho.

Del monte Ida la cumbre levantada,
Y el bosque donde Páris dió el juicio
Sobre la competencia celebrada,
Que al mundo su furor sacó de quicio:
Aquí Marte con alma enamorada
Dicen que dixo: "tengo por indicio,
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,
Porque antes no nació mi nueva diosa."

De allí mira el gran tempio de Cibeles,
Su inútil gusto, y vana hipocresía,
Sus sacerdotes bárbaros infieles,
De triste complexion y sangre fria:
Los Zalibes incultos y crueles,
Ricos del oro que su asiento cria,
Y el rio Halis y su curso avieso,
Famoso por el hado del Rey Creso.
Mira tambien al Iris caudaloso
Como su cristalino curso espacia,
Y el bravo Termodonte sonoroso,
Fines de Capadocia y de Farnacia:
El altísimo Latmo peñascoso,
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,
Que la luna baxó á guardalle el sueño,
Y á gozar los amores de su dueño.
Sobre la costa del Carpacio mira
La alta Cilicia con su monte Tmolo,
Donde el dios Pan tocó su ronca lira
En competencia del dorado Apolo:
Y el Tauro que su cumbre en torno gira,
Y de la nieve de un collado solo
Cidno por sus vertientes se dilata
Con limpias ondas de bruñida plata.
Del Caspio mar las playas espumosas
Mira, y sus arrecifes espantables,
Cercados de naciones belicosas,
Gentes bárbaras, fieras, intratables:
Las hiperbóreas cumbres monstruosas
De vertientes y campos saludables,
Y á los que dan sus selvas acogida
En sabrosa quietud y larga vida.

Mira entre los Cerámicos y Hipicios
Las libres Amazonas sin varones,
Gente traida al mundo por indicios,
Mas que por verdaderas relaciones:
Los que habitan del Cáucaso los quicios,
Y cultivan sus fértiles terrones,
Al pie del risco altísimo y nevado
A que está el sábio Prometeo ligado.

Los Scitas sin república formada
Sus ásperos desiertos conservando,
A quien de Batros la corriente helada
Va con prolixa vuelta rodeando:
Mira al austro en altura mas templada
Irse las dos Armênias dilatando,
Y sobre sus collados espaciosos
A Nifates y Tigris caudalosos.

Mira qual nacen de unas mismas fuentes
El Eufrates y Araxês sonoroso,
Que por despeñaderos diferentes
El mar buscan en curso impetuoso:
Este al Hircano lleva sus crecientes,
Y aquel al seno Pérsico famoso,
Haciendo rica y fértil de pasada
La gran Mesopotamia celebrada.

Cansado de mirar tantas regiones,
Sin ver en ellas la que va buscando,
Los ojos vuelve, y mira los rincones
Del celestial incendio humeando:
Las negras etiópicas naciones,
Y el mar sobre sus costas reventando,
Y el Nilo si por dicha tiene fuente,
Entonces al dios Marte fué patente.

Por Egipto y Arabia entremetida
Vió del mar Roxo la delgada punta,
Que aunque de playas ásperas ceñida
Casi al Mediterráneo mar se junta:
Y allí de blancos nácares texida
La rica Tilos, donde amor barrunta
Que fueron los primeros minerales
De las preciosas perlas orientales.

Mira la carcomida sepultura
Del Rey Eritrio sobre Ogiris puesta,
Y de la Siria la áspera llanura
Toda á la sombra de su nube opuesta:
De Palestina adora la ventura
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora
Vivo y glorioso el cristianismo adora.

De Jope mira el muro envejecido,
Que nació al mundo en su primer verano,
Y de Sodoma el campo convertido
En lago infame, y á la diestra mano
El noble rio Jordan fresco y florido,
Y de Samaria el pedregoso llano,
Los fértiles palmares de Idumea,
Y la encumbrada y alta Galilea.

Mira hácia el sur las Návatras regiones,
Y en ellas las Arabias incluidas,
La Petrea y sus estériles mojones,
Y el Sinaí de selvas escogidas,
Donde fueron por Dios las peticiones
De un profeta escuchadas y admitidas,
Y con estilo y nota verdadera
Al mundo se escribió la ley primera.

De la desierta Arabia los mudables
Collados mira y su abrasada arena;
La Feliz y sus campos saludables
De rica mirra y cinamomos llena:
De Pancaya las selvas admirables,
Que al mundo sudan en copiosa vena
El incienso y el bálsamo oloroso,
Del saludable cielo don precioso.

Mira en sus arboledas deleytosas
La fenix de dorada plumería,
Que en solo aquellas selvas venturosas
Y sus montañas se sustenta y cria:
Allí entre frescas yerbas olorosas
Vive sin otro amor ni compañia,
Y quando la vejez tras sí la lleva,
El fuego la consume y la renueva.

Prosigue y mira en su ligero vuelo
Entre el Tigris y Eufrates abreviada
La fértil tierra que parió en el suelo
La confusion de lenguas marañada:
La torre que pensó escalar el cielo,
Su ciudad de jardines coronada,
Y Nínive en un tiempo tan temida,
Ya por los duros Scitas destruida.

Los belicosos Caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstruosas:
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas arenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.

Los Caducios, que en riscos escondidos
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion menos humanos:
De Hércules los altares encendidos,
Que aun humean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

La Pártia con su gente aborrecible,
Del furor de los Godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movible,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania, la invencible
Tierra de inculta hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Ligeros tigres cazan á millares.

Las dos Carmanias ambas montuosas
Mira, y la belicosa Cedrosía,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosía:
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envia,
Y los Paraponisos belicosos
En todo, y no en olivas abundosos.

Dexa ya atrás del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Qual rayo va cortando el ayre vano:
Descubre el Gange entre naciones fieras,
Que con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales
Del mar busca los secos arenales.

Mira el gran muro y raya que divide
Del Scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reyno en que preside
La luz que sus deseos encamina:
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Bastecidas, compuestas y adornadas:
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.

El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedrería y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
"¡Tierras dichosas, fértiles y amenas,
(Dixo Marte en su vista divertido)
Hoy me ha baxado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!"

Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde en concurso y tropa de alegría,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurria,
De campo y montería los ropages,
Con varios y fantásticos plumages.

Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya de placer se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros,
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consuma.

Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Quales tras los prestísimos venados
Diestros en abreviarles las carreras,
Quales ligeros, quales mas pesados,
Quales para aves, quales para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con ventores,
Prestos ginetes, diestros corredores.

Destos diversos exercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza,
Conoce que la causa de su pena
Sin acordarse della sale á caza:
Y dice contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza,
"¡Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caido!"

Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde campo de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Quanta belleza el mundo conocia:
Dexó una nueva gloria descubierta,
Süave el viento, y apacible el dia,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallage del sol la lumbre santa.

De tela de oro en rozagante vuelo
Pendia la grave falda de brocado,
Con quanta pedrería al rico suelo
De oriente da y tributa el sol dorado:
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde en qualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubias llamas parecia.

De la color del dia sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira en rayos bellos
Del pedernal de amor envian centellas,
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófar engastado en grana.

Qual suele en el rosado y fresco oriente,
Dando principios de oro al nuevo dia,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fria,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría,
Tal la Reyna salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.

Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretension corrido:
El dia sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios de zelos lo hacia,
Porque no viese Apolo lo que él via.

Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debaxo el blando freno concertada:
Con toda la beldad, que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El dia, que cobra su hermosura en vella.

Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolomita,
Que en ojos negros, y en cabello de oro,
Un tierno humano serafin imita:
El Rey Chino, el bellísimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante,
A estampa mas perfecta y elegante:

Este en trage galan, y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto
El triunfo del amor sacó cumplido,
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso, é inquieto.

Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante, y el zafiro;
Con una ancha cenefa de oro grueso,
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia
La luz que arrastra tras su carro el dia.

Qual águila real que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baxa, vuelve, espera,
Y codiciosa de acertar el salto
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazon y coyuntura
De mas descuido, y parte mas segura;

Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido:
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.

Libres de las pigüelas mil azores
A arrojarse comienzan de la mano;
Los diestros agudísimos ventores
A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano:
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita,
Crece la caza, el alboroto y grita.

Entre el tropel, ruido y barahunda
De ciervos una tímida manada,
Hizo que el campo alegre se confunda
Tras el lance y la presa deseada:
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra, y vuele sin concierto.

Siguen aquello que se les antoja
Con grita, voces, con furor y estruendo,
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros aparta, aparta van diciendo;
Ataja, ataja aqueste, el otro afloxa,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica,
La grita y confusion se multiplica.

Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido sin ver cómo en la espesura,
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura:
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura;
Gamos, liebres, leones y venados,
Heridos, presos, muertos y atajados.

Medoro, ó fuese fuerza, ó fuese acaso,
Salió contra un ligero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido:
Queda Angélica sola, y llano el paso
A quanto el nuevo Marte ha pretendido,
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.

Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube obscura,
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura:
Rásgase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura,
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.

Tráenles los cielos ya de luto envueltos
La noche sin sazon en medio el dia,
Y ellos en agua y confusion revueltos
Cada qual sigue por su incierta via:
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traía
La obscura nube en sus hinchados senos
De ardientes rayos y confusos truenos.

Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en ayre convertida,
Tales son los contentos mas fundados,
Todo tiene su fin en esta vida:
La dama por quien son estos nublados
En una cueva se quedó escondida,
Segura estoy que Marte sepa adonde,
Que á los ojos de Dios nada se esconde.

Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto, y de contento lleno
Marte baxó en Medoro convertido:
Y al tocar su furor el valle ameno
Tembló el gran mundo de su pie oprimido;
Pero la magestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.

De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Sino es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sábio abuelo nos contaba)
Perdióse en esta caza el Rey hermoso,
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos zelos consumida;

O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado:
Solo de la Princesa el sábio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
Y de Artildo el saber, que en mi memoria
Como la he dicho aquí puso esta historia."

Así en la gruta la japona bella
La razon á Bernardo da cumplida
De su ausente aficion, y al fenecella
De un blando sueño se quedó vencida:
Y él ocupada el alma en entendella,
Con tantas novedades divertida,
De la que el tierno amor hizo su dueño,
Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.

Parécele sentir, ó se le antoja
Rumor de gente dentro de la cueva,
O sea el pensamiento, ó su congoja,
O el blando viento que las hojas mueva:
En pie se pone, y con la limpia hoja,
De la vayna desnuda, atienta y prueba
A entrar con lentos pasos sin ruido,
Al tiento de las señas del oido,

Fué al parecer baxando largo trecho,
Quando dentro se halló de una ancha sala,
De un medio globo de cristal el techo,
Obrado todo de artificio y gala:
El suelo de alabastro y jaspes hecho,
A quien ningun primor humano iguala,
Dos bellas puertas en el muro externo,
La una de marfil, la otra de cuerno.

En cada qual sobre una silla de oro
Sentada una hermosa dama habia;
La de la diestra mano en su decoro
Un cielo de virtudes parecia,
Con una poma que el mortal tesoro
Del mundo en su respecto humilde hacia,
Labrada en un carbunco que enviaba
La luz que aquellas cuevas alumbraba.

Estaba la otra á la segunda puerta
Con una taza de oro en las dos manos,
En una bella máscara encubierta
De lascivo mirar, y ojos livianos:
De perlas toda y pedrería cubierta,
De lustre tez y resplandores vanos,
Por trono altivo un pobre cadahalso
De falsas piedras hecho, y de oro falso.

Y de la sala en un rincon profundo
Abrirse un ciego pozo parecia,
Por donde de hombres nuevos en el mundo
Como de hormigas un monton salia:
Así en Tebas se vió el campo fecundo
Que un tiempo armadas gentes producia,
Quando de Acteon el prudente abuelo
De serpentinos dientes sembró el suelo.

Mas si era admiracion la nueva fuente,
Que hombres en abundante vena cria,
Mayor espanto daba la corriente
Dellos, que al trono de oropel subia
A beber de la taza el mosto ardiente,
Con que la enmascarada diosa hacia
Un brindis de venenos exprimido
Al incauto esquadron recien nacido.

Jamas de tantas olas asaltadas
Vió el mar del sur sus carcomidas rocas,
Ni á las vadosas sirtes sobre aguadas
Mas arenas ciñeron y mas focas,
Ni por el fresco abril mas apiñadas
Aves de Africa á España vuelven locas
A cantar los agravios de Tereo,
O á Tracia á oir la música de Orfeo,
Que al sitial van llegando de oro injusto
Gentes de todas marcas y figuras,
De las que el hondo pozo en brio robusto
Escupe de sus cárceles obscuras,
(¡Extraño caso!) que en tocando al gusto
Del venenoso xugo las dulzuras,
Todos en fieras se iban convirtiendo
De espantable figura y bulto horrendo.
Quien en leon, en tigre, en oso, en pardo,
En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso,
Quien en fiero avestruz, quien en gallardo
Pavon, quien en cabron, quien en raposo,
Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
Otro en torpe jumento perezoso,
Y en otras espantosas formas fieras
De esfinges, hidras, scilas y quimeras.
Así de Circe el encantado vaso
Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
Quando á pisar las playas del ocaso
De Grecia traxo Ulises cien mancebós,
A quien en cuerpo horrible y bulto escaso
El Lacio entre sus flores y renuevos
Brutos establos dió y albergue inmundo,
Para escarmiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ageno daño
Del suyo halle sospechas, todos juntos,
Tras el goloso vino del engaño,
Ciegos renuncian del honor los puntos:
Y hechos en nueva forma y trage extraño
De horribles monstruos ya nuevos trasuntos,
En tropa salen por la eburnea puerta
De un fresco viento á la campaña abierta.

Qual, ó qual de aquel número confuso,
Mas que por eleccion por su ventura,
De la trulla saliendo, y del abuso
Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
A la otra puerta, donde el cielo puso
De virtud un crisol y beldad pura,
Por las gradas subia del estrado,
De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbraba,
De ardiente caridad y amor vestida,
Al venturoso monstruo que llegaba
Volvia la forma y la salud perdida;
Y del lumbroso globo que manaba
La luz que daba claridad y vida,
Sacando al rayo una sutil centella,
Hacia milagros y finezas della.

Los antes torpes monstruos y quimeras
Hombres los vuelve ya la luz divina,
El contrahecho bulto y ser de fieras
En nueva humana forma y seso inclina;
Y no con las demas sombras ligeras
La aparente beldad desencamina
Su curso, mas por puerta diferente
La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admirado el príncipe de España
De tan extraño y necio encantamento,
Parécele que duerme, y le maraña
Algun confuso humor el pensamiento;
O que con sombras otra vez le engaña
De la sutil Alcina el hueco viento,
Que truecos de tan grandes novedades
No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasía
Suspenso estaba y divertido acaso,
Deseoso de saber qué se hacia
La caterva de monstruos de aquel vaso:
¿A qué fin tales formas les vestia?
O ¿adonde van con su imprudente paso?
Quando la diosa de la poma de oro
Así le dixo en razonar sonoro:

"No temas, ó invictísimo guerrero,
Honra de la española monarquía;
Que en feliz paso, y venturoso agüero,
Te traxo el tiempo á la presencia mia:
La diosa Temis, norte verdadero
Del mundo soy, y la segura guia,
Que con prudencia reglo el mortal gusto,
Para saber pedir y amar lo justo.

Del cielo y de la tierra fuí engendrada,
Y por bien de mi madre quedé en ella,
En guarda de la luz que aquí encerrada
Qual ves conservo en esta poma bella:
Del que asombra en el Cáucaso, robada
De un rayo fué de la mayor estrella,
Para dar vida y almas celestiales
A hombres de barro y bultos materiales.

Fuí en otro tiempo oráculo del mundo,
Mas ya mi casa y templo está olvidado,
Y yo huyendo dél á lo profundo
Desta gruta su altar he retirado;
Y aquí encerrada desde aquí confundo
Con mi presencia el vulgo desgraciado,
Y el ignorante enxambre que estas cuevas
Y aquella taza dan figuras nuevas.

Ni creas que es burla y vano fingimiento
Lo que en estos desvanes aparece,
Ciego y sombrío rincon del aposento
En que el hado sus suertes establece;
Que aquí las leyes traza y el aumento
Con que allá el mundo se gobierna y crece:
Esos truecos que ves de hombres en fieras
Aquí son sombras, mas allá son veras.

En la luz sola desta poma rica
La discrecion del mundo está en un cero,
Que ella por sí no es nada, y si se aplica
Al seso humano lo hace verdadero:
El cielo al suelo dió de su botica
Desta ambrosía un adarme, y casi entero
Se está aquí sin tocar, que al gran rebaño
Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

Advierte en esas olas y crecientes
Manantïales de la vida humana,
Como las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en monstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.

Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvaríos llenos, y de excesos:
Qual y qual por gran dicha quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuestas suben mal trilladas,
Siguiendo de los menos las pisadas.
Tú seguirás tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nuevo este licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando:"
Dixo, y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente;
Y como con el alba el dia vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado;
De un fresco valle el campo deleytoso
De admirables tragedias vió ocupado....
Mas vuelvo al Conde Orlando, que dormia
Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

ALEGORÍA.

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discrecion humana, se muestra quan caidas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica, hecha valerosa Amazona, se descubre quan hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en execucion: y como sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el enamorarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve quan poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

Fin del libro décimoquarto.

LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO.

Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo, vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el francés ponerle fuego, y el catalan se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro, y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los quales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡O nuevo y dulce sueño, ó claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imágen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El relox de la libre fantasía:

Aquella interior luz que repartida
En espíritus libres arde y vuela
Por el celebro casa de la vida
En inmortal cuidado y centinela:
La humedad en sus celdas recogida
Que secretos altísimos revela,
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:
Buscando de reposo un breve rato
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato
Que al silencio del alma se atreviese,
O de la diosa Temis el retrato,
Que acabé de pintar, se revolviese
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas.
Sea al fin sueño, antojo, ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo,
Que el silencio por suyo me tenia,
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad, que como el sol al dia
Alumbra al mundo sobre un carro hermoso,
Vi de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.
Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tiento de sus faldas flores,
Ella que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furores,
A mi las vuelve, y "salve el cielo, dixo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.

¡O cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quien sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? ¿quien tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?

¿Quien no dexa llevarse al vuelo extraño
De una ambicion que el ánimo embriaga?
¿Y vuelto en el sentido, y el tamaño
Coloso, hasta su mismo ser se traga?
¿A quien de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana magestad del hombre?

Todo lo mas del mundo, el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;
¡Loca embriaguez! pues la virtud tras desto,
Ni hace ni osa de sus gustos plaza:
Del sábio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.

Mas tú, ó espíritu noble, que aunque fuer-
Te falten, no han faltado los deseos [zas
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pie atrás, ni el paso tuerzas,
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten, que ellos solos
Las musas son del mundo, y los apolos.

Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heroyca grandeza comenzada
De historias llenas, y sentencias graves;
Conmigo ven, que estoy determinada,
Al vuelo de mi carro y de sus aves,
Mostrarte para luz de tu escritura
Clara una senda, en estos dias obscura."

Dixo, y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal, y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió á donde nace el dia:
¡Extraño caso! ¡pero qué aprovecha!
¿Si lo que ahora aquí, y entonces via,
Por hoy el mundo y yo lo hemos dexado,
Él por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo, y el segundo,
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé que iba sembrando entre las gentes,
O eran perlas ó flores que cogia,
Quando la diosa hácia mí venia.

Mas ahora de la densa nube obscura
Flores sembrase, ó fruta, espino, ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas:
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mí por nuevo encantador, ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el ayre desacuerdo,
Yo caminando por tan noble atajo
Sin responderles nada hacia del cuerdo:
Si eran perlas de ley, ó aljófar baxo,
Ya no me acuerdo bien, solo me acuerdo,
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dexaban caer por vanas.

Y yo encima del ayre levantado
Debaxo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetontes:
Y en deleytoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.

Quando el ruido y voces de la gente,
Que al oir mi nueva voz iba llegando,
(¡O cielos, qué disgusto!) de repente
Triste me arrebató del sueño blando:
Y volviendo en mi acuerdo vi presente
Desarmado y á pie al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano
Al fresco viento le dexé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pagizo lecho del villano,
Que aun en verle dormir está encogido
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.

El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino
Del rocío la esclavina aljofarada:
Su gastado tizon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano dia
De mil centellas una lumbre hacia:

Quando el francés caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huesped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dexó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho
Encaminado dél tomó furioso,
Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el zenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera
En peso, y en nivel poniendo el dia,
Y á su luz dando hermosa rueda entera,
Quando atajar la senda que traía
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.

Conoció en verlo su caballo el Conde,
Sus armas, y el ladron que las traía;
No así manchada tigre salta á donde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Qual la otra orilla de un ligero salto
Señor se hizo del lugar mas alto.

Mas no se vió salir al campo raso
Ligera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De á donde el miedo la halló escondida,
Ni enxuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.

Furia de aceda cólera espolea
Al ofendido Conde, á su enemigo
Temor, que el floxo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por allí rodea,
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta,
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.

Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y corage,
De los consortes de Garilo llenas,
Con duras piedras le hacen hospedage:
Así llovidas en monton, que apenas
El riesgo fué menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde esquadron encastillado
Darlo en venganza al deshonor presente
En fuego de su cólera abrasado:
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado,
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto.

Nunca el que á Polifemno dexó ciego
Para abrasar el Ilion troyano
Mas pinos tuvo, quando al campo griego
Leña ofrecia y llamas de su mano:
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Eneas en el fuego italiano,
Quando al cuerpo de Turno, ya sin vida,
Dexó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
Él y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance el ánimo dispuesto
Tentar quiere si puede un nuevo engaño:
Cierto postigo en el castillo habia
Por donde nadie entraba ni salia.

Por este, en nuevo trage disfrazado,
Con mustio aliento el catalan caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo:
Y en debil paso, y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño.

De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga:
Prolixa barba, que al hundido pecho
Por mas fingida autoridad se alarga.
Ancho sombrero, y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.

Así el sagaz Ulises de la cueva
Del cíclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dexando que le tiente, y haga prueba
Si es él, ó sino es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos,
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.

Era el falso Garilo en sus acciones
De astuta inclinacion y ánimo extraño,
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y en fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal que por cumplir sus intenciones,
Ni el suyo teme ni el ageno daño,
Sin mas necesidad, ni otra codicia,
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitan valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al Conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente,
Que hay quien diga que en Francia tiene estre-
España, y que él tambien morirá en ella. [lla

Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido Conde en rostro humano,
Fingiendo un abstinente peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano:
Besó el noble francés, hombre divino,
En pecho humilde, y corazon cristiano;
Y él "¿á qué fin, en plaza tan pequeña,
Se arrastra, dixo, y junta tanta leña?"

"A fin de hacer hoguera, dixo el Conde,
El almenage infiel deste castillo,
Con quantos en su estrecho albergue esconde,
Que un mundo entero no podrá impedillo."
Tan bravo está el francés, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oillo;
Mas reportado á sus embustes sale,
Que no hay Ulises que en fingir le iguale.

Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalle
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán si se encienden abrasalle:
¡O lo que pueden rostros aparentes,
Una alma oculta en un fingido talle!
¡Y quanto importa en la mayor caricia,
Que haya al tocarla puntas de malicia!

"Dexad, dixo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano,
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano:
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportacion camino sano,
Y en ningun caso ó trance conveniente
Que pague agena culpa el inocente.

Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito,
Si es la razon quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito:
Bien sé, señor, lo que en vuestra alma pasa,
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas tambien sé que sois honrado y sábio,
Y á nadie como tal haceis agravio.

De hombres sin culpa una áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego,
Mirad quanto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego:
Otras trazas buscad, que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y á Dios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso."
Era el francés católico, y tenia
En pia veneracion los religiosos,
Y el bravo y noble corazon le hacia
No dudar en los casos mas dudosos:
Horrigila hizo en él por esta via
En Babilonia lances peligrosos,
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.
Fuese Garilo, el paladin dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Quando en un palafren de paso ayroso
Una dueña tambien parió el exido:
El dia huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.
Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba:
Llegó al francés, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
"¿Sabeis, dixo, señor, si á un peregrino
Esta senda prestó feliz camino?

Tiene á su devocion la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto, y mi disgusto:
¿Decidme, pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo?"
"De aquí se apartó ahora, dixo el Conde,
Mas pensarlo hallar será excusado,
Que entre el silencio no sabreis adonde
En sus vigilias estará ocupado:
Mas mirad si sabeis cómo, ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado,
Que segun él me reveló de paso
Hará á nuestra importancia mucho al caso."
"Entrar yo, dixo ella, es fácil cosa,
Que nunca se negó á muger la entrada,
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo, y poco fruto en nada,
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada,
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monge santo.
Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sábia prevencion y gente armado;
Mas vos solo, y sin armas (¡caso fuerte!)
Será ofrecernos ambos á la muerte."

"Perded ese temor, respondió el Conde,
Y dexadme el secreto paso abierto,
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir excuse en el desierto:
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo."

"Señor, dixo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto,
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco, y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas si hubiere en vuestra entrada efeto:
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardadme un rato.

La obscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea:"
Dixo, y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea,
Y en tanto que va á dar con el postigo
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pie del carcomido muro,
La orden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro,
Y mas á mano de qualquiera seña:
Quando de las ventanas por lo obscuro
Sobre él baxó una nube no pequeña
De tierra, piedras, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.

Él huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado,
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado:
Jamas en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado,
Ya se arde en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera,
Y otras tantas humilde y reportado
La cólera volvió á enfrenar ligera:
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo, y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al Conde que acudió á la sorda seña,
"Señor, la puerta, dixo, está cerrada:
Desgracia ha sido de ambos no pequeña,
La gente está sin duda recatada,
Las velas han doblado en el castillo,
Y asegurado el paso á este portillo:

Pero si todavía estais dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierto artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto,
Yo echaré la maroma, y reforzada
Al torno daré vueltas por serviros,
Y así aventuraré á poder serviros."

Libre el francés caudillo de sospecha
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos salteadores,
De leyes, vidas y costumbres varias:
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa francés que así ofendido
De un ladron se halla por tan varios modos,
Y que en el ayre ahora suspendido
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido:
Y los contrarios victoriosos todos,
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las menos le hallan su fortuna
Con duras carnes le valió encantadas:
Por muerto al blanco rayo de la luna
Unos le juzgan, y otros por domadas
Sus fuerzas, quando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido
A no ir los que le suben afloxando,
Mas Garilo sintiéndose perdido
La tirante maroma fué alargando;
Y con este remedio detenido,
Él apriesa subiendo, ellos baxando,
Fixo en medio del ayre parecia
Que fingia subir, y no subia.

Así en el rio Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol, en el viento
Braceando en vanos golpes y palmadas:
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollin tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye,
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así ligero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe afloxan el subir, pensando
Despeñado una horrible pasta hacello:
Y así de la honda cava al limo blando
Baxó con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno,
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno:

Mas fué sin riesgo la feliz caida,
Si bien quedó entre el lodo sepultado;
Dióle el hallarse sin su arnés la vida,
Que en turbia lama se ahogara armado:
Y la varia fortuna condolida
De verle puesto en tan humilde estado
Volvió pronta á sus ruegos los oidos,
Que es gran levantadora de caidos.

De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desaguadero hacia,
Que el patio y las cocinas desaguaba,
Y de aseo y reparo las servia,
Por donde puerta halló el señor de brava
Quando menos recelos dél habia,
Y todos sin temor de lo pasado
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.

El rosicler de Venus, que en el cielo
Extremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el yelo
Que en cuajados aljófares llovia,
Restituyendo al soñoliento suelo
El robado color que antes tenia,
Quando el francés fué á dar por la pecina,
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasienta y negro cieno,
De turbias heces y de hollin tiznado,
Qual se viera de algun horrible seno
Del infierno salir desfigurado:
Mas luego que la luz y ayre sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro en vez de espada media entena,
De sala en sala, y quadra en quadra, á tiento
A una llegó de salteadores llena,
Que allí dormidos los dexó el contento
Del vino, el juego, y la pasada cena,
Al golpe puestos que traia ligero
De sus perversos dias el postrero.

La mitad despertó en dia aciago,
Y los demas tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino, y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco obscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roncos gritos el castillo,
Huye el de mas valor acobardado,
Dexa medroso el catalan caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado:
Y el presto Conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre.

Bien como el yerto jabalí zeloso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos, y el cerdoso
Lomo, y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el esquadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Achéloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas,
Garilo huyó, huyo la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningun caballero fué homicida
De mugeres jamas, malas ni buenas,
Que es frágil gente, y todos sus errores,
O son por ignorancia, ó por amores.

En esto á toda rienda por el llano
Vió el Conde á su enemigo en Brilladoro:
"Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dixo, si libre se me va este moro,
Pues mi venganza pierdo, y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así, quiero seguillo,
Que en mas tengo el caballo que el castillo."

En una sala de su arnés preciado
Las ricas piezas vió de oro grabadas,
Y apriesa dellas como pudo armado
Contando va á Garilo las pisadas:
Él como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas,
Que es gran ginete el miedo, y su congoja
Un Roldan le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del dia
Fué el uno huyendo, el otro dando caza,
Quando este en una selva se escondia,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecia,
Que al centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza,
El cielo vuela, y él jamas le alcanza.

Ya el dia descolgaban al poniente
Las dos balanzas del zenit del cielo,
Quando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo:
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda.

De lustroso carmin roxas almenas
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que bullidas del sol tocar apenas
La vista dexan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo, y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantamento
El catalan juzgó el oro que via,
Y pincel de dormido pensamiento
El sábio Conde que tras él venia:
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Quanto mas se acercaban, mas huía
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celages encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al occidente,
En roxa sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente;
Y al irse el dia menos enriscados
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Obscuras teces de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componia,
Con tanta torre, y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedrería,
Llegando al pie una choza frágil era
De seca paja, que oro parecia;
Las torres y homenage eran de sueño,
Que es gran pintor de un ademán su dueño.

El sagaz catalan que allí ha salido
De su imaginacion vana burlado,
Y antes á guarecerse habia corrido
Al rubio alcázar de ayre fabricado,
El caballo dexó, por quien seguido
Con tal teson se vió, y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar á donde,
Se entró á esconder del ofendido Conde.

Lo que antes montes de oro parecia,
Humildes valles eran de ayre llenos,
Que un vistoso celage les fingia
Los ricos chapiteles por sus senos;
Y de torres de viento componia
Las que campeaban mas, y las que menos,
El dueño de la casa en trage extraño
Un alquimista que es el mismo engaño.

Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,
Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleon por armas, que en el viento
Es uno solo, y se transforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en experiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas:
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no afixar Mercurio con la luna
Dar sin razon querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria Conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otro Midas vino á donde
Dió en su pobreza al mundo testimonio,
Que siempre á la codicia corresponde
Miseria eterna, ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro, y del infierno,
Mas cerca están que el frio, y el invierno.

Y así no atento ya á seguir el curso
A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la supersticion volvió el recurso,
Pasó á ser nigromante de herbolario,
Y con una sortija abria el profundo,
La tierra hacia temblar, y arderse el mundo.

Quando la bella Angélica á Medoro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viage gran tesoro,
Que es Reyna amante, y con su amor camina;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregri-
A un pescador de Cadiz la dió un dia, [na,
Porque les dé su barco, y sea su guia.

Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo excelente
Solo su gusto estima, y por compralle
Diera Angélica el reyno del oriente:
Mas fortuna tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un baxío
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes,
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes:
Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una esquadra foragida
La joya le quitaron, y la vida.

De allí de mano en mano el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fué encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo,
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:
Conoció su valor, supo encubrillo,
Comprole á menosprecio, y hecho cierto
Ya en su virtud famosas experiencias
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde
A quien le trae en la boca, mas quien mira
Un rayo de su piedra para donde
El sol los suyos al tocarle gira:
Como quiere se muda, y corresponde
A la verdad tan fácil la mentira,
Que sin trocarse el hombre, en un momento
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasía,
Esa se muestra, y esa se figura;
Proteo con este hechizo se vestia
Las varias formas de su cueva obscura:
Contar lo que con él su dueño hacia,
De aquel yermo en la choza mal segura,
De truecos y mudanzas, menos pena
Seria contar al mar ondas y arena.

El medroso ladron llegó turbado,
Que el Conde ya á caballo le seguia,
Y al confuso alquimista, rodeado
De hornos, crisoles y ceniza fria,
Habiéndole su miedo declarado,
La alteracion y riesgo en que venia,
Que le ampare le pide con cautela,
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago de su anillo un rayo hermoso
Le derramó en el rostro, con que luego
De un remendado gato el bulto ayroso
Saltó lanzando por los ojos fuego:
O sea natural, ó artificioso,
Propio, ó impropio aquel rebozo ciego,
No lo sé, solo sé que la vislumbre
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo
Tomó entonces prestada esta figura,
Que en tienda de alquimista por su modo
Todo se muere, trueca y desfigura:
La plata, el oro, la sapiencia, todo
Al vaciar el crisol se vuelve horrura,
Y las promesas de mayor cimiento
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el Conde á la casa del engaño,
Y recibióle el mago comedido,
Él viendo un hombre en trage tan extraño
Y oficio tan humilde entretenido,
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,
Que en su presencia se ha desparecido,
"Sin duda, dixo, yo estoy encantado,
O es todo sueño lo que me ha pasado.

¿Decidme vos, señor, con mas colores
Que el arco de las nubes y mas pintas,
Quién sois? qué oficio el vuestro? qué pintores
Compran y gastan tan diversas tintas?
¿Tantos aceytes, aguas y licores,
Tantas bugetas varias y distintas,
De qué menester son? ¿á qual enfermo
Juntas proveen salud en este yermo?
¿Uno que en esta choza entró huyendo,
Qué se hizo? ¿dónde fué, ó está escondido?"
"Señor, respondió el mago, estoy temiendo
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,
Como que solo vos hableis pudiendo,
Y sea lo demas tiempo perdido:
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio,
Si gustais de saber quien soy de espacio.
Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados
Baxos de mí teneis noticia alguna,
Debaxo algunos signos marañados
Rico nací con infeliz fortuna:
A Mercurio combusto en los airados
Rayos del sol, y la inconstante luna
En el noveno ángulo nocturno,
Triste y lóbrega casa de Saturno.
Gasté en buscar en el fligir divino,
Y hacer quintas esencias fabulosas
Para afixar el cielo, y de oro fino
Como Midas volver todas las cosas,
Quanto oro tuve, y á mis manos vino.
¡O necias esperanzas codiciosas,
Que haciendo yo cenizas mi tesoro,
De los carbones piense sacar oro!

Tres lustros viva salamandria hecho
Di fuego sin cesar á un horno ardiente,
Para hacer el napelo sin provecho,
Ya en mi vana ambicion resplandeciente:
Quando el engaño y el crisol deshecho,
En humo vuelto el círculo aparente,
De mis trazas corrido y apurado,
Por huir de mí, dexé casa y estado.

Y en busca de Tabir un nuevo engaño
Segunda vez salí á surcar la tierra,
Y de antojo en antojo, y daño en daño,
A los collados vine desta sierra,
Donde por modo y artificio extraño
Algun tesoro incógnito se encierra,
Si ya de la filosofal piedra el tesoro
No es quien convierte aquí hasta el ayre en oro.

Quedé viendo los riscos admirado
En oro ardiendo y en beldad divina,
Creí en ellos hallar de mi cuidado
Cumplida la insaciable golosina:
Pero dexóme el ayre al fin burlado,
Que el codicioso siempre se imagina
Lleno de montes de oro el pensamiento,
Que al echarles la mano son de viento.

Salieron á mis ojos destas lomas
Las fingidas riquezas al encuentro,
Y en esta choza de untos y redomas
Un nuevo personage hallé dentro:
Yo viéndome entre fuegos, y entre gomas,
De mi necia pasion me vi en el centro,
Y al dueño en el oficio y trage extraño
En verle conocí que era el engaño.

Así de mezclas y colores hecho,
Que en la vista sutil se deshacia,
Vario, mudable, sin lealtad, contrecho,
De alma falaz, y astuta hipocresía;
Y el mismo al fin que puesto en el estrecho
Que estoy y estaba entonces me tenia,
Y yo por engañar al mismo engaño,
No conocer fingí su bulto extraño.

A la infeliz sazon que yo llegaba
En afeytar palabras entendia,
Y hechas de vidrio así las barnizaba,
Que parecer diamantes las hacia:
Sola la piedra toque las quebraba,
Y como esa en su tienda no la habia,
A los que entraban á comprar entonces,
Aunque eran vidrios, parecian bronces.

Antiguamente de diamantes era
El trato que en el mundo se vendia,
Por de dentro seguro, y por de fuera,
Que quanto estaba en él se traslucía:
Colgar de un sí de entonces bien pudiera
Uno la suerte de mayor valia,
Mas hoy ya morirá de mil maneras,
Quien fiare de palabras lisonjeras.

Eran diamante, y son de vidrio ahora,
Que á qualquiera desden se quiebra y salta,
Y el engaño las pule y las colora,
Y nunca un vulgo que las compre falta:
Tiene la adulacion lengua sonora,
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta
Un corazon, que al mas astuto pecho
Parece natural, y es contrahecho.

Mas que mucho que un ánimo aparente
Del que no es noble dé falsa acogida,
Si en lo mejor del mundo la eloqüente
Adulacion con gusto es admitida:
No hay sol sin sombra; al gusto mas prudente
La lisonja es suavísima bebida,
Y el corazon mas claro, y mas sabido,
En cavernas sin luz vive escondido.

Tambien entonces iba fabricando
Del elegir divino alegres llamas,
Cuyas vislumbres dan de quando en quando
Vueltos oro estos montes y sus ramas:
Preguntéle ¿quien era? y él usando
De los ciegos enredos de sus tramas
Así me respondió, y así yo atento
De su boca bebí este dulce cuento.

Antes que en las esferas presurosas
Del cielo hubiese curso y movimiento,
Ni al sol, luna, ni estrellas poderosas
Campo espacioso diese el firmamento;
Quando esta eterna sucesion de cosas
Se estaba en el divino entendimiento,
Lo que es ahora mundo y clara esfera,
Un caos ciego y confuso entonces era.

Estaba el fuego, el ayre, el agua y tierra,
Sin forma de agua, tierra, de ayre y fuego,
El ayre duro, líquida la tierra,
Enxuta el agua, sin su fuego el fuego:
Pesado el ayre, sin pesar la tierra,
Quemando el agua, y enfriando el fuego,
Aunque sin ayre, fuego, tierra, ni agua,
Ni enfriaba el fuego, ni quemaba el agua.

Yo aquí entre las demas imperfecciones
Del ciego caos aun sin vivir vivia,
Hasta que el Dios de todas las naciones
La preñez sacó á luz que en él habia;
Y dando á las criaturas ricos dones
Del firme y nuevo ser que las vestia,
A mí del bien comun desheredado
Por mas provecho me dexó olvidado.

Y el rico tiempo de la edad dorada
Ciego, y por los desvanes escondido,
Del liviano temor acrecentada
La persona fingí que aun no he tenido:
A lo obscuro engañaba con no nada,
O en eco por los montes convertido
Las mordidas palabras repetia,
Fingiendo en esto el ser que no tenia.

Hasta que ya el dios Júpiter, cansado
De reynar con su padre, quiso un dia
Para sí todo el reyno, que el dorado
Cetro gózase mal en compañia:
Yo entonces al Rey viejo acobardado
Tristes miedos fingí en la fantasía
Con que huir le hice, y dexar solo
El reyno al gran Rector del alto polo.

Y el nuevo Rey en pago á mi servicio
Esta librea me dió diferenciada,
Y que solo de noche use mi oficio
Con arancel y marca señalada:
Mas que no venda por virtud el vicio,
Ni mi tienda abra entre la gente honrada,
Con que el favor templó la mano ingrata
Lo que al mundo duró la edad de plata.

Mas ya llegando la del baxo cobre,
Medallas dél por de oro las vendia,
Con que rico perdí el nombre de pobre,
Y en ceros fuí creciendo cada dia,
Que como no hay quien la gabela cobre
De la nueva inventada grangeria,
Es fácil el mentir, y de importancia
Al mercader hambriento de ganancia.

Salieron á este tiempo de mi escuela
Ciertos doctores de ambicion cargados,
Que el interés y la honra los desvela,
Y los traen consumidos sus cuidados:
Fingen pena y dolor sin que les duela,
Lágrimas sin llorar bienes pasados,
Su nombre es de filósofos, y el pecho
De hipocresías cautelosas hecho.

Gozóse al mundo esta doblada gente
Aquel dichoso siglo en que tenia
Tal precio la virtud, que aunque aparente,
El ayre aficionaba que traía:
Mas ya el vicio atrevido osadamente,
Despreciando el barniz de hipocresía,
En el mundo ha tomado tal licencia,
Que entra con la virtud en competencia.

Llego la última edad de hierro frio,
Y yo al colmo tambien de mi reynado:
Júpiter viendo el ciego desvarío
Con que el mundo en mi trato está enredado,
Atajar quiso y comedir mi brio,
Y revocarme el privilegio dado,
A la muerte mando que me buscase,
Y la vida o las fuerzas me quitase.

Pudiera mal librarme de sus manos
Si acertara una vez á dar en ellas,
Que al fin todos son términos humanos
Quantos corren debaxo las estrellas:
No quise mirar mas respétos vanos,
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas,
Que en graves casos de materia honrosa,
Siempre es la floxa dilacion dañosa.

Del amor tuve fama que era ciego,
Y que á tiento volaba por el mundo,
Aquí está mi remedio dixe luego,
Yo seré en adestrarle amor segundo;
Y si es qual dicen superior su fuego
A la muerte, no mal mi intento fundo,
Que á su sombra ampararme he de manera,
Que el golpe que me espanta no me hiera.

No poco tiempo, á mucho riesgo mio,
En mi demanda anduve desvelado,
Quando un niño encontré de altivo brio,
Nacido en mis rincones y criado,
Que con nombre de amor el señorío
Del mundo sin razon tenia usurpado,
De alegres ojos mas que un lince agudos,
Y que por flechas de oro arroja escudos.

Pretendióme engañar con mis liciones,
Y es torpe el interés sin favor mio,
Y así pasé el raudal de sus razones,
Como un sediento el de un enxuto rio;
Y tras mi intento el mundo y sus regiones
Con nuevo aliento á desvolver porfio,
Villas, ciudades, cortes y cortijos,
Calles, plazas, rincones y escondrijos.

Hice al rico interés ancho camino,
Lo que antes era senda mal trillada,
Por donde ya con ciego desatino
La gran corriente va del mundo errada,
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino
Hacer por otra senda la jornada,
Que el camino real, cursado en todo,
Es interés de un modo, ó de otro modo.

Cansado del rodeo que llevaba,
Sin duda dixe en mí que voy perdido,
Pues la bonanza busco en la mar brava,
Y en el mundo el amor que nunca ha habido:
Quando un ciego muchacho que volaba,
En tirar con un arco entretenido,
Vi en la pagiza choza de un serrano,
Las flores esperando del verano.

Voló la fama, pregonando luego
Ser el soberbio dios de los amores,
De Venus y las gracias blando fuego,
Tahur de apetitosos disfavores,
Que á tiento de su arco el golpe ciego
La tierra asombra y siembra de dolores,
Y que es tambien fingido este segundo,
Que el verdadero amor no es deste mundo.

Y aunque desnudo, ciego, y niño alado,
Sacrificarme quise á su servicio,
Que es al fin de importancia bien mirado
En casa de algun dios tener oficio:
Recibióme por ayo y por criado,
Y fuele de importancia mi exercicio,
Que para perfeccion del que él usaba,
Solo aprender el mio le faltaba.

No hallé cosa en las suyas desabrida,
Sino es llamar la muerte sus amantes,
Que el nombre, y el temor de su venida,
Mudar cada hora me hacia semblantes:
Mas como no hay posada así escondida,
Ni almenas tan texidas de diamantes,
Que contra el brazo basten de la muerte,
Yerro es pensar huir la humana suerte.

Llegó una tarde de matar cansada
Donde en las alas yo de amor vivia,
Y á citar para la última jornada
De parte del gran Jupiter me envia:
Dile una rica cena, y sobornada
De un lleno frasco mientras vino el dia,
Troqué á las venas de su aljaba estrechas
Por las rubias de amor sus negras flechas.

Y ya con la sutil traza seguro,
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,
Con un tiro el amor al reyno obscuro
El mancebo enviaba mas dispuesto:
Y de la seca muerte el arco duro
Del viejo helado el carcomido gesto,
Alegre en sangre ardiente remozaba,
Y trataba de amar, y enamoraba.

Viera su general ruina el mundo
Si por volverlo á su primer concierto
Júpiter no me da en pacto segundo
Treguas al golpe de la muerte incierto:
Quedó mi estéril pecho ya fecundo
No inmortal, mas seguro de ser muerto
Mientras durare el mundo, y los mortales
Dieren al interés cercos iguales.

Y ya con gusto y ánimo voltario,
Tras una larga anatomía de cosas,
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,
Y tal fingido intérprete de hermosas:
Dando en bruñida tez de un barniz vario
Del ya pasado abril hurtadas rosas,
Y de mi rico cofre á la mas casta
Lo que para engañar los ojos basta.

Ahora en soñada alquimia me entretengo,
Que de mis lazos es el mas texido,
Y de afeytar lisonjas me mantengo,
En dulce hablar, y en ademán fingido:
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,
Y un gran mundo me asombra, que perdido
A peso de oro compra estas hablillas,
No por mas bien que el oropel de oillas.

Así el Engaño me contó su historia,
Si algo de historia tiene el cuento extraño,
Que del sábio discurso en la memoria,
Ni todo ello es verdad, ni todo engaño:
Esta es al fin, señor, casa notoria
De la fraude del mundo, este es su escaño,
Y yo aquí por costumbre y exercicio,
Por heredarle me quedé en su oficio.

Es ido á la francesa corte ahora
Rico á vender su lisonjera fruta,
Que un Conde Galalon que en ella mora
Con todo al imperial dosel tributa:
Y en lenguage atrevido, y voz sonora,
Es quien todo lo aprueba, ó lo refuta,
Y gobernado un Rey de un lisonjero,
El reyno aun tumbo está del dia postrero.

Y este en suma, señor, que habeis oido
Es el breve discurso de mi vida,
Esta la casa donde habeis venido
Del mundo mas cursada y mas sabida:
El ladron que de vos venia huido,
Su abreviada persona reducida
En este remendado gato puso,
Nudo infeliz á su ánimo confuso.

Admiró al Conde el vano coronista,
Sospechoso que en todo le engañaba,
Bien que al volver hácia el ladron la vista,
Los blancos dientes vió que arremangaba;
Y sin curar mas dél, ni su alquimista,
Tras el caballo fué que le guiaba,
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,,
Arañar quiso al sospechoso amigo.

Mas fuese á él, y con la vista atenta
La piedra mira, y vuelve á su figura,
Y humilde ruega al sábio le dé cuenta
De qué artífice fué tal escultura,
Y por mayor regalo le consienta
Mirar si dexa verse su hechura,
Porque en todo contar pueda, y en parte,
Della el primor, y de su autor el arte.

Dentro en la fragua en que se forja el dia
Está, respondió Arnaldo, la sagrada
Masa de lumbre con que el cielo cria
Quanta se ve en sus bóvedas sembrada:
Comun á todos dioses ser solia,
Mas ya á cargo del hado encomendada
Por su ajustado peso se reparte,
Y da á su dueño la dichosa parte.

Traen desta santa luz los celestiales
En la divina frente cierta estrella,
Que impasibles los vuelve de inmortales,
Y toda su deidad les nace della:
Y quando á ver los términos mortales
De lo alto baxan de su corte bella,
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,
Que la vista mortal no alcanza á vellos.

Con ella se convierte y se transforma
En la figura cada qual que quiere,
Y della los fingidos miembros forma
En que su infatigable aliento inxiere,
Y el cielo en su virtud tambien reforma
Quanto en el ancho mundo nace y muere,
Y desta lumbre al fin á quanto llega
Cierta deidad y olor de Dios se pega.

El antiguo Prométeo esta lumbre
Del escalado cielo hurtó un dia,
Y este anillo labró de una vislumbre
Que del humano ser sobrado habia:
Y quando allá del Cáucaso en la cumbre,
Conforme al sacrilegio merecia,
Fué por el dios Mercurio aprisionado,
Y al insaciable buytre encomendado,

Hércules le libró de aquel tormento,
Y él en pago le dió el precioso anillo,
El primero en el mundo, y de mas cuento,
Que pulió lima, ni forjó martillo:
Y entre otras ricas joyas el hambriento
Ladron Caco le hurtó de su castillo,
Deste le hubo su padre el dios del fuego,
Que á su querida Venus le dió luego.

Venus despues al fin le dió á Cupido,
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte
Dél le hube, en cuyo círculo esculpido
De lo criado está la mejor parte:
De una oculta virtud enriquecido,
Que dexo de decir por no cansarte,
Y él por mí te dirá, si coronista
Haces de su primor tu atenta vista.

Dixo, y mostrando el dedo en que tenia
La sortija, á Garilo dió la mano,
Que del cuento admirado, y lo que via,
Ilusion le parece, ó sueño vano:
Mas advirtiendo el lance que ofrecia
De la centella el círculo galano,
Que es, en respecto de su gran tesoro,
La plata humilde estaño, y cobre el oro:

Dando una vuelta y otra sacar pudo
Del dedo el soberano engaste, y luego
Formando de un dragon el feroz nudo,
Humo lanzando por la boca y fuego,
En torno revolvió el cuerpo membrudo:
El mago huyó, y el que del Rey Gallego
Dueño se halló de la presea mas prima,
Que de Vulcano abrió la sutil lima.

Quedó el vano alquimista vuelto en humo,
Como otras veces su saber burlado,
Rico el ladron con el precioso grumo
De celestiales luces amasado:
La virtud sábia, el artificio sumo
Del cerco de oro, y del que le ha robado,
Yo lo diré otra vez, sino se embebe
En ocasion mas grave el tiempo breve.

Que ahora Malgesí, en el centro obscuro
De su barco rayando en un quaderno,
A voces pide al carcomido muro
De la pálida muerte medio infierno;
Donde apenas se oyó el acento impuro,
Quando á porfia pasa el lago Averno
Una obscura legion, que al ayre blando
El navío levantó, y llevó volando.

Traia el mago á Reynaldos del oriente
A vengar el agravio recibido,
Y porque á Carlos sin su espada ardiente
Muerto le ve, y su exército perdido,
Quando del turbio Egeo el mar potente
De cien navios el suyo dió ceñido,
A quien mil golpes añadió Morgante,
Que ahora en verse volar paró arrogante.

Seis triángulos de obscuros marineros
El timon rigen y las huecas velas,
Y solo al mago con sus tres guerreros
Del leño ciñen las gurbiadas duelas:
Paró alegre el jayan sus golpes fieros,
Viendo quedar del mar las carabelas,
Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,
Vencido el mundo, con su espada al cielo.

Reynaldos y Orimandro que el gigante
En trato y gusto ven mas reportado,
Con amigable paz le van delante
Todos tres uno de otro aficionado:
O fué su complexîon, ó fué el radiante
Aspecto de astro bien afortunado,
O Malgesí con su apurado infierno,
Que aun todavía rezaba en el quaderno.

Salió el mago francés de lo escondido
Viendo en conforme amor los tres guerreros,
Y dellos con agrado recibido
A regir se sentó sus marineros:
El corzo, que por señas ha entendido
Ser aquel quien los lleva así altaneros
Por la region del ayre, á él se llega,
Y que le diga donde va le ruega.

"Señor, le respondió el francés turbado,
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo
Que á hallarse vendrá, y á ser ganado
Quando sus golfos abra el mar profundo:
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,
Mas mi primer intento haré segundo,
Como yo sepa el vuestro, y á vos solo
De mi nuevo viage el firme polo."

"Antes, dixo Morgante, á esas famosas
Regiones nos llevad, que yo os lo pido,
Que quien ver no desea extrañas cosas
Animo tiene corto y encogido;
Y si allá hay aventuras peligrosas
Mostrádmelas con ánimo atrevido,
Que este brazo, á pesar de las estrellas,
Seguro paso os abrirá por ellas."

Dixo, y contentos del famoso vuelo
Con que su esquife corta el ayre blando,
Los anchos mares, y el humilde suelo,
De lo alto miran irse adelgazando:
Y quanto mas el curso sube al cielo,
El mundo tanto mas se va abreviando,
Que de su ser fantástico desnudas
Todas las suyas son cosas menudas.

El mas hinchado monte humilde envia
Su preñez vana, los colosos feos,
Cuya altura las nubes excedia,
Mirados desde arriba son pigmeos:
Exércitos de hormigas parecia
La mas noble ciudad, sus coliseos,
De balcones cubiertos y de rejas,
Breves castillos de un panal de abejas.

El sábio en medio de los tres guerreros,
"Mirad, dixo, en el mundo y sus regiones,
Quan breves puntos y pequeños fueros
Las grandezas alcanzan y ambiciones:
¡Qué humildes sus alcázares roqueros!
¡Qué menudos sus grandes esquadrones!
¡Qué abreviada parece de lo alto
La grave magestad del Rey mas alto!

¡Sobre qué estrecho y breve fundamento
Estriba y pára la ambicion humana!
¡Por quan angosto y apretado asiento
El cetro corre y mitra mas ufana!
¡En qué puño de tierra halla el viento
Tan grandes leguas de locura vana!
¡Y por quan pobres causas y ocasiones
El deseo de mandar mueve qüestiones!

Suelen los niños en la edad primera,
Con el corto caudal de su talento,
Dar sazon á sus juegos de manera,
Que de veras les sirven al contento:
Quien caballos de caña, quien de cera,
Quien libreas de papel, ruedas de viento,
Toros, guerras, hogueras y castillos,
Que como el tiempo son sus cuidadillos.

Sacan tal vez sus débiles muñecas,
Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,
Y aunque de humildes paños cañas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Rodas:
A unas ponen estrados, á otras ruecas,
Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas,
Esta sea hoy la Reyna, esta mañana,
Vistan á esta sayal, y á la otra grana.

Son ensayos del tiempo venidero,
Por donde el mundo corre en curso blando:
Ser caballo de caña, ó verdadero,
Va á decir poco á quien lo está mirando:
Ser castillo fingido, ó ser roquero,
Los soldados de veras, ó burlando,
Las libreas de papel, ó rasos llenos,
Todo es un poco mas, ó un poco menos.

Es el mundo una farsa de opiniones,
Que á todos encandila y entretiene,
Y aunque humilde reparte estimaciones
Conforme el tiempo y la ocasion le viene,
El que hoy es Salomon en sus razones,
Mañana ni le valen ni la tiene,
El que fué ayer gigante, hoy es enano,
Y muere Rey el que nació villano.

¿Quien al hombre no ve en humilde puesto
Ser juguete inconstante de fortuna,
En entremeses y mudanzas puesto,
Viejo en el ataud, niño en la cuna?
¿Un dia con salud, otro indispuesto,
Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,
Ya alegre, ya con triste sobrecejo,
Ya gorgeando, ya tosiendo á viejo?

Pues si de sus soberbias los blasones
Mas encumbrados mira y altaneros,
Verá del hueco mundo las regiones
Quererse hacer millares, y ser ceros:
Iguales caballeros y peones,
De un tamaño los Reyes y escuderos,
Solo que la fortuna por su gana
A estos presta sayal, y aquellos grana.

Bien que estos varios juegos de fortuna,
Los graves altibaxos de su rueda,
Así los que hay encima de la luna,
Como lo que por nuestro abuso queda,
Todo es traza divina, á quien ninguna
Otra puede llegar por mas que pueda,
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
Ni una gota de mas ó menos llueve.

Mas que sean breves y menudas cosas
Quantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quien jamas lo ignoró? ¿quien sus pomposas
Torres no ve ser nidos de pigmeos?
Y si estas no son voces poderosas
Para desencantar vanos deseos,
Y ver que en su soberbia nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada:

Ved esta breve mancha, que torcida
La forma hace de un dragon hermoso,
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
Del mundo está la parte mas preciosa:
Sana, templada, fértil y florida,
De rubio oro y regalos abundosa,
Honesto trato y nobles calidades,
Villas, pueblos, castillos y ciudades.

La Sarmacia de Europa es la primera
Que allí de Asia arrincona los mojones,
Y el Hiperbóreo monte una ladera
Voraz carcome dentro en sus regiones:
Donde seis meses tienen noche entera
Los que entre el yelo rompen sus terrones,
Y sin mudar jamas temple ni cielo,
De unas estrellas gozan, y de un cielo.

Allí son los altísimos Rifeos,
Y el Tanais que en sus faldas nace y crece,
Y sin gozar del mar ni sus deseos
En la laguna Meotis fenece:
El Bósforo es aquel, y allí los feos
Agatirsos están, aquí parece
El sitio de los Sármatas y Alanos,
Y allí los Masagetas inhumanos.

La Chersoneso Táurica es aquella
Que al parricida Orestes vió asombrado,
Y en el sangriento altar de la doncella
A su alfange divino arrodillado:
Dácia, y el gran Dorisco en medio della,
Allí hace cien mil hombres, con que armado
Quiso Xerxes escudo por escudo
Su exército contar, y apenas pudo.

Como famoso labrador, que hecha
Su limpia parva en el agosto amigo,
No cuenta grano á grano la cosecha,
Mas á colmadas troxes mide el trigo;
Así en aquel Dorisco, que una estrecha
Celda de aquí parece, el Rey que digo
Su exército midió á teatros llenos,
Sin que cupiese aun en catorce senos.

El monte Hemo es este, que su altura
Casi nos cierra el paso sobre el viento,
Cuyas cumbres descubren la llanura
Del Egeo mar, y el Jónio turbulento;
Y el Ísmaro cubierto de frescura,
Por donde Orfeo derramó su acento,
Y del Pangeo monte la cabeza,
Que al mar oprime y rompe su braveza.

Esta que así arrimada al mediodia
Una ancha hoja forma de higuera,
Donde del istmo estrecho la porfia
A pesar de dos mares persevera,
Es el Peloponeso, fuente y cria
De las humanas letras: la severa
Corinto aquella, que de sus ruinas
Roma gozó riquezas peregrinas.

Los Léleges, Teléboes, y Curetes
Son los que allí parecen derramados,
Y aquellos los caballos y ginetes
De Acarnania, y sus pueblos celebrados;
Y los que entre tus pinos entremetes,
O humilde Arcadia, de árboles criados
Son estos, y los otros los mojones,
De Pelagios, Parresios, Licaones.

El Ténaro es aquel, que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málea señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El Espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remansos cristalinos
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.

La Pirrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella:
El altísimo Olimpo, y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella:
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antigo.

Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballería
Peleó con todo un campo monstruoso,
Que en favor de los Títanes venia;
Donde del gran destrozo belicoso
Las reliquias se gozan todavía,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.

Este es el alto Pélion que al oriente
Hurta la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana:
Y aquel rio de cristal resplandeciente,
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Danae, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.

Y aquel pequeño valle, por quien pasa
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Tempe, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de frescura;
Donde en verde jardin y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.

El turbio Anagro de aguas hediondas,
Donde lavó el Centáuro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas:
Y el claro Anáuro de plateadas ondas,
Sesgo, sereno, y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas, ni rocío,
Jamas destempla, ni hace el ayre frio.

Esta costa de mar, que del Égeo
Al Jónio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frio y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya, y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un Dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.

La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son, que al Danubio entregan sus corrientes:

Y él, cargado de gentes belicosas,
Feroces pueblos, bárbaras naciones,
Por selvas de arboledas deleytosas
Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péucen de ovas coronada.

Entre estas ferocísimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del Ilírico reyno, y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta,
La Albania, la Dalmacia, y las laderas
De Liburnia, y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.

Debaxo aquel celage y niebla fria
Que del Dantisco mar se va exâlando
La alta Podalia corre, y la Rusia,
La Prusia, Frigia, y el Holsacio bando:
Cracovia, Pomerania, y la Dania,
La fria Noruega de contino helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias, y de asiento frio.

Y aquel celage azul, que ancho y tendido
Un raso cielo desde aquí parece,
Es el Gótico mar, que allí escondido
Al polo con sus olas humedece:
De potentosas islas oprimido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias,
Las resaca á sus playas solitarias.

Las Orcades pendientes sobre el yelo
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas de un estéril suelo
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al norte por zenit de cielo
En quatro euripos tienen repartidas,
Y la Hiperborea, libre gente ociosa
En quieta vida goza, y paz sabrosa.

Mas ya dexando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el exe eterno de cristal y yelo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano extiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide, y el mar cierra."

ALEGORÍA.

Orlando burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos; y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista, y sus engañosas fábulas, se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo, que si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los menos por los mas; no obstante que la piedra filosofal, ó fligir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables transformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento, sean en su comparacion cortas, y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores transformaciones y maravillas.

En el trueco de las flechas del amor, y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveníles años, y como aun-

que el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan flóridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice quan dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgésí, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa, quando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el Rey de Persia, en Reynaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca substancia.

Fin del libro décimoquinto.

LIBRO DECIMOSEXTO.

ARGUMENTO.

Prosigue Malgesí su viage y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia: y habiendo hecho á peticion de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España, y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido a la monarquía española.

Dixo, y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En dia claro y cielo sosegado
Fué descubriendo el italiano asiento:
Y el mundo donde vuelan asombrado
De su nuevo viage, ciento á ciento
De las ciudades salen, y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.

Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada:
Y el humilde gañan rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado
A la mancera se quedó arrimado.

No hubo pobre oficial tan codicioso
Que por verlos no dexe su tarea,
Ni Rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el ayre y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo así encogido y encorvado
Que esta ocasion no le haya enderezado.

Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,
El enlutado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene obscurecido;
Que qualquiera hecho astrólogo famoso
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta:

Así el barco volando por el viento
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada qual conforme á su talento
Con mas temor ó menos asombrado:
Quizá del estrellado firmamento
La argonáutica se ha desencaxado,
Y cargada de dioses va camino
En busca de algun nuevo vellocino.

Otro menos leido, y mas medroso,
La barca dice que es del lago Averno,
Que preñada de mundo mentiroso
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.

Y ellos siguiendo el celestial camino
Del asombrado mundo van gozando,
Quando el suelo de léjos ven latino
La hermosura del mundo sustentando:
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando;
"El que allí encumbra, dixo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza,

Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del Arcangel poderoso,
Que al católico exército fué dado
Por capitan y príncipe glorioso;
Y el pueblo de Diomedes, ya trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.

Las ruinas del gran templo de Minerva,
Sus torres y gastados chapiteles,
Allí á pesar del tiempo los conserva
Luceria entre sus bosques y vergeles:
Cilaro baña allí la fresca yerba,
De azucenas manchada y de claveles,
Que él despues con sus ondas mal seguras
De tiernas flores vuelve piedras duras.

El rio Ausida, que con sangre humana
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
Es el que allí de hirpinos bosques mana,
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
Del Rey de Epiro, y sus vencidas gentes,
Muestra al mundo, que solo al cielo es dado
Saber el fin que al hombre guarda el hado.

Aquellos son los muros de Tarento,
Que al mar dan nombre y sombra de contino,
Y Scileo, promontorio turbulento,
Que á Caribdis y Scila está vecino:
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
Que le dió Turno, y le quitó su sino,
Quando á pesar del fuego hizo al cielo
Le prestase alas, y otorgase el vuelo.

Aquel euripo estrecho, que parece
A pesar de dos mares abrir paso,
Por donde el regio promontorio crece,
Y el Ploro se arroja al mar escaso,
Es el Tirreno angosto, en quien fenece
De la fértil Italia el campo raso,
Y adonde con bramido temeroso
Al mar turba Caribdis su reposo.

La que allí está á las ondas entregada,
Y fué de tierra firme dividida,
Es la antigua Tinacria, así nombrada
De las tres puntas con que está ceñida;
La que la Libia al astro ve tostada,
En continuos bochornos encendida,
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino,
Que oye bramar los cíclopes contino,

El Peloro se llama estotra punta,
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
Y en blancos huesos dió, y gente difunta,
Nevado de Leucosa el canto agudo:
Y el que los encendidos globos junta
A las altas estrellas, y el membrudo
Encélado entre el bronce y pez derrite,
Y hace que fuegos sin cesar vomite,
Es el asiento de Etna peñascoso,
De llamas y de nieve incorporado,
Cuyas masas de fuego monstruoso
El cielo tienen con hollin tiznado;
Y lanzando del vientre caluroso
Derretidos peñascos, y nevado
Con la ceniza el campo aborrecible,
El pecho hierve en hueco estruendo horrible.
Es fama que de un rayo poderoso
En aquellas cavernas soterrado
Está el gigante Encélado espantoso
De todo el monte altísimo cargado:
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre requemado,
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno, y el mar hierve.
Allí tambien están del feo Vulcano
Las fraguas y hornazas encendidas,
Y el cíclope nudoso al ayre vano
Roncos estruendos forma y estampidas:
Hiere en los yunques su pesada mano,
Y revuelve las masas encendidas,
Resuena el sordo valle, y por los huecos
Peñascos braman los quebrados ecos.

Y no léjos de allí en un prado ameno
La agradable Aretusa resplandece,
Por quien Alfeo ya en paso sereno
Al mundo su cristal desaparece:
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
Y el rio Panchayo es el que allí parece,
Manso despues que Ceres sabiamente
El ruido le enfrenó de su corriente.

Las islas Eolias, donde el raudo viento
Tiene en sombrias cavernas su morada,
Son las que allí con espumoso asiento
La mar muestran en torno salpicada,
Donde Cáprea sustenta ancho cimiento
A la Tiberia torre celebrada:
Cipara es esta, aquella Enaria angosta,
Y esta Surrento, y su apacible costa.

El rio Numincio de ondas sosegadas,
Donde el cuerpo de Eneas fué hallado,
Es el que allí regando las yugadas
Del fértil Lacio busca el mar salado:
Y Peneste de almenas levantadas,
Hechas de fuego y pedernal labrado,
Es aquella, y aquellos que allí vistes
Los Tetrios montes, ásperos y tristes.

La ciudad Aretina, y sus pantanos
Siempre exâlando destemplados vientos,
Y la soberbia Tibur, cuyos llanos
Gozan los telagónicos asientos:
El sonoroso Sarno, y los ufanos
Cuernos del Iris claro, y los cimientos
Son estos de Minturnia destruida,
Que á Mario en sus lagunas dió la vida.

Las blancas piedras de Anxur celebradas,
Y los collados que con su agua riega,
Son aquellos, y aquellas las cañadas
Con que al Pontino lago las entrega:
Y los mirtos y encinas consagradas,
Que al sol esconden la florida vega
Del reyno de Diana, son aquellos,
Con su gran Sacerdote y Rey en ellos.

La fértil Cumas con dichoso agüero
Allí fué de los Cálcidas fundada,
Y aquella es Capua, que un Alcon mañero
Nombre le dió, y la hizo señalada,
Por donde el rio Volturno va ligero
Huyendo de su vida regalada,
Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
Y á César dixo y anunció la muerte.

Allí sus baños tiene celebrados
La fértil Vayas de aguas excelentes,
Y los Cimerios pueblos soterrados
Solian allí esconder sus negras gentes:
Los valles son de olivas coronados
Del gran Tiburno los que veis presentes;
Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,
Y este Argentario, y sus altivas cumbres.

Nápoles queda allí, y sus altos muros,
Mejor por sus contrarios renovados
Que los hicieron los Calcidias duros,
De groseros terrones amasados:
Y de Circe los bosques mal seguros,
De olas antiguamente rodeados,
Y anudados ahora con la tierra,
Ya del mar vencen la importuna guerra.

Aquí aun se dura el rastro y las señales
De haber vivido allí una rubia diosa,
Circe, hija del sol, que á los mortales
Era á dar nuevos cuerpos poderosa:
La que en varias figuras de animales,
Al toque de su vara milagrosa,
De Ulises convirtió los compañeros,
En osos, tigres, puercos y carneros.

Por allí da tributo al mar Tirreno
El Tiber de victorias coronado,
Aquel mismo tributo que en su seno
De cincuenta y dos rios ha cobrado;
A donde en el Tarpeyo monte ameno
Roma su capitolio vió encumbrado,
Que el mundo gobernó, y hoy mejorada
Del Vicario de Cristo es gobernada.

Volved la vista ahora á estotra parte
Del mar de Adria, y vertientes de Apenino,
Vereis un templo del furor de Marte
Hecha la ciudad áspera de Urbino,
Y del puerto de Ancona el baluarte
Que Trajano fundó de mármol fino,
Y su Cumerio puerto puesto en modo,
Que al mar parece que le da del codo.

Allí está el fértil campo de Loreto,
Bien que ahora ni muy rico ni estimado;
Mas yo veo tiempo ya que será acepto
En el mundo, y su nombre celebrado,
Quando por modo altísimo y secreto
A él se ha un aposento trasladado,
Que de Judea vino á Esclavonía,
Y en él á Cristo concibió Maria.

Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
Y esta la gran Florencia, que ninguna
Qual ella se vió en flores asentada:
Luca, y el promontorio de la Luna,
Y Pisa por su loza celebrada,
Parma, Módena, Lodi, Alexandría,
Milán, Cremona, Bérgamo y Pavía."

Haciendo cruces con la mano diestra
Fué señalando el sábio estas ciudades,
Y prosiguiendo, dixo, "allí se muestra
Rabena ilustre, antigua en mil edades;
Y Felsina-Bolonia, gran maestra
En toda ciencia y todas facultades,
Está allí derramando un mar al mundo
De graves letras y saber profundo.

Ved á Ferrara puesta en la ribera
De Eridano, y sus ondas espejadas,
Donde Faeton su vida y su carrera
Juntas dexó de un golpe rematadas:
Allí está Mantua. y Andes, la primera
Entre tierras y gentes celebradas,
Donde nació la fuente de quien mana
La alta facundia y eloqüencia humana.

Por allí pasa Mincio, mas ufano
Que el claro Anfriso por el Rey de Delo,
Y en sus principios como el mar liviano
Con olas suele amenazar al cielo,
Donde Bérgamo goza asiento llano,
Y Trento parte con los Tuscos suelo,
Y aquel el Rubicon, raya liviana
De la prosperidad y paz romana.

Las incultas almenas mal labradas,
Que allí lava la mar y azota el viento,
Donde unas gentes del temor guiadas
A buscar fueron mas seguro asiento,
Tristes reliquias son despedazadas
Del destrozo de Atila, y su escarmiento
Les hará, sin que el tiempo las consuma,
Ir creciendo en la mar como su espuma.

Es su nombre Venecia, y sus agüeros
Así dichosos desde el primer dia,
Que pasará en los siglos venideros
De república el nombre á monarquía:
Destas cumbres los gajos altaneros
Los Alpes son blanqueando nieve fria,
Que al bárbaro furor con muro estrecho
La rica Italia apartan sin provecho;

Donde al pie en sus collados mas vecinos,
De fértil grama y flores coronados,
Ricos pueblos fundaron los Taurinos
Allí desde Liguria trasladados:
Mas mira ahora los montes cristalinos
Que á tu isla Cirno baten los costados,
Rey de Córcega, y la otra su vecina,
Que apenas desde aquí se determina.

En la una, si la fama no se engaña,
La miel el nombre pierde de sabrosa,
Y en la otra sin querer rie y regaña
Al que su yerba prueba venenosa:
La que allí sus mariscos acompaña
Es Egilos, de cabras abundosa,
Y la palmosa Ilba acá parece,
Rica del hierro que en sus venas crece.

Entre el puerto de Venus, y el trofeo
De Augusto, y entre el Varo tortuoso,
Y el rio Macra, que en feliz rodeo
Del Apenin desciende presuroso,
Correr al austro la Liguria veo,
De áspera tierra y sitio montuoso,
Donde en su costa Génova parece
Hermoso lirio que entre espinas crece.

Mas ya aquí se descubren las vistosas
Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
Ambas las Alemanias belicosas,
Que el frio Reno las divide en vano:
Las dos ilustres Bélgicas famosas,
Todas llenas de imperio soberano,
De marcas, reynos, títulos, blasones,
Duques, Lansgraves, Condes y Barones.

Aquellas altas peñas, que nevadas
La espuma dan que por sus playas crece,
Las rocas son de Albiones celebradas,
A donde Anglia sus terminos fenece:
Aquellas son sus selvas encantadas,
Merlin allí y su ciencia permanece,
De quien he yo apuntado en mis lecciones
Escolios mil, y mil anotaciones.

Es reyno ilustre, rico y belicoso,
De gente afable, humana, y sus banderas
Temor del gran Océano espantoso
Serán en las edades venideras:
¡O pueblo muchas veces venturoso,
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
Que criará una hidra y un briareo,
Que agoten quantos bienes en ti veo!

Allí es Brabancia, Flandes, Picardía,
Y aquí Francia mi patria regalada,
Con su ciudad, de adonde nace el dia
Hasta donde se esconde celebrada:
Allí Garona, allí Sequana envia
Sus peces y agua á la mar salada:
Allí se traga el Ródano á la Sona,
Y aquí parte á Marsella de Narbona.

Bretaña es esta, aquella Normandía,
Y estotra la Provenza regalada,
Por donde Druenza su corriente guia,
Y esta Aufion sobre el Ródano sentada:
Allí es Tolosa, allí Fuenterabía,
Y allí la ardiente cumbre ahora helada
Del Pirineo, que en fuegos encendido
Arroyos sudó de oro derretido.

Aquellos valles que una niebla fria
Parecen exâlar de humor sangriento,
Cuya espantosa cumbre al sol y al dia
De Francia enlutan con su grueso aliento,
Los Roncesvalles son, en quien solia,
A los aspectos de su cielo atento,
Pronosticar Merlin cierta caida
En la gente del mundo mas temida.

Los astrónomos puntos de impresiones
Que señalo de burla, ó verdaderos,
Ya van en las postreras conjunciones;
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
Y al nuevo imperio en todas ocasiones
Del brio enemigo rinda los aceros,
Y á pesar de los astros engañosos
Sus lirios de oro salgan victoriosos.

Ya de aquí se descubren las regiones
De la feliz y belicosa España,
Famoso reyno en las demas naciones,
Que la tierra encadena y el mar baña,
Cuya grandeza en todas ocasiones,
Si de la fama el crédito no engaña,
Unica ha sido, y es en quanto encierra
De nobleza y valor en paz y en guerra.

Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
Y acá Colibre al mar Mediterráneo,
Aragon, Cataluña y Tarragona,
Y el promontorio Venus Perpiñano:
Allí su puerto guarda Barcelona,
Y allí el famoso Grao valenciano,
Denia, Alicante, Murcia, Cartagena,
Sus costas gozan de riquezas llena...."

"Paso, dixo Orimandro, que el intento
Mayor que me sacó de Persia un dia
Fué ver de España el belicoso asiento
Y asombros del valor que della oia;
Y pues se me ha venido tan á cuento,
Y sin buscarlo, lo que hallar queria,
Templad las velas, y volad despacio,
Que quiero ver de Marte el gran palacio.

Y pues que vos por sábio, y por vecino,
Podeis darnos razon y luz de todo,
Gobernad el timon, y abrid camino
Por este ayre benévolo, de modo
Que yo os deba este gusto á que me inclino,
Y el contar su grandeza al reyno godo,
Y todos tres gozar en este vuelo
La magestad de tan heroyco suelo."

Dixo, y el francés mágico, ahora sea
Por dar al Persa gusto, y á Morgante,
Que lo mismo parece que desea
En los halagos del feroz semblante,
O por curiosidad, en que se vea
De su leccion y ciencia lo importante,
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sábio,
Y entre Reyes mover á tiempo el labio.

Así con blando y sosegado vuelo,
"¿Quien, señor, dixo, en tan pequeño rato
Del real valor deste invencible suelo
Darte podrá qual pides un retrato?
¿Quien de su clima, temple y paralelo,
Fertilidad, riqueza y aparato,
Decir podrá en palabras suficientes
Lo que á España se debe, y á sus gentes?

En lo mejor del habitable mundo
Como cabeza dél la asentó el cielo,
Combatida de un crespo mar profundo,
Que por tres partes ciñe el fértil suelo,
No en el clima tercero, ni el segundo,
Ni en el sexto, ni séptimo, en que el yelo
Con tal rigor sobre sus golfos baxa,
Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.

Aquí nunca del cancro el caluroso
Chele los fuegos llueve que en Egipto,
Ni del boreal Cefeo perezoso
El yelo se cayó de hito en hito:
Ni es de suelo tan frio y tan ventoso
Como Francia, ni abraza en su distrito
Los bochornos del monte de Carena,
De incultos riscos llenos, y de arena.

Penetrada con vientos de ambos mares
Conserva un ayre limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta, ó todo llano:
La India envia marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los rios su censo.

Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Cándia alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
Jaspes Copto, Preneste pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benino
Ayre de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.

Por todo el mundo del empireo cielo
Dones descienden de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotra las contrarias:
Aquí extraño calor, acullá yelo,
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
Solo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.

¿A la seda de Murcia, y de Granada,
De Toledo y Valencia, quien le llega?
Quando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dexando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios.

¿Al cristal lusitano, y á las martas
Gallegas, quien iguala? ¿ó al coral fino
Del Catalano golfo, quando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quien al roxo oro en granos con que hartas,
O rica España, la hambre del vecino
Bárbaro Alarbe, ó apartado Griego,
Que á todos tu aficion quita el sosiego?

No engendra Ormuz mas fina pedrería
Que tu Puebla Moron y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cria
Llega el oriente en su mayor extremo:
A tus jaspes no igualan los que envia
El Paro, el Copto, ni el helado Hemo,
Ni á la miel de Beger, y la de Baza,
De Júpiter el nectar en su taza.

Sus búcaros de barros lusitanos
Exceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo Toledano
En color la esmeralda y el jacinto:
Sus vinos al Falerno y al Greciano,
De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,
Alanís, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.

¿Qué pudo repartir al mundo el cielo
Para el provecho humano, ó su deleyte,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud, ó afeyte?
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
Acá un lugar de vino, allá de aceyte,
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.

Si á Colcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexîones;
¿Quanto le exceden en precioso y fino
Del extremeño campo los vellones?
¿Y á las conchas de Tiro, y de sus riscos,
La grana que se cuaja en sus lentiscos?

Es toda junta una preciosa pasta
De finos y riquísimos metales,
Que antiguamente pudo, y ahora basta
Los deseos hartar de los mortales:
Los Griegos, los Romanos, y la vasta
Africa de sedientos arenales,
Con las preciosas sobras de sus venas,
Sus flotas vian de riquezas llenas.

En otras partes la codicia humana
Entra por oro á desvolver la tierra,
Y en hondas grutas con sudor se afana,
Y por sacarlo á luz le hace guerra:
Mas aquí él solo por los riscos mana,
O el arado al pasar lo desentierra,
Y como convidándose á sus gentes
Los arroyos le manan y las fuentes.

Que por hijo feliz de un fértil suelo,
Y de madre nacido tan fecunda,
Lozano da vislumbres sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda:
¿Mas qué bien ó favor ha dado el cielo
A la tierra que aquí no nazca y cunda?
¿Y á porfia brotando de sus senos,
Sus campos dexe de riquezas llenos?

Quanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino,
El roxo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodon, el blando lino,
El vivo azogue, el soliman y afeyte,
Y de Sevilla y Écija el aceyte.

Su bronce, plata, estaño, y sus alumbres
Al mundo dexan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.

Los montes de un alegre abril manchados
De frescas yerbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados
Los sombrios bosques texen mas amenos:
Cárdenos lirios, alelís morados,
Roxos claveles, y en los hondos senos
De sus valles tomillo, y roxo acanto,
El fértil trébol, y el romero santo.

Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,
De mas fino color y alegres sombras
Que las que Persia para ti matiza:
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo se autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.

¿Quien á un bravo español en osadía
Y atrevido ademán pasó adelante?
¿O al trato hidalgo, y noble cortesía,
Igualar pudo en ánimo arrogante?
¿Quien la reportacion y valentía
No ve ser destas gentes semejante
A sus furiosos rios, que en sonoro
Curso llevan cristal envuelto en oro?

Son de ánimos valientes, atrevidos,
Prestos en los peligros, y arrojados,
Francos en amistades, comedidos,
Graves, briosos, nobles, arriscados:
Para trabajos, fuertes y sufridos,
Para nobles, leales y esforzados;
Que la traicion es mancha de cobardes,
Y estos desta nacion propios alardes.

¿En qué region del mundo sus banderas
No han de dar sombra, y asombrar el mundo?
En Persia, Africa, Arabia, y las postreras
Islas que ciñe y bate el mar profundo:
¡O venturosa España! ¡si tuvieras
De tus Eneas un Maron segundo,
O á tus nuevos Aquiles un Homero,
Quan poca envidia hubieran del primero!

Tus verdades exceden sus ficciones,
Y tu ordinario estilo á sus portentos,
Y en descubrir y hallar nuevas regiones
A los mas arrojados pensamientos:
En fe y lealtad, las bárbaras naciones,
En letras, en virtud, y entendimientos
Quantos la Grecia y el Egipto encierra,
Y en armas todo el resto de la tierra.

Precióse Roma, y tuvo por grandeza
Dar Césares al ancho mundo en paga,
Que al oro, plata, perlas y riqueza
Que le tributa y pecha, satisfaga:
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
Su misma vanagloria le empalaga,
Trayendo en ella por blason altivo,
"Césares doy, si lo demas recibo."

España dió al Imperio los mejores
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
Y en todas facultades mil autores
De soberana fama y nombre eterno:
Y no solo dió á Roma Emperadores,
Mas en los siglos de su parto tierno
Le abrió la zanja, y en feliz agüero
A su muro arrimó el terron primero.

De nadie mendigó favor humano,
Ni tras de la ambicion y zozobra
El mundo saqueó en rigor tirano,
Por rehacer su falta de otra sobra;
Y así en blason pondrá su rica mano,
"Nada me falta á mí, todo me sobra,
Todo lo doy, de todo soy barata,
Césares, Reyes, reynos, oro y plata."

A Roma dió principios venturosos,
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
Y en Galia á mis Franceses belicosos
De Mongrana los ánimos mas puros:
No son hablas ni cuentos fabulosos,
Ni va por atenores tan obscuros
Su clara sucesion, que no lo sea
A quien saberla de raiz desea.

Abuelo de Milon fué Claramonte,
Fundador de la casa de Mongrana,
Puesta del Alpe en un soberbio monte,
Y él de la sangre y sucesion troyana:
De Deifovo nieto, que en Piamonte
Cetro tuvo y corona soberana,
Y fué de Franco Hector descendiente,
Y todos tres de la española gente.

Y aun yo, no tan de léjos, otra parte
De español tengo, no de poca estima:
Egilona, muger de Durandarte
Segundo, fué del Rey Vitiza prima:
Desta nació mi abuelo Balisarte,
Que en España vivió, y en la honda sima
Del rico Tajo me crió, con gana
Que aprendiese la ciencia toledana.

Allí secretos alcancé importantes
A los cursos del mundo y su gobierno,
Y en mis alegres años principiantes
Los cercos aprendí del lago Averno:
¿Mas para qué son cuentos tan distantes,
Y la revolucion de un mundo eterno,
Si desde aquí podeis gozar presente
La magestad del reyno y de su gente?

Otros se ocupen en contar las rocas
Del helado Proponto y del Egeo,
Y por sus playas celebrar las focas
Del fingido rebaño de Proteo,
Que yo á tener cien lenguas y cien bocas,
Juntas las diera á este famoso empleo,
Y mostrara con ellas, aunque humildes,
De tus grandezas las pequeñas tildes.

Este que ambas provincias belicosas
De España y Francia veis como divide,
Y en freno de oro y riendas poderosas
A sus altivos ánimos preside,
Y con sus mismas cumbres deleytosas
Lo que hay de un ancho mar al otro mide,
Un tiempo vió sudando por sus lomas
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.

Subió tan alto el vuelo de su llama,
Que alumbró á España, y de su ardor sonoro,
Para eternas memorias de la fama,
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
El nombre es Pirineo, así se llama
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
Que á los Fenices, y á su Rey Siqueo,
Hartar pudo la hambre del deseo.

Aquella altiva peña es la Collarda,
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
A Rugero por miedo de la guerra:
Aquella estrecha senda blanca y parda
El real puerto de Andorra, en cuya tierra
Alemania clavó de limpio acero
Una memoria al siglo venidero.

Guipuzcoa es aquella que los gajos
Del Pirineo con sus pueblos trilla,
Haciendo de enriscados altibaxos
Murallas á los reynos de Castilla:
Vidaso corre allí, y por valles baxos
Soberbio al Olearso mar se humilla,
Ufano en dividir con su corriente
De la francesa la española gente.

Allí por las montañas de Salinas
Cruzar verás al cristalino Deva,
Y en lo alto de su puerto entre sabinas
Una grandeza y maravilla nueva:
De aquella estrecha ermita, y sus ruinas,
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales
Aguas con las que lloran sus canales.

O sea aquí lo mas alto deste mundo,
O el principio de todas las corrientes,
Las unas de Cantabria al mar profundo
El turbio Deva pecha en sus crecientes;
Y las canales del combez segundo,
Que al descubierto sur hacen vertientes,
El rio Cadorra al Ebro las entrega,
Y él al Mediterráneo mar las llega.

Y así con tiernos brazos cristalinos
Esta pequeña ermita abraza á España,
Y por diversas sendas y caminos
De humildes ondas la rodea y baña:
Aquellos de Vergara son los pinos
Con que sus edificios acompaña,
Y allí los Mondragones de Arrasate,
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.

Estos dos huecos y ásperos peñascos,
Que nos atajan por el ayre el vuelo,
De hierro, acero, pinos y carrascos,
Así amasados por virtud del cielo,
Son del monte Gorbeya sendos cascos,
Y las dos babilonias deste suelo,
Y el valle de Arrazola en su frescura
Quien goza puesto en medio tanta altura.

El rio Urrola de herrerias lleno,
Con mas fraguas que Lípara y Vulcano,
Riega allí el valle de Legaspi ameno,
Y por entre dos pueblos pasa ufano:
Las peñas de Motrico, que en su seno
El mar le cubre y le descubre en vano,
Allí le sirven de mojon y raya,
Y estas son las mimbreras de Zumaya.

Entre el de Araxes y este helado rio
La antigua villa queda de Guetaria,
Las altas sierras y el asiento frio
De Arracilo y su cumbre en flores varia:
Álava allí, y el noble señorío
De Vizcaya, que en costa solitaria
Su helado y crespo mar rodea y baña
La hidalga sangre del valor de España.

Sus amenas florestas son aquellas
Y de Bilbao aquel el fértil valle,
A cuyo verde asiento las estrellas
Noble y precioso aumento esperan dalle:
Allí es Durango, y las murallas bellas
De la ciudad de Orduña aquella calle:
Esta es su peña, y la que está adelante
Lequetio, en marineros abundante.

El que allí da frescura y sombra á un prado
Es el árbol famoso de Garnica,
A oir reales consultas enseñado,
De extrangeros Pelasgos patria rica:
Allí de un pie descalzo, otro calzado,
Sus privilegios jura y ratifica
El que entra á ser señor, y de aquel modo
Cetro absoluto cobra, y mando en todo.

Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
Tiene la primer voz, y el cristal claro
De la mar quiebra por las corvas puntas
Que á su ancho puerto sirven de reparo:
Esta es Navarra, y sus florestas juntas,
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
Eterno heredará, y de sus estrellas,
Gentes de invictos pechos, y armas bellas.

O ya sea poblacion de los Troyanos,
Y sus naves y arados le den nombre,
O naciese el que tiene de sus llanos,
Y ahora con su altivez el mundo asombre,
Aquellos son sus valles comarcanos,
Y el que allí tiene de Bastan renombre,
Cegó ya el pozo que parió un tesoro
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.

Aquellas son innumerables fuentes
De sal estéril, esponjosa y hueca,
De tal virtud que aumenta sus crecientes
Quanto mas crece y es mayor la seca:
Allí nuevas almenas dió á las gentes
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
Las vistosas almenas de Sansueña.

Allí es Puentelareyna, y su ribera
De alegres roxos vinos abundante:
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
La corva costa corre de levante:
La raya de Aragon es la primera
Que los Celtas con ánimo arrogante
Otro tiempo poblaron, y el tebano
Hércules les dió nombre de su mano.

El que desde Fontible hasta Tortosa
Con toda el agua destos reynos crece,
Y entre fresca arboleda deleytosa
De aquí una sierpe de cristal parece,
Es el rio Ebro, y su ciudad famosa
Zaragozana la que allí florece,
Y aquella su ancha huerta de Almozara,
Que es quien la suele hacer barata ó cara.

Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
Dionisio, y Huesca, donde un dia Sertorio
Hizo academia, y con rigor tirano
Degolló en otro todo su auditorio:
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,
Y allí en el Edetano territorio
Parece el pueblo de Teruel antigo,
Por su cabeza puesto y sano abrigo.

Tras él en aquel sitio peñascoso
De Albarracin está la ciudad bella,
Entre riscos metida del lodoso
Túria, y su gran centauro encima della:
Así pendiente, que su cerro umbroso
Al dia la mejor luz carcome y mella:
Allí guia por Tortosa su corriente
El fértil Ebro al rico mar de oriente.

De aquí hasta Perpiñan sobre Colibre
De Cataluña corre el principado,
Que así este suelo belicoso y libre
Fué de Otogerio Catalon llamado;
Y él sin que á su ancha espada se le libre
Moro, que ya le vió una vez airado,
Recobró en compañia de otros nueve
Toda esa costa que la mar embebe.

Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego
Del Pirineo asió primer centella,
Y la sima que abrió, y el pozo ciego,
Que rubias masas de oro dió á Marsella:
Gerona es la que allí se sigue luego,
Que el César ganó ahora, y puso en ella
Para adorno á su templo en bronce y oro
Divinos bultos de inmortal tesoro.

Empurias, de franceses y españoles
Antigua poblacion de aquella costa,
Allí entre su arenal y caracoles
Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta:
Allí hace Palamós sus tornasoles
De conchas y coral, y allí ensangosta
Su playa el mundo, y acullá la ensancha
La punta de la Luna corva y ancha.

Estos riscos bellísimos que al cielo
Con tantas puntas alzan la cabeza,
A quien rodean de cristal y yelo
El rio Lobregat y su aspereza,
Feliz reventacion del fértil suelo
Que preñado parió tanta belleza,
Son entre gajos de encrespadas peñas
De Monserrate las floridas greñas.

Allí del santo y célebre Ermitaño
El delito se vió y la vida nueva,
Allí al estupro y homicidio extraño
Secreto albergue fué la oculta cueva:
Allí en lágrimas dió remedio al daño,
Y allí la celestial Princesa, en prueba
Del perdonado yerro, dió la vida
A la muerta, y la habla al homicida.

Si á las torres y altivos chapiteles,
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona,
Amilcar dió balcones y rejeles,
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laureles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira, y su cristal recorre.

Aquella punta que la mar adentro
De hermosa poblacion rompe cargada,
Y las olas que salen al encuentro
De blanca espuma nos la dan cercada,
Es Tarragona, la cabeza y centro
De su antigua provincia celebrada,
A quien de Armenia dieron pobladores
Las antiguas majadas de pastores.

El campo de Igualada y de Cervera,
Si es digna de algun crédito la fama,
Del Franco pueblo la nobleza entera
Vuelta tierra, en la suya se derrama,
Que, sin salvarse esquadra ni bandera,
Donde en confusa voz el vulgo llama
La matanza, la flor del reyno todo
A las manos murió del valor godo.

Mas ya dexad esa manchada tierra
Por ver del ancho mar la costa brava,
Que á las ricas Asturias hace guerra,
Y en crespas olas sus arenas lava,
Donde el arado el oro desentierra,
O entre sus venas al cruzar se traba:
Tierra en el resto estéril y olvidada,
Y de sola esta hambre y sed buscada.

Los Astíricos Celtas por mineros
Las quebradas buscando de sus riscos
A sus puertos llegaron los primeros,
Y dieron pueblo y nombre á sus mariscos:
La que entre aquellos rios placenteros
A vueltas crece de hayas y lentiscos
Es Oviedo, y acá en la costa llana
La antigua poblacion de Santillana.

Aquí está de Monsagro la ancha cueva,
Que al santo cofre que de Siria vino,
Por sacro relicario y guarda nueva
La dió Pelayo, y su primado Urbino:
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva
A todas en altura la de un pino,
Es Covadonga, humilde fortaleza,
En que hizo pie de España la braveza.

Allí los gajos corren de Idubeda
De la llana Navarra hasta Galicia:
Montesdoca es allí, allí la Fresneda,
Y allí Ebro de su fuente se desquicia:
La de Oja en aquel risco estrecho queda,
Y allí su nombre y aguas desperdicia
De la fértil Rioja en las vertientes,
De ayre abrigado y belicosas gentes.

De Orbion el cerro con su muerto lago,
De arboledas cercado resonantes,
Es el que allí con movimiento vago
Asombra en su quietud los caminantes;
Y á ver desciende el mauritano estrago
En torno de los muros mas constantes,
Que desde el mar de Calpe á su montaña
Contra la altiva Roma tuvo España.

Scipion la destruyó despues que tuvo
Tres lustros de años guerras sin dexallas,
Y contra Italia y su poder mantuvo
Su espada libre, y sanas sus murallas;
Gastando en lo que en esto se detuvo
Ochenta mil romanos en batallas,
Y no quedando en ella un hombre sano,
De quien triunfar pudiese el africano.

De aquí se arroja por Berlanga Duero,
Y de rosas nevado y de jazmines
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero
De Aranda la ancha vega, y sus confines;
Y de rios cargado, mas ligero
Que por el mar Carpacio sus delfines,
Mejorado de pesca, del gran moro
Olid descubre el valle, y busca á Toro:

Allí entre verdes pámpanos sentada
Sobre un risco la halla por alfombra,
Llevando su corriente mejorada
Desde Simancas por el ayre y sombra:
Toda del rio Pisuerga salpicada
La tierra en torno, y el que mas se nombra
De los vecinos rios, nombre y agua
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.

Con esto llega á Toro, y de alli pasa
A bañar las Turquesas de Zamora;
Riega á Miranda, y por campaña rasa
En Portugal quanto ha bebido llora:
Aquella es de Galicia tierra escasa,
La otra abreviada gente, la que mora
Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas
Los Bracatos poblaron, y los Celtas.

Porto es aquel, á quien los nobles Galos
El nombre dieron, y él al reyno todo,
Y Miño, quien por bárbaros regalos
Del roxo embixe dió la mina y modo;
Galogreba por largos intervalos
Cetro conservó allí hasta el primer godo:
Esta es de Alia la fuente, allí está Lugo,
Que á la de Miño presta el primer xugo.

Aquellas son del Vierzo las montañas,
Y las sin afeytar puntas bermejas,
De sus ricas medulas las entrañas,
Que ya solian dorar las corvas rejas:
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,
Y los peces produces con orejas,
Aunque no alcanzo á ver por donde naces,
La rueda vemos de cristal que haces.

Lago mas claro, y de agua mas corriente,
De jaspeadas truchas abundante,
Es el que Astorga allí le presta fuente,
Y Sanabria en su risco ve triunfante;
Donde á sus frescas olas eminente
Un bello alcázar sube, semejante
Al que á Neptuno entre sus reynos de agua
De Vulcano labró la sutil fragua.

Esta es Astorga, aquel su rio Orbego,
Donde el poder suevo cayó en tierra
A los pies de un Rey Godo, cuyo fuego
Talando fué quanto aquel mundo encierra:
Y el que en cristal de blanca espuma ciego
Al Rabanal carcome la ancha sierra
Es Molina, que allí de peña en peña
Por sus hondas quebradas se despeña.

Ved pues de Miño el cristalino curso
Con que busca la mar, y en su ribera
A Lugo y su muralla, que el concurso
De Roma la labró, y conserva entera:
Y en sus calientes baños el recurso
De la humana salud, que aun persevera
El muro argamasado, y ricas termas,
De que cargaron sus riberas yermas.

Adelante está Orense, á quien el griego
Ansiloco de Turno, afable amigo,
Dió cimientos y nombre, y en el fuego
De su ardiente agua consumió el antigo:
Y Ribadavia, la que en dulce entrego
Sus frescas parras da, y por fiel testigo
A Baco, que al licor de su bodega,
El que su taza brinda no le llega.

Tuy, que los amigos de Diomedes
Fundaron en su orilla al mismo rio,
Es aquella, y aquellas las paredes
Del real alcázar y jardin sombrio,
Que allí un Rey Godo con texidas redes
De flores enramó al templado frio;
Y acá sobre la mar la estéril sierra,
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.

Aquellos ricos y altos chapiteles,
Y torres de follages coronadas,
Del Rey Alfonso y sus gallegos fieles
De nuevo en Compostela levantadas,
Arcos son, claraboyas y rejeles
Al gran Patron de España consagradas,
Cuyo cuerpo en pronostico dichoso
Su Rey le descubrió en un bosque umbroso.

La Coruña es aquella, y la alta torre
Del encantado y cuidadoso espejo,
Que al Brigantino puerto da y socorre
Con tempranos avisos y consejo:
Y en la ancha costa, que hácia el norte corre,
El Ferrol, y Vibero por parejo
Gozan un fresco mar, cuyas arenas
Azotan los delfines y ballenas.

Las que dentro del golfo están cercadas
Por todas partes de crecientes ondas,
Las islas Casitérides llamadas,
Del blanco peltre dan masas redondas;
Y sus peñas en él incorporadas
En grutas se abren y cavernas hondas,
Y él derretido en varios tornasoles
Por sus hornazas corre á sus crisoles.

Las dos Castillas, cuya fortaleza
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,
Son las que allí dexando la aspereza
De las montañas buscan la llanura:
Esta es Segovia, donde la fineza
De Aragne en sus vellones mas se apura,
Y aquella la real puente de Trajano,
Y el Balsahin, ó paraiso humano:

Fundóla el Rey Hispan de gente extraña,
Aunque en dichosa y favorable estrella,
Comenzó á tener nombre quando España,
Corriendo en esto por igual con ella:
Sigüenza es la que allí la vista engaña,
Pareciendo de léjos no tan bella,
Como un tiempo los Griegos, ó Almonides,
De muros la vistieron y de vides.

Aquellos son los montes de Cebreros,
Y Avila la que está en aquella sierra,
La vera de Plasencia y sus linderos,
La que en fresco verano allí se encierra:
El rio Tormes aquel, y los agüeros
De Salamanca, en cuya fértil tierra,
De aquel espeso humo rodeado,
Un famoso castillo está encantado:
Es fábrica de un sábio nigromante,
A honra de un español contrario mio:
Mas ya volved los ojos al levante
A ver de Cuenca el caudaloso rio,
De menudos carrizos abundante,
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavío
A sus parleras ondas, cuya arena
De granos de oro vá y de espuma llena.
Allí son las veguillas de sus fuentes,
Y aquí de Cuenca olvida los collados,
Allí el rio se bebe de Cifuentes,
Y acá al Alcarria cruza los costados:
Refuerza los peñascos eminentes
De Zurita, y sus Canes celebrados
Los costados le asombran con ladridos,
De ásperos riscos y cristal ceñidos.
Cargado de arboledas y frescura
Busca de Aranjuez los ricos valles,
Sus collados vistiendo de verdura,
Y de jazmines sus vistosas calles;
Y por entre florida arquitectura
Ufano el curso alarga, con dexalles
A las hayas y alisos el sonoro
Ruido de su cristal y arenas de oro.

Aquí al hondo raudal del rio potente
Jarama en verle tal los suyos lanza,
Dándole sin las aguas de su fuente
Las que de Henares y Tajuña alcanza:
De adonde con grandeza suficiente
Soberbio se derriba y abalanza,
Hasta besar con reverencia y miedo
El pie de las murallas de Toledo.

Por esta cinta de cristal pequeña,
Blanca ceja á las márgenes floridas,
Que allí en revuelta van, y en crespa greña,
De alegres sombras sin temor vestidas,
El fresco Manzanares se despeña,
Las sienes de un eterno abril ceñidas,
Cuya urna fértil entre el oro mana
Las mieses de la tierra carpentana;

Y el pueblo humilde, á cuyos pies se eriza
De su crespo licor el rumbo hinchado,
Que de álamos frondosos se entapiza
Sus sombrios sotos y florido prado,
Es Madrid, donde á España profetiza
Con limpia estrella el favorable hado,
Que el tiempo le ha de dar de su tesoro
La monarquía del mundo en riendas de oro.

Quando aquel fértil monte, ahora inculto,
Haga gemir la ilustre pesadumbre
De un real alcázar, que el soberbio bulto
Al mundo espanto dé, y á España lumbre,
Y en pompa insigne del divino culto
La firme basa estribe en su techumbre,
Y sea contra el tiempo y la fortuna
De la Romana Iglesia la coluna;

O ya al futuro siglo prenda hermosa,
Donde de España, y de ambas las Castillas,
El rico tiempo en vuelta presurosa
Eterno trono labra en tus orillas:
Desta que ha de venir edad dichosa
Mil años goces, goces de sus sillas,
Y aquellas magestades sacrosantas,
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.

Aquel globo de luz que de allí envia
Centellas de oro, y como nube roxa
Donde ya se escondió el pintor del dia,
Relámpagos de fuego al ayre arroja,
Es claustro santo de una Imágen pia,
Que de la guerra la mortal congoja,
Y el zeloso temor del moro airado
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.

Mas, ¡ó del cielo sacrosanto exemplo!
¡Madre del hijo en todo sin segundo!
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo
Un altar de inmortal fuego fecundo,
Donde entre cimbrias de un soberbio templo
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre
Lámparas de oro den inmortal lumbre.

Mas ved de aquellos fértiles rastrojos
Las varias flores de que están manchados,
Que ahora en fe las brotan á manojos,
De que han de ser por ángeles labrados:
Quando á la blanca mies sus granos roxos
Del cielo le cultiven los arados,
Y sus terrones siembren de centellas
Rejas que fueron otro tiempo estrellas.

Es cierto que arará este fértil llano
Isidro, un labrador, á cuyo zelo
De su milicia y pueblo cortesano
Yuntas que aren por él prestará el cielo,
Con que así Manzanares corra ufano,
Que su inmortal corona adore el suelo,
Y él levantada su gallarda frente
Al Tajo humille, y crezca la corriente,

Con que en curso feliz vuelto al poniente
De Extremadura busca los rincones,
Y en porcelanas de barniz luciente
Talavera le ofrece ricos dones:
Ve de Almaraz la antigua y corva puente,
De Alconeta los arcos, los blasones
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,
Y él en herencia dió su nombre al rio.

Aquellos graves y altos edificios,
De torreadas almenas coronados,
Son los que ya con griegos artificios
Dexó el prudente Ulises amasados:
Y de aquella ancha playa los bullicios
Que los cristales muestran encrespados,
La rica puerta al mar, y el fértil dexo
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.

Mas ya volved la vista á la otra parte
De aquellos campos de texido acero,
A quien nombre dará el sangriento Marte
Con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava, y Montiel, en quien si el arte
De Merlin no se engaña, un Rey severo,
Que él allí llama tragadora arpía,
Morirá á manos de su hermano un dia.

Aquella verde mancha de hermosura,
Que allí corre en floridos arcos bella,
Es la que heredó el nombre y la frescura
De las manchadas flores que hay en ella:
Del claro Javalon el agua pura
Allí entre juncia y concha va, y aquella
Es la célebre Oreto, cuyos llanos
Los pueblos ocuparon Oretanos.

En su rastro quedó la antigua ermita,
Que ya Roma labró en su puente al rio,
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,
De conchas lleno va, juncia y rocío:
Allí Almagro nos da su agua exquisita,
Y la Nava el suave licor frio,
Que en dulce gusto el agrio que destila
La ijada sana, el bazo desopila.

De aquel valle amenísimo de peñas,
Ahora humildes chozas de pastores,
Que el claro Javalon las verdes greñas
De rosas viste, y de pintadas flores,
Un cisne nacerá de alas pequeñas,
Que si el tiempo las llega á ser mayores,
La fama hará dellas, por memoria
Del valor vuestro, una inmortal historia.

Ya en mi esperanza el tierno fruto veo
De dos mirtos salir parto fecundo,
Y del sol imitando el gran rodeo
Los golfos desvolver del mar profundo;
Y por colmo á mi altísimo deseo
Cruzar le veo el viejo y nuevo mundo,
Juntando de ambos para el grave acento
Lo de mayor substancia y fundamento.

Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas,
Que á Guadiana dan principio y fuente,
Y ellas con sus molinos y aguas brunas,
Parda harina, y lóbrega corriente,
Allí se embeben sin quedar ningunas,
Y haciendo rio á la enterrada gente
Van largo trecho por debaxo el mundo
A fundar fuente y manantial segundo.

Aquí está Guadalupe, allí Truxillo,
Y acá su pueblo en opinion contrario,
Que el hado adverso al celestial caudillo
Pleyto á sus campos repartió ordinario:
Los arruinados muros de ladrillo
Que hizo Roma, y deshizo el tiempo vario,
Allí, si aun viva guarda su grandeza,
Mérida los levanta en la cabeza.

La paz Augusta es la á quien luego toca
Del rio falaz el curso cristalino,
Y de allí en Portugal de roca en roca
Huye al Algarbe, y busca el mar vecino:
Allí es Lepe, Ayamonte, allí su boca,
Y el que adelante está Castromarino,
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente
De Portugal la costa del poniente.

Acá son los Algarbes de Algecira,
Y aquel su rico estrecho celebrado,
Por allí Guadalete en torno gira,
Un campo, aunque florido, desdichado:
Y el que en sus transparentes senos mira
Pinos y olivas de que va cargado,
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,
Que á besar de su torre el pie se humilla,

Primero se llamó Betis, y ahora
Guadalquivir á su pesar se llama,
Que el moro pueblo que sus campos mora
Creció su nombre, y descreció su fama;
Y con la misma infancia que desdora
Su voz el resto de Castilla infama,
Castilla, cuyo reyno, y cuyos Reyes
Al mundo han de poner y quitar leyes.

Mas ya volved al reyno de Valencia
Los ojos, y á sus golfos de levante,
Cuyos bellos jardines en presencia
Son de un mayo inmortal parto abundante:
Esta de su ancho Grao es la excelencia,
Y Guadalabiar el que triunfante
Se arroja al hondo mar, que entre sus olas
Rodea á Mallorca de islas españolas.

De Ibiza y Formentera los pinares
Allí las nubes buscan con su altura,
Y tímidos conejos, que á millares
De sus bosques carcomen la frescura:
En ayre, en suelo, en temple singulares,
Y la que al norte está entre niebla obscura,
Es donde el cielo por manera extraña
Todo el veneno desterró de España.

Aquel es el rio Xúcar, que al contrario
Del Tajo nace de su misma sierra,
Y por torcida senda y curso vario
De Castilla á Valencia se destierra:
Allí en Huélamo nace, aquí voltario
A Cuenca dentro de su rosca encierra,
Hace á Alarcon fortísima muralla,
Y por Villena humilde cruza y calla.

Allí á Alcira rodea, firme llave
Del reyno, y el que corre en aquel llano
Es Bayren, que de blanco azucar sabe
Nevar á tiempo el suelo valenciano:
Los panales de Bejar, que en suave
Golpe de miel convierten el verano,
Aquellos son, y aquellos los tomillos
De que hacen las abejas sus castillos.

Dióle este rio su nombre al mar Sucrense
De Sucro, que fué el suyo: allí es Gandía,
Y Denia aquí, en que la nacion focense
El templo tuvo que Efeso tenia;
Y deste pueblo un mágico ateniense,
Que el Planisferio de Merlin sabia,
Al tiempo venidero dió por nuevas,
Que veria dos Monarcas en sus cuevas.

Allí están las dulzuras de Alicante,
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,
De Caravana allí la agua abundante
De peces nace destrozados llena:
Lorca y Velez el Rubio están delante,
Huesca, y el fértil campo de Purchena,
Y aquellos los Diamantes de Almería,
Que son estrellas quando nace el dia.

Allí de Loja la sabrosa fuente
Sale alegrando al mundo, acullá Baza,
De un hondo valle á su licor caliente
Florida forma y peregrina taza:
Guadix, que á los vergeles del oriente
En flores vence, tiene allí su plaza,
Con el rio de la vida al muro enxerto,
De almendras todo y de azahar cubierto.

Allí helados zodiacos invernizos
Sin igual da en dulzura y en grandeza,
Y aquí vinos claretes y mestizos,
Extremos de alegria y fortaleza:
Aquellos son los baños y carrizos
De Alhama arrebolados de belleza,
Y allí los de Alcuin mas singulares,
Y aquellos los madroños de Comares.

Allí están los jardines de Granada,
Y de su Alhambra allí los chapiteles,
Aquella áspera sierra es la Nevada,
Y de sus Alpujarras los vergeles:
Málaga con su Axarquia matizada
Cubierta da la playa de baxeles,
Y aquellas torres que se ven de claro
De su Alcazabá son, y Gibalfaro.

La que sobre aquél monte se descubre
La ciudad es famosa de Antequera,
Y aquel risco la fuente que la cubre
De agua, y fértil cosecha su ribera:
Su gran salina la que allí se encubre,
Y su canal de eterna primavera,
La que cercada allí de Saxifraga,
Dando siempre salud jamas la estrága.

Allí están los alumbres de Marbella,
Y de su bella mar el firme puerto,
Ronda, y su Guadiaro rio con ella
Es el que cruza por allí encubierto:
La ciudad nueva de Algecira aquella,
Y aquel el paso que Hércules dió abierto
Con su fornida clava á los dos mares,
Y aquellas sus colunas y pilares.

Allí muestran ahora el fin del mundo,
Mas ya están por el cielo decretadas,
A que serán de un Hércules segundo
Sin segundo á otro mundo trasladadas,
Quando los golfos deste mar profundo
Mil flotas sobre sí verán sembradas,
Y acometidos de qualquiera barco,
Qual si el mar fuese algun pequeño charco.

Allí es la antigua Cadiz, en quien hubo
Templos de Alcides, y sus cortas gentes
Pozos labraron, que contrarios tuvo
La mar á sus menguantes y crecientes:
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,
Que guarda de Gerion los descendientes,
Un árbol, que de humana sangre lleno,
Cubria de triste sombra el valle ameno.

El otro altivo y descollado risco,
De blanca escarcha de azahar nevado,
Y de encarnadas rosas y lentisco,
Y carmesíes claveles salpicado,
Que en el reyno cristiano y el morisco
Mas rico y fértil suelo no hay labrado,
Es Zahara su nombre, y su belleza
Lo último de hermosura y fortaleza.

El que allí de las rosas de su falda
Entre jazmines se destila y nace,
Y en sus riberas hechas de esmeralda
Una iris bella con sus vueltas hace,
Es el rio Guadalete, y su guirnalda
La que á mayo en sus orlas contrahace,
A donde dio de la fortuna el codo
El último desden al valor godo.

Allí ciñe á Xerez, y hace Frontera
A un muro de diestrísimos ginetes,
Y aquí de Baco y Ceres placentera
Sus campos son alfombras y tapetes:
Entapiza sus riscos por de fuera
Mayo con sus floridos gallardetes,
Que al descolgar del abundante agosto
Granos se vuelven de oro, y rios de mosto.

Mas ya estotro rincon que solo queda
Por ver de España á voces nos convida,
Que en él cerremos la gallarda rueda
En que va á su grandeza y pompa unida:
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,
Y de la que con ellas está asida,
El claro Betis argentada espuma,
Que es primer cero de su inmensa suma.

Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,
O Rey Morgante, dió castillo y muro,
Y la que yerta va á la diestra mano,
De árboles llena, breña y monte obscuro,
La alta preñez del monte Mariano,
Estofada de plata y oro puro,
De roxo cobre y bermellon los riscos,
Y de grana nevados sus lentiscos.

Allí es Linares, que el Parnaso antigo
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro
El que encima la frente por su abrigo
Un castillo labró y forjó de hierro:
El puerto Muradal es el que digo,
Donde, si un punto de Merlin no yerro,
Degolláran mas moros en un dia,
Que á España dé en cien años Berbería.

Bilches, que fué un jayan, hoy encantado
Encima aquel pináculo parece,
Y el limpio arroyo de cristal nevado,
Que qual veis nace allí, y aquí fenece,
Será Guadalimar, que el un costado
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece
Entre una ola y otra al disimulo
Las ruinas y destrozos de Castulo.

Por medio de ambas alza la cabeza
Aquella tierra fértil y florida,
Donde se ajusta de Ubeda y Baeza
Con cadenas de flores la medida:
Allí cayó por tierra la braveza
De Africa, y la de Roma agradecida
Le dió nombre y almenas por sus manos
En los soberbios pueblos oretanos.

Aquellos riscos que al nacer el dia
La luz le toman y al aurora el paso,
Y en puntas sus pirámides envia
El que está de los dos al turbio ocaso,
Son donde ya Castaon ser solia,
Y ahora Cazorla está, que en dia escaso
Goza el verano, y su encumbrada breña
Al sol le asombra la dorada greña.

Aquel cristal, verdura y chapiteles
Que allí coronan de oro una alta cumbre,
De torres, de balcones, de rejeles
Cargada su soberbia pesadumbre,
Son de Jaen las fuentes y vergeles,
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;
Y allí es Anduxar, cuya alegre caza
Exâmina al lebrel de mejor raza.

La fértil sierra, donde el cielo quiso
Por los riscos fundar y ásperas breñas
A los ojos del mundo un paraiso,
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,
Es la que allí se engarza de improviso,
Cuyos jardines y floridas greñas,
Entre cedros, olivos y parrales
Bellos quadros componen celestiales.

Es una alegre piña de frescuras,
Florido y concertado ramillete,
Que sin tierra nacido en peñas duras
Al mundo sirve de inmortal pebete:
Nieva el tierno azahar verdes alturas,
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete
De lentisco y retamas, y por ellas
Las rubias cidras, y toronjas bellas.

Allí los Persas dieron por sus manos
A su grandeza los primeros muros,
Que despues destruyeron los Romanos,
Y abrieron de cimientos mal seguros:
Aquí de Ategua los collados sanos
Guadajós rompe con cristales puros,
Y es la que por allí campea Baena,
De ricos granos y granadas llena.

Las torres de Santella y Bujalance
Del gran reyno de Ceres son aquellas:
Allí á Betis le da Genil alcance,
Y á Écija moja las almenas bellas;
Donde en mortal se vió y temido trance
Un esquadron divino de doncellas,
Que por guardarse intactas á su esposo
La tez mancharon de su rostro hermoso.

Aquellas son las ruedas sonorosas
De sus azudas, y estas las canales,
Por donde en crespas olas espumosas
Los surcos humedecen sus cristales:
Allí Parma y Carmona aguas vistosas
A sus flores encañan y frutales,
Y aquella es la pomposa cañería
Que agua á las plazas de Sevilla envia:

La famosa ciudad que Alcides quiso
Contra el gusto fundar de un agorero,
Y la que Hispal fundó en hado preciso,
Feliz estrella, y venturoso agüero;
Y de su torre el levantado friso,
Que por el ayre rompe y vuela entero
A esconder su Giralda en una nube,
Es la que allí alegrando el mundo sube.

Con cinta de cristal por hemisferio
En dos mitades la divide el rio:
Itálica fué allí, que dió al Imperio
Monarcas en un tiempo y señorío;
Y Utrera en substancioso refrigerio
De sazonado pan le aumenta el brio,
Y el Ajarafe rico en mas deleyte
Con su verde aceytuna, y rubio aceyte.

Guadalquivir allí en vuelta prolixa
Una isla hizo antigua celebrada,
Que á los pintados pueblos de Lebrija
Templo les tuvo, y torre levantada;
Donde el bastardo hijo de la hija
Del griego Cadmo la dexó fundada
Del grave rio en el raudal agudo,
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento
En puesto y en valor se hace eminente,
Grave, y nunca vencido alojamiento
De una tasada y combatida gente:
Contra el romano exército sangriento
Campo mantuvo y ánimo valiente
Por largos años, cuya fuerza pudo
De sus espadas defender su escudo.
Mas desahuciada ya la resistencia
Del muro, sin socorro, y sin abrigo,
Y que del largo cerco la inclemencia
La victoria otorgaba al enemigo;
Arrestados de bárbara impaciencia,
Poniendo al mundo en ella por testigo,
Las puertas abren, dexan las murallas
Los que han sobrado á las demas batallas:
Y en repentina cólera abrasada
La noble sangre de sus firmes pechos,
Las armas toman, y una tropa osada
Van contra el enemigo campo hechos,
A morir de una vez, ó dar vengada
La ofensa de sus muros ya deshechos;
Y el arrojado asalto fué de modo,
Que en confuso tropel lo alteró todo:
Y sin dexar de todos hombre vivo,
Ni menos que primero no matase,
Su roto campo el general esquivo
Al desierto lugar manda que pase;
Y con asalto nuevo el muro altivo,
Que sin defensa y gente está, se arrase,
Y haga el saco y leyes de la guerra
De la romana hambre quanto encierra.

Entran llevados de la sed del oro,
Quando en la plaza una funesta hoguera
Ardiendo en ella hallan el tesoro,
Que el premio injusto de sus riñas era:
Suben del humo en rechinar sonoro
Globos en que la llama reverbera,
Mostrando entre sus olas y bullicio
Las víctimas del nuevo sacrificio.

Los que antes por guardar el fragil muro
Entre niños quedaron y mugeres,
Ardiendo hallaron en el humo obscuro
Del fuego que abrasaba sus haberes:
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,
Que eran derramar sangre sus placeres,
Dexaron que en su cruel intento fixos
Tras sus padres matasen á sus hijos.

Asombrado quedó el furor romano
Del no esperado bárbaro suceso,
Y dexándose el pueblo entero y sano
Huyó, y al huir mandó con bando expreso,
Que nadie en sus despojos ponga mano,
Mas que su alcázar y su muro ileso
Al mundo eterno por coluna quede
Desta victoria, y lo que España puede."

Así el sábio francés volando abria
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Betis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar queria,
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y como el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.

Quando de Persia el Rey, que en gusto aten-
De la sabrosa historia iba colgado, [to
Y sin perder accion ni movimiento,
En su sábio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
"Señor, le dixo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.

He oido que hay dudosas opiniones
De sábios hombres, y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que Antípodas llama el vulgo ausente:
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demas suelo,
O lo abrasa el calor, ó abruma el yelo.

Deseo saber ¿si el Orion armado
Dexó tal dia de cernir su nieve?
¿Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
O qual los otros él sus ondas mueve?
¿Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
O siempre humean los carbones della?

¿Donde este inmenso mar se acaba? y ¿donde
Sus olas hallan término y ribera?
¿Adonde el sol, quando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera?
¿Si es de creer que allí la luna ronde
En perpetuo silencio y noche entera?
¿O el dia le dé lumbre y luz diversa?"
Dixo, y el sábio así respondió al Persa:

"Ha estado en opinion, y lo está ahora,
¿Si hay otro mundo mas que aquí parece,
O si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece?
¿Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece?
¿O quando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad quanto camina?

¿Si en el ayre la tierra está colgada,
Y por abaxo la rodea el cielo?
¿Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo?
¿Si es region firme, ó solo imaginada?
¿O si el roxo calor, ó el blanco yelo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida?

Ya hubo grave opinion que nos dió escrito,
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circuito,
A quien llegando sin pasar paraba,
Y en que podia volar tiempo infinito,
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

Otro que estaba, dixo, sobre Atlante
La coluna que al cielo sostenia,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con roxo fuego en su calor hervia:
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombrios centauros y dragones,
Pigmeos menudos, y anchos patagones.

Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas,
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas:
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que detrás del mar sentadas
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.

Entonces se verá, que aunque colgada
La tierra tenga el ayre, está sujeta
A ser de humanos pies toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta:
Y llegará esta edad de oro cargada,
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

Entonces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando darán sombras vistosas,
Donde se acaba y donde nace el dia:
Verán pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo quanto el mar cubria,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.

Verán nuevas estrellas en el cielo,
Nuevos árboles, plantas y animales,
Y lleno un abundante y fértil suelo
De ricas pastas, de ásperos metales:
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,
Que con su cebo pesca hombres mortales,
De cuyo gran tesoro sus armadas
Cada año á España volverán cargadas.

Y porque no se tengan por ficciones
De blanda cama y sueño concebidas,
Y que la tierra tiene otras regiones
A un santo Rey guardadas y escondidas,
Quiero á pesar del hado y sus prisiones
Romper las nieblas de que están vestidas,
Y hacer antes de tiempo si es posible,
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

Y porque en presto aliento y vista aguda
El nuevo mundo os muestre su belleza,
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,
Que no la alcance á ver vuestra grandeza;
La parda raiz desta encantada ruda
Su luz os prestará y su fortaleza,
Y deste verso harán los puntos roxos,
Que mas sean que de lince vuestros ojos."

Dixo, y rumiando en sí de quando en quando
De oculta ciencia nombres poderosos,
Obedeciendo el ayre fué aclarando
De su esfera los senos mas nublosos:
Y unos antojos de cristal forjando,
De lunas y de cercos milagrosos,
Así avivó con ellos sus sentidos,
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo
Con que el veloz navio le seguia,
A dar la nueva al encubierto suelo
De su viage descendido habia;
Y por su ausencia el enlutado cielo,
Cuajándose de varia pedrería,
A festejar la blanca luna bella
Aquí salia un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosura
De un limpio cielo, juzgan sus estrellas
Vivas centellas, que en la noche obscura
La luna rondan que camina entre ellas:
Mas á los que se acercan á su altura,
Así se muestran en grandeza bellas,
Que ya no son estrellas, mas sin cuento
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Mas que el ayre delgada y mas liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual, y sesgo movimiento.

Así las islas Cianes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia,
Y con nuevas riberas extenderse
Hácia el crespo Carambe, ó la Sarmacia;
Y sin hundir las olas, ni esconderse,
Medir con su inconstante pertinacia
Del un polo y del otro las anchuras,
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo
Volando vemos ir sus globos de oro,
O bien como ahora en sosegado vuelo,
O qual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajado curso al suelo
De sus varias vislumbres el tesoro,
Y midiendo los años y los dias
Con luz ardiente, ó con tinieblas frias.

ALEGORÍA.

En este libro, epílogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud, mas consiste en las obras, que en las palabras; y que el punto de la honra, mas está en merecerla, que no en celebrarla: pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras; al revés de otras naciones, que de qualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

Fin del libro décimosexto.

INDICE

DE ESTE SEGUNDO TOMO.

Las cosas notables por la invencion ó por la poesía llevan esta señal (*).

ABDELMON : Miramamolin de Marruecos : su extraordinaria fortuna : página 228. octava 4.ª

ANGÉLICA : pintura de su belleza : su casa ; y su violacion por el dios Marte : pag. 372. oct. 4.ª (*)

ARCANGÉLICA : hija de Angélica : pag. 320. oct. 2.ª = Su crianza : la ocasion de haberse hecho guerrera ; y sus sucesos hasta que se encuentra con Bernardo: pag. 345. oct. 2.ª = Su nacimiento , que se debia segun comun opinion á Marte : pag. 360. oct. 2.ª

ARGILDOS: enamorado de Florinda : pag. 9. oct. 1.ª = Trata de sacarla de Sansueña : pag. 33. oct. 1.ª = Entra en la ciudad , combate , y mata á Radagaso: pag. 55. oct. 3.ª (*)

ARLETA : descripcion de su figura , y de sus artes : pag. 1.ª oct. 1.ª = Pide á Galiana justicia de Ferraguto: pag. 104. oct. 3.ª

ARNALDO : alquimista : pag. 407. oct. 2.ª

BERNARDO: aventura encantada que le sucede : pag. 77. oct. 3.ª (*) = Lucha con Proteo y le vence , y sabe de él quienes son sus padres : pag. 94. oct. 2.ª = Se viste las armas de Aquiles : pag. 101. oct. 3.ª = Tempestad que padece en el mar , y libertad que da á Arcangélica , de quien se enamora : pag. 317. oct. 4.ª (*)

BOACEL Y GLAURA : su muerte : pag. 281. oct. 3.ª (*)

CABO DE SAN VICENTE : su descripcion : pag. 266. oct. 4.ª (*)

CANTO singular de un ruiseñor : pag. 218. oct. 2.ª

CARDILORO : caudillo moro : pag. 29. oct. 2.ª = Se enamora de Florinda : id. oct. 4.ª = Quiere robarla

usando de la traza pensada por Argildos: pag. 58. oct. 3.ª = Muere: pag. 55. oct. 1.ª

CELEDON Y SERPILO: estrago que hacen de noche en los cristianos, y su muerte: pag. 37. oct. 4.ª (*)

CRETA: sus prodigios y monstruos: pag. 185. oct. 2.ª

CUEVA de Temis; y pintura alegórica de la vida humana: pag. 379. oct. 2.ª

DÚLCIA: su nacimiento y su muerte: pag. 198. oct. 2.ª (*) = Males que resultan á Creta de su muerte: pag. 310. oct. 1.ª

ENGAÑO: su historia alegórica: pag. 414. oct. 3.ª (*)

ESPAÑA: su descripcion geográfica, y sus grandezas: pag. 448. oct. 3.ª (*)

FABULA del origen del deleyte: pag. 156. oct. 4.ª

FERRAGUT: combate y mata á Rangorio: pag. 109. oct. 3.ª (*) = Es acometido y hecho prisionero por los de Toledo: pag. 114. oct. 3.ª = Entra en un castillo encantado: pag. 129. oct. 1.ª (*) = Entra en el castillo de Bramante, y liberta á Doralice: pag. 138. oct. 2.ª (*)

FIESTAS DE FRANCIA: su aparato: pag. 293. oct. 1.ª

FLORINDA: hija del Alcayde de Sansueña: pag. 8. oct. 2.ª = Toma veneno creyendo que Argildos es muerto: pag. 64. oct. 4.ª = Vuelve á la vida, y se casa con su amante: pag. 72. oct. 1.ª

GARILO: roba á Orlando y á sus compañeros: pag. 236. oct. 1.ª = Quita á Arnaldo el anillo encantado de Angélica: pag. 421. oct. 2.ª

GEOGRAFIA de Asia: pag. 361. oct. 1.ª

——— y descripcion de Europa: pag. 428. oct. 4.ª

GRAVINIA: aya de Dúlcia: convertida en árbol: pag. 199. oct. 2.ª (*)

MALGESÍ: se lleva por los ayres en un barco encantado á Reynaldos, Morgante, y Orimandro: pag. 424. oct. 1.ª

MORGANTE: gigante y Rey de Córcega: pag. 299. oct. 4.ª (*)

ORIMANDRO: cuenta á Bernardo los sucesos de su vida: pag. 179. oct. 4.ª (*)

ORLANDO: se disculpa de su antigua locura: pag. 214.

oct. 4.ª = Cobra sus armas de Garilo : pag. 392. oct. 4.ª
PALADINES de Francia : convertidos en estatuas de oro: pag. 239. oct. 1.ª (*)
RESEÑA del campo español delante de Sansueña : pag. 10. oct. 1.ª
RODRIGO : Rey de España : su penitencia, y su muerte : pag. 262. oct. 2.ª
ROSELIO : hermano de Florinda : se descubre quien es: pag. 245. oct. 3.ª
SUEÑO misterioso del autor : pag. 387. oct. 1.ª (*)
VATICINIO del descubrimiento del nuevo mundo : pag. 485. oct. 3.ª (*)

Fin de este segundo tomo.